

Jim Lynch

A FAVOR DEL VIENTO



Jim Lynch

A FAVOR DEL VIENTO

Traducido del inglés por Itziar Hernández Rodilla

Índice

Einstein navegaba
Catequesis dominical en el agua
Momentos Ruby
El viento adora a nuestra hermana
Geometría satánica
Una dulce derrotabilidad
Todas las células de nuestro cuerpo
Vive tu vida
Porno naval
Nuestra hermana levita
Cuatro planetas en Escorpio
La gravedad de un velero
Cachos de plástico sin corazón
Melé familiar
Bailando sobre un coche de policía
El velero de la huida
El signo internacional de la fornicación
La atracción del cerebro de Einstein
Frankensteinizándolo
La tierra del todo vale
Ruby se marcha
Día de demolición
Las lunas de Júpiter
El barco de los milagros
Una visión clara

Las ondículas de mamá
El fraude y las ballenas
Creyentes en cueros
El pirata y sus mariposas
El mejor momento de todos
Calabazones
Una lección de carenado
Gatos en el espacio
Casi normal
Nuestro bamboleante planeta
La peregrinación
Céfiros y orzadas
El corazón perdido
Puta idiota
Marina en fuga
La número treinta y cinco
La inmortalidad de navegar rápido
Nada es eterno
Agradecimientos
Créditos

Para mi padre

Einstein navegaba

Einstein no era un gran marino, probablemente ni siquiera llegaba a mediocre. No participaba en regatas ni hacía travesías, pero entendía la placentera mezcla de acción y calma y la emoción de navegar al atardecer hacia un éxtasis de centelleos. A muchos nos ha seducido todo esto. En el agua nos sentimos competentes y exaltados, y la gloria nos dura hasta que saltamos a tierra y nos tropezamos con un bordillo y no encontramos las llaves y recordamos que tenemos el patio hecho un erial y el tejado con cuatro centímetros de musgo y que hay que cambiarle las pilas a los detectores de humo y que una rata se murió en la pared y que seguro que nuestras madres querrían que viviésemos más cerca. Por lo menos, alguien quiere algo más de nosotros. Pero el «nosotros» del que nosotros queremos más está a bordo de un barco impecable, con el casco reluciente y las velas cazadas y el viento de través.

¿Estoy comparándonos con Einstein? Sí. Los veleros atraen a los chalados y a los genios por igual, a los románticos cuyos barcos representan una imagen proscrita de sí mismos. Nos seducen estas cosas, pero lo que nos cuesta entender es que no son los barcos, sino esos inexplicables momentos en el agua en los que el tiempo se ralentiza. Todo el sector se sostiene sobre un sentimiento, una emoción. No suele tratarse del objeto, ¿o sí?

Sea como fuere, los aficionados a la vela son unos pringados. Pagan más en amarre y reparaciones de lo que valen sus barcos, y no parecen captar lo rápidamente que la lluvia y el agua salada conspiran para corroer y pudrir, con los gastos subiendo al ritmo vertiginoso al que disminuye el valor. Por no hablar de los regatistas que tiran millares por la borda para hacer sus balandras media pizca más rápidas y poder terminar los octavos en lugar de los undécimos en regatas tan desconocidas que no dejan ni la más mínima huella en la sección de Deportes. Un fanático de la zona gastó once mil dólares en un inodoro de fibra de carbono para ahorrarse menos de ocho kilos. En las paredes de Capital City Boatworks cuelgan placas de patrones

agradeciéndonos las carísimas imprimaciones que están convencidos de que les ayudaron a ganar. Todo está en sus cabezas. Así que, sí, es cierto que los regatistas tienen un ala propia en cualquier manicomio de navegantes, pero son todos unos desubicados. Incluido yo. También pecadores. La ira surgió en los barcos, contaba mi abuelo, e insistía en que el propio Noé era un celeberrimo blasfemo. Pero la soberbia, la envidia, la lujuria, el orgullo, la avaricia y la gula también medran en ellos, igual que la ingenuidad, la beligerancia y otros defectos de segunda. Tomemos como ejemplo al nuevo dueño de la lancha motora de veintiún pies destripada contra aquella valla. Embistió el muelle de combustible con tanta fuerza la semana pasada que hizo un agujero en la proa porque no podía encontrar «el freno». O saquemos una tumbona para observar las rampas públicas cualquier sábado de sol y ¡que comiencen las tomas falsas! Como se suele decir, todo lo que necesitas para navegar es dinero, y ni siquiera eso. Si esperas lo suficiente, alguien te pagará para que te lleves su barco.

Aunque, por supuesto, están los que se niegan a abandonar. Ese Pearson 36 rajado que asoma del primer dique de carena se estrelló contra una roca durante un temporal anómalo en marzo y perdió la quilla y la pala del timón. Pero el dueño insistió —antes de someterse a tres endoprótesis vasculares— en que hiciésemos lo que fuese necesario, cualquier cosa, para que *Sophia* estuviese lista para las regatas del verano.

—Señor Stanton —le aconsejamos amablemente—, repararla podría costarle mucho más de lo que vaya a ganar vendiéndola.

—¿Quién ha dicho que la vaya a vender? —preguntó, atragantándose con las palabras—. Quiero. Navegar. Con. *Sophia*. De. Nuevo.

¿Tienen los barcos alma? Al parecer, sí. Al menos, su esencia se va mezclando con la de sus dueños. E, igual que la gente comienza a parecerse a sus perros, acaba por asemejarse a sus barcos. Podría pasearme por las marinas y los astilleros del mundo y decir quién es el propietario de cada velero, luego enderezarles los mástiles, recablearles los motores, pintarles la obra viva y liberarlos de nuevo, hasta que alguna otra cosa gotease, se atascase o se rompiese. Como la mayoría de los mecánicos de barcos, intento no encariñarme con los clientes, pero, aunque comienzan como desconocidos, dejan pronto de serlo. Muchos se convierten en amigos; algunos son familia.

Aquella mañana fue mi padre quien me despertó para anunciarme que iba a traerme un barco para «arreglar». No dijo lo que eso suponía, ni preguntó si

tenía tiempo o espacio en el taller. Solo que iba a traerlo desde Seattle y que a lo mejor no llegaba hasta las cinco, así que ya podía asegurarme de que el cabrón de la grúa lo esperase. Eso fue todo. Mi padre utilizaba el teléfono como un megáfono: para hacer anuncios e impartir órdenes.

Preparándome para su llegada, hice mi ronda final entre arrobados aficionados a los barcos que se comían con los ojos los cascos desnudos apoyados sobre bloques y soportes, el astillero rebosante, como de costumbre, de un todo que abarcaba de cacharros abandonados a yates relucientes, con valores entre la nada y un millón. ¿Veis esa bañera descolorida, con las líneas de vida quebradas y una barba de algas en la línea de flotación? Los Catalina 27 abundan por aquí tanto como las gaviotas, pero ante los soñadores ojos de Rex y Marcy, ese mostrenco desaliñado es un velero exótico, listo para surcar los océanos.

Apenas en la veintena, se habían mudado aquí desde San Luis para trabajar en una granja ecológica de pollos al sur de la ciudad, y descubrieron su elixir espiritual cuando el *hippie* de su jefe los sacó a navegar una única vez. Al siguiente fin de semana comenzaron a explorar marinas en busca de barcos huérfanos, como esta decrepitud de veintisiete pies con la que se hicieron en una subasta por 875 dólares.

—¿Vais a arreglarlo para navegar por las islas este verano? —les pregunté oteando el puerto en busca de palos entrando.

Con sonrisas tan grandes que casi les impedían hablar, se miraban el uno al otro para ver quién iba a confesar qué.

—En mayo dejamos el trabajo y nos vamos —acabó por decir Rex.

—¿Cuánto tiempo?

—Sin fecha de vuelta.

Me reí antes de poder evitarlo.

—¿Habéis navegado ya con él?

—Nah —sonrió—. Lo estamos deseando.

—¿Habéis pasado alguna noche a bordo?

—Solo aquí, en el aparcamiento. —Las gruesas gafas de Marcy le hacían los ojos demasiado grandes para la cabeza. Ahora tampoco le cabían los dientes en la boca—. Es supercómodo —dijo.

Mientras les ofrecía mi asentimiento más alentador, advertí un alto mástil negro doblando la baliza de bocana del puerto y acercándose a nosotros a todo trapo por el canal dragado.

—Iremos primero a Alaska —me comentó, observando a Rex para

asegurarse de que no contaba demasiado.

—¡Genial! —dije.

«Estáis como puñeteras chotas», fue lo que pensé.

Llevar un astillero es como trabajar en una planta de psiquiatría. Mostramos nuestro apoyo con muecas y movimientos de cabeza tranquilizadores. Hacemos nuestro cameo en ensoñaciones y delirios.

—Luego, nos dirigiremos a China —añadió Marcy, rodeando las huesudas caderas de Rex con un brazo y engancho el pulgar en su bolsillo delantero.

—¡Qué bonito! —dije.

«La vais a palmar», pensé.

O puede que no. Intenté imaginármelos sonriendo tiernamente entre olas de nueve metros en su decimonoveno día seguido sin ver tierra. Era, de hecho, posible. Quizá llegarían a la trascendencia navegando. Mi problema era que Rex y Marcy de Misuri comenzaban ya a confundirse con Chet y Laura de Nebraska, Jen y Osler de Texas y otra docena de parejas de ojos desorbitados, herederas de la doctrina del Destino Manifiesto de los primeros colonos, a las que había visto llegar al taller. Por si no lo habéis notado, la gente no suele tender al este en Norteamérica. Huyen al oeste, a reinventarse en Las Vegas y Hollywood, o más al norte, en nuestras aguas profundas, donde las glaciaciones se conjuraron para esculpir este paraíso de la navegación.

Puedo distinguir a estos migrantes de la aventura al vuelo porque ciertas cepas de esta suave locura invaden los genes de mi familia de la misma forma que la diabetes o el alcoholismo se arraciman en los de otras. Durante años, la navegación nos mantuvo unidos. Éramos competidores, constructores y navegantes de travesía. Este era el negocio familiar, nuestro deporte, nuestra droga. Y, sin embargo, al final, navegar fue también lo que nos separó.

—¿Tenéis otra cerveza? —pregunté.

Rex y Marcy chocaron al abalanzarse hacia la nevera portátil por la Pabst helada que necesitaba para darme valor, visto que el barco de mástil negro que se deslizaba pasando la dársena, saltándose todas las limitaciones de velocidad del canal de aproximación, iba probablemente al mando de mi padre. Cuando estuvo a unos doscientos metros, pude distinguir el perfil familiar de un viejo Joho 39 y la gran silueta tras la rueda del timón.

Acercándose demasiado rápido, invirtió la marcha del motor en el último momento, antes de cruzar la línea de muelle de un salto mientras gritaba al

tatuado Tommy:

—¡Pasa las eslingas por delante y por detrás del techo del camarote!

Repitió estas instrucciones después de que Tommy las obviase.

—Ya lo he oído la primera vez —dijo Tommy desde su asiento en lo alto de la grúa.

—¿Y por qué no has contestado, entonces? —preguntó mi padre—. ¿No es esa la razón por la que tenemos un idioma común? ¿Para comunicarnos? Y ata esas eslingas juntas para que el barco no se resbale al levantarlo. ¿Has oído o tengo que repetirlo?

Entonces me buscó con los ojos y bramó mi nombre.

Nadie olvida haber conocido a mi padre. Gritón, alto y rollizo, invade el espacio personal y exige su derecho de paso. No hay nada moderado en él. Líder y gamberro, caballero e imbécil, nunca reconoce una debilidad, admite una enfermedad o dice que quiere a nadie. Aunque la otra cara de la moneda es que, cuando le complaces, te sube la temperatura corporal un grado o dos. Y aquí estaba, en su elemento una vez más. Anónimo en la calle, sigue siendo una leyenda en los muelles. Aún hay marinos que hacen cola para estrecharle la gran mano y, si se queda a tomar algo, pueden llegar a reunir el valor de preguntarle por todo lo que, según se cuenta, hizo hacer a sus hijos o a su tripulación para ayudarle a ganar, o de verificar las historias y los rumores sobre mi hermano o, más probablemente, mi hermana.

A todas luces aún agitado, Tommy izó con rapidez el maltrecho velero y lo dejó oscilando en las eslingas, algo que solo hacía cuando quería recordar a los dueños que podía dejar caer sus juguetes si se les ocurría ser algo menos que corteses.

—¡Eh! —voceó papá, trotando por la rampa hacia mí, mientras Tommy volvía a fingir sordera, poniéndose un pitillo entre los labios—. ¿Qué le pasa a ese pedazo de burro?

—Me alegro de verte —dije.

Me sostuvo la mirada con aquellos brillantes ojos azules que siempre parecían reclamar perdón.

—¿Cómo puedes saberlo ya? —preguntó.

En un silencio incómodo, observamos a Tommy maniobrar la grúa mientras yo reconstruía las implicaciones de esta visita. Aquel viejo barco era uno de los primeros y más rápidos Johos de treinta y nueve pies que había diseñado y construido mi familia. Sin duda lo había comprado por poco más que nada y ahora quería que yo lo revisara por lo barato, para venderlo o

competir con él.

—Vamos, flacucho, te invito a cenar —dijo, y me fue fastidiando los cuatrocientos metros de paseo que había hasta el restaurante—. Dime que por fin tienes un coche que corre —comenzó.

—Nah.

—¿Cómo es que un mago de los arreglos como tú aún no tiene coche?

—Cuando necesito uno, lo pido prestado. Tengo una bici.

—Ya no tienes doce años, Josh. Necesitas un coche. ¿Por qué no vienes a trabajar con nosotros? Aún podemos sacarte partido; más que nunca, de hecho. Lo sabes, ¿no? Podrías hacer muchísimo más de lo que estás haciendo aquí, sea lo que sea lo que hagas.

—Creo que ya hemos pasado por esto unas cuantas veces. ¿Cómo está mamá?

Se quitó de un manotazo la gorra de béisbol y meneó la cabeza como un perro sacudiéndose el agua.

—Ojalá lo supiese.

—¿Hace algún progreso?

Se sacó un pañuelo y se sonó.

—Trabaja las veinticuatro horas del día. Si no le pusiese la comida delante, ni comería. Para serte sincero, ni siquiera sé ya en qué está trabajando. —Me miró fijamente—. Entonces, ¿cuándo dices que va a terminar esta fase monacal tuya?

—¿Cuántos monjes conoces que trabajen en astilleros y busquen pareja en internet?

—Pero ¿cómo puedes conocer chavalas con un ordenador? —preguntó.

Me planteé contarle mi último encuentro con una mujer cuya lista de pegas para una cita era: «Ni bebedores ni fumadores ni leos ni acuarios ni hombres sin afeitarse de menos de 1,78 ni tipos de más de treinta y siete que calcen zapatos raros o sean aficionados a NASCAR». Después de nuestra primera y única salida, añadió otro reparo: «Que no viva en un barco».

—¿Qué tal está Christy? —preguntó.

—Es Kirsten. Igual que te dije la última vez. Hace años que no la veo.

—Me gustaba.

—Eso sueles decirme.

—¿Es así como va a ser?

—Podría preguntarte lo mismo.

Lo que mi padre me pidió que hiciese durante la cena me recordó que era

un tramposo. Si no lo vigilabas de cerca, movería la bola blanca. Sin supervisión, haría trampas con las cartas y al Monopoly, al hacer régimen y con los impuestos. Como también era un tacaño, subestimaba ampliamente el coste de transformar su viejo barco mientras intentaba hacerme sentir desleal si no lo ayudaba.

—A tu abuelo le dolería que trasteásemos con su diseño original —añadió.

Lo que quería decir era: «Mantén el círculo de conspiradores tan reducido como sea posible». No dijo todo eso, de hecho: transmitió la mayor parte en guiños y gruñidos. Así que desvié la mirada para descansar de sus mentiras y expectativas, y vi una chillona golondrina de mar zambulléndose de cabeza en la bahía y reapareciendo con un capellán plateado en el pico. Me sentí identificado con el pescado.

—¿Nos atienden o qué? —gritó mi padre a todo el restaurante—. Estamos de celebración.

Cuando la mohína camarera llegó, se inclinó hacia ella, como haciéndole una confidencia.

—Dígame, ¿cuánto serían un par de copas de su mejor tinto?

Parpadeando y sonrojándose, ella le dio una carta de vinos.

—¡Por Dios santo! —refunfuñó él—. ¿Nueve dólares por una copa?

—El vino de mesa cuesta solo seis —susurró ella, ensanchando las agujereadas ventanas de la nariz y echando un vistazo a la jefa para asegurarse un testigo.

—¿Y eso tendría que emocionarme? —dijo mi padre—. Y deje de mirarnos por encima de su ornamentada nariz. Todos sabemos que usted tampoco se puede permitir comer aquí. Así que por qué no nos trae un par de copas de su cosecha de seis dólares exageradamente cara y luego veremos si nos queda suficiente dinero para comer.

La chica se alejó echando humo, aunque yo sabía que volvería a ganársela antes de que nos fuésemos y le dejásemos una propina memorablemente ridícula. Ay, ser Bobo Johannssen hijo... Para entonces, parecía más un papel que dominaba que quien era realmente. Me sonrió satisfecho como si acabásemos de robar un banco a mano armada y espetó:

—Este va a ser nuestro año, Josh. Ya lo creo. ¡Este va a ser nuestro puto año!

Sus típicas bravatas, sin duda, pero me emocionó. Tal como resultó, 2012 fue un año impresionante, que me inspiró a intentar ayudar a mi familia a hacer trampas y evitar la vergüenza y pasar contrabando y quizá incluso

explicar algo sobre el universo que, de alguna manera, había pasado desapercibido para el resto del mundo. Añádanse a ello mis desgraciadas citas —siete nuevas candidatas esperándome en la bandeja de entrada— y mi asesoramiento diario a dueños de barcos neuróticos y tendremos una abrumadora lista de tareas para un hombre supuestamente carente de ambición en un mundo que parecía estar derrumbándose. Los mayas habían predicho que el mundo se acabaría antes de las Navidades. Un predicador de Oregón aseguraba prácticamente lo mismo, aunque con el Día del Juicio unos seis meses más temprano.

—Si no te hace ilusión ayudarme con esto —sugirió mi padre cuando hubo llegado el vino—, hazlo por tu abuelo. O, maldita sea, ¡hazlo por Ruby!

Eso fue lo que sustituyó a un debate ético sobre lo que todos los regatistas realmente competitivos hacen en secreto a sus barcos.

—Ha sido idea de ella —añadió, levantando la palma de la mano como si prestase declaración.

Entonces estornudó tan alto que todos nos miraron, sorprendidos de que no le hubiese salido volando la cabeza. Era genético. Su padre se hizo, una vez, un esguince en el cuello estornudando. Esperé las dos bombas siguientes. Siempre eran tres.

—De verdad que llamó —dijo sorbiéndose los mocos—. Dijo que ya iba siendo hora de que la familia compitiese una última Swiftsure. Pregúntale al abuelo. ¡Por fin llamó!

Conocía todos mis resortes: lo que sentía por mi abuelo, quien había vuelto a sufrir desmayos, y que no se me escapaba que mi hermana tenía un tacto mágico para gobernar el diseño más rápido de la familia en la regata más ambiciosa del Noroeste, o al menos lo había tenido. Arrollado por su optimismo, me sentía exhausto, como si acabase de cruzar a nado la bahía.

—Tu hermana se apunta definitivamente —añadió, hundiendo un poco más el anzuelo—: ha sido idea suya.

No pude seguir conteniendo la sonrisa. Los inocentones como yo no somos los únicos que no se resisten a navegar con sus hermanas. La idea de Einstein de un verano ideal era navegar a diario con Maja, su hermana pequeña. En una carta de 1929, escribió que no podía esperar a sacarla a navegar en su adorado *Tümmeler*: «Quedarás extasiada cuando (espero) me visites el año que viene».

Nada menos que extasiada.

Einstein se atrevió a imaginar unas nuevas coordenadas espaciotemporales

flexibles, pero nunca aprendió a nadar o a conducir, y salió con una espía soviética sin enterarse. También se paseaba en verano con un cinturón de cuerda y sandalias de señora, y adoraba navegar con su hermana pequeña. Sin saber nada de ella, sin embargo, puedo jurar que no era ni la mitad de marina que la mía. Pero eso no sería ni mínimamente justo porque nadie ha navegado jamás como Ruby Johannssen.

Catequesis dominical en el agua

Segundo de los tres chicos Johannssen, entre un exaltado hermano mayor y una hermana pequeña que sería pronto famosa, yo era el mediano, el tono de gris vacilante en una casa en blanco y negro, en parte por mi, en comparación, falta de iniciativa en una familia que exhibía sus objetivos e inspiraciones en la pared. Ruby y Bernard tenían ese fogonazo de certidumbre por el que parecieron siempre saber lo que serían de mayores: Bernard, astronauta o boxeador; Ruby, acróbata o cantante. «¿Qué vas a ser tú?» me sonaba a pregunta con truco. ¿Cómo iba yo a ser otra cosa que yo?

Mi familia no solía ir a la iglesia, pero teníamos nuestras creencias y rituales. Durante años, el domingo significaba navegar, sin importar el tiempo que hiciera; a veces en el barco grande, más a menudo en jaboneras con nuestro padre siguiéndonos en un esquife. «¿Dónde está el viento? —gritaba más alto que cualquier predicador—. ¡No! Esas olas son viejas. ¿Dónde está el viento ahora?» Nos había grabado sus máximas a fuego: «¡Amollar, colgarse, recuperar!», y su incesante mantra: «¡Velocidad! ¡Velocidad! ¡Velocidad!».

Una vez que yo hube cumplido diez años, Bernard doce y Ruby ocho, no había forma de librarse de la navegación del domingo si no era por fiebre alta. Cuando había demasiado viento para las jaboneras, hacíamos de tripulación para los dos Bobos, padre e hijo, en el barco grande, compitiendo contra rivales imaginarios. Pero, por lo general, simplemente anclaban dos boyas como línea de salida y otras dos para indicar barlovento y sotavento en la bahía poco profunda al este del estadio Husky. Entonces, nos seguían en la lancha inflable con nuestro padre gritando instrucciones y el abuelo Gruñón (el irónico mote con que lo bautizó Bernard) animándonos incesantemente. Hacíamos treinta bordadas, veinte trasluchadas y diez vueltas a las señales antes de poder practicar siquiera la salida. Entonces, cancelaban la regata en el momento en que estaba claro quién había salido mejor y volvíamos a hacerlo, con las cuentas atrás variando de uno a tres minutos.

Practicábamos trasluchadas de popa a popa y cómo evitar abordajes, luego salíamos, acelerábamos y parábamos siguiendo órdenes. Como niños gimnastas entrenados para hacer saltos mortales antes de tener edad suficiente para temerlos, regateábamos con tormenta, con niebla y de noche. No se me ocurrió lo raro que era nuestra familia hasta que cruzamos el estrecho de Juan de Fuca en medio de un temporal, y me di cuenta, planeando sobre olas de tres metros y medio, de que no había nadie más allí, mucho menos ondeando un spi morado. Cuando nos deslizamos tras el alto rompeolas en Port Townsend aquella fría noche, era obvio que ningún barco había salido siquiera del muelle. Vi a hombres adultos clavar la mirada en nuestro gregario padre —cuya camiseta echaba vapor— con la reverencia y la distancia reservadas para los campeones y los enfermos mentales.

Mucho después de que hubiésemos aprendido las nociones básicas, él las seguía repitiendo: cómo leer el agua y las velas, cómo ver y anticipar la siempre cambiante geometría de los zigzags más rápidos en el campo de regata. La mayor parte de su vida era un cajón de sastre, pero navegando era un perfeccionista. Aunque no solía quejarse si nos escaqueábamos de los deberes o las tareas domésticas, si no veíamos un cambio de dirección del viento de diez grados, comenzaba a ladrar. Si las drizas estaban mal adjudadas o, lo peor de todo, si las velas batían sin necesidad o no estaban bien izadas, ajustadas, arriadas o dobladas, había represalias. Por lo general, no obstante, nos imploraba simplemente que navegásemos «más rápido». Estuviésemos regateando o no, consideraba un insulto al barco, el viento y nuestro apellido ir ni un poco más despacio de lo necesario. Algo esencial se ganaba —él lo llamaba honor— al llevar un barco tan rápido como resultase posible, que compensaba la mayoría de las demás transgresiones. A través de este prisma de navegar «bien», teníamos una posibilidad, nos aleccionaba como padre, de experimentar la perfección interior. O, como mi madre lo formulaba, de entender una fuerza invisible.

La vela comenzaba con un léxico misterioso, y no había piedad con los errores de identificación. Algunas cosas sonaban como lo que eran: «palo», bueno. «Quilla», de acuerdo. Y, por supuesto, «botavara», el elemento más letal y con el nombre más apropiado en un velero, como en la «putavara» que te golpeaba si no te agachabas a tiempo. Muy bien. Pero ¿la izquierda es «babor» y la derecha es «estribor»? ¿Por qué? Y ¿quién lo dice? Incluso la jerga básica parecía intencionadamente confusa. ¿Las cuerdas eran «cabos»? Sí, pero eran «drizas» si izaban velas y «escotas» si las reglaban. Y los nudos

eran nudos excepto cuando eran «nudos», es decir, millas náuticas (1.852 metros) por hora, que era el confuso término para velocidad en el mundo marino, como si el simple hecho de flotar alterase el tiempo y la distancia.

Sin embargo, esa era la jerga y nadie se desviaba de ella. Cuando dirigíamos la proa contra el viento y las velas giraban al otro lado, estábamos «virando». Pero eso implicaba «largar», lo que sonaba más a seguir recto que al giro de noventa grados que se describía. «¡A orza todo!» era lo que nos decían que gritásemos antes de virar, aun cuando hubiese solo una suave brisa y lo único que podía ser «todo» era el esfuerzo que costaba encontrar viento suficiente para empujar las velas.

A lo largo de milenios navegando, al parecer a nadie se le había ocurrido una frase apropiada para describir lo que significa navegar en ángulos hacia, aunque no directamente, el viento. Las opciones: «dar bordadas» (vago), «barloventear» (trabalenguas) o «ir de ceñida» (extrañamente alusivo y provocador). Y, si ibas demasiado directamente hacia la brisa y las velas flameaban, se llamaba «ir de bolina», que evocaba una imagen totalmente distinta. El desconcierto potencial era infinito. Cuando las velas estaban a babor, tú estabas amurando a estribor y tenías derecho de paso. Había incluso dos vientos de los que estar al tanto: el «real» y el «aparente».

Gruñón especulaba que toda esa jerga era parte de una conspiración para convertir el simple acto de navegar en algo abrumador. Pero yo creo que el glosario náutico lo habían inventado hombres de lenguaje inarticulado y lo habían perpetuado sucesores mascullantes que se aferraban a él como cualquier tribu se agarra a un idioma moribundo. Nuestra tarea, no obstante, era dominar el vocabulario y no reflexionar sobre él. A pesar de lo cual, los términos se arremolinaban en mi mente. Una frase que siempre tenía sentido era «navegar a sotavento». Partiendo de que «sota-» significa «bajo», cualquiera podía visualizar la forma más antigua y sencilla de navegar, izar un pellejo animal sobre la balsa y dejar que el viento la empuje a través del agua. El arte se ha perfeccionado desde entonces con cascos ligeros y spis bolsudos, pero «navegar a sotavento» se ha convertido en «navegar a favor del viento» o, mejor aún, como decimos los anglosajones, «antes del viento», que se me antojaba una frase de la Historia de la Creación o las tres primeras palabras de una fábula ominosa. Reconozco que tendía a pensar demasiado estas cosas. Mi padre decía que era un «pensador», y no era un cumplido. Me ponía en el terreno de mi madre, enfrentado a él y las demás personas «de acción». Los pensadores, me informó, no ganan regatas.

Nos criticaba durante el almuerzo, haciendo de capitán Enjuicio-tus-Decisiones. O pedía a mamá que explicase de nuevo la física del viento o la navegación. Ella no solía navegar y nunca se le caía la baba con un barco, pero no la oí jamás, siquiera una vez, cuestionar el eje de nuestra existencia, como si hubiese resuelto una ecuación que probaba que su oposición no podía competir con la veneración genética de generaciones de marinos islandeses destilada en el único e incomparable Bobo Johannssen hijo. O cualquier resistencia que hubiese podido albergar debía de haber expirado para el momento en que la medalla de papá colgaba de un clavo en el garaje. Ganas una plata en las Olimpiadas del 76 y tus rarezas, obsesiones y desfachatez se aclaman como ingredientes esenciales de tu genio natural.

Como decía, mi familia no solía ir a la iglesia ni mencionar a Dios, excepto Gruñón: «Gracias por esta brisa» o «esta salida» o «este cambio de viento». Su reverencia informal era un tic heredado de su luterana madre, pero también alababa a señores paganos mientras ponía rumbo de vuelta al muelle, dando gracias a Odín, Tor y Poseidón entre otros. Como Ruby le dijo a su jefa de tropa de las Girl Scouts: «En nuestra familia navegar es como rezar». Eso fue en la época en que solía presentar espontáneamente la historia familiar a las visitas, como un batiburrillo de hechos y ficción:

—El padre de Gruñón, Leif Johannssen, estaba emparentado con el gran explorador islandés Leif Eriksson —comenzaba, antes de que Bernard señalase inevitablemente que aquellos dos hombres no estaban en absoluto relacionados.

No creo que Ruby se propusiese contar patrañas. Ella suponía que la mayor parte de las buenas historias quedaban reforzadas por datos y cifras interesantes, y no se daba cuenta de que también se esperaba de estos que fuesen verdad. Con todo, aquellos ornamentos iban con su forma de ser. Las cosas nunca tenían sentido con ella, así que ¿por qué tendrían que tenerlo sus historias? El único quisquilloso era Bernard, cuyas aclaraciones, notas al pie y correcciones convertían sus actuaciones en duetos.

—Nuestro bisabuelo —proclamaba Ruby— sorteó icebergs y piratas desde Islandia hasta Seattle, con su esposa, Dora, en un pequeño queche de acero en 1903.

—En realidad, emigraron en 1914 —replicaba Bernard—, en un gran barco de pasajeros dirigido al este de Canadá, antes de viajar por tierra hasta aquí.

—El padre de Gruñón —continuaba Ruby alegremente— construía

barcos, razón por la que fundó Johannssen Boatbuilders en un almacén podrido que compró por mil cien dólares en el Canal Marítimo. Bautizaron Robert al abuelo, al que llamaban Bobby para abreviar, hasta que acabaron acortándolo, nadie sabe por qué, a Bobo. Cuando Gruñón se hizo cargo de la empresa a comienzos de los cincuenta —seguía—, su especialidad era diseñar veleros rápidos y bonitos a los que llamó Johos. ¡Chup chup! Su esposa y él solo tuvieron un hijo, nuestro ahora mundialmente famoso padre, Robert Jr., o Pequeño Bobo, como lo llamaban al principio, luego Bobo hijo, que se aficionó a construir barcos como un perro al agua —solía cruzar clichés— y, por alguna razón inexplicable, creció palmo y medio más que su padre.

—En realidad —le corregía Bernard—, fue un palmo, y se explica fácilmente considerando que algunos de nuestros parientes islandeses son gigantescos.

Siempre nos asombró una foto sobreexpuesta del tío bisabuelo Petur con el pecho al aire, de pie junto a hombres normales que le llegaban a los pezones.

—Para cuando papá se graduó en el instituto —según el humor y su valentía, Bernard señalaba que papá dejó los estudios un año antes de terminar—, estaba construyendo veleros de madera con Gruñón a tiempo completo. Y en 1967 rebautizaron el negocio Johannssen and Sons Boat Company —Johannssen e hijos, Armadores—, aunque solo había un hijo, que pronto se iría para convertirse en héroe de guerra. Y continuaron diseñando y construyendo los veleros de fibra de vidrio más hermosos y rápidos del mundo.

—Del estrecho de Puget, como mucho —murmuraba Bernard traicionero.

—Primero el Joho 32 y, luego, el Joho 39, rápido como un guepardo. ¡Chup chup! Que, además de ser un crucero popular, ganó sus buenas carreras, aunque, por lo general, con un Johannssen al timón. ¿Qué queréis que os diga? ¡Somos buenos! Gruñón vendía barcos, pero también una «experiencia como ninguna que puedas tener en tierra». Su amor por los barcos hacía a otros marinos sentir que se estaban llevando una ganga y no perdiendo la chaveta, aunque muchos de ellos hacían las dos cosas. Y hay una razón por la que somos tan buenos con los barcos: tenemos un mayor contenido de sal en la sangre.

—Esa afirmación —puntuualizaba pacientemente Bernard— se basa en un análisis de sangre engañoso, según el cual Gruñón tenía niveles altos de

sodio.

—Y algunos han sugerido —concluía Ruby, amante de los finales dramáticos— que la razón de que los Johos hayan sido tan populares y los Johannssen tan imbatibles es que la vela corre por nuestra sangre remontándose hasta Leif Eriksson, el mayor explorador de todos los tiempos.

—¡Que no es verdad! —contratacaba a gritos Bernard—. ¡Que no hay relación!

Mientras Ruby entretenía y Bernard corregía, mi papel era mucho más sutil. Yo me asomaba por encima de los hombros de los Bobos después de que ellos hubiesen desplegado dibujos sobre la mesa de la cena y asegurado las esquinas con botellas de cerveza y copas de vino. Entonces, los tres considerábamos en silencio las líneas hasta que mi padre preguntaba mi opinión. Se me escapaba mucha belleza, pero no de esta clase.

—Me gusta el asentamiento de este en el agua —decía, siguiendo con el meñique el arco del carril de falca—. Me gusta el mamparo elegante y bajo. Tiene el palo alto y la quilla profunda. Me parece rápido y equilibrado.

Si lo decía bien, su grueso labio inferior se estiraría en una ancha sonrisa y volvería los ojos a Gruñón. En aquellos tiempos, me veían como su discípulo y continuador.

No hay tantas formas de decepcionar a la familia.

Mamá era inmune al deporte aun cuando contribuía a la obsesión, inundándonos con ciencia en lo referente a la vela y la vida. Profesora de Física en el instituto Ballard High, compartía su amor por la tabla periódica cuando no nos estaba recordando que todo, incluso el agua marina, las rocas y las manzanas, era en su mayor parte espacio vacío. La gente también, decía, inclinando la cabeza hacia nuestro padre, que daba una cabezada, gimoteando en sueños, en la butaca reclinable. O nos deslumbraba con datos tan inusuales como: la Tierra es una esfera imperfecta, 42,6 kilómetros más gruesa que alta. O señalaba que casi todo lo que había en la habitación —la radio, el estéreo, la nevera y el televisor— lo habían hecho posible las matemáticas. Ninguno de nuestros amigos oía hablar tanto sobre la segunda ley del movimiento de Newton o mencionar el teorema de Bernoulli, que explicaba cómo las velas y las quillas funcionaban como alas, creando dos fuerzas de elevación distintas que propulsaban un barco hacia delante como una pepita de sandía apretada con los dedos. Entendimos el efecto Bernoulli mucho antes de saber de dónde venían los niños. Mamá nos instruía sobre Einstein también (Ruby es el único bebé al que le he oído gritar: «E siguiá amecé

cuadado»). Que Einstein hubiese sido un fanático de la navegación toda su vida ayudaba a tender puentes entre nuestros padres, entre la ciencia y la vela. Además, insistía mamá, solo el hecho de intentar entenderle te hacía ya más listo. Solo yo acepté el reto, no dándome cuenta hasta años más tarde de que estaba estudiando a Einstein para entender mejor a mi madre.

Muy pronto fui lo suficientemente bueno en matemáticas para hacerle creer que entendía más de lo que había entendido de verdad. Una noche, mientras me arropaba en la cama, susurró:

—A veces, las matemáticas se acumulan en nuestro interior y es como si estuviésemos escalando una montaña y tuviésemos una espléndida vista de las cosas que solo pueden ver otros matemáticos como nosotros.

Lo más que pude hacer fue amagar un asentimiento, pero me picaba la cabeza.

Aquel mismo verano garabateó dos fórmulas de Isaac Newton en el reverso de un tique, lo dobló y me lo dio en privado. Fue mucho más que una simple explicación matemática de por qué los planetas se desplazaban en órbitas elípticas. Fue como llevar en el bolsillo los dos secretos más profundos del universo.

Nos ofrecía la información y los conocimientos con un agudo acento francés, que confundía aún más a la gente que intentaba resolver nuestras raíces. Había sido una inocente estudiante de intercambio suiza, llamada Marcelle Gillette, cuando cayó bajo el hechizo de nuestro padre —según la interpretación que Ruby hacía de su primera cita— mientras navegaban en un viejo Joho 26 de madera y él se reía tontamente de las erres rodadas de ella, de cómo nos llamaba «segués humanós», comentaba que el agua estaba «fguiá» y se quejaba sobre ese «pegvegtidó» de *Playboy*, «Ugh Effneg».

Sin importar lo mucho que mamá nos enseñase, no había duda de quién era nuestro director. Papá nos lavaba el cerebro con la vela y, muy pronto, Bernard y yo comulgábamos con ruedas de timón. Practicábamos maniobras hasta que nos sangraban las manos, mientras que Ruby apenas prestaba atención, no por falta de interés, sino como si hubiese venido al mundo entendiendo ya todo lo que nosotros no sabríamos nunca.

Momentos Ruby

Dos recuerdos tempranos de Ruby navegando:

Domingo después de Acción de Gracias, 1995: mi padre nos hizo a la mar, en medio de la lluvia oblicua, en nuestros tres Laser. Hacían falta unos setenta kilos para mantener estos barquitos de regata de líneas puras a flote en medio de un temporal. Puede que Bernard pesase unos sesenta y ocho. Yo quizá cincuenta y cinco, y Ruby acababa de pasar la barrera de los cuarenta. Así que estábamos todos condenados a volcar, especialmente ella. Llevar trajes de neopreno cortos no hacía la cosa ni más cómoda ni menos desmoralizante.

Después de que los dos Bobos hubiesen anclado las boyas inflables y nos hubiesen dado la señal de tres minutos, atravesamos una línea de salida invisible sembrada de latas de cerveza esforzándonos por equilibrar los barcos, o bien dirigiéndonos directamente hacia el chubasco y dejando que las velas aleteasen, o bien acercándonos tanto al viento que estas nunca se llenaban por completo, mientras hundíamos las espinillas bajo las cinchas y suspendíamos el cuerpo horizontalmente a través de la cubierta y por fuera, sobre el agua. Yo volqué a la señal de dos minutos y estaba de nuevo a flote para el toque de un minuto, ya temblando y aturullado e irritado porque Ruby no había perdido aún el control. Todos teníamos el mismo equipo y solo diferíamos en edad, peso y habilidades. Cuando yo viraba hacia la línea de salida, Ruby vio mi servil sufrimiento y lanzó una carcajada.

Mientras los dos cruzábamos cuidadosamente de bolina la línea a través de la espuma, Bernard se arriesgó a llenar su vela y se puso en cabeza, inclinándose fuertemente antes de echar el cuerpo hacia atrás sobre la regala, hasta que la botavara golpeó una ola y volcó con fuerza. Si había una forma violenta de hacer algo, mi hermano solía encontrarla.

Con más precaución que nunca, continué de bolina, pero me falló la concentración, me desvié del rumbo y una racha me tensó la vela antes de poder aflojar la presión. Para cuando mi palo había golpeado el agua, yo

estaba ya gateando a la parte más alta para ponerme de pie sobre la orza, intentando no entrar en pánico, pero sintiéndome entumecido e impotente, apenas consciente de las órdenes que gritaba mi padre. Conseguí adrizar de nuevo el barco, pero Bernard había ya virado y pasado a Ruby, casi rozándola al doble de la velocidad de ella, y se acercaba rápidamente a la boya de barlovento en un ángulo raro, esperando que un cambio de viento favorable le permitiese doblarla sin tener que dar dos bordadas. Parado e intentando desesperadamente no volver a volcar, me deslicé de lado y vi a Ruby ganándome terreno, avanzando lentamente en un ángulo mejor hacia la boya, con el barco menos inclinado, haciendo un progreso más continuo, como si hubiese encontrado un paso seguro. Gruñón estaba tan orgulloso que comenzó a gritar: «¡Dios te adora, Ruby!», justo cuando Bernard fallaba la boya de barlovento, viraba de vuelta y era derribado, como aplastado por una enorme mano invisible. Por increíble que parezca, fui el primero en doblar la boya y comencé a virar hacia la de sotavento sacudido por las olas a media milla, con Ruby aún a un par de esloras por detrás de mí. Tan pronto como largué vela y giré ampliamente la botavara, comencé a planear tan salvajemente que era reacio a levantar del todo la orza y arriesgarme a perder más control. No quería volver a empaparme. Además, parecía como si algo pudiera partirse, aunque eso —que se rompiesen cosas y repararlas— era cada vez más apasionante para mí.

Ese fue el año que monté el taller de reparación de motores Josh's Small Motor Repairs. Arreglaba fuerabordas, sierras mecánicas, cortacéspedes y otros motores de dos tiempos que la mayoría de la gente despreciaba y no podía mantener en funcionamiento. Por la misma época, más o menos, Gruñón me dio su furgoneta Volkswagen de 1974, naranja brillante, averiada, como proyecto. Para aquel domingo, ya había sacado el motor y lo había desmontado, y estaba preparándome para reconstruirlo un año antes de tener edad suficiente para conducir. Así que el daño y la reconstrucción me fascinaban, pero las tormentas me daban terror.

Este era el tipo de día que se le daba bien a Bernard. Enfocándolo como una pelea, retaba al viento a lanzarle su mejor golpe. Sin embargo, estaba distraído por el hecho de que su hermana pequeña no había volcado. Así que, mientras yo me congelaba de miedo, él se detenía por incredulidad. En cualquier caso, dudamos y, en esos segundos, Ruby tiró de su orza, se tambaleó sobre una ola, se inclinó hacia delante y dio dos azotes a la proa, como si azuzase a un caballo al galope, luego nos sobrepasó volando en un

planeo alto, con una estela espumosa abriéndose desde su popa como pasa en las lanchas motoras. Yo estaba lo bastante cerca para ver su expresión relajada y divertida mientras pasaba a dos veces mi velocidad. Siguiendo su ejemplo, Bernard levantó la orza y aceleró, balanceándose precariamente, aunque aún pudo ganarle terreno. Mi plan era mantener la orza a media altura para sacrificar la velocidad por el control, con la esperanza de que ambos volcasen y la tortuga pudiese burlar a las liebres. Pero Ruby siguió avanzando, aunque cada vez más fuera de rumbo y de control, acelerando hacia la costa. Cuando papá le gritó a través del megáfono que abatiese la orza y trasluchase, o bien ella no oyó o bien no pudo cambiar el rumbo y continuó abalanzándose hacia la dársena y sus muretes de piedra. Y, durante ese alargado momento, me odié por desear que volcase y culpé a los dos Bobos por forzarla a salir a su edad, sin importar lo dotada que estuviese, y detesté a Bernard por hacernos a todos tan hipercompetitivos. Me había preparado para quedarme huérfano de hermana cuando ella, por fin, abatió la orza y se preparó para trasluchar peligrosamente cerca de la dársena en el solitario parche de aguas calmas de la bahía.

No tenía sentido que hubiese encontrado aquel suave hueco en medio de la rabia frenética —así que puede que «él» la encontrase «a ella»—, pero seguía haciendo demasiado viento para trasluchar sin volcar. Esa es la desventaja de navegar en un barquito de vela ligera. Una vez que el centro de gravedad se inclina por encima del de flotabilidad, para utilizar los términos de mamá, no hay otra cosa que el peso del cuerpo para contrarrestar el momento de escora y mantenerse adrizado. Así que Ruby estaba abocada a estrellarse, bien contra el agua, bien contra la dársena. Sin embargo, parecía haber calculado de alguna manera todos los ángulos y se dio cuenta de que podía virar sin problema mientras su vela estaba brevemente protegida del viento por el casco casi invertido, porque su Laser se puso derecho de repente, y ella saltó al otro lado y se colgó con fuerza, para seguir navegando en una aproximación más amplia y segura hacia la boya de sotavento y lanzarnos incluso un abucheo y un saludo de desfile antes de doblar la boya y ceñir hacia la línea de llegada varios años luz por delante de nosotros dos. Hicimos otras tres mangas con el viento aflojando. Ruby las ganó todas y, lo que es más asombroso, no volcó ni una sola vez.

Luego, no había forma de que Gruñón dejase de hablar de «mi pequeña Ruby» y de dar gracias a Dios, a Odín e incluso a Atenea. No quedó muy claro qué tenía que ver la diosa de la guerra con lo nuestro porque enseguida

siguió aclamando también al dios nórdico del viento: «¡Gracias, Njörd!».

Hay que tener en cuenta que estas historias cambian según quien las cuente y que no hay relatos indiscutibles sobre los tempranos espectáculos de vela de Ruby. Parte del problema es que mucho de lo que hacía no era posible. Ella misma era, además, como ya he explicado, una narradora poco de fiar. Y, como pescadores y marinos llevan demostrando durante eones — con ayuda de reflejos, espejismos y ron—, el estándar de veracidad es más bajo sobre el agua.

Hablemos de otro domingo: a media mañana, a mediados de agosto, el siguiente verano, con olas de calor arrancando nubes de vapor del lago. Los tres habríamos preferido estar en cualquier otro lugar cuando los Bobos dispusieron un breve recorrido y acordaron que nos dejarían ir tan pronto como lo hubiésemos hecho una vez o a los noventa minutos, lo que sucediese antes. Así comenzó nuestra épica caravana, a la deriva y cociéndonos, por la inmóvil bahía.

Bernard y yo intentamos fabricar nuestro propio viento a base de viradas con balanceo, lo que implicaba acunar los Laser para engañarlos temporalmente y llenar las velas con la ilusión de brisa. Así que cabeceamos, avanzando ligeramente por delante de nuestra hermana, cuya proa apuntaba en el sentido contrario, mientras ella miraba al cielo siguiendo su palo.

Estábamos a casi un tercio del camino a la boya de barlovento, a unos treinta metros por delante de ella, cuando noté que, de repente, se deslizaba, sin remar ni balancearse. No se movían ni el aire ni el agua ni el tiempo, pero nuestra hermana lo hacía claramente, observando lo alto de su mástil, como si viese o desease algo. Silbé a Bernard y señalé:

—¡Mírala!

—¡Mierda! —gimió.

Por desgracia, estábamos cada vez más acostumbrados a esos momentos Ruby. Parte de nuestro entrenamiento incluía estudiar las más mínimas olitas en busca de señales de futuros cambios de viento. Las lecturas correctas compensaban las meteduras de pata, proporcionando un zigzag más directo alrededor de las boyas: un cambio de viento favorable te acercaba a la llegada, uno poco grato te arrastraba más lejos. Y ahí es donde Ruby tenía un sexto sentido: veía ondas nimias que a nosotros nos pasaban desapercibidas, tenía una piel más sensible o, según Bernard, simplemente una suerte loca. Sea como fuere, solía anticipar las inferencias antes que nosotros. No obstante, como he dicho, esa mañana no había viento que pudiese cambiar.

Seguía mirando hacia arriba, con el peso bien adelantado e inclinada hacia el lado en el que la vela colgaba hacia. Y, entonces, pasó algo raro: las únicas ondas visibles del lago estaban, de repente, justo ante su proa. Bernard y yo cabeceamos furiosamente, pero estábamos demasiado lejos para compartir su racha privada, que, en cualquier caso, se esfumó enseguida. Aun así, le había dado suficiente para rebasarnos y doblar la boya de barlovento, donde su magia resurgió y sus ondas privadas volvieron a materializarse, esta vez, detrás de ella. Así que giró la botavara con fuerza hacia fuera y tumbó su peso hacia delante para levantar la popa y minimizar el arrastre, gobernando con los pies, sin preocuparse al parecer de hacia dónde se dirigía, simplemente observando el palo mientras aquellos minicéfiros iban y venían justo detrás de ella, impulsándola hacia la línea de llegada. Desde la distancia, su barco parecía un bote desatendido, sin motor, deslizándose en la calma chicha, mientras Bernard y yo finalmente doblábamos la boya de barlovento salpicando. No dijimos nada. Incluso Gruñón se había quedado completamente mudo.

El viento adora a nuestra hermana

Cuando llegamos a casa, ella llevaba más de una hora en la pista de patinaje. Así que, hechos un lío, intentamos encontrar una explicación, principalmente, para nosotros. A nadie le extrañó recibir una llamada, esa misma tarde, diciendo que Ruby se había roto la muñeca en la pista: era tan torpe en tierra como sobrenatural en el agua. A los trece años, ya se había roto dos dedos, un tobillo, la nariz, una costilla, un diente y, ahora, la muñeca.

Mientras esperábamos a que volviese con mamá del hospital, nos zampamos los restos de un pastel de carne y patatas rellenas al horno y veíamos una reposición de *La chica de la tele* a volumen suficiente para que el abuelo la oyese. Durante los anuncios, Gruñón tomaba una edición de bolsillo de Steinbeck, se cambiaba las gafas y releía un párrafo o dos antes de que la serie continuase; entretanto, mi padre se pasaba la seda dental ante el televisor, como hacía siempre que mamá no estaba; Bernard, como de costumbre, bromeaba sarcásticamente con los anuncios; y nuestros labradores negros, Isaac y Albert, se acurrucaban bajo mi silla apostando correctamente a que les daría bocaditos. Gruñón había visto aquel episodio muchas veces, pero aún se reía más que el público enlatado. Luego, Isaac me soltó en el regazo una pelota de tenis llena de babas, que se cayó al suelo y rodó en dirección sur hacia las ventanas.

Con el tiempo, la finca Johannssen, con sus agrietados cimientos, se había ido inclinando hacia la colina de zarzamoras y el almacén de madera y, cruzando el agua, la torre Space Needle de Seattle y el resto del espejismo urbano al otro lado de nuestras ventanas. Vivíamos cerca del Canal Marítimo, una rambla artificial de agua dulce que serpenteaba, al oeste del lago Washington, hacia las esclusas de Ballard Locks y el estrecho de Puget. Todo parecía atrapado en el tiempo hasta que las casas de alrededor comenzaron a venderse, las echaron abajo y las sustituyeron con mansiones que casi no cabían en las parcelas, dejando a los perros sin lugar para cagar, salvo nuestro abandonado jardín. Oleadas de vivarachos agentes inmobiliarios seguían

llamando a nuestra puerta como testigos de Jehová para hacernos saber lo mucho que valía nuestro «solar».

Las visitas se sorprendían, a menudo abiertamente, al ver cómo y dónde vivíamos, suponiendo que unos marinos y constructores de barcos tan famosos residirían en un lugar mucho más grande. Pero los Bobos eran más como artistas en apuros que vendían esculturas a los ricos, un punto de fricción para Gruñón, que se enorgullecía de hacer barcos que la gente normal podía permitirse. Incluso cuando el negocio iba viento en popa, hubo pocas mejoras domésticas y nunca suficiente efectivo. «Cuanto menos tengamos —les gustaba decir a los Bobos—, menos atractivo será demandarnos.» Se llevaban siempre el almuerzo de casa y nunca pagaban aparcamiento. Fuimos los únicos niños de nuestros respectivos cursos a los que no pusieron aparato; los ortodoncistas, nos habían enseñado, eran unos estafadores. Si salíamos a comer en familia, era la modalidad de pescado barato *fish and chips*, en el bar de Ivar. Nunca fuimos a Disneyland, Hawái o París. Nuestras vacaciones eran todas a bordo. Y cuando la abuela murió de Benson & Hedges, como resumía Ruby mencionando el tabaco que fumaba, Gruñón se mudó al Solar, lo que significó que Bernard y yo pasamos a compartir habitación y a dormir en literas de segunda mano.

Después de *La chica de la tele*, vimos el duelo de anuncios que atacaban a Dole y Clinton, mientras Bernard echaba leña al fuego burlándose de ambos. Cuando pregunté sobre la diferencia entre republicanos y demócratas, el abuelo se sonó la nariz, un orificio tras otro, y luego dobló con cuidado el pañuelo como si fuese de oro.

—Los demócratas son marinos —dijo—. Los republicanos navegan a motor.

—¿Clinton hace vela? —pregunté inseguro.

Gruñón dudó, pidiendo socorro a mi padre, que ahora se cortaba las uñas de los pies.

—No —dijo—, pero se aficionaría a ella mucho antes que Dole.

Eso tenía sentido, pero Clinton tampoco parecía poder ser de mucha ayuda en un velero.

—Los republicanos beben todo el día y solo llevan sus apestosas cafeteras de un club náutico a otro —elaboró Gruñón—. Los demócratas tienen la decencia de esperar a haber arriado velas y fondeado para emborracharse.

Las ironías acabarían llegando, por supuesto, con el abuelo paseándose en un apestoso y cómodo barco de motor y mi padre volviéndose conservador.

Pero, por el momento, Gruñón reforzaba su caso recitando de un tirón famosos marinos demócratas —«JFK y Roosevelt, ¡por Dios!»— cuando Ruby se deslizó por la puerta de entrada y Bernard se enfrentó a ella de inmediato.

—¿Cómo lo has hecho? —quiso saber.

—Me he caído —dijo ella, mirando la brillante escayola de su brazo—. Stephanie me adelantó, y yo estaba intentando alcanzarla cuando...

—No —la interrumpió él—. En el barco, esta mañana. ¿Cómo has hecho eso?

A esa edad, los rasgos de Bernard eran una llamativa mezcla de los labios carnosos y las largas pestañas de mamá y las ventanas de la nariz anchas y la enorme frente de papá. Pero observar cómo aumentaba la ira de mi hermano o mi padre era exactamente igual: se les desorbitaban los ojos, se les hinchaba la yugular para dar espacio a la sangre que se apresuraba al cerebro. Sin embargo, los dos sonreían a menudo cuando estaban furiosos, haciendo alarde de sus incongruencias. Más tarde aquel otoño, echarían a Bernard del equipo de fútbol americano de Ballard por placar con demasiada fuerza en los entrenamientos, el mismo mes que yo lo vería liberar arañas del tamaño de tortuguitas y leer guías de mariposas tantas veces que les partió el lomo.

—¿Que cómo he hecho qué? —preguntó Ruby, aunque su sonrisa de satisfacción desvelaba que sabía a qué se refería.

Después de que mamá hubiese puesto un cuenco de minestrone de lata frente a ella, comenzó a sorber y a quitarse ropa, su flequillo color óxido pegado a la frente sudorosa, respirando ruidosamente por la nariz. Todo lo que hacía parecía generar calor. Visto que mamá también era aún una incógnita para mí, en aquel momento acepté que todas las mujeres eran un misterio.

Romperse la muñeca no hizo llorar a Ruby, pero la visión de una estrella de mar morada o del exuberante vuelo de una golondrina podía conseguirlo. Mamá decía que eran las hormonas, aunque Gruñón tenía el mismo problema de que se le saltasen las lágrimas ante la belleza o el humor de las cosas. Veía las reposiciones de *M.A.S.H.* con un pañuelo en la mano.

—¿Dónde está tu chaqueta? —preguntó mamá, aún de pie mirándola.

Ruby se sonrojó.

—Se la di a Stephanie. Ya no me cabe.

—Claro que sí. Que te devuelva el abrigo, cariño.

Que Ruby regalase sus cosas era un problema recurrente: el dinero de su

almuerzo, las playeras, las golosinas de Halloween, mi cometa de caja.

—¿Cómo lo has hecho? —insistió Bernard.

Ella se encogió de hombros de forma poco convincente.

—¿El qué?

Bernard nos miró en busca de ayuda.

—Cómo. En contraste. Viento. Cuando. No. Lo. Había.

Gruñón dejó de pelar pistachos y se echó hacia delante para asegurarse de que no se perdía una sílaba de la respuesta. Mi padre terminó su vino, tragando ruidosamente, sin prestar atención al ceño fruncido de mamá, que recogía los restos de uñas con una revista de navegación para echarlas en el cubo de la basura, antes de ir por una cerveza (siempre anduvieron al revés de los estereotipos de género en cuanto a bebida: la gente solía equivocarse y ponerle a ella la copa y a él el botellín).

—Voy donde creo que va a haber viento —dijo, por fin, Ruby.

—Eso —contestó de mala manera Bernard, con los ojos en llamas— es una chorrada como una casa.

—Bernaaard... —le riñó mamá tibiamente, abandonada hacía mucho la idea de controlar su vocabulario.

—No era posible ni pensar en que fuese a haber viento. —La voz de Bernard se había hecho más grave hacía poco y, de repente, sonaba como otro adulto exigente en una casa que parecía cada vez más pequeña—. Ni una pizca. Cero.

—Era ligero —concedió Ruby, cuya ceja ligeramente levantada delataba lo mucho que disfrutaba torturando a nuestro hermano.

—No —la corrigió él—, no había na-da, excepto el que llenaba tu vela.

—Puede que ella simplemente preste más atención que vosotros —sugirió papá—. ¿Lo has pensado?

—No, porque no es cierto.

—Todos hemos visto lo suficiente —interrumpió mamá— para saber que puede haber bolsas y rachas en cualquier momento y cualquier lugar.

Se enganchó el pelo tras las orejas, en su último año de melena *hippie* por la cintura, antes de llevar el pelo repentinamente tieso, gris y corto. Lo que, con su acento cada vez más leve, comenzaría a hacerla asombrosamente parecida al resto de las madres.

—Todo lo que hace falta —nos recordó— es un poco de aire en expansión. Y puede que Ruby estuviese creando más viento aparente que vosotros, y que este aumentase progresivamente. Cuanto más generas, más

elevación consigues y más rápido vas, ¿no? Y eso crea más viento aparente, lo que hace que vayas incluso más rápido, y así. Por eso los trineos de vela pueden navegar cuatro veces más rápido que la velocidad real del viento, ¿os acordáis?

—Sí, guay, eso es superestupendo —replicó Bernard—, excepto por el hecho de que cuatro veces cero sigue siendo cero.

—A veces, veo el viento —aventuró Ruby— como colores en el agua.

—Buen intento —dijo él, con tono aburrido—. Suenas superguay, pero no explica por qué siempre estás mirando hacia arriba.

—Es que tengo una especie de corazonada —respondió ella—, como una sensación de hacia dónde va a soplar. Ahora aquí..., luego allí.

—O sea, que oyes voces —se mofó Bernard.

—Solo la de papá —Ruby ya no podía seguir escondiendo su regocijo—, pero incluso tú puedes oírla, probablemente.

Nuestro hermano esperó a que terminasen las carcajadas.

—¿Por qué siempre estás mirando hacia arriba? No llevamos catavientos. ¿Qué miras?

Tras una larga pausa, ella dijo:

—Solo la vela y el aire, supongo. ¿No dice mamá que, con las brisas ligeras, tienes que mantener las moléculas del aire en contacto con la vela?

—Pero no puedes ver las puñeteras moléculas —refunfuñó Bernard.

—Si tú lo dices, capitán Tortuga Coja.

Cuando las risas dejaron de silbar entre los dientes, todos nos quedamos mirando a la pequeña Ruby, repantingada bajo una sonrisa pícara y una nariz quemada por el sol. A esas alturas, era blanda como un bebé y lucía sobre un pecho plano de chico una camiseta de Madonna, que más tarde le horrorizaría descubrirse en las fotos. Sus manos, sin embargo, tendían ya a lo inusual, con los dedos extrañamente más largos que los míos o los de Bernard. Te dabas cuenta de cuando se ponía nerviosa o toqueteaba el piano o contaba historias. Y tenía una ceja izquierda sensacional, que podía bajar, alzar o arrugar independientemente de la otra. Sus pupilas también eran peculiares, extrañamente pequeñas, dejándonos a todos perdidos en sus grandes iris verdes.

Matamos el tiempo esperando que dijese algo más. Mamá anotando números en el reverso de un tique de la frutería. Papá poniéndose, tranquilamente, otra copa de tinto. El abuelo echándose a la boca otra pastillita blanca y acariciándose el bigote. Bernard haciéndose sonar,

metódicamente, los nudillos y luego la columna: clic, clic, clic. Yo abriendo el congelador y sacando un polo Popsicle doble de uva.

Lo que yo quería preguntar era por dónde justamente se le había roto la muñeca y qué aspecto tenía la radiografía y si le dolía el brazo y cuánto tiempo tardaría en curarse y si sería proclive a romperse otra vez por el mismo sitio o si sería más fuerte que nunca como una junta soldada.

—Miro —dijo Ruby lentamente, sacando todo el partido de la atención que tenía— para ver dónde quiere ir el viento.

Bernard resopló.

—Muy gracioso, pero el viento no piensa. Solo sopla o no.

Abrí el plástico con los dientes y saqué el polo, lo partí por la mitad y le pasé uno de los palitos morados a Ruby.

—Eso díselo al viento —dijo antes de metérselo en la boca sonriente.

—¿Por qué esto solo le pasa a ella? —gimió nuestro hermano.

Los dos Bobos explotaron en carcajadas y Ruby fingió que su Popsicle era un micrófono y comenzó a cantar «Love Shack» mientras mamá seguía reflexionando pensativa. Fue la última en admitir que había algo curioso en la navegación de Ruby.

«No hay tantas variables», no dejaba de recordarnos. Por sugerencia suya, intercambiamos los barcos y las velas. Atamos quince kilos de peso a la bañera de Ruby. Comenzamos en diferentes extremos de la línea y viramos a lados opuestos del campo de regata. Aun así, casi siempre ganaba ella y, por fin, la destreza marinera de su hija emocionó a mamá tanto como los misterios y los problemas sin resolver.

Sin embargo, no solía tener respuestas satisfactorias cuando se trataba de Ruby. Aquella tarde de agosto, suspiró, se recostó en la silla y dijo:

—Einstein adoraba navegar cuando había poco viento o no había nada, para poder anotar ideas.

Bernard se rio amargamente.

—Dudo bastante que haya muchos pensamientos profundos en el barco de Ruby.

—Entonces puede que tenga que seguir siendo un misterio —dijo nuestra madre—. Como a Albert le gustaba decir: «El misterio es la fuente de todo arte y ciencia verdaderos».

Bernard se encogió de hombros.

—Guau, eso es tan profundo que me dan ganas de llorar. Pero navegar no es ni un arte ni una ciencia.

—Es verdad —dijo Ruby—. Es las dos cosas. Y ¿se te ha ocurrido alguna vez que puede que el viento simplemente me quiera más que a ti?

Su ceja izquierda subió en picado, luego su risa tonta se convirtió en una carcajada con relinchos cuando se le cayó el polo en la moqueta verde lima y blanca que mamá se había jurado cambiar hace años.

—¡Qué suerte la nuestra! —rezongó Bernard antes de salir resueltamente de la casa—. El viento adora a nuestra hermana pequeña.

Geometría satánica

La mayor parte de los días éramos nueve trabajando en el astillero en aquella trascendental primavera de 2012, sin contar a los dos picadatos, un tipo para los repuestos y algunos imprimadores temporales. Estaba el ocasional estudioso sobrio que se leía los manuales, pero, por lo general, éramos manitas saliendo del paso. Lo que tendíamos a compartir más allá de la arrogancia típica del chapuzas eran la tolerancia para la incomodidad y un don para improvisar con taladros, llaves inglesas, adhesivos y sopletes. La mayor parte —incluida Lorraine— bizqueábamos al sol bajo gorras de béisbol todo el día y tragábamos cerveza barata hasta la medianoche, luego nos enjuagábamos y repetíamos, con los cuerpos como árboles de Navidad de cortes y moratones. Si teníamos novias —nunca se sabía con Lorraine—, no duraban. Pero no nos tengáis lástima; especialmente, si tenéis un barco y os preocupáis mucho por él. Somos los médicos y cirujanos de vuestro universo inanimado.

La mañana siguiente a la emboscada de mi padre, entré enérgicamente en el taller, con mi hermano tan presente en el pensamiento que casi lo sentía andando a mi lado. ¡Había escrito! Solo una postal breve y críptica, enviada dentro de un sobre que había sido inocentemente insertado contra la pared lateral de mi apartado de correos, pero era definitivamente su letra. No me había dado cuenta de lo mucho que me había preocupado que pudiese estar muerto hasta que tuve pruebas de que no lo estaba. Hacía años que me había enviado manifiestos sobre las hipocresías y los contaminadores de océanos estadounidenses. Toda su animada irreverencia había quedado, después, reducida a lacónicas tarjetas postales y, más tarde, a nada durante los últimos veintiocho meses. Y ahora, al parecer, ¡iba a volver a casa!

Voy a necesitar nuevo barco y nuevo comprador. Dile a Yoshito, yoshito999@gmail.com, que Minke solo negociará con él.

Solo dieciocho palabras, pero las leí varias veces con la esperanza de exprimirles algo más de significado. «Voy a necesitar» implicaba urgencia, ¿no? Para Bernard era, probablemente, peligrosamente específico. La última vez que se había arriesgado a una visita —de una noche—, le pregunté cómo era estar de nuevo en casa. Lo pensó un momento, como si fuese una cuestión filosófica, luego se lamió el labio partido y dijo: «Veo la tierra como una “intrusión”». Se me quedó grabado aquel comentario; también sus ojos, que se habían vuelto de un azul más lechoso, como si hubiese mirado al sol durante tanto tiempo que se habían desvaído, igual que le pasa a la pintura de un barco. Sin embargo, las pistas tácitas estaban claras. El matasellos de Manila del 3 de abril —estampado hacía solo siete días— sugería que estaba planeando cruzar el Pacífico en primavera. Un «nuevo» barco significaba un barco «diferente», sin duda más grande, más amplio y más rápido, aunque aún lo suficientemente pequeño para navegar en solitario; así pues, uno de treinta y siete a cuarenta y cinco pies, capaz de travesías más rápidas. Que quisiera que yo le encontrase un barco significaba que o bien tenía dinero o bien tenía la intención de «liberar» uno. En cuanto al «nuevo comprador», claramente esperaba que le ayudase a introducir contrabando de nuevo, y Minke debía de ser su nuevo alias. También parecía necesitar tanto un barco como un comprador desesperadamente si se arriesgaba a volver a casa. Al menos, eso es lo que saqué de aquellas letras familiarmente tumbadas hacia atrás en el reverso de una postal arrugada, con una huesuda mujer filipina de bikini floreado haciendo equilibrios.

Los únicos clientes en el taller tan temprano eran Rex y Marcy, que aplicaban torpemente una segunda capa de patente barata al barco.

—¿Qué pinta tiene? —preguntó ella, bajándose una mascarilla antipolvo sucísima para dejar a la vista los dientes.

—Estupenda —dije, como si fuera la imprimación más homogénea y fabulosa que hubiese visto nunca.

—Dos capas nos durarán cuatro años —anunció Rex.

—Puede que tres —dije—, pero aún tendréis que sumergiros para limpiar el casco cada seis meses o los percebes acabarán con vuestra velocidad.

Asintieron fervientemente y me enseñaron los libros de mantenimiento de barcos y navegación en tormentas que habían reunido, como si prepararse para explorar el mayor océano del mundo en un barco destartado fuese simple cuestión de empollar como para cualquier otro examen.

Paseando la mirada alrededor, examiné el taller iluminado desde atrás y

las siluetas de los cascos que se cernían como ballenas de fibra de vidrio sobre bloques; mi mirada saltó entre un Ingrid 38 sin pala del timón y un Valiant 40 con la pintura levantada. Aparejados para navegar en solitario, cualquiera de los dos podría ser perfecto para Bernard. Mientras daba la vuelta al Valiant, me imaginaba a mi hermano planeando olas a salvo en el interior de aquella tripuda embarcación, cuando Noah se acercó resueltamente con su mono salpicado de aceite, dando caladas a un Camel consumido hasta las puntas de los dedos, y con la otra mano envuelta alrededor de un Red Bull.

—Se podría llegar a Plutón y volver en este cabrón —dijo, señalando el Valiant con el meñique—. El gran Robert Perry lo diseñó para durar por cojones. —Miré a otra parte cuando se agarró los suyos—. No te pongas homofóbico conmigo, Josh. Todos estamos en algún lugar del espectro homo-hetero, es cuestión de grados, predeterminados poco después de la concepción, en esas intrépidas primeras células que se pegaban a las paredes del útero de nuestras madres. ¿O no tengo razón?

—Noah —dije, dando un paso atrás—, ¿crees que podría tomarme este café con un poco de tranquilidad?

—Ni de coña. —Se acercó de nuevo—. Todo lo más que puedes esperar en este mundo loco, amigo mío, es rozar con un dedo algo de lo que puedas estar seguro. ¿Y sabes qué es? —Encendió otro pitillo con el que estaba acabando y exhaló el humo por la nariz como un dragón—. Si no cambias las chapas de cinc, las hélices se corroen.

Nadie sabía nunca lo que Noah diría a continuación, si sería profundo o absurdo, insultante o graciosísimo. A veces, salía por peteneras o zigzagueaba, en mitad de una frase, de repente, hacia la política o la religión o una de mis citas de hacía meses: «Era bonita, pero pretenciosa, ¿verdad?». Intentábamos mantenerlo lejos de los clientes, lo que no resultaba fácil; como experto en diésel, tenía una extrañamente precisa memoria para los números de las piezas de repuesto y mano en la mayor parte de los proyectos. Hijo de un predicador, hablaba en diatribas melodiosas y solía pasar a las imitaciones sin avisar. Su Obama era decente, pero su Morgan Freeman era absolutamente perfecto, como en aquel documental al que había puesto voz en inglés: «Y comenzarán su marcha, tal como lo han hecho durante siglos, desde que el pingüino emperador decidió quedarse a vivir y amar en el lugar más inhóspito de la Tierra».

Otra razón por la que intentábamos mantenerlo fuera de la vista era su

testimonio a gritos sobre haber crecido en una casa en la que un belén adornaba el patio delantero todo el año. Solo mencionar el nombre de la ciudad en que vivía —Boring (sí, como «aburrido» en inglés), en Oregón— podía provocar una arenga, como lo haría cualquier referencia a su padre desde que su programa de radio cristiano había pasado a ser nacional. En febrero había utilizado su creciente audiencia para predecir el final del mundo. Nuestro mundo. Este. Otra vez más. Lo había presagiado ya una vez, en 1998, para reconocer después que había cometido un simple error matemático fácilmente corregible. Esta vez estaba seguro. El éxtasis sería el 24 de junio, dos meses y catorce días a partir de la fecha en que estábamos. Noah decía que no solía pensar en ello, aunque los efectos colaterales seguían acumulándose. ¿Su último tic? Dos o tres sacudidas involuntarias de la cabeza, como un boxeador esquivando golpes rápidos.

Entonces el Gran Alex vino dando brincos hacia nosotros, así que dejé mi café en el tonel de la basura y me preparé para el impacto; me comprimió la caja torácica y me arañó la mejilla con los bigotes, hasta que se volvió a Noah, que puso los ojos en blanco rindiéndose. Alex, alcohólico en recuperación, había añadido un decimotercer paso por su cuenta: abrazar a amigos y extraños, lo que hacía de él otro empleado que esconder a los clientes.

—¡Qué bendición de día! —dijo con entusiasmo.

Para rematar, Mick se aproximó, con sus piernas arqueadas, para recibir su abrazo de la mañana. Bajito, joven e inyectado en sangre, señaló el destrozado Joho 39 de mi padre en una esquina del taller.

—¿De qué va eso?

Entre treinta y un barcos de varios valores, tamaños, formas y condiciones, Mick había conseguido oler el que no encajaba.

—¿Le vas a dar patente? —preguntó.

—En algún momento —dije.

—¿Qué más?

—Va a frankensteinizarlo —le dijo Noah—. Es un viejo Joho 39, como se los llama cariñosamente: un clásico de plástico construido por su papaíto y su abuelito en el Pleistoceno de la construcción en fibra de vidrio. Y nuestro querido Josh va a frankensteinizarlo para la Swiftsure u otra ridiculez de regata.

¿Cómo podía saber lo que yo no me había atrevido a confesarme aún del todo?

—Y quieres que también nosotros lo manoseemos —dijo Noah—. Dilo, ¡venga! Te sentirás mejor. —Se quedó mirándome—. Testifica.

—Eres un lunático —le dije.

—No puedo negarlo, pero ¿no podrías, al menos, admitir que vas a pedirme ayuda? «Vamos, Noah, colega, ¿podrías aligerar el aparejo y fijar un minibauprés y recomendar una pala de timón con menos arrastre?» Todo lo cual estaré encantado de hacer si tú haces el favor de contestarme la única pregunta de mierda que ningún marino ha podido responder adecuadamente nunca: ¿cómo se puede alguien flipar tanto por ir un poquitín más rápido que otro, cuando los dos vais lentos que te cagas?

—Es difícil de explicar.

—Prueba.

—Bueno, requiere entrenamiento e intuición. Y ayuda que entiendas la hidrodinámica y la aerodinámica. Piénsalo —dije—: para la mayor parte de los aficionados a la navegación, el viento es un obstáculo, pero es nuestro combustible. Usamos una fuerza invisible. Así que tiene algo de magia.

Noah se rio.

—Vais a velocidad de marcha atlética. ¿Qué más da que vayáis un poquitín más rápido que el capullo de al lado?

Me terminé el café frío.

—¿Dirías que los escaladores más rápidos son irritantemente lentos? ¿Por qué se molestan siquiera si pueden agarrar una moto y subir por detrás el mismo risco en cinco minutos?

—Pues eso digo yo —me contestó—. Y, ahora, explica lo de la Swiftsure. Actuáis como si fueseis al Lollapalooza o al Burning Man, como si no pudieseis decir que sois marinos de verdad hasta que se os rasga el himen de la Swiftsure.

Me encogí de hombros.

—Es la regata más importante por aquí: cuarenta y ocho horas con cientos de barcos canadienses y estadounidenses. Quiero decir: sales un poco al océano y, luego, planeas las olas de vuelta a Victoria en la oscuridad. Puede ser un viaje interesante.

—¡Guau! —Noah me miró con ojos de vaca—. Qué valientes.

Me retiré calladamente cuando, por fin, llegaron clientes y comenzaron a moverse en órbitas cerradas en torno a sus barcos, esperando con algo de urgencia para charlar con Jack, el rotundo «enano tullido», como se describía a sí mismo, que dirigía nuestro taller.

Solía trabajar con nosotros antes de que un mástil cayese sobre él aplastándole tres discos. Ahora Jack pasaba los días tras el mostrador de información y aquello no podía haberle ocurrido a un hombre más adaptable. A medias especialista en diagnóstico, a medias psiquiatra, estaba siempre de parte de todos. Con nosotros, satirizaba a los dueños de barco delirantes y quisquillosos. Con ellos, se condolía de los costes cada vez mayores y los escandalosos honorarios e impuestos.

Estaba frente al edificio, en la densa niebla —que se levantaba o caía, ¿quién podía decirlo?—, bajo la misma gorra de béisbol roja desvaída que nunca se quitaba, ni siquiera para rascarse la cabeza.

—Tiene que entender —le estaba diciendo a un hombre fornido, vestido con un traje de lino— que construyeron estas cosas sin la parte de arriba, y las llenaron de cableado y tuberías, y luego pegaron la parte de arriba y la atornillaron para que no se pudiese acceder a nada importante nunca más. Así que, cuando las cosas van mal, tenemos que cortar las cubiertas y entrar a gatas bajo el puñetero tablazón. Luego, claro, está la geometría satánica de los compartimentos del motor de los veleros. Todos mis mecánicos bajan con teléfonos móviles para poder llamarnos cuando se quedan atascados. Tuve que sacar al Gran Alex con una grúa justo la semana pasada. —Entonces, levantó la vista y gritó: «¡Josh!», como si no me hubiese visto en meses—: Aquí hay alguien a quien tienes que conocer.

Estreché debidamente la mano grande y sedosa de Randall P. Dodd, que resultó ser el dueño del Carver de cincuenta y tres pies totalmente cascado que había cerca de la valla. La crisis de la mediana edad de Dodd, iba a enterarme, implicó aficionarse a los «yates» y derrochar su dinero en ese mastodonte al que, con toda humildad, bautizó *Goliath*. Como buen director de tecnología, pidió todos los chismes automatizados de última generación disponibles, hasta que su patrón computerizado podía llevar prácticamente solo el yate de puerto en puerto. Pero, en su tercera salida —durante una oleada de orgullo poscoital desmesurado, avivado por un *whisky* puro de malta—, Dodd anuló el piloto automático, y gobernaba de verdad el barco, disfrutando su estela imperial y el rugido viril de sus dos 450 tragando ciento ochenta dólares de diésel a la hora, surcando las aguas al setenta y cinco por ciento del máximo del motor, de pie como Zeus en su puente volante, cuando las alarmas de poca profundidad comenzaron a graznar. «Que les den», pensó. Veía muy bien adónde se dirigía cuando su cacharro nuevo de veintitrés toneladas se estrelló en el bien marcado, aunque sumergido, banco

de Wyckoff, a diecisiete nudos, destripando la transmisión y lanzando a su amante, Candi, de un lado al otro de la cocina abajo, rompiéndole la clavícula izquierda.

—Arréglenme el barco de inmediato —nos dijo, aun después de que Jack le advirtiese de que iban a ser, probablemente, setenta mil dólares de reparación—. Estaba ya encontrándole el tranquilo —nos confió—. Es parte de la persona que soy ahora, ¿lo entienden? Soy capitán de barco.

Tras tranquilizarle asegurándole que podíamos reconstruir su juguete, salí arrastrando los pies para unirme a los fumadores que descansaban mientras Noah imitaba a Jonathan Goldsmith en el anuncio de la cerveza Dos Equis —*Stay thirsty, my friends*—, hasta que notó mi presencia y me pidió la actualización de mis desventuras amorosas.

Los chicos devoraban aquellas historias. Para algunos, evocaban recuerdos mejorados por el tiempo de la época en que tenían citas. Para otros, eran una sarta de chistes. Aun cuando yo intentaba parecer categórico o aburrido, sonreían de satisfacción como chacales. «Y ¿entonces?», preguntaban.

—La número trece ha sido la más joven —dije—. No dejaba de mirar el móvil como si fuese un espejito para maquillarse. Al final, confesó que esperaba que yo pareciese más joven, como le pasa a Brad Pitt. «Pero, en realidad, no. Pareces bastante viejo», me dijo.

Los chicos abuchearon.

No les dije que tenía las matemáticas de mamá de mi parte. Ella había esbozado mi plan maestro amoroso en Acción de Gracias, después de que papá se preguntase en voz alta, durante la cena, cómo era posible que yo hubiese cumplido los treinta y uno sin encontrar aún futura esposa. El último censo, calculó ella, mostraba siete mil mujeres solteras con una diferencia de edad de cinco años o menos conmigo y a cincuenta kilómetros de mi ubicación. Al menos el diez por ciento estaba en una aplicación de citas, calculó; la mitad, más o menos, en Match.com. Así que, si quedaba con treinta y cinco mujeres de esa página, es decir, el cinco por ciento del fondo disponible (por encima del margen de error estándar de las encuestas), las matemáticas sugerían que encontraría el amor verdadero. Al menos, esos eran sus cálculos. La suposición tácita era que yo me enterase cuando la señorita Perfecta apareciese. A aquellas alturas, había tenido veintitrés citas, muy por encima de la mitad del experimento, sin romance a la vista.

—Lo más cerca que estuve de sentir que tenía una novia —informé a los chicos— fue con la número veintiuno. Creí que nos gustábamos. La invité a

cenar cuatro veces antes de que me informase de que no dejaba de soñar que me lo montaba con su hermana. Así que le recordé que nunca había conocido a dicha hermana. «Lo siento, pero me está costando mucho perdonarte», va y me dice.

Los chicos explotaron de risa.

—La número veintidós me dejó —expliqué— porque bebí de un vaso de poliestireno.

—¿Qué?

—Pasó a buscarme por el taller y le pedí que parase en la capitanía del puerto porque quería comprar un café para llevar. Tenían vasitos de papel y de poliestireno, pero elegí mal y esa fue la gota que colmó el vaso.

—¿Cómo puede ser eso siquiera una gota? —preguntó Leo, un experto en fibra de vidrio entradito en carnes, famoso por haberse colocado tanto que pintó con espray «¿LO TIENES?» en un paso elevado de la autopista, con unos signos de exclamación tan flojos que parecían signos de interrogación, lo que hizo que miles de conductores se preguntasen si habían, de hecho, olvidado algo.

—Al parecer, el poliestireno rezuma sustancias químicas como el estireno —les expliqué—, que, según ella, te puede matar. Lo busqué. Está prohibido en California. Es lo mismo que usan en los Lego.

—Yo chupaba mis Lego —dijo Noah— y he sobrevivido.

—Hasta ahora —puntalicé—. Dice que no tiene problema con que yo no haya ido a la universidad ni con el hecho de que huela como los talleres Jiffy Lube, pero no puede, de ninguna forma, transigir, y utilizó esa palabra, sí, con que beba de vasos de poliestireno. Es una señal, me dijo, de que no seremos nunca compatibles.

—O de que está completamente loca —sugirió Mick.

—Aunque es un ave, no volará —comenzó Noah—. Aunque vive en el mar, no nadará. Más que nada, caminará. Pero no caminará solo.

—¿Qué coño? —preguntó uno de los imprimadores.

—*El viaje del puto emperador* —murmuró Mick mientras nos dispersábamos.

El resto de mi día renqueó por una sucesión de proyectos a medio terminar, ninguno de los cuales afectaba al barco de mi padre, aunque él había llamado tres veces sin dejar mensajes.

Cuando cerrábamos, Jack me pidió que me reuniese con él para atender una conferencia con Blaine Stanton, el dueño hospitalizado del velero de

treinta y seis pies casi demolido, que habíamos comenzado a reparar aunque no tenía sentido hacerlo.

Los stents vasculares de Blaine no habían ayudado. Se le había rasgado la aorta y llamaba antes de entrar de nuevo en quirófano, susurrando que estaba a punto de recibir la extremaunción.

—Cuando me despierto, pienso en el barco —llegó su voz áspera a través del manos libres—. La idea de dejarlo como está es demasiado para mí. — Esperamos mientras se aclaraba dolorosamente la garganta—. Lo digo en serio, Jack.

—Lo sé —le tranquilizó Jack.

—Quiero que salvéis el *Sophia* sin importar lo que me suceda a mí — susurró Blaine—. ¿Me oís? Acabo de transferiros otros veinte mil.

—No te preocupes por él, Blaine. —Jack miró al techo para que no se le saltaran las lágrimas—. Está en buenas manos, amigo. Nos portaremos como es debido con tu *Sophia*, pase lo que pase.

Una dulce derrotabilidad

De los chicos, yo era el único que seguía navegando. Todos solían hacerlo antes, claro, pero para entonces eran como camareros que habían dejado de beber: «Yo, ¿barco propio? ¿Es que tengo pinta de estar chalado?».

Por el contrario, yo tenía dos; un viejo Star de madera y un Joho 32 aún más antiguo: mi casa flotante. Ambos se apretaban en mi grada dos por uno, en el Dique A de la marina de Sunrise, un montón destartado de pantalanés, cobertizos y barcos situado en el borde occidental de la bahía, a diez minutos en bici del astillero.

Estos muelles eran un imán para cualquier mala idea y cualquier diseño fallido en el agua, cualquier metedura de pata en madera, acero o ferrocemento: un trasto chino hecho de teca tan pesado que harían falta tifones para moverlo, lanchas Chris Craft podridas y otras reliquias de los sesenta y los setenta, así como el ocasional *sloop* mimado, como *Princess*, de veintitrés pies, tan adorado por su dueño que los barcos vecinos, celosos, no le hablaban. En su mayoría, sin embargo, se trataba de palacios de excremento de gaviota abandonados, llenos de verdín y metidos en el dique igual que borrachos contra las paredes, con los mástiles invertidos, lonas en descomposición y amarras rígidas cubriendo bañeras mohosas como serpientes muertas. Y, sin embargo, alguien, en algún lugar, de forma incomprensible, seguía pagando el amarre por culpabilidad, ignorancia o senilidad.

Los barcos descuidados cuentan historias. La gente se distrae, la despiden, enferma o se divorcia, y sus barcos son indicio de tristes vidas confusas, las lonas alquitranadas azules cubriendo temporalmente la decadencia, hasta que el viento cambia y el gestor del puerto lo huele.

Había una goleta, esbelta como una barracuda, de sesenta y tres pies, que no había salido del dique desde hacía veintidós años. Su dueño, psicólogo, intentó venderla una vez, pidiendo dos veces lo que valía, creyendo que la gente pensaría que debía de ser exótica. No lo pensó. Ahora estaba llena de

ratas del tamaño de mapaches. Aquel minirremolque violeta tan mono del Dique C estaba a la venta por catorce mil, después de rebajarlo desde diecisiete mil el mes anterior. Los precios caían por semanas, y algunos barcos se vendían dos o tres veces al año para desconsuelo de engañados compradores, que confiaban demasiado en sus habilidades de renovación hasta que se quedaban sin dinero o visualizaban, en un destello alarmante, todo el trabajo que les esperaba. Entonces era cuando intentaban localizar a ese manitas que vivía en uno de los barcos, del que habían oído hablar, que les asesoraría gratis sobre cómo hacerlo, puede que incluso lo hiciese por ellos. Que era la razón por la que, algunas noches, me escurría a bordo de mi Joho sin encender las luces y me quedaba allí tumbado en la oscuridad, porque, si no: «Ding dong, ¿Josh? ¿Tendrías un momento?».

Pocos lugares resultan más variopintos que un puerto deportivo de vagabundos, que acoge a gente que vive en sus barcos. Había algunos profesionales, unos pocos funcionarios, algún viajero alrededor del mundo ocasional y muchísimos soñadores, excéntricos, adictos y exconvictos como Trent. Nadie sabía si ese era su nombre, su apellido o su apodo, y la letra pequeña de sus tarjetas de visita presumía que cobraba por enseñar a trepar árboles, nadar en maratones, hacer *windsurf* y *disc golf*. Añadid un par de lesbianas, varios drogatas, una pareja mayor nudista, un narcoléptico al que llamábamos Rem y una exmonja llamada Georgia que vivía en un gran catamarán negro, y ese era mi barrio.

Había una dulce derrotabilidad en Sunrise, donde la hierba y los helechos brotaban de los embarcaderos podridos, recordándonos que nuestro tiempo aquí era limitado. Aun así, la gente seguía yendo y viniendo, y sus barcos abandonados, siendo subastados y demolidos. Mi problema era que quería rescatarlos todos. Balandras, queches, goletas, barcos de motor; no podía resistirme. Discriminaba más o menos lo mismo con las mujeres: me gustaban altas y bajas, delgadas y gorditas, discretas y vulgares, inteligentes y simplonas, cuerdas y como cabras. No era un hombre de culos, tetas o codos. Si acaso, un hombre de risas, o puede que de voces, porque sabía que podían convertirse en la banda sonora de mi vida. Las chicas listas sentían mi falta de discernimiento y de concentración casi de inmediato.

Veamos, Sunrise tenía wifi, así que mi *pas de deux* amoroso solía comenzar con una cena en la tasca del puerto, con sus estridentes camareras y su sopa de almejas adictiva. Además, todas querían ver mi casa. No importaba lo ajustada a la realidad que fuese mi descripción, imaginaban

siempre un yate despampanante en vez de un tugurio húmedo y oscuro, lleno de herramientas y libros, con una mesa abatible, una cama triangular y un baño del tamaño de un armario. De lo que seguro no tenía pinta era de ser la casa de su futuro marido. Y eso es lo que muchas estaban buscando, se dicesen cuenta de ello o no.

Conseguir citas no era la parte difícil. Como Ruby había dicho una vez, mi rostro angular, mi pelo despeinado y mis ojos de spaniel me hacían atractivo para todas las chicas con debilidad por los perros abandonados. Si había una segunda cita, las llevaba a navegar y estudiaba sus reacciones cuando escoraba el barco y los platos, cazuelas y chalecos hinchables caían al suelo, como si los seres inanimados de abajo estuviesen disfrutando de una sesión de sexo ruidoso mientras nosotros nos conocíamos arriba. No tenían que amar la navegación de inmediato, pero no podían actuar como si prefiriesen estar de compras.

Cuando las nuevas candidatas entraban en mi buzón cada día, me recostaba y estudiaba sus fotos en busca de la belleza que solo yo podía ver, luego bajaba hasta los libros que habían leído más recientemente. La número veintitrés mencionaba *La decisión de Sophie*. Así que no pude resistirme a conocerla, aunque sus fotos estuviesen mal iluminadas y ella se describiera como «belleza rústica».

Al salir a motor del puerto, olí el yate de ochenta y dos pies de Grady Rollins. Con algo de esfuerzo, se podía ver su antigua grandeza, la proa recta, la popa de abanico y las ventanas curvas de la timonera. Y ¿ahora? Podías hacer un agujero de una patada en el costado sin fastidiarte un tendón. Y, al entrar en él, sentías la bofetada del hedor a moho.

—Tiene algunas vías de agua bastante feas en la cubierta —había admitido Grady tras engatusarme para que subiese a bordo la primera vez—. En especial, sobre los dormitorios, pero solo tengo que empujar los colchones a un lado.

A regañadientes, dejé que me enseñara el ruinoso yate, con un ojo calculando los enormes costes de restauración y el otro repasando mi lista de comprobación de marino loco:

Mínima experiencia navegando: Sí.

Amor ciego por un barco sin remedio: Sí.

Calcula muy por lo bajo los costes de mantenimiento: Sí.

Ojos brillantes de fanático: Sí, requetesí.

Y, sin embargo, era difícil que Grady cayese mal. Su tono jovial hacía

juego con sus almidonadas camisas de vaquero marca Wrangler, de canesú y automáticos tan característicos. Era comercial, pero nadie sabía lo que vendía aparte de su optimismo. Aunque su postura tiesa como un poste y sus maneras elegantes sugerían que había estado en el ejército, nadie sabía dónde ni cuándo. Puede que fuese solo su sensibilidad de Oklahoma. Como se puede ver, Grady era un migrante aventurero más, arrastrado aquí por la marea.

Desde la caseta del timón, su barco ni siquiera parecía tener problemas. Y, cuando nos dejamos caer por el comedor restaurado, sentí algo de la elegancia sin esfuerzo que el yate había, sin duda, destilado y comencé a comprender a su dueño.

En la mesita de café junto a un sofá marrón, había una versión en tapa dura de la *Yachting* de 1975.

—¡Adelante! —me animó—. Echa un vistazo.

Sin hojearla siquiera, la revista se abrió por una doble plana de su barco, temporalmente restaurado a su esplendor de 1915. Me contó la historia del yate, sus embargos, las luchas de propiedad y los pleitos que fueron intensificándose hasta que él lo pilló en lo que sonaba como una ganga si no lo pensabas demasiado. Todo lo cual significaba, por supuesto, que estaba jugando conmigo. Como los demás, Grady estaba echando la caña en busca de ayuda gratis, después de haber sabido, no me cabe duda, de mi inusual filantropía.

—La gente dice todo el tiempo que debería acabar con su sufrimiento —dijo—. Que debería hundirlo o demolerlo, y seguir adelante. «Superarlo.» ¿Te das cuenta?

—La mayoría no entiende el amor —me oí responder.

—Gracias. Eso es totalmente cierto. Es como si todos dijese: «¿Por qué sigues tirándote a esa vieja bruja cuando podrías estar follándote a una jovencita?».

—Amor —volví a decir.

Más abajo, me enseñó los dos enormes motores diésel, que parecían extrañamente limpios, casi nuevos. Se ofreció a ponerlos en marcha y, podéis creerme, quería oír su toc toc toc, pero una vez más sentí el tirón del trabajo gratis y pasé. Entonces lo seguí hasta el camarote de popa —ciento diez metros cuadrados en total, me dijo, como un vendedor de casas alabando un apartamento— y, por una escalera de caracol cómicamente estrecha, bajamos hasta tres dormitorios desaliñados, donde el hedor a moho se triplicaba. Aun

así, la parte de arriba, revestida de azulejos deportivos y madera de teca, era una joya de cuartito de baño, que se habría visto regio en cualquier lugar.

—Mi novia adora este barco —me aseguró—. Si no lo hiciese, tendría que deshacerme de ella, porque este va a ser mi lecho de muerte.

Me lo repitió, y asentí para que no volviese a hacerlo.

Al volver a bajar al muelle, deambulamos mirando en silencio el casco suavizado por la putrefacción.

—Voy a cambiarle el nombre a *Shangri-la* —comentó, sonriendo como un futuro padre—. Voy a contratar a un artista de verdad para pintarle el nombre a mano alzada en la popa: *Shangri-la*.

Es un lunático, me recordé, una vez me hubo contado que su plan maestro suponía no solo quitar la putrefacción, sino también levantar la proa. Pero su optimismo parecía tan genuino que era contagioso. Había visto este rasgo antes, por supuesto, pero Grady lo había llevado a un nivel nuevo de demencia. Asentí todo el tiempo, no queriendo ofrecer ningún tipo de cálculo matalusiones de lo que su fantasía podía costar. Para entonces, me estaba poniendo de su parte, pero se me ocurrió preguntar inocentemente por qué quería levantar la proa, y él duplicó la locura.

—Ay, Josh —dijo como si fuese obvio—, voy a meter un piano ahí. Tengo que levantar la proa para que quepa.

Este parecía justo el instante en que intentaría reclutarme en su absurdez quijotesca, pero no lo hizo. Al menos, no de momento. Solo le contaba sus sueños a un extraño en el muelle.

—Uno pequeño —dijo, sonriendo y negando con la cabeza como si ni siquiera él se creyese lo fantástico que iba a ser—. No uno de cola clásico. Uno pequeño bastará.

—¿Tocas el piano? —pregunté.

—¡No, por Dios!

Se peinó el pelo con la mano, dando la impresión de que las entradas no eran el resultado de una calvicie natural, sino más bien la consecuencia de estar continuamente estupefacto. Intenté mirarlo como si estuviese bien de la cabeza.

—¿Tu novia?

—¿Qué pasa con mi novia?

—¿Toca el piano?

—Ni una tecla —rio—. Simplemente, me gustan los pianos, Josh.

A plena luz del día, en realidad, no parecía estar loco en absoluto, incluso

después de explicar entre dientes, muy al estilo de Oklahoma, que se estaba quedando pavorosamente sin dinero. Su expresión era serena, no de vivir en las nubes.

—No hace falta que levantes la proa —le dije mientras los pichones se lanzaban en picado y se acumulaban en formación sobre nuestras cabezas y hacia el Dique B—. El piano debería caber como está.

Habían pasado semanas desde aquel intercambio, pero recordé el deleite de Grady ante mi observación mientras viraba mi Star a seis metros de su proa en descomposición y salía del puerto hacia el concurrido campo de regata.

Todas las células de nuestro cuerpo

Mi proel aquella tarde era el entusiasta Johnny, un estudiante universitario japonés de cincuenta y cinco kilos. Su nombre real era Hideaki, pero, para hacérselo fácil a los americanos, le decía a todo el mundo que lo llamasen Johnny. Mi respuesta fue insistir en que él me llamase por el nombre japonés que había elegido para mí, Kazuhiro. Así que, cuando navegábamos, me llamaba Kaz o capitán Kazuhiro si se sentía especialmente respetuoso.

Aunque tenía las piernas demasiado cortas para pasar el trasero por la borda, su entusiasmo casi compensaba su tamaño. Lo que resultaba entrañable, sin embargo, era lo mucho que lo adoraba todo de las regatas: el aparejo, la espera, las maniobras, los abordajes evitados, las peleas a gritos, la ausencia o el exceso de viento; por lo que parecía, hasta perder. Si bien todo lo que sabía se lo había enseñado yo, puesto que el idioma a menudo daba al traste con el entendimiento, le asignaba solo tareas sencillas, del estilo de: «¿Dónde está Mario?».

Si hubieseis conocido a nuestra flota de marineros Star, treinta y nueve hombres y nueve mujeres, nunca habríais adivinado que Mario era nuestro Buda. No. Os habríais dejado engatusar por los acentos encantadores y habríais supuesto que elegiríamos al elocuente británico, al chillón lituano o puede que al guapo australiano. Podríais incluso haber escogido a cualquiera de los tempestuosos estadounidenses antes de haber señalado al tímido Mario. El primer indicio, no obstante, era que con uno noventa y el doble de peso que Johnny, tenía la altura y la masa ideales para mantener estos barcos equilibrados y rápidos cuando había viento. Pero, en el extremo sur del estrecho de Puget, a menudo teníamos solo un montón de nada, razón por la que algunos patronos preferían tripulaciones ligeras, aunque Mario también solía ganar a estas. En el agua, rezumaba dominio, raramente hablaba o protestaba. Nunca le oías gritar: «¡Estribor!», porque todo el mundo sabía dónde estaba y que o bien tenía derecho de paso o bien no te golpearía. También notabas su cabeza continuamente girando, sus rápidas y fuertes

manos y su rebelde mata de pelo, que daba la sensación de no haber estado nunca en un interior. Para rematar su supremacía, ganaba a todo el mundo con una tripulación geriátrica.

Técnicamente por encima de los setenta, Yvonne se movía como si estuviese en la cincuentena, con su sedoso pelo blanco y una sonrisa de Mona Lisa bajo una pámela que hacía que quisieses pintarla. Pero lo que aquello decía, sin que Mario tuviese que hacerlo, era: «Sois unos aficionados: puedo batiros con un casco anticuado, una mierda de velas y una vieja solterona en la proa». El barco era de ella, además. Mario era un regatista de gorra, que nunca había sido dueño del más mínimo objeto flotante. Más allá de su tamaño y su edad imposible de determinar, no ofrecía muchas pistas sobre sí mismo, aparte de que trabajaba en logística de transportes. Lo otro que habíamos conseguido arrancarle era que estaba soltero y que no tenía hijos, vivía solo en un apartamento cualquiera, equidistante de los tres clubes náuticos, donde decenas de dueños de barcos de regata le rogaban que gobernase los suyos e hiciese parecer cuerdas sus caras obsesiones, al menos, por un día. Pero lo que, al parecer, gustaba más a Mario era competir con Star viejos y baratos, aquí, con el resto de nosotros.

Bien hundidos en el agua bajo una enorme vela mayor, estos barcos parecían pájaros con las alas demasiado grandes para sus cuerpos. Diseñado en 1911, un Star tiene veintidós pies y nueve pulgadas de eslora, y solo cinco pies y ocho pulgadas de manga. Su palo alto y flexible es fácil de doblar, moldear y, por desgracia, romper. Pegada a él y oscilando peligrosamente baja sobre la bañera, está la infinita botavara, lo que hace del Star quizá el barco biplaza más incómodo y golpeacabezas del mundo. Al virar, no solo tienes que agacharte, tienes que tirarte bocabajo como si estuvieses en una trinchera bajo fuego enemigo. Ponedlo todo junto y tenéis un barco esbelto, que ha evitado un siglo de revoluciones de diseño, aun cuando competir con él es como jugar al tenis con una vieja raqueta de madera.

Que el barco de Yvonne fuese el único rojo entre los competidores lo hacía fácil de localizar, aunque todo lo que realmente había que hacer para verlo era mirar al frente. Como consuelo, coleccionábamos excusas y teorías. Puede que su barco fuese un poquitín más ligero, que su mástil estuviese mejor reglado o que hubiesen cortado sus velas en Nueva Zelanda. Después de algunas cervezas, nos permitíamos la idea de que la propia Yvonne era el arma secreta, una sirena o una bruja de mar disfrazada de *hippie* anciana.

Para la tercera y última carrera, Johnny y yo estábamos muertos de sed y

desanimados tras terminar en el pelotón una vez más, con el viento demasiado activo para mantenernos estables y rápidos. Aunque ahora se había calmado lo suficiente para que tuviésemos una oportunidad. Seguí a Mario, elegí el momento apropiado y salí disparado a su lado. Por primera vez en semanas, estábamos lo bastante cerca para verlo en acción.

A diferencia de mí, no apretaba la caña, aguantaba la respiración y estudiaba los catavientos, ni intentaba tampoco desesperadamente avanzar en una línea recta y rápida. Estaba en continuo movimiento, tensando y aflojando cabos, conformando el mástil y la mayor, como un hombre que toca un arpa de pie, amurando las velas y acelerando, luego acercando el barco al viento sin perder velocidad. Cuando él e Yvonne viraban, sus movimientos de pies y cuerpo parecían coreografiados. Intentando copiarlos, me golpeé la cabeza con la botavara, y Johnny no acertó con el pie en la cincha y casi cayó de espaldas al agua. Entonces, fuimos de bolina, nos paramos y nos quedamos atrás.

Una de las ventajas de Mario podría haber sido que no tenía una madre que le señalase que navegar era más complicado que volar. La mía había escrito un artículo para la revista *Sail* que confundió a miles, mezclando leyes del movimiento y dinámica de fluidos con fuerzas de gravedad, pares de torsión, energía cinética, viento, elevación y arrastre para explicar la ciencia del deporte. Incluso con lo técnica que se puso —«el agua es ochocientas veces más densa que el aire»—, advertía que sus enrevesadas ecuaciones eran supersimplificaciones porque, una vez que un barco se escora o el viento sopla racheado, los cálculos vuelven a cambiar. En otras palabras, en cuanto crees que has entendido la física de la vela, hay algo más que incluir como factor y vuelves al desconcierto.

En algún momento, casi todo el mundo me había tomado el pelo por ser un regatista mediocre. ¿Un Johannssen que no sabe navegar? Es como ser la hija sorda para la música de Aretha o el hijo lerdo de Einstein. Pero Mario nunca lo mencionaba. Lo único que dijo sobre mi familia fue lo mucho que esperaba que mi hermana viniese a competir con nosotros algún día.

—Sigo sin ver la boya de barlovento —confesó Johnny tras un largo silencio.

—No te preocupes —le dije—. Mario nos la mostrará.

Un momento después, doblaba la boya y planeaba hacia nosotros, con la mayor a todo trapo, el foque abierto e Yvonne tumbada bocabajo en la proa con su sombrero de paja, como si estuviese en una piscina de Montecarlo.

Como he dicho, también ella se nos había metido en la cabeza.

Después de la última manga, todos nos deslizamos hacia casa en el crepúsculo color mantequilla. A solo una hora en coche o un día en velero de la ruidosa Seattle, Olympia solía ser el final del camino que seguían las carretas hacia el norte de Oregón. Desde el agua, el extremo sur de este mar interior aún da esa sensación de fin del mundo. Las mareas se hacen más vivas, pero casi todo lo demás se relaja, con suficiente follaje apiñándose en la discreta ciudad para imaginar que la naturaleza la reclamará y sus desvencijados edificios saldrán flotando con el siguiente reflujó.

Con justo el viento para volver, nadie hablaba, sin querer arruinar el momento, todos silenciosos y felices, con rostros radiantes y sin oportunidad de explicar esta sensación, ni siquiera a nosotros mismos. Puede que eso sea parte de por qué sigo llevando a gente a navegar, esperando que alguien ponga, finalmente, palabras al sentimiento. Mi madre es la única a la que he oído intentarlo alguna vez.

—¿Por qué nos sentimos tan bien aquí? —había preguntado Ruby una noche, después de una semana navegando, que terminó con todos tumbados en la cubierta, girando sobre el ancla.

Mamá adoraba esa clase de preguntas: ¿por qué nos reímos cuando algo es divertido?, ¿por qué soñamos con volar?

—Bueno, es el mismo sentimiento que tenemos cuando paseamos por la playa, ¿no? —comenzó indirectamente, como de costumbre—. Son los iones que se elevan del agua salada, claro. Pero es algo más, ¿no?

Todos asentíamos con la cabeza y de palabra, y escuchábamos atentamente por si acaso desvelaba algo revelador.

—Y es incluso más poderoso cuando estás en el agua todo el día porque es como si el balanceo del océano te conectase con el sol y la luna.

Apretaba los ojos cerrados; sabíamos que no podíamos apresurarla.

—Solo eso podría hacernos sentir bien, pero no olvidemos que vivimos en un planeta formado en su mayor parte por agua, como nosotros, ¿verdad?

Estábamos demasiado cansados para contestar. Por supuesto, ¡sí! ¡Lo que sea!

—Y sabemos que absolutamente toda la vida comenzó en el agua salada. Así que puede que la razón de que sintamos satisfacción o gozo en momentos como estos sea que, cuando estamos en el mar, todas las células de nuestro cuerpo gritan: «¡Mamá!».

Después de un momento de calma reflexiva, Ruby rompió el silencio

gritando: «¡Mamá!».

Nuestra noche de regata en el Star terminó con Johnny y yo enrollando las velas y ofreciéndonos mutuamente reverencias de despedida.

—Gracias, Kazuhiro —me dijo—, por otra tarde navegando.

—No, gracias a ti, Hideaki —le contesté—. Has hecho un buen trabajo.

Se inclinó ante mí. Me incliné ante él. Dejó caer la cabeza de nuevo, queriendo la última palabra, pero esa noche yo no iba a dejar que fuese el último en dar las gracias.

Después, recorrí lentamente el Dique A entre la vespertina cacofonía de metal, *hip hop* y música clásica; la mezcla, como siempre, un reflejo de las drogas del día en el puerto. Se podía adivinar la edad y la sobriedad de los nuevos inquilinos por su música. Si le daban a la meta, oíamos bandas aullantes con nombres cancerígenos como Bone Cancer, seguidas de peleas y desahucios. Entonces, las melodías mejoraban durante un tiempo, hasta que aparecía el siguiente adicto.

Al levantar la mirada hacia la ruidosa tasca por encima del puerto, me fijé en una vagabunda que esperaba junto al portón del Dique A.

—¡Eh! —dijo Mario, sorprendiéndome mientras pasaba por delante de su barco—. ¿Cómo te ha ido?

—Otra hermosa tarde de vela desalentadora —dije.

Me sonrió con una mueca. Mario solía haber terminado, para entonces, su hamburguesa con queso y hacía mutis por el foro. Incómodo por haber quedado segundo en una carrera, sin embargo, habría estado retocando algo que probablemente solo él notaría, apretando un obenque superior media vuelta o volviendo a inspeccionar los sables.

—¡Eh! —dijo—. Me preguntaba...

—Dime.

—¿Hay alguna posibilidad de que tu hermana...

—¿Sí? —No iba a ayudarlo.

—Si, ya sabes, si saldría alguna tarde con nosotros esta temporada.

Sabía que había competido contra ella en Laser cuando Ruby era un fenómeno adolescente y que la había visto ganar a todos, él incluido, años antes de todo el revuelo.

—Como te he dicho, Mario, no ha navegado ni vivido por aquí desde el instituto. ¿De acuerdo?

—Pero ¿quizá te visite este verano y salga una tarde?

Gente como Mario había sido la más afectada por la epopeya de Ruby, como si su mitología se burlase de las pasiones que tenían.

Miré a su espalda para hacer como que no estaba leyéndole la mente y vi el pelotón de inquilinos esperando para preguntarme sobre sus caprichosas bombas de sentina o sus llorosas uniones de casco-cubierta o sus drizas atascadas o sus pilotos automáticos locos de atar...

La desaliñada mujer que seguía esperando tras el portón me pareció, de repente, familiar. Pero ¿quién demonios era?

—Quizá —le dije a Mario— le diga, la próxima vez que hable con ella, que a los dos nos encantaría verla navegar aquí si ella pudiese.

Movió la cabeza dudoso, y entonces fue cuando situé a la vagabunda. Tenía mejor aspecto en sus fotos poco iluminadas.

«Belleza rústica.»

La invité a sopa de almejas y una cerveza, y discutimos el momento demoledor de *La decisión de Sophie* en que descubrimos el significado del título.

Le faltaba un colmillo, pero me gustaba su actitud y no quería parecer del todo indiferente. Así que, cuando me agradeció la cena, le dije esa frase neutra de que deberíamos seguir en contacto.

Suspiró.

—Lo siento —dijo—. Eres muy majo, pero, para serte sincera, no eres mi tipo. Demasiado delgado.

De vuelta a bordo en mi barco, miré con tristeza mi nuevo lote de posibles citas, antes de obsesionarme de nuevo con la última postal de Bernard. Crear una dirección de correo electrónico anónima no me llevó nada de tiempo, pero perdí una hora de mi vida eligiendo las palabras de este simple mensaje: «Minke traerá producto a Seattle pronto. Solo tratará contigo».

Al pulsar «ENVIAR», me inundó una sensación febril, que me empapó hasta los calcetines.

Vive tu vida

«El gran Leif Eriksson navegó hasta Norteamérica en el año 1001, siglos antes de que el sobrevalorado Cristóbal Colón encallase y dijese al mundo que había “descubierto” este lugar, razón por la que deberíamos celebrar el Día de Leif Eriksson, en vez de brindar por un aspirante segundón que terminó casi ¡quinientos años! después del ganador.»

Ni siquiera Bernard ponía en duda esta parte de la narración infantil de Ruby sobre nuestra tradición islandesa, pero sus interjecciones y clarificaciones no faltaban.

«Leif Eriksson era un joven fuerte y guapo [ornamento] cuando descubrió América [Canadá, en realidad, Terranova para ser más concretos]; aunque la llamó Vinland, la tierra del vino, muy apropiado, y comenzó a dar en ella fiestas salvajes [ornamento]. Pronto, sin embargo, los indios se pusieron celosos de tanta diversión [especulación] y mataron a unos marinos borrachos. Así que Leif y su tripulación hicieron el petate y zarparon de vuelta a casa. Pero, como no era un fanfarrón, no le dio importancia a haber encontrado un continente. Y el resto del mundo, parece ser, no tenía ni idea sobre los vikingos y no sabía ni torta —Ruby suponía que torta era una especie de jeroglífico islandés porque Gruñón siempre andaba quejándose de que la gente no lo conocía—. Así es como el sobrevalorado Cristóbal Colón pudo alucinar —otra palabra que solía usar mal— al mundo para que creyese que había descubierto América, lo que es tonto, puesto que montones de indios ya sabían dónde estaba.

»Pero la gente de Ballard sabía la verdad —gritaba Ruby—. Y por eso hay una estatua enorme de grande de Leif en la marina de Shilshole. Aun así, cuando pusieron todas esas elaboradas palabras debajo, casi cometieron el torpe error de llamarlo el “hijo de Noruega”. ¡Bah! Pararon la tontería cuando Gruñón dijo que aplastaría algunas cabezas a menos que pusiesen que Leif era el gran hijo de ¡Islandia! [fue el cónsul general de Islandia, no Gruñón, quien amenazó con una demanda].

»Lo que la gente no entiende —mantenía Ruby— es que solo hay cuatro mil [en realidad, cuarenta mil] islandeses en Estados Unidos y que eso hace a los islandeses más raros que los tiburones de dos cabezas [eso no existe], y que la gente como Gruñón es realmente exótica, considerando que él es incluso descendiente directo del gran Leif Eriksson [¡algo ni remotamente cierto!].»

Afortunadamente, nuestra instrucción dominical iba más allá de las clases de vela, física y ensueños islandeses. Teníamos libros, el más pesado de los cuales era el manual de vela de Chapman (*Chapman's Piloting: Seamanship and Small Boat Handling*). Se podían pasar varias vidas rumiando los consejos de aquellas seiscientas veinticuatro páginas densas e implacables y seguir ignorando miles de ellos sobre nudos, navegación, gobierno del barco, fondeo, ayuste y otras muchas cosas. Bernard se enfadó muchísimo al enterarse de que el largamente fallecido Charles F. Chapman —Chap para los amigos— navegaba a motor. No era de extrañar que su sección sobre vela tuviese solo veintiséis páginas. El barco de Chap era una apestosa cafetera.

Pero hay cincuenta y siete ediciones de ese libro por una razón, nos decían los Bobos. Y Chapman, aunque no era, desde luego, la alegría de la huerta, ni siquiera cuando vivía, era uno de nuestros profesores. Si no hubiese sido así, no nos habrían preguntando una y otra vez: «¿Qué haría Chap?».

Pero no todas nuestras lecturas obligatorias eran tediosas. También tuvimos que leer los libros de nuestros tocayos: *El largo viaje* de Bernard Moitessier y *Navegando en solitario alrededor del mundo* de Joshua Slocum.

Slocum se hizo a la mar desde Massachusetts en un barco ostrero achaparrado, de un poco menos de treinta y siete pies, el 24 de abril de 1895, en una época en que no se consideraba posible, mucho menos recomendable, circunnavegar el planeta en solitario en un pequeño velero. Muchos —probablemente no los mensistas de su tiempo— insistieron en que sería imposible «dar la vuelta» al mundo viendo que era, claramente, plano: «Señor Slocum, ¿no querrá decir que quiere “cruzar” el mundo a vela?». Pero a Slocum no le importaba lo que pensase nadie. Simplemente lo hizo y contó la historia en la alegre manera de un capitán intrépido que ya había visto todo lo que el océano podía echarle encima. Cuando contaba cosas de su barco, como hacen los marinos, lo elogiaba y lo defendía como un esposo leal, y, aunque de vez en cuando tendía al celo antropomórfico, no perdió la cabeza ni una sola vez.

Oía el agua pasando a toda velocidad, con una simple tabla entre las profundidades y yo [...]. Pero estaba bien; era mi barco siguiendo su derrota, navegando como ningún otro barco lo había hecho nunca antes en el mundo.

Se escriben memorias sobre colocones, angustia suburbana o cría de llamas, intentando hacerlas sonar únicas y conmovedoras. Slocum hizo lo contrario. Quitó importancia a la aventura exótica, describiendo en cierto punto muy a la ligera cómo eludió a unos caníbales cambiándose de ropa y sombrero cada vez que salía del camarote, para hacerles creer que había varios hombres a bordo. Recuerdo algunas de sus frases como si fuesen mías, pero la que nuestro padre nos hizo memorizar fue: «Conocer las leyes que gobiernan los vientos, y saber que las conoces, te proporcionará paz mental en un viaje alrededor del mundo; lo contrario te hará temblar cada vez que aparezca una nube».

Leí a Slocum con un asombro empequeñecido solo por la creciente carga de llevar un nombre tan horrorosamente inadecuado como todas las Gracias torpes, las Esperanzas tristes, las Caridades tacañas y los Honestos poco sinceros. Incluso las fotos de grandes olas me mareaban a pesar de que un certificado de nacimiento daba testimonio de que yo era, de hecho, Joshua Slocum Johannssen.

Sin embargo, el tocayo de Bernard se convertiría en su Estrella Polar. Presunto místico, Moitessier estaba en posición de ganar la primera vuelta al mundo en solitario sin escalas, en 1969, cuando el francés dijo: «A tomar por culo» (*Le baiser*, en realidad) y, en vez de dirigirse al norte, hacia la meta, continuó navegando en su queche hacia el este, a través del océano Índico. «Mi intención es continuar el viaje, aún sin escalas, hacia las islas del Pacífico —escribió en una nota al *Sunday Times* de Londres, que lanzó con tirachinas a un barco con el que se cruzaba (¿a que mola?)—. Continuaré sin escalas porque soy feliz en el mar y, puede ser, porque quiero salvar mi alma.»

Aunque la cita de Moitessier que Bernard grapó en la pared sobre su litera fue: «ME SIENTO FELIZ, LIGERO, A UN TIEMPO DESAPEGADO DE TODO Y CON TODO BAJO CONTROL, COMO CUANDO HAS SALDADO TODAS TUS DEUDAS Y PUEDES VIVIR TU VIDA».

Ahí estaba: «¡Vive tu vida!».

La decisión de Moitessier de cambiar la victoria por paz mental tuvo un

papel en la evolución de todos los niños Johannssen, pero ¿quién podría haber predicho lo que eso supondría? Y determinar si aquello fue inspiración o culpa del francés es como suponer intención a un meteorito. Sea como fuere, nuestras lecturas coincidieron con el desdén floreciente de Bernard por las reglas y la autoridad. No se abrochaba el cinturón de seguridad ni el casco, y conducía sin carné. Si veía señales advirtiéndolo «SE PERSEGUIRÁ A LOS LADRONES», buscaba algo que robar.

Dudo que papá redujese la marcha alguna vez lo suficiente para leer *El largo viaje* o que captase lo mucho que la filosofía de Moitessier contradecía la suya. La paz, nos aseguraba, venía de ganar. El objetivo tácito de todas sus enseñanzas era, por supuesto, crear una dinastía de competidores de calibre olímpico, aunque era cada vez más obvio que solo uno de sus hijos había heredado aquel cromosoma. Incluso en barcos grandes. Ruby nunca miraba los instrumentos para ver si habíamos acelerado o si el viento se había calmado. Lo sabía.

La mayoría de la gente no piensa demasiado en el viento. Si se le pregunta de dónde viene o por qué va donde va, se encoge de hombros. Excepto mamá. El viento, nos decía, suele comenzar cuando el calor del sol cambia la densidad y la humedad de nuestra atmósfera. Me sabía esto de memoria ya a los nueve años: «El viento es la consecuencia de la variación».

Y, sin viento, ¿cómo podría expresarse el planeta? Si la calma chicha fuese la norma, los árboles nunca se bambolearían o danzarían. Los lagos serían tan planos y aburridos como un subidón de Largactil. La ciudad más ventosa de la Tierra es Wellington, en Nueva Zelanda, donde el viento sopla a una media anual de dieciséis nudos. La mitad de los días del año supera los treinta. Así que el personal ni se acerca, ¿no? Nah. Wellington está entre los destinos preferidos en el mundo. ¿El lugar menos ventoso? Oak Ridge, en Tennessee, con corrientes de tres nudos de media, apenas un pedo de ratón. Así que debe de ser la escapada perfecta para los recién casados y los retiros de yoga, ¿no? Nah. En Oak Ridge se construyeron bombas atómicas, en parte, porque absolutamente nadie quería vivir allí.

Queremos viento y lo necesitamos. Por supuesto, es una relación psicológica complicada, empezando por las primeras nanas que escuchamos: «La cuna de mi niño se mece sola, como en el campo verde las amapolas». Que se meza sola no resulta muy reconfortante. Y, sin embargo, por alguna razón, tratamos incluso los ventarrones más infames como a parientes alcohólicos entrañables. ¿Por qué, si no, bautizaríamos a violentos huracanes

con nombres como Andrew o Katrina? Los terremotos y los tornados generan caos similares y no ponemos nombres a la bestia.

La comprensión que Ruby tenía del viento no se correspondía en absoluto con su entendimiento de todo lo demás. Siempre se lo tomaba todo literalmente y nunca encontraba sentido ni a las tildes ni a la ortografía. Nadie se mordía la lengua más a menudo o se rompía más uñas o tragaba más chicle. Al llegar a la adolescencia, comenzó a atraer a una sucesión de novios turbios, o como Bernard solía decir: el «quién es quién de los fiascos de Ballard». Caía en cualquier broma absurda en tierra. Sin embargo, al timón, tenía ojos firmes, no había forma de engañarla. Algo en torno a leer el viento la centraba. Lo sé de buena tinta. Nadie la había observado navegar tanto como yo.

Cuando me saqué el carné, la llevaba hasta el lago después del colegio y volvía a tiempo de ver la última manga. Solía competir contra chicos mayores del instituto. La norma general: cuanto menos viento, más les sacaba. Con una ligera brisa o sin ella, iba tan por delante que parecía que estuviese en una regata distinta. Nadie maximizaba el tiempo en ráfagas mejor o leía las condiciones como ella, no solo los cambios, sino también los momentos de calma disfrazados de ellos, como si descargase una vista de pájaro del recorrido, con una capa superpuesta invisible de las rutas de virada en continuo cambio.

Pero, como un músico que toca de oído, no podía enseñarlo. Y no siempre acertaba, por lo que, a veces, terminaba más cerca de la cola cuando había apostado por cambios que no sucedieron. Por lo general, no obstante, ganaba con facilidad.

La mayoría de nosotros aprendíamos lo básico, cómo tirar de los hilos que dan forma a las velas para hacer que los barcos se muevan razonablemente bien en diferentes ángulos de viento. Los titiriteros más hábiles, como mi padre o Mario, podían hacer que los veleros volasen como pájaros. Y, luego, estaba Ruby. Ella era el pájaro.

Entre una manga y otra, la observaba hacer cosas de mortales, estirar los brazos y el cuello con no más tensión que si estuviese dando una vuelta por el astillero. A los quince, estaba convirtiéndose en la adulta que sería y pasando de ser mona a ser guapa. Mario Seville y el resto de esos chicos mayores a los que daba palizas todos los martes por la tarde estaban ya, sin duda, desesperadamente enamorados de ella.

Porno naval

Barcos y mujeres. El cableado de los hombres cortocircuita con las dos cosas. Hay algo tan irresistiblemente femenino en los barcos que los hombres olvidan que son objetos. ¿Por qué, si no, hasta el más desabrido de los marinos bautiza a su barco *Roxanne* o *Julieta*? No es solo amor, es lujuria. Hacedme caso, hay algo extrañamente carnal ahí. Los barcos excitan.

Por qué, si no, graba un coloso del *marketing* como Pfizer un anuncio de Viagra en el que un hombre de mediana edad navega en un J/29 completamente solo y tiene que, de repente, sustituir un grillete de la botavara que se rompe. Por qué se rompe es todo un misterio. Puede que haya como tres nudos de viento y apenas presión en las velas. Pero esa no es la cuestión porque: «Has llegado a la edad en la que se han aprendido ya un par de cosas —dice la voz en *off*, que suena como si se lo tirasen dos veces al día—. Es la edad en que sabes que hay que hacer lo que hay que hacer. Así que ¿por qué dejarías que la disfunción eréctil se interpusiese en tu camino?».

¿El de hacer un poco de mantenimiento en el barco?

Eso parece. Porque este imitador de MacGyver arranca la tira de un salvavidas y ata un amarre improvisado para asegurar la botavara y luego sigue navegando lo suficiente para encontrar un grillete de repuesto en la cabina. Después de atornillarlo, quita el amarre con un tirón sensual, como si se estuviese arrancando el cinturón: «¿No es hora de que hables con tu médico sobre Viagra? Veinte millones de hombres ya lo han hecho».

¿Qué sacamos de todo esto?

¿Que solucionar pequeños problemas en tu barco con una erección equivale a pasarlo bien? Es algo más que un poco confuso. La publicidad de Cialis está siempre centrada en estar listo cuando llega el momento: siempre hay una mujer madura atractiva en alguna parte. Pero Viagra te deja solo en un velero sin viento, con el foque extrañamente a la contra porque te están remolcando y eres un actor que no sabe navegar. Por qué Viagra defiende que se te ponga dura en solitario es otro misterio. Pero, al final del anuncio,

cuando el falso marino se desliza hacia el muelle entre las advertencias de que estas pastillas podrían dejarte ciego, sordo y con un empalme permanente, parece tan satisfecho que casi esperas que se encienda un Marlboro. ¿Confuso? Sí, pero el asunto es que estos genios del *marketing* en el negocio de la erección entienden cómo explotar el cableado peculiar de los hombres en lo que a barcos se refiere.

O pensemos en el «porno naval». Ese es el asunto de miles de correos intercambiados a diario por hombres que se envían fotos de los barcos con los que fantasean, con jugosas imágenes de gigapíxeles de resolución de cascos curvilíneos, interiores despampanantes y apetitosas popas. Escuchad con atención a hombres hablar sobre los barcos de sus sueños y podréis oír la infidelidad en sus voces.

Fue Gruñón el primero en sugerir el vínculo libidinoso. Nos había llevado a la marina de Shilshole para pasear por los muelles, como de costumbre, pero había una belleza particular que quería enseñarnos, una vieja goleta, esbelta como una pantera, llamada *Rainbird*. No hacía falta un ojo entrenado para ver que tenía todo el encanto rudo que cuarenta pies de madera, vidrio y bronce pueden conjurar. Aun así, él veía claramente algo más.

—Solo mirarlo casi me produce un orgasmo —dijo, no dándose cuenta de lo raro que sonaba aquello para tres nietos adolescentes.

Desde su punto de vista, sin embargo, estaba diciendo con toda sinceridad una verdad sin adornos.

Como perito tasador a tiempo parcial, veo la perdición en los ojos de compradores potenciales, como el hombre con el que me reuní el pasado abril en un taller de Bremerton para examinar un Alberg 30 de cuarenta años.

Adrizado sobre soportes, goteando como una modelo de biquinis, sus curvas de crucero y su teca barnizada brillaban en el sol de la mañana. Parecía joven para su edad, con una proa de cuchara y una popa en forma de corazón ligeramente más estrecha que la de la esposa del comprador, que se quedó a una contrariada distancia para tomarle la medida a su más reciente rival.

Evaluar un barco de esta antigüedad es un poco como hacerle un chequeo a tu cita de mediana edad. Das golpecitos en el tablazón para comprobar la descomposición (pérdida ósea) y escuchar si hay debilidades estructurales (problemas de cadera u hombro). Buscas ampollas profundas en el casco (cáncer de piel), ves lo gastadas que están sus velas (pulmones) y te aseguras de que su motor (corazón) suena fiable y de que no la han traqueteado tanto

(vida temeraria) que la jarcia o la carlinga (suprarrenales) estén fritas.

Pasando una mano desnuda por la base de la quilla, pude sentir dónde había encallado, pero no encontré huecos ni delaminación. Me limpié las algas de la mano en el vaquero y levanté la mirada, sabiendo que los ojos de la pareja estarían sobre mí.

Cuando el hombre comenzó a lanzarme preguntas, contesté con gruñidos desalentadores y trepé por una escalerilla hasta la cubierta sin mirar a ninguno de los dos; luego fui a trabajar con lo que Noah llamaba mi martillito del destino, agazapado y dando golpecitos en la cubierta, escuchando si había ominosos ruidos sordos.

Después pasé un par de horas explorando la cabina con una linterna y un espejo, comprobando y tocando, probando e incluso chupando, como un niño al que dejan solo demasiado tiempo en la consulta de un médico.

¿Extintor de incendios cargado con etiqueta actualizada? Sí.

¿Válvula de corte operativa al hornillo de la cocina? Sí.

¿Los tres pasacascos con doble fijación? No. Fijación corroída en la válvula Kingston de toma de agua natural.

¿Luces de navegación, luces de cabina y VHF operativos? Sí, sí y sí.

Gateando bajo la bañera, saqué el aislamiento sonoro y me colé hasta el Yanmar de veinte caballos para buscar abrasiones, corrosiones o fugas de aceite. Entonces comenzó a vibrarme la cadera, así que saqué el móvil con cautela del bolsillo sin comprobar el número de teléfono.

—Josh al habla.

—Dime que ya has quitado la puñetera quilla —comenzó mi padre, con la voz entrecortada y vacilante, como si acabase de subir a toda prisa unas escaleras.

Soltando el aire por la nariz, acaricié el botón de colgar con el pulgar. Había pasado de llamarme sin dejar mensajes a acosarme con exigencias y actualizaciones diarias.

—Están moldeando la nueva ahora mismo —declaró—. Tendría que estar ya hecho, pero espero que estés listo para actuar cuando llegue. Un camión te llevará la pala de timón nueva al taller el jueves. El viernes como muy tarde. ¿Oye?

—¿Qué?

—Suena como si estuvieses metido en una lata. Hace ya nueve días que tienes el barco, pero apuesto a que ni siquiera le has echado aún un vistazo a los pernos de la quilla. ¡Sorpréndeme! ¿Qué puedes contarme?

—He estado ocupado. —Mareado por los humos del diésel y sudando ya profusamente de la cintura para arriba, sacudí el torso para dar al pecho más espacio para expandirse entre el bloque del motor y el casco curvo—. Ponerme con tu proyecto en mi tiempo libre no ha sido mi prioridad.

Soltó unas cuantas respiraciones en el teléfono.

—¿Te compadeces de ti mismo? Sigues sin hincarle los dientes a nada, ¿no? Rondas como un perro intentando decidir dónde mear. Siempre lo has hecho. ¡A veces tienes que lanzarte de lleno! —Luego se enzarzó en un discurso de varios minutos antes de cerrar con un—: Y espero de verdad que te des cuenta de que tenemos que mantener este proyecto fa-mi-liar tan secreto y asequible como sea posible.

Traducción: «Que nadie se entere de lo que estamos haciendo con este barco, y olvídate de cobrar».

—Viendo lo preocupado que estás por el tiempo —dije, hiperventilando un poco y cerrando los ojos como preparación para el impacto—, ¿no deberías ir informando a los valoradores de la Swiftsure de tus pequeños cambios de diseño? ¿No deberías «hincarle los dientes» a eso?

Hubo una pausa, como el retardo y el clic antes de una detonación, pero volvió más tranquilo:

—Preocúpate de lo tuyo. Cuando tengamos algo que decirles, ya me encargaré. Quita esa quilla. Deja de holgazanear.

De vuelta a la brillante luz del día, bajé la escalerilla, aún calmándome tras las palabras de mi padre, con el resentimiento extendiéndose para incluir a mi hermano por añadir otro elemento estresante a mi vida, preguntándome sin parar si y cómo un tipo llamado Yoshito iba a responder nunca a mi correo.

Tras encenderme un pitillo, otro toque teatral que había robado de Gruñón, rodeé de nuevo el barco, comprobando por tercera vez que la pala del timón estaba alineada con la quilla, que el casco estaba derecho. El comprador era ya un perro desesperado, suplicando en silencio que le lanzase una pelota de información, y su mujer salió con un suspiro del asiento trasero de su viejo sedán para escuchar lo que yo tuviese que decir, rogando, sin duda, que considerase el Alberg una patata subida de precio.

Soltando el aire despacio, anoté a lápiz una lista de la compra en el margen: cereales, plátanos, cerveza. Las revisiones sacan al sádico que llevo dentro. Cuando un barco es un pedazo de chatarra carísima, me apresuro a aplastar el sueño con frases como: «Huye sin mirar atrás». Pero cuando es un melocotoncito, a menudo hago una pausa y retengo el oxígeno antes de

comunicar mi veredicto al casi extático comprador.

—Entonces —preguntó por fin—, ¿es sólido?

—Tiene huecos —dije solemnemente—. Brechas de entre diez y quince centímetros en el tablazón de la bañera.

Se le cayó la cara; la de ella se iluminó.

—Pero las tienen la mayoría de los barcos —añadí—, incluso los nuevos.

Intercambiaron expresiones. Entonces, eché otra nubecita de humo y dije:

—Pero también tiene corrosión.

—¡Corrosión! —Parecía que le hubiese dicho que tenía leucemia—. ¿Está muy mal?

Meneé la cabeza.

—Podría taladrar algunos agujeros y secar parte. Más allá de eso, es caro.

La mujer cerró la mano en un puño y lo apretó suavemente.

—Pero le pasa a la mayor parte de los barcos viejos en este clima —continué—. Si tienen el alma de madera, la corrosión viene con la lluvia. Este no está muy mal. Para su edad tiene las cubiertas decentes. Las velas y la jarcia de labor están pasadas, aunque no es nada del otro mundo. El palo está doblado a babor, pero debería poder enderezarlo. Y, aunque el auxiliar parece limpio, y no pierde ni aceite ni refrigerante, parece que lo hayan sobrecalentado al menos una vez.

Él asintió como uno de esos perritos cabezones de los coches.

—Entonces, ¿qué diría, en conjunto?

Hice un aro de humo y soplé uno más pequeño a través del primero, algo en lo que soy bastante hábil a menos que se me compare con Gruñón. Cuando no hay brisa, puede soltar cinco aros perfectos tan rápidamente que forman el emblema olímpico.

—El cuerpo, el casco, está impecable —dije observando a la mujer, que había comenzado a pasearse como un rinoceronte en una jaula—. Tendré que hacer comparativas de mercado, pero diría que vale lo que le piden. No lo sacaría sin un repaso general, pero puede aguantar aguas de interior por el momento. No va a hacerle ganar regatas, pero los Alberg siguen siendo populares, lo que ayuda en la reventa cuando llega el momento de seguir adelante.

Al cabo de unos días, recibirían un informe repleto de suficientes detalles sobre cosas que arreglar y considerar —«falta anilla en el pasador de chaveta que sujeta la línea de vida estribor inferior al balcón de proa»— para llenar muchos fines de semana. Les deseé suerte y me retiré antes de que me diese

un bofetón la esposa o me abrazase el marido, de quien predije que compraría de inmediato nueva calefacción y refrigeración y paneles solares que no necesitaba, precipitando su inevitable divorcio, momento en que la mujer insistiría en quedarse con el barco para dar una vuelta al puñal clavado.

Mirando más allá de la pareja condenada al fracaso, observé el resto del taller. Hunters y Catalinas recibiendo imprimación. Un Nordic Tugs con un nuevo timón proel. Una curtida goleta negra cerca del rincón, de la que, si no hubiese estado intentando evitar los ojos de aquella pareja, nunca me habría percatado. Aun cuando estaba a unos cincuenta y cinco metros, y habían pasado dieciséis años desde la última vez que la había visto, sabía exactamente lo que era y podía distinguir un cartel escrito a mano de «SE VENDE» en las líneas de vida, así como su nombre: *Rainbird*.

El mismo cuarenta pies que había hecho al abuelo gemir de lujuria.

Comenzando a jadear, me pregunté a la vez lo que pedirían por él y si podría ser el barco «nuevo» ideal para mi hermano. O arreglarlo y regalárselo a Gruñón por su octogésimo cumpleaños. O comprarlo para mí. ¡Sí! Mirad esas frases. El sensual *Rainbird*, de mala racha, cayendo en mi rango de precios. Eso es el destino, ¿no? Entonces caí en la cuenta del tiempo y el trabajo que engulliría, lo rápido que se desmoronaría, lo lento que probablemente era en el agua y, en mi triste fondo, lo que me destrozaría el corazón.

Expulsé el humo formando una nube, giré sobre los talones y obligué a las piernas a llevarme a salvo, cuando una rara mariposa negra y amarilla entró revoloteando en mi campo de visión y se me lanzó en picado a la cara, antes de irse sacudiendo las alas, como si Bernard hubiese estado disfrutando de mi melodrama interior y no se hubiese podido resistir a descender sobre mí para mofarse.

Nuestra hermana levita

Por impresionante que llegase a ser rápidamente el dominio de la vela de nuestra hermana, aún nos alarmó la primera vez que papá mostró más fe en ella que en sus hermanos en la mayor regata del año.

Con comienzo y fin cerca de Victoria Harbour, la regata internacional anual Swiftsure International Yacht Race requería salir al Pacífico y volver a puerto durante el último fin de semana de mayo, aunque la mayor parte de los barcos terminaban a la mañana siguiente o más tarde, según su tamaño, la velocidad del viento, la paciencia, las agallas, la habilidad y la suerte.

Navegábamos en el *Freya II* como familia aquel año, junto con dos de los amigos de papá que habían estado compitiendo desde que los lanudos mamuts erraban por la Tierra, como le gustaba decir a Ruby. Pero Bernard y yo aún teníamos más rango que ella en el barco grande. Así que ¿por qué dejar que nuestra hermanita de quince años gritase ajustes de vela nada más cruzar la línea de salida?

Es bien sabido que la Swiftsure es volátil, capaz de drásticos cambios de viento y olas que dejan a muchos marinos, Gruñón y yo incluidos, gateando en busca de Biodramina. Nada satisfacía más a los Bobos que acabarla en buena posición en uno de sus propios diseños. La última vez que la habían ganado había sido en 1986 y habían terminado entre los cinco primeros tres veces después, pero incluso eso era cada vez más improbable, puesto que nuevos barcos ultraligeros estaban convirtiendo el último tramo de sotavento en una picada que dejaba a los Johos atrás.

Como la mayor parte de las regatas con embarcaciones de varios diseños, la Swiftsure utiliza un sistema de hándicaps que permite a cualquier barco competir contra otro independientemente de su tamaño, velocidad o antigüedad. A diferencia del golf, los hándicaps se aplican a los barcos, no a los marinos. Cuanto mayor el hándicap, más lento es el barco.

Si un barco A es un 0 (a todas luces, grande y rápido) y otro B es un 60 (aún bastante rápido y probablemente grande), A tendría que batir a B por

sesenta segundos por milla náutica. En una carrera de diez millas, independientemente de la velocidad del viento, A tiene que terminar al menos diez minutos antes que B para adelantarlo en la clasificación.

Así pues, no se trata de quién llega a la línea de meta antes porque no sabrás quién ha ganado realmente hasta que todo el mundo la cruce y se haga el cálculo: $t.c = t.i - (c * d)$. Es decir: tiempo compensado (en segundos) es igual a tiempo invertido (en segundos) menos la categoría (hándicap) multiplicada por la distancia (millas náuticas). Esperar el cálculo matemático suele contribuir a alargar las celebraciones cuando, después de la quinta cerveza tras la carrera o a la mañana siguiente, los resultados se publican por fin.

Aunque esta es la norma para regatas de vela, no deja de ser igual de raro que intentar establecer un hándicap para una carrera entre un viejo El Camino, un Hummer y un Ferrari nuevo, procurando garantizar que gane el mejor piloto. Una balandra en ruinas gobernada por novatos borrachos tiene el mismo hándicap que el mismo diseño en perfecto estado comandado por ganadores de la Copa América. Así que los dueños ricos, que pueden seguir malgastando dinero en nuevas velas, tienen su recompensa. Como los tramposos canallas que aligeran o remodelan sus barcos sin informar a los oficiales de regatas sobre cambios que aumentan la velocidad y alteran el hándicap.

Para la primavera de 1998, los Bobos esperaban angustiosamente animar las ventas ganando la Swiftsure con su ya anticuado Joho 39, lo que significaba que estaban apostando el negocio familiar a que Ruby era ya mejor que el resto de nosotros gritando reglajes de vela desde proa. Tumbada de espaldas, observaba la curvatura de las velas y el margen entre ellas, gritando ajustes sutiles en su infantil voz de soprano: «Demasiado alabeo en la mayor... Bajad la raza... Otro par de centímetros... ¡Demasiado!... Así está mejor. Un poco más. Ahí... Ahora empujad el riel de foque un par de centímetros... Bien. Un poco más de foque... Eso es. ¡Sí!».

La mayor revelación, no obstante, vino en el sotavento a la luz de la luna, cuando volvíamos a Victoria. Temiendo que nos estuviésemos quedando muy atrás, papá seguía llevando los ojos de Ruby a nuestro spi inmóvil y de vuelta a ella.

—¿Qué?

—Nada —contestó Ruby.

Noté cómo mamá estudiaba las olas chocando y superponiéndose tras

nosotros de nuevo.

—Es probable que haya una prueba secreta detrás de todo este movimiento —me dijo cuando me acerqué—. Utilizamos ecuaciones, ya sabes, para predecir las corrientes y el flujo de la sangre o saber cuánto tardará una taza de café removida en calmarse. —Volvió su cara sonriente hacia la luz—. Solo hay caos hasta que damos con las matemáticas correctas para explicarlo.

Entretanto, papá seguía echando miradas a Ruby.

—¿Qué? —volvió a preguntar.

Ella suspiró.

—¿Por qué no seguimos rumbo cuarenta y cinco grados unos noventa metros y luego trasluchamos y pillamos la siguiente ráfaga? Las rachas parecen estar llegando cada tres o cuatro minutos, y más directamente desde el sur, así que podremos atajar a mayor velocidad en una derrota más productiva, ¿verdad? Y, entonces, lo haremos otra vez, y otra, hasta que el patrón cambie o alucinemos a esos pomposos con nuestra velocidad. Puede que no funcione, pero es mejor que seguir esta derrota y ver cómo continúan adelantándonos barcos, ¿o no?

Miramos a nuestro alrededor buscando las rachas de las que hablaba. Pero, aparte de los rayos de luna, el agua era un negro misterio. Puede que hubiese estado observando las luces de los barcos, pero ¿cómo podíamos estar seguros de que las rachas estarían ahí, mucho menos en el mismo ángulo, cuando llegásemos? Para nuestro asombro, sin embargo, papá dio un paso atrás y soltó el timón.

—Hazlo tú —dijo.

Quizá delegaba por agotamiento. Era habitual que gobernase más de lo que nadie podía mantener la concentración. O puede que fuese resignación porque habíamos perdido demasiado terreno para tener una oportunidad de ganar incluso en nuestra clase de barcos de hándicap similar. Aun así, fue surrealista verlo romper la rotación y rendir el timón a la pequeña Ruby, y no por amor o trato preferente, sino por un deseo puro y duro de terminar en mejor posición.

Viajando más lejos, pero más rápido, pasamos media docena de barcos. Incluso mamá participó, avisando a Ruby cuando las olas y el viento estaban sincronizados para favorecer el planeo, y ella se dirigía más perpendicularmente a la marejada, acelerando de nuevo al virar más a barlovento hasta la siguiente oportunidad de planear.

Nuestra recién encontrada velocidad nos animó a todos, con Ruby ahora pidiendo reglajes y trasluchadas desde detrás de la rueda del timón y Bernard maniobrando el difícil tangón en el viento creciente, mientras Gruñón lanzaba sus agradecimientos a los dioses: «¡Gracias, Eolo! ¡Muy agradecido, Njörd!». Y justo cuando estábamos zigzagueando sobre la rompiente a más velocidad, Ruby comenzó a tararear, una flagrante violación de las supersticiones de regata de los Bobos. Pero nadie se inmutó siquiera cuando comenzó a cantar, bajito al principio, *I'm bein' followed by a moonshadow, moonshadow, moonshadow* y todos, excepto Gruñón, que no se sabía la letra, nos unimos a ella.

Entonces, nuestro tangón de dieciséis pies se combó inexplicablemente y, cuando cayó hacia estribor, la enorme vela ligera se desplomó sobre babor. Bernard se abalanzó por el tangón y desenganchó las quijadas de la vela y, luego, del palo, antes de sostener el tubo de aluminio doblado para que todos lo viésemos, mientras Ruby se dirigía más a sotavento para rellenar el spi que volaba sin sujeción, y el barco seguía avanzando.

No oí nada de lo que dijo nadie a continuación porque ya estaba bajando. Sin el tangón, sabía que tendríamos que, o bien continuar navegando con más cuidado y directamente a sotavento, o bien, con más probabilidad, arriar el spi, cualquiera de las opciones condenando nuestra actuación. Echando un vistazo a la cabina en busca de una solución, todo lo que vi fue la afilada pata de teca de la mesa abatible sujeta al mamparo, y la partí por la bisagra, luego agarré un rollo de cinta americana y salí de nuevo a cubierta, donde todo el mundo estaba gritando. Avancé gateando y les dije a Bernard y Clive que mantuviesen el tangón averiado recto mientras yo sujetaba con cinta mi tablilla improvisada, vuelta tras vuelta tras vuelta, a la sección combada. Entonces volvieron a sujetar el tangón al spi y, luego, al palo, y levantaron los pulgares a Ruby en señal de aprobación para que cambiase la derrota y llenase la vela. Cuando hubo sobrevivido dos rachas seguidas, aplaudimos.

Si mi padre estuvo alguna vez más orgulloso de mí, he olvidado el momento.

El tangón volvería a fallar antes de haber transcurrido una hora, pero terminamos asombrosamente primeros de nuestra clase aquel año, quintos de la general. Es probable que no hubiésemos estado entre los diez primeros sin Ruby al timón.

La fama de su capacidad, tanto precisa como apócrifa, continuó extendiéndose, y Bernard alimentó los rumores.

—Es que huele los cambios de viento —les contó a otros competidores—. Mirad cómo agita las ventanas de la nariz.

Su éxito en el agua ocultó el hecho de que estaba cateando y, como mamá decía, escogiendo los amigos inapropiados y aún regalando todo lo que tenía. Sin embargo, sus faltas y afanes pasaron inadvertidos a papá. Como he dicho, navegar bien era nuestro salvoconducto en casa.

Pero, mirando atrás, veo la inseguridad de Ruby en algunas de las viejas fotos. Ella tampoco sabía lo que estaba pasando. Había varias instantáneas en las que los tres niños Johannssen posábamos uno al lado del otro y, aun así, inexplicablemente, solo su pelo ondeaba al viento. Otras la mostraban navegando con diminutos arcoíris rodeando el barco y, en una, incluso su cabeza. Otra imagen que nos obsesionaba a Bernard y a mí estaba tomada desde detrás, con ella contrapesando su Laser, el torso suspendido en horizontal sobre el agua. La pura física requería que tuviese el culo o los muslos fuertemente apretados contra la borda, pero había luz bajo su trasero también, como si estuviese flotando. Bernard estudió aún otra foto de la Ruby Planeadora durante días, intentando averiguar cuál era el truco que explicaba la ilusión de que estaba dos centímetros por encima de la cubierta del *Freya II*.

Mamá jugaba con nosotros, especulando sobre la posibilidad científica de que un poderoso campo magnético pudiese hacer levitar a un humano ligeramente y que algunas personas fuesen más susceptibles que otras a esa fuerza. Pero Bernard gritaba que eran sandeces y encontró el manual de un mago que describía cómo aprovechaba la incapacidad del público de ver su pie en tierra para dar la impresión de que estaba flotando.

—¿Ves? —exclamó Bernard, haciendo equilibrios sobre un pie.

Dije que sí, pero no se parecía en nada a lo que había hecho Ruby.

Para entonces, Ruby se había convertido también en la masajista personal de Gruñón. Hacía que se tumbase bocabajo en el sofá y le decía que respirase haciendo ruido suficiente para que ella pudiese oírlo. Entonces, durante las exhalaciones, presionaba pequeños círculos en los músculos a lo largo de la espalda y tras las rodillas. Tras varios de estos movimientos, él soltaba una risita y se dormía, y la hernia había dejado, por lo general, de dolerle para la mañana siguiente. Cuando le preguntábamos qué había hecho, Ruby se encogía de hombros y decía que solo favorecía que el cuerpo se curase solo. Lo cual sucedía, al parecer, durante un par de semanas, hasta que ella volvía a actuar. Pronto, estaba haciendo exorcismos del estilo para la mitad de los

vejetes de nuestra manzana, aliviando torceduras y achaques, tendinitis y artritis.

Bernard los desechaba como placebos de Ruby. Pero ¿qué le infundía a ella, ante todo, la idea y la confianza de que podía aliviar el dolor de alguien? Y ¿qué hay de la pregunta aún más importante? ¿Eran estos «fenómenos» producto de la suerte y la coincidencia, o distorsionaba ella en algún momento la realidad? Bernard no se planteaba semejantes enigmas. Estaba decidido a desacreditarla. Mi hermano no investigaba los momentos inexplicables o sobrenaturales de nuestra hermana, más bien le interesaban sus ventajas injustas. En otras palabras, si hacía trampas o no.

En lo álgido de esta investigación, la encontré tumbada en el patio de atrás, con los ojos fijos en el cielo azul claro.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, dejándome caer junto a ella.

—Creando una nube con la mente —me susurró.

Con una risita, dije:

—Si te dedicas a construir en el aire, estás despedida.

—Calla —murmuró—. A veces cuesta un rato.

Comenzaron a llorarle los ojos, y los míos vagaron mucho durante los siguientes minutos, así que podría haberme perdido algo, pero, cuando volví a mirar hacia arriba, había una nubecita ovalada del tamaño de una camioneta a un centenar de metros por encima de nosotros.

No estaba impresionada.

—Las he hecho mejores —me dijo, poniéndose de pie y sacudiéndose la hierba de los vaqueros—. Tú también podrías hacerlas —continuó— si te concentrases.

No voy a confesar, ni siquiera a mí mismo, cuántas veces lo he intentado.

Cuatro planetas en Escorpio

Bocabajo en el compartimento del motor de un Peterson 42, la cabeza estallándome, las manos ensangrentadas, las botas al aire, forcejeaba para aflojar cuatro tercios pernos. Por fin, saqué uno, salí por aire a la bañera y oí al inquieto dueño decirme, como si yo fuese su criado ligeramente retrasado mental, que aquello no debía de llevar tanto tiempo.

—Los problemas eléctricos son impredecibles —le dije, una frase que había repetido cientos de veces.

Por lo general, funcionaba, y la mayor parte de la gente respondía a ella con una media sonrisa de «lo entiendo» y un encogimiento de hombros de «haga lo que pueda».

—A noventa y tres dólares la hora —gruñó este—, espero algo más que vagas excusas.

Inhalé el tóxico aroma del astillero, compuesto de disolventes, patentes y resinas epoxi.

—¿Quiere hacerlo usted? —le pregunté—. Podría guiarle por los pasos que tendrá que seguir.

Le temblaron los labios.

—Solo está quitando el solenoide, ¿no?

—Eso es.

—¿Y tan difícil es?

—Bueno, viendo que no se despega del arranque, tendrá que quitarlo también. —Tomé aire más profundamente—. Ahí abajo hay tres pernos más que aflojar y ¡buena suerte con ellos! Es demasiado estrecho para meter una llave de tubo, así que tendrá que colgarse bocabajo y soltarlos a la fuerza con esta llave Allen que he serrado a propósito para usted esta mañana. Y podría tener que enganchar una tubería al final para conseguir suficiente palanca. Si es afortunado, no romperá las cabezas ni se machacará una mano, pero tiene muchas posibilidades de hacerse daño.

—No me gusta su tono —dijo.

Mirando más allá de él, continué:

—Y, para sacar el arranque, tendrá que tirar del alternador, claro. Pero quizá sea buena idea que haga algunas fotos rápidas antes, para recordar cómo se supone que tiene que quedar. Entonces, solo tiene que sacar el alternador y tirar del arranque y quitar el solenoide, ¿no? Pues no. Primero tiene que aflojar el depósito de agua dulce o el arranque no saldrá. Y, al tirar del arranque, probablemente empuje algunos tubos de refrigerante; tuberías de metal, en realidad. Volvo prefiere el metal a la goma, supongo, porque son más caros. Pero no apreciará esta complicación por completo hasta que intente volver a poner el arranque con el nuevo solenoide, que puede comprar en Al's Alternators. Al sabrá sin mirar si lo tiene o no. Si no lo tiene, lo pedirá y le cobrará sesenta y nueve pavos. Luego tendrá que empujar de nuevo las tuberías de refrigerante para colocar el arranque y el nuevo solenoide otra vez en su sitio. El anticongelante podría comenzar a gotear, pero no se puede decir hasta que...

—Mire —espetó con la boca crispada—, como ya le he dicho, no me gusta su tono ni lo más mínimo.

—Tampoco a mí —admití, suspirando y recorriendo con la mirada el taller, donde el Gran Alex estaba abrazando a clientes indefensos—. A veces estas cosas no llegan a solucionarse —le dije al tipo lo más amablemente que pude—. La verdad es que quizá el solenoide no sea siquiera el problema. Cuando se trata de sistemas eléctricos y agua salada, hay corrosión que no se ve. Hay duendes y fantasmas. A veces hay que comenzar de nuevo y cambiarlo todo. Pero apuesto a que es el solenoide y espero que lo sea. Si quiere que lo deje, solo tiene que decirlo, y me ocuparé de un caso menos exasperante.

Abrí la mano ensangrentada y le ofrecí mi llave serrada.

Sabía que se quejaría a Jack y que este me sermonearía, pero, cuando comenzó a refunfuñar sobre los «duendes y fantasmas», me dejé colgar de nuevo en el compartimento del motor, dándome un golpe en la sien. Afortunadamente, cuando volví a salir con los otros tres pernos, se había ido, y me senté en la cubierta con la cabeza palpitándome y miré a Lorraine trabajar en el *Audacious* una vez más. El dermatólogo al que pertenecía intentaba compensar sus mediocres habilidades de competición con el ritual de imprimación más extravagante de la flota. Sacaba el *Audacious* dos veces al año para que Lorraine lo lijase, lo pintase, lo puliese y volviese a aplicar la patente. Ella satisfacía todos sus delirios aplicando capas de pintura de cobre

que salían a casi cien dólares el litro y ahuyentaban la vida marina a una milla de distancia. Cuando el médico ganaba cualquier cosa, se dejaba caer y le daba un par de billetes de Ben Franklin en gratitud o, quizá, por equívoca lujuria.

Para ser justos, Lorraine tenía extraños poderes sobre todos nosotros. Puede que fuesen sus ojos, tan marrones que parecían negros, o su habilidad para trabajar y decir más tacos que nadie, con su espectacularmente sucia boca bilingüe. «Hijo de puta machista», aprendimos, era lo mismo que, en inglés, *sexist motherfucker*. Fuera de eso, sin embargo, no sabíamos mucho de ella, aparte de que un pájaro tatuado asomaba por encima de sus gastados vaqueros cuando se agachaba, aunque la mayor parte del tiempo no podíamos ver ni el pájaro, ni sus vaqueros ni su cara bajo el mono unisex con la cremallera subida y la careta industrial que llevaba mientras dejaba la obra viva de los veleros obscenamente suave. Había tenido un rollo de fin de semana con Noah hacía un año, cuando él pesaba treinta kilos menos. Después él fingió que estaba bien que fuesen solo amigos, pero ella solo tenía que mirarlo con cariño para que él se azorase tanto que casi se desmayaba. Por sobrevalorado que estuviese el trabajo de ella, yo sabía que tarde o temprano tendría que pedirle ayuda.

Con ese pensamiento, mis ojos cruzaron el taller. Solo mirar el destrozado Joho de mi padre me hacía hervir la sangre. Desde su sermón sobre la holgazanería hacía dos días, había estado enviando sus llamadas directamente al contestador automático y, luego, las había borrado tan pronto como comenzaba a ponerse agresivo. Esa mañana, no obstante, había hecho a Gruñón dejar un mensaje.

—Espero que estés teniendo tiempo de trabajar en el barco de la Swiftsure que te llevamos —se le oía acartonado, seguido de murmullos de fondo apagados—: Bueno, ¿qué quieres que le diga? ¡Dios santo! —Luego, directamente al teléfono—: Estoy seguro de que harás todo lo que puedas, Josh. Siempre lo haces.

Despegué los ojos del necesitado Joho —Gruñón no tenía, obviamente, ni la más remota idea de lo que papá quería que le hiciese— y me centré en Rex y Marcy trasladando cajas de comida enlatada por la escalerilla hasta su recién imprimado barco. Unos días antes me habían enseñado la completa biblioteca que habían reunido, en su mayoría dramas anticuados de parejas tan poco preparadas como ellos, que se hacían a la mar hacia ninguna parte.

Bajando, me dirigí a ellos y les pregunté si habían encontrado las cartas

marinas que necesitarían, y Rex desenrolló un mapa a pequeña escala con una línea de rotulador fluorescente amarillo marcando su ruta hacia Alaska.

—Estupendo —dije.

«Para el caso, podríais navegar con un globo terráqueo», pensé.

—¿Vais a tomar clases de vela? —pregunté.

—Nah —contestó Rex.

—¿De navegación?

Negó con la cabeza.

—¿Habéis matriculado o documentado ya el barco?

—Nah.

—¿Y el equipo de supervivencia?

—No puedes pensar demasiado estas cosas —explicó Rex—. Somos de experimentar. Aprendemos haciendo.

Así que ahí estaba una vez más, entrando sin permiso en sus delirios, mientras Marcy devoraba un plátano.

—¿Has conocido ya a Josie y Paul? —preguntó—. Son de Boulder. Les estamos dando pistas, bueno, Rex, porque zarpan también ellos.

Señaló a una pareja joven tatuada, tirada junto a otra balandra desaliñada, que probablemente no llegaría ni a Seattle.

Como no quería conocer a más migrantes aventureros en el humor pisasueños que me gastaba, comprobé el progreso de Mick y Leo esmerilando y aplicando fibra de vidrio a *Sophia*.

Cuando Jack se acercó naneando, intenté anticiparme a su sermón.

—Le solté el rollo al tipo después de que me acusase de estar inflando la factura.

Jack restó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Le he dicho que eras el mejor y que hablaría contigo. Ya hemos hablado. —Se retorció el bigote y señaló la proa del *Sophia*—. Blaine me llamó en cuanto volvió a salir del quirófano. Dice que se siente genial. Ha vuelto a decirme que no nos preocupemos por lo que cueste. Que simplemente mezclará los recibos con los de la remodelación de la cocina y ganará puntos con su mujer por invertir tanto en el proyecto de ella.

Cuando los clientes comenzaron a merodear al acecho de Jack, salí para unirme a los fumadores y, sin siquiera un pie o una petición, comencé a contar mi último fracaso amoroso:

—Así que la número veinticuatro me invita a casa de sus padres en la parte oeste. Su madre está como loca en la cocina y tiene tan poco que decir

que ya siento que la he decepcionado. Y su viejo es de los de reloj de oro y *whisky* caro. Solo bebe Glenlivet, me informa: «Todo lo demás es pis». Lo repite, puede que tres veces. Aun así, casi me gustaba hasta que comenzó a tomarme el pelo con la vela. «Nunca he entendido la atracción», me dice. Como si me importase.

Los chicos abuchearon.

—«Lleva todo el día llegar a cualquier sitio», me dice. «¿Y todo ese rollo de cuerdas? No, gracias. No entiendo que nadie se plantee siquiera que merece la pena el lío, a menos que no pueda permitirse un barco de motor.»

Más abucheos.

—El tipo me estaba matando, pero la pega es que quería volver a acostarme con la hija. Tiene esa ansia por el sexo que me hace sentir como si tuviese de nuevo diecinueve años.

Abrieron mucho los ojos y esta vez ulularon, pero entonces describí la cena estilo familiar que habíamos tenido con el padre de papada doble, un hombre hecho a sí mismo, como señalaba de continuo, que, de repente, reveló que tiene un Bayliner de cuarenta y siete pies, algo que su hija había olvidado mencionar.

—Así que el puente volante está a unos cinco metros y medio del agua —le digo.

—Exacto —dice él.

—Y supongo que tiene un par de motores diésel Cummins de treinta y tres. Agua dulce refrigerada.

Frunce los labios.

—Impresionante —dice, mirando con aprobación a su hija.

—Avanza rápido y produce una estela gigantesca, ¿no?

Asiente orgulloso, aunque una de sus pobladas cejas comienza a elevarse.

—¿Sabe cómo llama mi padre a los barcos como el suyo? —le pregunto.

Sonríe fríamente.

—¿Cafeteras apestosas?

—Algo así —digo—. Pero adivine cómo llama mi hermano a los tipos como usted.

Ladea la cabeza para tenerme más a tiro.

—Soplapollas —digo.

Los chicos resoplan y se ríen a carcajadas.

—Eso es tan dogmático —dijo Mick, líder del astillero en meteduras de pata lingüísticas.

—Pedante —corrigió Noah, y luego sacudió espasmódico la cabeza dos veces hacia atrás.

Habían puesto una valla publicitaria esa mañana a solo una manzana de distancia del astillero, con un sencillo mensaje: «EL FINAL ESTÁ CERCA». Todo el mundo suponía que tenía algo que ver con el agorero padre de Noah, pero nadie se atrevía a preguntarle.

—Entonces, ¿cómo se tomó el asunto la enérgica hija? —preguntó.

—Es increíble —contesté—, pero nunca volvió a llamarme.

Como de costumbre, no quise contarles las chicas que me habían rechazado porque estaba demasiado desesperado, era demasiado aburrido, demasiado introvertido o demasiado ingenuo. En menos de una hora, la número veinticinco y yo pasamos de la complicidad de una infancia parecida a saber demasiado el uno del otro para querer volver a vernos nunca más.

Miré por encima de los chicos las lacias banderas de la marina. Johnny y yo habíamos practicado un día esa semana, así que estábamos, en teoría, tan listos como siempre para hacerlo bien si el viento seguía siendo ligero.

Desanduve el camino y les hablé a los chicos de la número nueve.

—Parecía loca por mí hasta que me hizo la carta astral y averiguó que tengo cuatro planetas en Escorpio. «Esto no va a funcionar», me dijo. «No puedo estar con un hombre que tiene secretos y es misógino.»

—¿Miss qué? —dijo Mick.

—Dejó a nuestro Josh —dijo Noah— porque tiene cuatro planetas en Escorpio. Quédate con eso.

—¿Qué planetas? —preguntó Leo.

—En cierta forma —comenzó Noah—, la del pingüino emperador es una historia de supervivencia: el triunfo de la vida sobre la muerte. Pero es más que eso, en realidad: esta es una historia de amor.

La gravedad de un velero

Comenzamos nuestros rituales prerregata cuando el prometedor viento convirtió la bahía de plácida gelatina verde en hierro corrugado. Toda la flota de Star se había echado a la mar esa noche, así que, cuando la cuenta atrás comenzó, veintiún barcos navegaban tras la línea de salida invisible como hámsteres maniacos.

—A la señal de dos minutos —le dije a Johnny—, vamos a alejarnos directamente de la línea durante casi un minuto, luego viramos por redondo, volvemos a todo trapo y la atravesamos a toda velocidad justo cuando suene la señal de salida, ¿de acuerdo?

—Sí, capitán Kaz.

Casi cumplido el plan, volvimos la cabeza porque, por una vez, nos movíamos más deprisa que todos los demás, especialmente Mario, quien como de costumbre hacía tiempo cerca del extremo izquierdo, menos concurrido, de la línea, que de repente era hacia donde nos dirigíamos nosotros, ahora que el viento había cambiado. Pero, antes de que llegásemos a su lado, nos quitaron la brisa ininterrumpida otros dos barcos, a los que Mario dejó atrás con su misteriosa aceleración, hasta que salió a viento limpio, su ventaja ampliándose a medida que derivábamos hacia la cola.

Cuando por fin pudimos virar, fuimos una vez más demasiado ligeros o demasiado torpes para mantener el barco equilibrado. Tras terminar penúltimos en las siguientes dos mangas, le espeté a Johnny que dejase de disculparse por cosas que no eran culpa suya, lo que provocó otra disculpa antes de que pudiese evitarlo. Trasluchamos de vuelta hacia el puerto en profunda admiración de nuestra incompetencia. ¿Por qué me empeñaba en competir? ¿Para recordar a todo el mundo que yo no era ni Bobo ni Ruby Johannssen?

El muelle no me ofreció ningún consuelo. Un tropel de inquilinos de los otros barcos merodeaba cerca de mi pantalán, distrayéndome lo bastante para que no me diese cuenta de que estábamos llegando demasiado deprisa, y

Johnny no tuvo suficiente tiempo para evitar que chocásemos contra el muelle y aplastásemos la quebradiza proa. Parando con la mano sus nuevas disculpas, lancé una mirada de odio a mis necesitados vecinos, que esperaban, sin duda, solo un poco de consejo.

—Esta noche, no —casi grité.

La mayoría se retiró de inmediato, pero Rem, el narcoléptico del Dique B, que había comprado hacía poco una yola podrida casi regalada, se adelantó.

—Solo tengo una pregunta rápida —dijo, una Pabst vacía colgando de su meñique.

—Claro, Rem, pero te costará un dólar cincuenta el minuto empezando desde —miré mi reloj— ya.

—Vale, vale —dijo levantando las sucias palmas de las manos y reculando—. Perdoona.

Johnny me ayudó a enrollar las velas en un silencio avergonzado y se cuidó mucho de inclinarse ante mí.

Luego ocupé el reservado de la esquina de la tasca, pero la número veintiséis nunca apareció. O puede que mirase dentro, viese a un vagabundo siniestro agarrando una pinta espumosa y volviese a salir sin hacer ruido. Más tarde se excusaría con una emergencia de la novia de su hermanastro, aunque nunca dijo de encontrarnos otro día. Su insistencia en que sus citas compartiesen sus «principios de reciclaje» ya me había parecido bastante antirromántica, en cualquier caso.

La primera cerveza bajó como si estuviese intentando empujar algo fuera. La segunda me agitó hasta casi el punto de llamar a papá para decirle que sacase su sueño imposible de mi taller. ¿Cómo lo había llamado? «Proyecto familiar.» No, era el esquema egoísta de un desconsiderado Bobo Johannssen hijo.

Mientras otros patrones de Star rebuznaban en su mesa, Mario se acercó con su cerveza para interrumpir mi amargo bajón.

—¿Así que tu familia va a navegar en la Swiftsure este año? —dijo.

Me reí entre dientes y lo miré hasta que comenzó a jugar con las cremalleras.

—¿Quién te ha dicho eso?

—He oído que tu hermana también va a estar.

—En serio, deberías ir a que te miren el oído.

—Nunca llegamos a salir —reveló de repente Mario—. Quiero decir que siempre me gustó Ruby y nunca salí con nadie más hasta que fui mayor.

Meneé la cabeza.

—¿Cuántas cervezas llevas?

—Le escribí cartas cuando se fue a África, al menos una al mes durante el primer año. Nunca contestó, pero eso no me detuvo. Es más o menos la razón por la que comencé a venir aquí hace tres años, porque seguía pensando que ella acabaría por venir a navegar contigo.

Silbé.

—Eso sí es un pensamiento enrevesado.

—Lo que digo —dijo entonces, sacando pecho— es que me encantaría volver a navegar con esa chica.

—Lo sé, Mario. A todos nos gustaría.

Me miró, esperando algo más.

—Solo darle la mano era casi una experiencia religiosa.

Su voz tembló de verdad. Luego se dio la vuelta y se apresuró a salir por la puerta de atrás.

Mi tercera cerveza sustituyó el martirio con el asombro por lo que Mario Seville acababa de desvelarme, lo que, a su vez, de alguna forma, me hizo sentir culpable por haber imprecado a los inquilinos.

Agarrando una bolsa de herramientas, comencé mi ronda, en la suave lluvia, metiéndome en el lazareto de babor de Georgia y apretando las abrazaderas de los tubos a ambos lados de su bomba de sentina para recuperar la succión. Luego enseñé a la exmonja cómo hacerlo ella y rechacé su oferta de vino barato y Doritos. La siguiente parada fue el barco de motor mohoso de Trent. Escuchando su diésel quejumbroso, especulé en voz alta sobre un tubo de alimentación obstruido o una bomba de inyección débil. Luego, gateando por la popa, por intuición, golpeé y escarié la válvula de combustible con un destornillador hasta que salió la porquería. El motor arrancó con suavidad y rechacé los ocho pavos de Trent: «Todo lo que tengo a mano». A continuación, vino la pareja nudista, ansiosa por conocer los pros y los contras de las calefacciones de propano y diésel. Cuando por fin llegué a Rem, estaba sentado sin gorro en su bañera, bajo la lluvia pertinaz, escuchando un concierto de piano; dirigiéndolo, de hecho.

—Hola, Remy.

Sus manos se congelaron en el aire y abrió los ojos.

—Vaya, mierda. Lo siento, colega. No sabía... Quiero decir, como yo...

—¿Qué te pasa?

Señaló la cubierta de babor, donde el agua había formado un charco de

dos centímetros de profundidad entre el camarote y el carril de falca.

—Gotea como la madre que me parió hasta las taquillas. Un cubo al día a veces. ¿Quieres mirar abajo? Igual hay que volver a colocar la regala, no sé. Pero hay un puto millón de tornillos atravesados y no sé cómo...

Desconecté del resto mientras sacaba el taladro, le metía una broca de 18 mm y agujereaba la parte de abajo del carril en el punto más propicio del barco.

—¡Eh! —farfulló Rem—. No puedes hacer eso, ¿no?

Después de sacar el taladro, el nuevo agujero chorreó como una tubería.

—No resuelve el problema, pero, al menos, lo frena. Necesitas más imbornales para que el agua no se acumule aquí. Cuando se seque el agujero, vendré y lo taparé con resina epoxi para que no se pudra la regala.

—Guau, colega. Qué pasada, pero... No sé, no tengo...

—Hasta luego, Rem. Vuelve a tu Bach.

La lluvia caía con más fuerza, su bis familiar tamborileando en los tejados de chapa, golpeando lonas e inundando cubiertas y desagües. Vivir en un barco en el oeste del estado de Washington significa que compartes casa con la lluvia. Tenemos chubascos tipo monzón, pero nuestra especialidad es la lluvia íntima e implacable. Oyes su percusión en el techo del camarote y sientes la humedad en la nariz y la ropa aun cuando están secas. No hay estufa o deshumidificador o termostato o detergente que pueda con esa humedad. La primera película para mayores de dieciocho años que vi fue *Atracción fatal*, con Glenn Close interpretando a la amante psicópata que le dice a Michael Douglas: «No toleraré que me ignores». Esa es la clase de lluvia que tenemos aquí.

Por fin, retirándome a mi propio barco, paré en el muelle para contestar mi vibrante teléfono.

—Hola, Josh —dijo una amigable voz de mujer—. ¿Cómo estás?

—¿Ruby?

—¿Y quién coño iba a ser? —preguntó, como si hablásemos cada tres días en vez de cada tres años—. ¿Hola? ¿Me oyes? ¿Josh?

—Cómo me alegro de oír tu voz —grité.

Se rio.

—¿Crees que solo tengo una?

Y dio rienda suelta a una parrafada de elegante francés antes de lanzarse con algún cortante dialecto africano.

—No tengo mucho tiempo, así que dime cómo va esa renovación del

barco. Papá me ha dicho —imitó su malhumorada voz de barítono—: «No está haciendo nada». Le dije: «No te quedes conmigo, viejo. Eso no es propio de mi hermano». Pero y a mamá ¿qué le pasa? Sonaba como un tono de llamada. ¿Está bien? ¿Hola? ¿Hola?

—¡Estoy aquí! Así que papá te ha enredado en esto.

—¿Qué? Ha sido al revés. Soy yo la que os está enredando a todos en esto. Es la Swiftsure, Josh. ¡Ya es hora! Espera un minuto. —Sonó como si se le hubiese caído el teléfono—. ¡Ponlo en cualquier sitio! —gritó al fondo y, luego, suavemente, a mí—: Así que dime que puedes hacer que ese barco vuele.

—Lo dudo mucho —resoplé—. Es un pedazo de mierda sin fuste.

Suspiró.

—¡Escúchate! ¿Quién te ha robado la alegría de vivir? Alguien tiene que ganar. ¿Por qué no nosotros? Le he dicho a Gruñón que se tome el doble de anticoagulantes porque no quiere perderse este acontecimiento. ¿Hola?

—Sigo aquí.

—¿Hola? ¿Josh?

—¡Estoy aquí!

—¿Sabes algo de Bernard?

—¡Sí!

—¿Josh? ¿Me oyes?

—Sí, Ruby, yo sí te oigo.

—¿Sigues ahí?

—Que sí.

—Bueno, si aún puedes oírme —dijo en voz baja, como hablando para sí misma—, reserva el sábado antes de la regata para cenar en el Solar y urdir nuestra brillante estrategia.

Luego soltó una risita y colgó.

Cuando se cortó la línea, le devolví la llamada desesperado, y una voz robótica me informó de que el buzón de voz estaba lleno.

Solo entonces levanté la mirada y me di cuenta de que Trent y los nudistas estaban observándome como si acabase de salirme tanto de mi personaje que ya no me reconociesen.

En vez de retirarme a mi camastro, me encontré pedaleando a ciegas en la noche pasada por agua, la voz de mi hermana retumbando en mi interior cuando avanzaba entre los guitarristas callejeros que mascullaban sus canciones y el ir y venir de la ciudad de vuelta al empapado astillero.

El Joho 39 llevaba allí once días, pero ni le había dedicado más que vistazos nerviosos ni, para el caso, mirado de cerca ninguno de estos modelos desde que mi padre había vendido el *Freya II* —contra los deseos de todo el mundo— durante otro desplome de Johannssen & Sons. Reconocer uno agazapado en un pantalán, o peor aún navegando, me desquiciaba. Pero este barco venía con tanto bagaje, tenía un nombre tan ofensivo —*Hell Bitch*, «zorra del infierno»— y parecía tan descuidado, como si hubiese estado golpeándose contra un muelle durante la última década, que hasta ahora no había sentido afecto por él. Con él solo para mí, por fin, su grácil silueta abultada resultaba acogedora.

El diseño había perdido su prestigio hacía mucho. Demasiado sobrio para ser el barco de recreo de gente bien, demasiado pesado para competir con eficacia, aún había conseguido mantenerse en boga veintiocho años y circunnavegar el planeta al menos tres veces, y no había dejado, desde luego, de entrar y salir de casi todos los puertos famosos de cualquier continente, por no mencionar de cada cala y recoveco de nuestro mar interior.

Yo era un bebé cuando los Bobos lo inventaron, pero mucho después de que todos nos hayamos convertido en polvo, habrá seguramente unos pocos Joho 39 restaurados, viento en popa a toda vela, que hagan temblar las rodillas de aficionados que no puedan resistirse a las balandras llenas de curvas, de eslingas bajas, que combinaban el deseo de velocidad de papá con la insistencia de Gruñón en la belleza y la comodidad. Las soluciones intermedias eran obvias. Una proa proyectada para la elegancia y facilidad de fondeo con secciones planas del casco en la popa y delante para impulsar el planeo a sotavento, la velocidad y el control.

Este diseño era el patrón por el que yo medía todos los demás. Eslora: 39 pies 1 pulgada; línea de flotación: 33 pies 3 pulgadas; manga: 11 pies 4 pulgadas; desplazamiento: 6,214 t; ratio de superficie vélica/desplazamiento: 18,8. Las estadísticas de un velero me relajan. Muéstrame números y te diré cómo navega en diferentes condiciones. Vistos la antigüedad y el estado general, puedo decir lo que vale, si es bonito y calcular su hándicap de regata con un error de diez segundos por milla.

Caminando alrededor del barco varias veces, me pregunté cómo habíamos conseguido caber los ocho —contando a Gruñón y los dos labradores— en aquel casco de plástico de la mitad del tamaño de una caravana. Pero, aun cargados con cabos, cadenas, defensas, velas, cereales, libros, cerveza, vino y sacos de dormir, había habido suficiente sitio. Hacíamos muchas más cosas

juntos cuando estábamos a bordo: leíamos, reíamos, hablábamos y cantábamos más, con Gruñón dirigiéndonos en ridículas salomas antes de hacernos encallar inevitablemente.

Tocamos fondo dos veces en el mismo día en Active Pass, primero por el este, luego por el oeste. Tres días más tarde, nos quedamos aislados en un banco de arena en el estrecho de Georgia. Así que izamos las velas y nos juntamos en la regala inferior, excepto Ruby, a quien dejamos al timón por si nos liberábamos del afortunadamente blando delta del río Fraser. La cosa continuó casi dos heladas horas hasta que Bernard y Gruñón levantaron a papá a medio palo, con el arnés apretándole las ingles lo suficiente para que hiciese gallos al despotricar sobre todo lo que le molestaba, incluyendo las risitas de abajo.

Por fin un soplo de aire, junto con la subida de la marea, nos liberó, nos puso en marcha y nos aceleró extremadamente escorados, con todos preparándonos para volver a tocar fondo, mientras papá se balanceaba más precariamente cada vez y nos gritaba que hiciésemos el puto favor de bajarle, provocando a Ruby un ataque de risa histérica. Pero nadie se arriesgaba a bajarlo a él o a tranquilizarla a ella por miedo a gafar nuestra huida hacia aguas más profundas.

La última vez que vi a Gruñón, le pregunté por qué encallábamos tan a menudo.

—¿Estaban las cartas tan mal marcadas antes?

Observó su cerveza, contemplando las burbujas.

—No tengo ni idea —dijo—. Tu madre dice que Einstein encallaba todo el puto rato.

Es cierto que un porcentaje particularmente alto de las historias de vela de Einstein terminaban con él tocando fondo o siendo rescatado o remolcado de vuelta a casa en la oscuridad. Y, cuando el famoso científico la liaba en un barco, el mundo se enteraba. En el verano de 1944, el *New York Times* consideró digno de ser noticia que, a los sesenta y cinco años, se estrellara contra una roca y volcara en un lago en la región montañosa de las Adirondack, donde el genio quedó temporalmente atrapado bajo su vela, con la pierna enredada en un cabo, antes de abrirse camino hasta la superficie.

Durante nuestra odisea familiar más larga, vivimos juntos en el 39 durante veinticuatro días seguidos. Comíamos galletas rellenas de malvavisco y chocolate todas las noches. Gruñón nos enseñó mitos nórdicos y a cantar *yodel*. Jugamos innumerables partidas de Yahtzee. En un tranquilo puerto

canadiense, Bernard se puso su máscara del Zorro, su espada de juguete y su capa e hizo que lo levantase de la cubierta con el güinche para poder columpiarse sobre el barco lleno de desconocidos junto al nuestro y gritar, con mal acento español: «¿Cuánto quiere por sus chicass?».

El *Freya II* era mucho más que un barco. Era nuestra entrada al resto del mundo. A bordo de él, vimos orcas y rorcuales, marsopas, delfines y bandadas de aves marinas y mecanismos activados por las mareas. Cerca del final de un viaje, estábamos tumbados en la cubierta, mirando las brillantes constelaciones, mientras mamá nos informaba de que todos éramos dos centímetros más altos tumbados que de pie, porque la gravedad no comprimía los tejidos de la columna. También nos contó que la Luna habría salido revoloteando por el espacio hace mucho sin la succión de la Tierra manteniéndola cerca, y que todos los objetos ejercían atracción. Neptuno, explicaba, no se descubrió hasta que un astrónomo espabilado detectó una vacilación en la órbita de Urano alrededor del Sol, que indicaba que alguna esfera oculta tiraba de él sacándolo ligeramente de su rumbo.

Mirando aquella noche la agradable forma del maltrecho Joho 39, esperé que, adecuadamente reparado, pudiese contar con la suficiente gravedad para agrupar de nuevo a la familia, al menos, durante un fin de semana.

De lo siguiente de lo que me di cuenta fue de que estaba quitando los combados tablonos de teca para examinar los pernos de la quilla y la integridad de la caja de quilla reforzada, con su familiar última capa de fibra discontinua de veinticuatro onzas y sus clásicas vigas en I sosteniendo la gruesa carlinga. Pasé las horas que quedaban hasta la salida del sol lijando y prometiéndome en silencio que dejaría el casco tan suave y afinado e impecable como estaba cuando este Joho 39 de 1984, Casco Número 13, salió de su molde en Johannssen & Sons.

Cachos de plástico sin corazón

Las familias se rompen por dinero, traición y abusos, por resentimiento, infidelidad y malentendidos, porque la gente se comporta como si fuese gilipollas. Es más, cualquier cosa puede sacudir las líneas de fractura. Pero solo sé de una familia que se hiciese pedazos por una regata. En realidad, por un solo momento y un empujón espontáneo a la caña del timón. Otros pequeños temblores precedieron al grande, pero, durante la mayor parte de ellos, mi padre, no mi hermana, había sido el patrón.

En competición, no solo dictaba maniobras, sino también el humor y la emoción. Si bromeaba, todos nos relajábamos, pero no se nos ocurría distraerlo intencionadamente, como a nadie se le pasa por la cabeza interrumpir a un hombre que escucha los resortes de una cámara acorazada. Abrir la boca en el momento inapropiado le haría mirarte con los azules ojos desorbitados. Esperaba que todo el mundo hablase, pensase y soñase despierto sobre cómo hacernos ir más rápido, como si concentrándonos apretando un poco más los dientes, como queriendo doblar una cuchara con la mente, pudiésemos lograr a fuerza de voluntad que nuestro barco adelantase al resto. No llevábamos ni cerveza ni un gramo de peso innecesario. El almuerzo se comía discretamente, si es que se comía.

David Binstein infringía todos aquellos principios.

Con la constitución de un jabalí de ciento cuarenta kilos, Binny era popular con los patrones faltos de tripulación, con dificultades para mantener sus carísimos barcos infralastrados equilibrados y rápidos. Y él había competido lo suficiente para comprender su papel como carne de borda de primera, y cambiaba ágilmente de lado con cada ceñida, contrapesando su masa sobre las líneas de vida justo en el lugar y el momento adecuados. Su peso, no obstante, solo nos estaba haciendo daño en el tramo final de sotavento de aquel desastroso día de regata en el verano de 1999, cuando se lanzó a contar su tercera historia de la fraternidad universitaria de la tarde, mientras atacaba un bocata de ensalada de huevo y lo bajaba con una cerveza

Busch Light.

Esta comenzaba con uno de los hermanos acudiendo a su primer partido de fútbol americano y Binny saludándole con la mano desde el centro de la sección de estudiantes y gritándole que le había guardado un sitio.

—Así que aquel memo lleno de granos se dirige hacia mí, pidiendo permiso para pasar a quizá cuarenta o cincuenta estudiantes, con su gran sonrisa y un perrito caliente de treinta centímetros de largo en la mano.

Como de costumbre, las risitas de Binny iban frenando su propia historia. A mi padre comenzaron a latirle las venas de la frente cuando otros dos barcos nos alcanzaron.

—El crío no tenía ni idea de que fuésemos tan buenos amigos —continuó Binny—. Quiero decir, le había guardado un sitio, ¿no? Está halagado. Así que, cuando finalmente llega hasta mí, lo levanto y berreo: «¡Cuerpo va!».

A papá se le crisparon los músculos de la mandíbula cuando un Synergy 1000 nos sobrepasó. Yo sabía que veía aquel tramo final como la última oportunidad de salvar el día. Estábamos en el *Freya II*, que se sentía perezoso a sotavento en comparación con nuevos diseños más ligeros y caros, como el maldito Synergy. Las desigualdades económicas del deporte enfurecían a nuestro padre, en especial, aquella ola reciente de novatos puntocom que soltaban un par de cientos en un barco y velas. «Comprar trofeos», lo llamaba. Tercamente, continuábamos compitiendo con nuestro envejecido barco contra aquellos jóvenes pavos reales, como el que patroneaba otro peso pluma pasándonos a todo trapo con sus sexis velas transparentes.

—Así que pasamos al chico toda la grada hacia abajo hasta la primera fila. Y todo el mundo se había ido inclinando y dando bocados a su perrito caliente. —El cuello de Binny zangoloteó con la risa aguantada—. Así que, para cuando llegó a las animadoras, le quedaba esto. —Sostuvo el pulgar y el índice a un centímetro de distancia e inhaló ruidosamente, mareado con las risas—. Y esta es la parte con la que no puedo —graznó, secándose las lágrimas—: la expresión en la cara del chico cuando vio lo que le quedaba de...

—¡Fuera! —tronó papá—. ¡Eres un desperdicio de espacio, Binstein! ¡Lárgate! ¡Ahora mismo!

Binny dejó caer su lata, y lo que quedaba de cerveza chapoteó a lo largo del carril de falca.

—¡Fuera! —volvió a gritar papá.

Binny miró a su alrededor incrédulo.

—Papá —dije suavemente, pues era el que más cerca de él estaba—, cálmate, anda.

La verdad es que había visto su frente arrugada hacer los cálculos, estimando el peso total de la tripulación en seiscientos cincuenta kilos y dándose cuenta de que la diferencia de ciento cuarenta podía afectar a la última milla. Probablemente, también había tenido en cuenta que estábamos a finales de julio y el agua estaría más o menos tibia, y que estábamos fuera de la vista, en el borde del campo de regata.

—¡Ahora! —exigió—. Vendremos por ti cuando hayamos terminado.

Entonces, por fin, todos comenzamos a protestar a la vez, pero, para sorpresa nuestra, Binny levantó una de sus rollizas piernas por encima de las líneas de vida. No sé lo que Bobo hijo creyó que pasaría. En cualquier caso, no protestó cuando Bernard siguió el «cataplún» de Binny gritando:

—¡Hombre al agua! Izad el spi y preparaos para trasluchar y rescatar.

Y, de hecho, puso en marcha el motor y realizó un cambio de sentido mientras aparejábamos el spi, arriábamos la mayor y acelerábamos de vuelta hacia nuestro bamboleante chico de fraternidad, su chaleco pequeño apenas manteniéndole la barbilla sobre las olitas.

—¡Vamos! —dijo papá, intentando quitarle hierro al asunto—. ¿Quién iba a pensar que saltaría?

—Papá —dijo Bernard, a volumen suficiente para que todo el mundo lo oyese—, eres un gilipollas.

Nuestro padre forzó una sonrisa y miró alrededor, como si contase con esa habilidad de los dibujos animados de reinflarse tras ser aplastados.

—A veces —dijo despacio—, todos lo somos.

—Buen intento —dijo Bernard—, pero no puedes compartir esta culpa. Demasiados testigos para pervertir la realidad esta vez.

Tenía razón. Nuestra tripulación ese día incluía a tres jóvenes que navegaban y bebían con prácticamente todo el mundo, lo que significaba que esta historia pasaría de barra en barra, de regata en regata, de año en año, con cuentos más exagerados sobre nuestro padre bombeando o remando ilegalmente o tocando boyas o embistiendo barcos a propósito o estampando una botella de Coca-Cola en el palo cuando estaba disgustado por cómo manejábamos el spi.

Para cuando Ruby comenzó su último año en el instituto, más adelante aquel otoño, los engranajes de su normalidad estaban desencajándose. Miraba el teléfono antes de que sonase. O se volvía hacia mí y decía: «Va a llover»

segundos antes de que comenzase a hacerlo. O, de repente, susurraba: «Visita», justo antes de que los perros ladrasen. Puede que su oído fuese extrañamente agudo, pero eso no explica la tarde de comienzos de septiembre en que dijo, de repente, con obvia alarma:

—¿Dónde está mamá?

—¿En el súper? —dijo Gruñón levantando la vista de una carta que estaba escribiendo al último crítico que había denunciado a Steinbeck como demasiado político o demasiado sentimental—. ¿No va a comprar los jueves?

Mi padre dobló y volvió a doblar la sección de Deportes y miró el reloj.

—¿Qué pasa? No son ni las siete.

—Ha ocurrido algo —masculló Ruby.

Su nuevo corte de pelo hacía la angustia incluso más palpable. Había comenzado a cortárselo supercorto para evitar las insistentes miradas que provocaba cuando lo llevaba largo y rizado. Aun así, las otras madres preguntaban a la nuestra qué tinte utilizaba Ruby para tener aquel tono naranja quemado. Siempre parecían decepcionadas, luego recelosas, cuando oían que era completamente natural.

Pasó otra hora antes de que mamá nos llamase diciendo que le habían dado en el coche por detrás en la Cuarenta y Cinco, en el que tenía que ser casi el instante preciso en que Ruby había preguntado dónde estaba.

Antes de salir pitando al hospital en la camioneta, todos la miramos hasta que gritó que no tenía ni idea de cómo había sentido el empujón del notable cerebro de nuestra madre.

Justo la semana antes, mamá me había sentado para contarme la epopeya del famoso último teorema de Fermat.

Pierre de Fermat fue un matemático francés cuyo último frenesí llegó en 1637, cuando declaró que no había tres números enteros positivos que pudiesen satisfacer la ecuación $x^n + y^n = z^n$ para cualquier valor entero de n superior a dos. Revelación lejos de lo trascendental para la mayoría de nosotros, este teorema se convirtió en uno de los pilares de las matemáticas de los siglos XIX y XX, pese al hecho de que Fermat nunca pudo probarlo. Para sorpresa de nadie, recrear esta prueba faltante se convirtió en el grial sagrado de los matemáticos durante bastante más de trescientos años, hasta que un delgado británico llamado Andrew Wiles sacó el conejo de la chistera en 1995. Mamá me mostró un vídeo en el que Wiles describía su búsqueda y cómo había pasado años trabajando en secreto, en su desván, antes de presentar sus hallazgos en Cambridge en 1993, solo para descubrir

un error crítico. Desolado, regresó tranquilamente a la tarea, hasta que se dio cuenta de que una idea que había abandonado hacía mucho tiempo proporcionaba el vínculo que faltaba. «Fue el momento más emocionante de mi vida», decía, con la voz ahogada y retirando la mirada de la cámara.

Ahí es cuando noté que mi madre también estaba llorando.

—Su nombre —susurró— quedará siempre vinculado a este gran logro. No hay nada que nadie pueda hacer para mejorar su prueba. Se defiende sola, como el *Réquiem* de Mozart. Dentro de cientos de años, la gente aún conocerá su nombre.

Era la primera vez que yo sentía su ego, su necesidad de dejar huella. Podríamos decir que era la versión de mi madre de la crisis de la mediana edad. Pero eso era solo una parte. También estaba en guerra con los Bobos sobre la educación de sus hijos: el detonante más reciente había sido que me convenciesen para continuar trabajando en el astillero —«solo un año más»— en vez de irme a la universidad. Aunque había protestado cuando Bernard había pasado directamente del instituto al taller, había tenido un miniberrinche cuando lo hice yo.

—Me niego a ser el único miembro con formación de mi familia —declaró—. No di a luz y crié a mis hijos para que trabajasen en vuestra maldita fábrica de barcos.

Cuando las pruebas de calificación olímpica se acercaban, papá imploró a Ruby que entrenase más, señalando que a otras competidoras no les sobraría un kilo. Ruby siguió haciendo caso omiso de él y aferrándose a sus hábitos, atiborrándose de Cheetos y regalando sus cosas a amigos y conocidos, su bici, los esquíes y los guantes de vela, el reloj y sus collares, mi monopatín.

—Se rompen el culo cinco horas al día, todos los días, incluso los domingos —la reñía durante la cena.

—¡Es solo un deporte! —estalló ella, por fin, y luego redobló la blasfemia—: ¡Los veleros son solo cachos de plástico sin corazón!

Los Bobos miraron sus platos. Gruñón hizo crujir los dedos de los pies. Papá apretó los dientes, la ofensa condensándosele sobre la piel y el pelo. Mamá y Bernard sonreían y dejaban de sonreír nerviosamente.

La pila de libros sobre regatas sin leer de Ruby siguió aumentando, y yo no podía culparla. ¿Por qué estudiar algo que era tan natural para ella como respirar?

Aunque no era que ganase absolutamente siempre. Había perdido regatas al timón de grandes barcos. Pero sola, en un Laser, cuando importaba, había

ganado todas las grandes competiciones locales y regionales en las que había participado desde que tenía doce años. A los quince, ganó la Nacional Juvenil con facilidad. Ahora iba a enfrentarse a las mejores navegantes del país para conseguir un puesto en el equipo olímpico estadounidense del 2000 que competiría en Sídney al verano siguiente.

Incluso para mí, eso sonaba como más que «solo un deporte». Era más como una herencia, como si generaciones de genética y ambición y saber popular hubiesen estado bullendo hacia aquel clímax.

Melé familiar

Ninguna chica de la edad de Ruby había ganado nunca las pruebas. Aun así, con un metro sesenta y ocho y cincuenta y cuatro kilos de suave adolescencia, se enfrentaría a treinta y dos mujeres en la veintena, esculpidas a base de gimnasio, con patrocinadores y maridos, y los abdominales como boxeadores. Una vez más, las matemáticas y la física y las probabilidades estaban contra ella. Pero cumplía los requisitos, y nuestro padre la había inscrito inmediatamente en la regata, casualmente celebrada aquel año a media hora del Solar, lo que la convertía en la desvalida favorita local con pedigrí olímpico.

Estaba más nervioso yo que ella. Sus rivales eran adultas geniales, llegadas de lagos, bahías y ríos que ya habían dominado por toda Norteamérica. Navegar era su vida, y Ruby apenas tenía diecisiete años y parecía incluso más joven.

Un modesto día de inauguración que la dejó con dos terceras posiciones, una quinta y una séptima quedó suavizado por el hecho de que nadie la había dominado de verdad aún, salvo una antigua campeona universitaria del lago Superior que tenía veintiséis años, medía uno ochenta y cinco y era madre de dos niños gemelos. La Madre Superiora —como la bautizamos— obtuvo una primera posición, dos segundas y una descalificación.

Ruby estuvo entre las tres primeras en las siguientes siete mangas — ¡incluyendo cuatro primeras posiciones!— y en segundo lugar general a tres del final en el último día. Así que allí estábamos todos, apilados a lo largo del paseo del parque Golden Gardens, plagado de troncos, para ser testigos de la posible coronación de la obsesión familiar en un día de calor récord.

Los dos Bobos llevaban gorras de marinero a juego —como si fuesen a llamarlos a servir en cualquier momento— y juraban como carreteros. «Mierda» esto. «Por Dios bendito» lo otro. Bernard se balanceaba en el sitio a unos pasos de nosotros, con la mitad de la cabeza afeitada y la otra mitad luciendo melena nórdica. Hacía poco que se había hecho vegetariano y

fanático de la montaña, había escalado el Rainier tres veces durante el verano y se estaba leyendo todo lo que había escrito Edward Abbey. Su camiseta insistía en que cobrásemos «MÁS IMPUESTOS A LOS RICOS».

También presente estaba el último novio de Ruby, un adolescente cetrino de Ballard, poco amigo de las actividades al aire libre, con un aro de oro en la oreja que crispaba la mandíbula de papá. Puede que su nombre fuese Zach o Jack, pero todo lo que recuerdo de verdad es que nuestro padre lo llamaba el Último Error. Mamá también estaba allí en cuerpo, pero tan distraída que podría haber estado en su despacho.

Ruby se puso al frente en la primera manga y viró alejándose de la Madre Superiora hacia la derecha del campo de regata, aun cuando ambos Bobos apuntaron a la vez que el lado izquierdo parecía más ventoso y que debería «cubrir» a la Superiora para desventarla. Hizo buen tiempo hacia la boya de barlovento antes de que la brisa cambiase diez grados, momento en el cual volvió a virar y siguió su nueva derrota directa hacia la boya, mientras que la mayor parte de los otros barcos tuvieron que dar dos bordadas para tomar el mismo rumbo. Al doblar la boya, estaba veinte metros por delante del barco que iba en segundo lugar.

—¿Aún intentando gobernar el barco por ella? —preguntó Bernard a los Bobos.

A través de los prismáticos, observé a Ruby, mi Rube, aumentar de velocidad a sotavento a pesar de la incierta brisa. Cerca del final, trasluchó una vez más de lo necesario, equivocándose al decidir qué extremo de la línea estaba más cerca, y una exolímpica de Florida la superó. La Madre Superiora terminó cuarta.

—Déjalo —dijo Gruñón a papá, que seguía exigiendo que alguien le explicase, por favor, por qué había escogido el extremo incorrecto de la puta línea, pese a que su segundo puesto la mantuvo en competición.

Entre mangas, el calor subió más aún, como si una vacilación orbital nos hubiese acercado al sol. Bernard utilizó esta pausa para acercarse a la playa gritando:

—La persona que ha dejado una perra pastor australiano en un SUV Lexus dorado con las ventanillas cerradas, ¿podría liberarla ya, por favor?

Los dos Bobos dejaron de discutir lo suficiente para que papá preguntase qué coño estaba berreando Bernard.

—Ese chico está fuera de control —le dijo a mamá, que no dio señales de haber oído a ninguno de los dos.

La siguiente manga comenzó bien, pero Ruby escogió el lado derecho del campo de regata otra vez, mientras que casi todas las demás iban a la izquierda, al parecer apostando por otro cambio favorable que nunca sucedió. Terminó tercera.

—¡Por amor del cielo! —rugió papá—. ¿Por qué no puede aprovechar lo que tiene? ¿Es demasiado pedirle?

Bernard miró para comprobar si yo me estaba enterando, visto que me había comentado antes que papá quería que ella ganase por él.

El Último Error de Ruby escogió aquel momento para confesarse mientras contemplábamos en silencio el estrecho:

—Mis padres quieren que me busque un trabajo —nos dijo a mi hermano y a mí—. Como en una hamburguesería o en las farmacias Walgreens o un coñazo de esos. Pero no voy a conformarme con cualquier trabajito. Ya sabéis: si pones eso en tu currículum, empiezas a parecer expresidiario.

—¿Sabes qué creo? —preguntó Bernard como quien no quiere la cosa—. Deberías bajar tus estándares y darte cuenta de que es muy improbable que nadie quiera contratarte para nada.

Al chico le llevó un momento digerirlo.

—Que te jodan —dijo por fin.

—¿Que me jodan?

Bernard agarró al chico por debajo de los brazos y lo lanzó hacia arriba y hacia atrás. Hay que decir en su favor que aguantó el aterrizaje e, inmediatamente, levantó las palmas en señal de rendición.

Bernard volvió a salir disparado hacia el aparcamiento y luego bajó hacia el tramo más concurrido de la playa.

—¿Podría el imbécil del Lexus pretencioso liberar a su perra insolada ahora mismo?

Después de que los Bobos hubiesen repasado las puntuaciones, mamá calculó que Ruby debería ser capaz de ganar aún las pruebas si terminaba entre las primeras cinco y por delante de la Madre Superiora en la última manga. Para entonces, el viento del norte estaba provocando olas de varios metros, que favorecían a las chicas más altas y fuertes. Pero Rube clavó la salida hasta el punto de que temimos que se hubiese adelantado, avanzando una eslora por delante de la Madre Superiora y utilizando su derecho de paso para obligarla a virar. Luego la cubrió, adelante y atrás por el campo de regata, quitándole el viento y aumentando su ventaja hacia la boya de barlovento, que Ruby dobló en tercer lugar y su rival en quinto.

Papá siguió cuestionando sus decisiones, diciendo que debería simplemente navegar para ganar. Pero en el tramo de sotavento, su barco fue el más rápido y, hacia la mitad del recorrido, había subido a la segunda posición. Para la última vuelta, aprovechó los cambios de viento y adelantó a la primera cortándola al doblar la boya de barlovento. Desde allí, Ruby estaba a un sotavento suave de las Olimpiadas. Los vítores se alzaron cuando la voz se extendió. La gente de la zona y amigos del Ballard High y colegas de la vela, como Mario Seville, comenzaron a gritar todos hacia el agua. Los dos Bobos soltaron vítores sin sentido. Incluso mamá, que había estado casi triste hasta entonces, gritó: «¡Vamos, Ruby! ¡Vamos!».

Casi treinta metros por delante de todas, acercándose a la línea de llegada, tenía garantizado ganar a menos que volcase. La gente comenzó a amontonarse a nuestro alrededor para ver la reacción de la familia. Mamá abrazó a los dos Bobos mientras yo escondía mis lágrimas tras los prismáticos. Su velocidad, una vez más, no tenía sentido. ¿Cómo podía nadie fugarse de navegantes tan buenas como aquellas chicas?

Entonces, las cosas se tornaron extrañas.

Se dirigía hacia el extremo izquierdo de la línea de llegada, lo que tenía sentido dada su ubicación y la dirección del viento. Si seguía ese rumbo, no necesitaría trasluchar. Pero, en el último momento, decidió justo eso: giró noventa grados y navegó en paralelo a la línea como había hecho en la otra carrera, pero en un ángulo más agudo, más inexplicable.

—¿Qué está...? —murmuró mi padre—. ¿Ha cambiado tanto el viento?

—Creo que está... —farfulló Gruñón, abrazándose.

—¿Se le ha roto el timón? —preguntó mamá.

—¿Está haciendo un giro de penalización? —se preguntó Bernard en voz alta.

—¡Debe de haber terminado ya! —insistió papá.

—¡Que le den la señal! —rogó el abuelo.

Entonces la vimos virar pasando la boya que marcaba el extremo más lejano de la línea de llegada, mientras el barco que la seguía cruzaba y recibía la señal, seguido de otro apretado trío, que incluía a la Madre Superiora: tu, tu, tu. Y luego otros tres: tu, tu, tuuu.

Mientras este espectáculo se desplegaba ante nosotros, yo podía decir ya que este sería uno de los momentos indelebles —entre miles de millones de otros insignificantes y desvaídos— que construiría mi vida.

Aquella semana, Ruby me había preguntado con qué soñaba

habitualmente. Yo no había dicho mucho, aparte de que mis sueños seguían despertándome. En los suyos, me dijo, ella no solía ser ella.

—Cuando me despierto, me sorprende recordar que, para el resto del mundo, soy siempre solo esta Ruby que ves aquí. Es mucho más personal.

—¿El qué?

—Estar despierta.

Siguiendo la derrota que no era, Rube continuó navegando hacia el centro del estrecho, mientras el resto de los barcos cruzaban la línea en grupos y bandas. En tierra, papá se agarrotó como un motor que se hubiese quedado sin combustible. Años más tarde, lo describiría como la cosa más hostil que nadie le había hecho nunca. Admito que yo probé parte de aquel ácido porque, si yo hubiese tenido el talento de Ruby, lo habría servido como un esclavo. Bernard, sin embargo, encontró su decisión nada menos que emocionante.

—¡Moitessier! —gritó, acercando su sonrisa de lobo al careto morado de nuestro padre—. Te está bien empleado. ¡Moitessier!

No estoy seguro de que papá fuese capaz de conectar aquellos dos puntos en el momento, cómo el hecho de que Ruby echase a perder la victoria podía verse como un guiño al místico francés que nos había obligado a estudiar. En aquel momento, dudo que supiese quién era Moitessier. Puede que Ruby no estuviese imitando al tipo, después de todo. Más tarde diría a un periodista y al resto del universo de la vela que quería navegar menos, no más, y trabajar en cosas en las que no era buena ya, como el piano y el francés y la religión y los chicos. También dijo que prefería irse a África con el Cuerpo de Paz que a Australia para las Olimpiadas, un comentario que hizo reflexionar a millones de personas y por el que muchos brindaron. Para entonces, sin embargo, sus explicaciones apenas importaban. Su debacle fue una noticia nacional de dos frases. Tal como resultó la cosa, si hubiese terminado aquella carrera, habría sido la favorita en Sídney.

Dos meses más tarde, Ruby y nuestro padre fueron mencionados en *Sports Illustrated*, en un artículo sobre estrellas infantiles que se derrumbaban bajo la presión paterna. A aquella mortificación le siguió una historia no relacionada con ella, en un diario de negocios, sobre el panorama de la construcción de barcos en el estrecho de Puget, en la que un competidor anónimo afirmaba que Johannssen & Sons llevaba siendo una empresa familiar obsoleta más de una década. Me llevó años darme cuenta de que, en la mente de Bobo hijo, que Ruby llegase a las Olimpiadas era su as en la

manga financiero. Su éxito, había previsto, podría resucitar la marca Johannssen.

Nunca se aclaró lo que de verdad sucedió en la cabeza de ella al final de la regata. Pensó en Moitessier, sí, pero solo después de abandonar el recorrido. Cuando le preguntabas a quemarropa lo que estaba pensando cuando decidió trasluchar, decía: «No estaba pensando».

¿Habrían sido muy diferentes nuestras vidas si simplemente hubiese terminado?

Para quitarse a Bernard de la cara, mi acongojado padre dio un revés con la mano en el aire, como si estuviese espantando avispa, y sus nudillos rozaron la mejilla de mi hermano. El contacto pareció inocente y accidental, aunque, como mamá señalaría más adelante: cada acción provoca una reacción igual y opuesta. Sea como fuere, Bernard contestó plantando ambas manos en el pecho de Bobo hijo y empujándolo, lo que hizo a este perder el equilibrio, con el rollizo cuello bamboleándose suelto hacia atrás y luego hacia delante, hasta que la cabeza de papá rebotó contra un leño. Eso hizo que yo saliese volando hacia las costillas de mi hermano para placarlo contra la arena.

Lo que pasó a continuación gira borroso e inconexo en mi mente, pero creo que mi padre gateó hacia nosotros como un oso furibundo hasta que Gruñón, galopando en nuestra dirección, tropezó en el mismo leño y ladró como si algo se hubiese quebrado.

No tengo ni idea de lo que el Último Error de Ruby estaba haciendo durante ese tiempo ni de cómo mi nariz sangró sobre todo el mundo. Pero sé que mucha gente vio la melé familiar e intentó no establecer contacto visual con ningún miembro de nuestro bárbaro clan. Y recuerdo el inventario extrañamente ausente que hizo mamá de las heridas y cómo mi sangre ubicua lo hacía parecer todo peor de lo que era.

En retrospectiva, pienso en todo el episodio como nuestro *big bang* familiar, que echó al mar a Bernard hacia el Pacífico Sur, a Ruby hacia África, a mamá hacia Arizona y a mí y a Gruñón carretera abajo. Al cabo de un año, papá estaría viviendo solo en el Solar, y pasaría más de una docena antes de que toda la familia volviese a reunirse en una misma habitación.

Mientras el resto nos reagrupábamos en la playa, Bernard salió pitando hacia el aparcamiento, con una piedra más grande que una pelota de béisbol. La colocó en el techo del Lexus, agarró una garrafa de cuatro litros de agua de una camioneta cercana y le cortó la parte de arriba con la navaja que

llevaba en el cinturón, luego usó la piedra para romper la ventanilla del conductor del SUV. Con la alarma sonando a todo volumen, abrió la puerta, liberó a la temblorosa perra y la guio hacia el agua.

Lo que sigue vivo en mi memoria a continuación es mamá diciendo, durante nuestro vergonzoso paseo cojeando hasta los coches: «Se ha acabado de verdad». Me dejó la duda de si se refería a nuestra niñez o a nuestra unidad familiar. O, visto cómo la magia de Ruby navegando nos había mantenido unidos durante tanto tiempo, al drama central de nuestra existencia.

Encontró un pañuelo de papel para taponarme la nariz y me dijo que inclinase la cabeza hacia atrás. El cielo, vi, era de color azul lechoso, pero la luna estaba sorprendentemente clara y llena, aunque con un anillo extraño, y se lo dije.

—Y ¿qué crees que pasa con la luna? —preguntó.

—¿Algún tipo de reflejo? —adiviné.

—Sí, pero ¿de qué?

—Dímelo tú.

—Es la luz del sol —dijo—, rebotando en la luna y refractándose en los cristales de la atmósfera superior. Bonito, ¿eh?

Me miró sin sonreír.

—Se ha acabado —dijo de nuevo.

Cuando llegamos a casa, se encerró en su despacho para desembalar el telescopio Dobson que yo la había ayudado a escoger, incluyendo un espejo de 300 mm de diámetro, que costaba ochocientos cincuenta dólares, y uno más pequeño, de ciento cincuenta dólares, gastos que habíamos ocultado a los Bobos. Me había arrastrado a su afición a la astronomía, insistiendo en determinado momento en que me parase a imaginar cómo debía de haber sido para Edwin Hubble descubrir en 1925 que el universo se estaba expandiendo, las galaxias alejándose una de otra más rápido y más lejos todo el tiempo.

—Adivina cómo se llama esa luna —me dijo, entonces, dándome otro pañuelo—. Vamos, puedes hacerlo. —Tenía los ojos aún puestos en el cielo—. ¿Qué parece?

—¿Un ojo? —Sentía la nariz fría y dormida, y enorme bajo la mano—. No lo sé, mamá. ¿Un huevo escalfado?

—Un halo —susurró, con la mano tomando la mía—. ¿No es bonito? Es una luna con halo.

Bailando sobre un coche de policía

La siguiente vez que vi a Bernard fue en televisión.

Había hecho las maletas con todo su equipo de escalada y se había ido antes de que los demás llegásemos a casa desde la pelea de la playa y leyésemos su simple nota: «ME LARGO. B.».

Seis días más tarde, dejó un mensaje en el contestador cuando sabía que nadie estaría en casa, diciéndole a mamá que había conseguido un trabajo y que iba a tardar en volver: «Así que no dejes la luz encendida».

Cuando hice algunas llamadas, un amigo suyo me dio, por fin, el número de uno de sus nuevos colegas montañeros, que me dijo que le habían contratado como guarda forestal escalador en el monte Rainier.

Irritado porque había encontrado el número de la cabaña de los *rangers* en la que dormía, Bernard reveló a regañadientes que estaba haciendo «primeras ascensiones» y «algo de guita» —tenía todo un vocabulario nuevo—, y que había encontrado a una camarera descarada con la que jugar por las noches.

—Todo el mundo quiere que vuelvas a casa —le dije, aunque estaba hablando más bien por mí mismo—. Los Bobos te necesitan en el astillero.

Se rio entre dientes.

—Tengo un trabajo al aire libre en una magnífica montaña. ¿Por qué iba a querer volver a poner fibra de vidrio encerrado en un taller?

—Lealtad —fue la palabra que me salió.

Su risa me hizo daño en los oídos.

—Entonces, ven de visita —dije débilmente.

Eso le hizo estallar de nuevo, aunque para entonces yo ya no estaba seguro de si se reía de mí, del concepto de «visita» o de las gracietas de su descarada novia de su lado de la línea. Lo que me desconcertó fue que no se disculpase por haberme dejado remendando la familia.

Otras cinco semanas de llamadas sin respuesta pasaron volando antes de que Ruby y yo fuésemos al Rainier. Nos fuimos asomando a todas las cabañas, pero no pudimos encontrar a nadie que lo conociese. Así que nos

dirigimos a la casa del guarda en Paradise, preguntamos dónde podíamos encontrar a los guardas escaladores y recibimos el mismo número de teléfono inútil. Su camarera, sin embargo, fue fácil de localizar.

—Dejó la montaña hace once días —nos dijo.

—¿Dejó el trabajo? —pregunté, intentando saber de dónde era por el acento.

—Técnicamente, lo despidieron, pero podríamos decir que se fue él.

—¿Por qué? ¿Qué hizo?

Me miró el tiempo de dar tres vueltas en la boca a una pelota de chicle azul.

—Estábamos en la reunión mensual de la plantilla —dijo mirando a la cocina—. El jefe nos estaba dando la misma brasa de siempre con el servicio al cliente, pero estaba más exaltado de lo habitual, como si su mujer lo tuviese a raya, sabéis lo que digo, ¿no? Y Bernie le llamó la atención delante de todo el mundo.

«Bernie», pensé.

—Genial —dije.

—Escuchad, ¿queréis algo de comer?

—¿Qué dijo? —preguntó Ruby.

Se inclinó acercándose y recolocó nuestros vasos de agua.

—El jefe estaba recordando a los guardas escaladores que no se les pagaba por divertirse. Le habían dicho que esquiaban mucho desde la cumbre y descendían a lo loco por la montaña. «Transmite un mensaje inadecuado», les dijo. Entonces se quejó de nuestra falta de entusiasmo, e incluso puteó a Travis, el de los bichos, diciendo que sus «excursiones de insectos» eran demasiado largas y jodían los horarios. Ahí es cuando Bernie levantó la mano y le dijo al jefe que sería mucho más fácil trabajar aquí si él no fuese un «cabrón déspota». Tuvimos que buscar luego «déspota» en el diccionario. «Cabrón» ya sabíamos...

—¿Lo despidió en el acto? —pregunté maravillado por la predilección de Bernard por las bellezas parlanchinas.

Asintió.

—Como he dicho, parecía dispuesto a irse.

—¿Adónde?

Se encogió de hombros.

—Yo soy solo una chica de Luisiana sin estudios superiores, pero diría que, si quisiera que su familia lo supiese, os lo habría dicho.

Un cliente obeso la llamó. Puso los ojos en blanco y le dio otra vuelta al chicle antes de echar una última mirada larga a la X negra gigantesca de la camiseta blanca de Ruby e irse apresurada, con las caderas describiendo ochos.

La camiseta era muestra de una de las muchas fases post-vela de Ruby. Cuando salió el anuario del instituto a la primavera siguiente, parecía la graduada más extrovertida que uno pudiese imaginar. Fotos de grupo la mostraban en el Club de Conciencia Cultural (estuvo dos semanas), el Club Medioambiental (lo había dejado para la tercera reunión), el grupo de teatro (hizo las pruebas, pero no debutó), el de competición en el Knowledge Bowl (aunque nunca compitió), el Club de Montaña (fue dos veces), el de Japonés (solo para la foto). El único grupo al que se mantuvo fiel fue el de la Cruz Roja. Seguramente, sus compañeros de clase creían que ansiaba ser popular, pero me parece que Ruby solo estaba probando nuevas identidades. En aquel momento, cuatro semanas después de comenzar el último curso, había terminado de leer hacía poco la autobiografía de Malcolm X y no podía dejar de parlotear sobre cómo se había reinventando en la cárcel. Si él podía hacerlo en prisión, parecía decir el bocadillo de sus pensamientos, ¿por qué no podemos hacerlo nosotros en libertad? Así que, cuando vi aquella camiseta, se la compré aunque le llegase a las rodillas.

Cuando la chica de Bernard pasó otra vez por nuestro lado, Ruby se puso de pie ante ella.

—Por favor, dile que su hermana y su hermano necesitan saber de él.

Entonces, inclinó la cabeza a un lado y sonrió de aquella manera que le había abierto siempre de par en par todas las puertas.

—Por favor —volvió a decir.

Y puede que lo hiciese, pero aun así no vimos o supimos de Bernard hasta que Ruby lo reconoció dos meses más tarde en televisión. Era el segundo día de la contracumbre de Seattle, que pronto sería famosa, a la que ella había ido aquella tarde con su último novio turbio, un chico rechoncho, de orejas grandes, sonrisa ladeada y un vocabulario que consistía en «colega», «¿no?» y «guay».

Los Bobos y yo estábamos agotados de nueve días de trabajo sin descanso; el cuello de Gruñón se había enganchado de nuevo, y papá negaba, como siempre, todo dolor o fatiga, aunque rezongaba y echaba cabezaditas en la butaca reclinable. La casa ya parecía extrañamente callada con la ausencia de Bernard, el semiencierro de mamá y papá ignorando a Ruby.

Después de fingir que no oía su relato de cómo la habían medio rociado con gas lacrimógeno unas horas antes, por fin salté:

—Deja ya de hacer pucheros. No lo consentirías en ninguno de nosotros. Es tu hija. Crece.

No había levantado la voz, pero viniendo de mí era como si estuviese empuñando una espada.

En su favor diré que no estalló. Dejó caer el tenedor, miró fijamente a una distancia media por encima del televisor, se frotó la nariz unas cuantas veces y siguió comiendo. Veinte minutos más tarde, ni siquiera él fue capaz de hacer caso omiso del anuncio de Ruby de que Bernard estaba en pantalla.

Yo era tan apolítico a finales de 1999 que el fracaso de la OMC me tenía perplejo. ¿Qué tipo de protesta podía inspirar a la gente a lanzar piedras contra las tiendas de Nike y bloquear los cruces con ballenas hinchables? En aquella emisión, el centro de la ciudad parecía una secuencia de un alzamiento en el extranjero. Y la historia oscilaba velozmente de la consternación por el vandalismo de los manifestantes a la ira porque la policía pegaba a los ciudadanos. El escándalo se triplicó cuando un equipo de televisión fue rociado con gas. Entonces, todos los canales cuestionaron el comportamiento policial. Y ahí es cuando una cámara enfocó a un fornido joven enmascarado gritando y gesticulando sobre el techo de un coche de policía.

—Bernard —murmuró Ruby; luego, más alto—: ¡Ese es Bernard!

Mamá salió de su despacho, y todos nos agolpamos frente a la Zenith de veinticuatro pulgadas para mirar más de cerca.

—No, no —masculló papá—. No puede ser.

Pero, entonces, como para demostrar que estaba equivocado, aquel manifestante a lo Zorro, con capa y todo, comenzó a zapatear sobre el Ford Crown Victoria, con las manos en las caderas, golpeando con los pies en una rebelde imitación del baile folclórico islandés que Gruñón nos había enseñado.

—Madre de Dios —dijo papá.

—Vamos, Bernard —suplicó Gruñón—. Baja de ahí.

—Está demasiado delgado —dijo mamá en un monotono tan remoto que era difícil saber si quería decir para ser su hijo o que le gustaría que comiese más.

—Pero ¿qué se ha creído? —preguntó papá; luego, más alto—: ¿Qué se ha creído?

Después de un breve silencio, Ruby contestó:

—La gente que hace imposible una revolución pacífica hará inevitable una revolución violenta.

Los Bobos se quedaron con la boca abierta cuando mi hermana alzó el puño del Poder Negro antes de retirar de la mesa los platos de pastel de carne sin terminar.

Desde la rebelión a vela de Ruby, mamá apenas había cocinado, como si que su hija hubiese virado para salir del campo de regata también la hubiese liberado a ella de su rol impuesto. No es que se desentendiese de la maternidad, sino que ahora dedicaba su tiempo a hacer sus propias observaciones, ser Darwin en las Galápagos o Hubble contemplando el cosmos. Que los Bobos aprendiesen a cocinar.

Lo intentaron durante un par de semanas, antes de dejar que yo me hiciese cargo. Mi repertorio se limitaba a hamburguesas, tacos, palitos de pescado y pastel de carne. Predeciblemente, mi padre lo enterraba todo en kétchup y a Gruñón, que aún intentaba no abusar de nuestra hospitalidad, le gustaba todo exactamente como se lo servían. A medio camino de mi aprendizaje, Ruby anunció que era vegana.

—En la Sexta con Union hoy —dijo una presentadora muy cardada—, se ha suspendido la Primera Enmienda.

Cuando cortaron para los anuncios, todos hicimos preguntas a la vez, excepto mamá, que agarró un gorro abrigado y salió de casa.

Otros también debieron de reconocer a Bernard en su bailecito televisado porque, en menos de una hora, dos oficiales de policía llamaron al timbre.

—¿El señor Johannssen?

—Sí, soy yo.

—¿Le importaría dejarnos entrar?

—Por supuesto que me importaría —dijo papá—. ¿Por qué no iba a importarme?

—Nos gustaría hablar con Bernard Johannssen.

—Pues enhorabuena. A nosotros también nos gustaría, pero no sabemos dónde está. Hace meses que no vive aquí.

—De verdad que nos gustaría hablar con él, señor. ¿Dónde podríamos encontrarlo exactamente?

—Acabo de contestar a esa pregunta. ¿Tienen alguna otra?

—Señor, su hijo es sospechoso de posibles actividades delictivas en relación con la protesta de...

—Tenemos televisor.

—Bien, señor...

—Lo último que supimos de él es que estaba trabajando en el Rainier, rescatando a los escaladores que se quedan atrapados y esperan que los contribuyentes les salven el culo.

Los policías no dejaban de mirarme por detrás de los Bobos.

—Ese es Josh, el hermano pequeño de Bernard.

Mi padre soltó una risita ante la idea de que su hijo mediano zapatease encima de un coche de policía.

—¿Hay alguien en el piso de arriba? —preguntó el policía al oír pisadas sobre nosotros, mientras su compinche buscaba como loco una escalera.

—Esto es el piso de arriba —dijo papá—. Mi mujer está en el tejado.

Compinche desabrochó la funda de su pistola como respuesta al sonido de más movimiento arriba.

—Ya —dijo el policía—. ¿Y qué está haciendo exactamente ahí arriba?

—Hay un telescopio —apunté antes de que papá volviese a insultarlos—. Es astronoma.

Los dos policías intercambiaron una mirada.

—Lo siento, pero vamos a tener que echar un vistazo. ¿Lo entiende, señor Johannssen?

—¡Por supuesto! Que la policía investigue la observación de las estrellas de mi mujer mientras hay revueltas en el centro tiene todo el sentido del mundo.

Uno de los policías sostuvo la escalerilla, mientras el otro subía con una linterna. Lo que encontró fue una mujer de mediana edad, con un gorro de piel ruso y un albornoz amarillo desvaído, sentada en una silla plegable y mirando a través de un gran telescopio.

Yo le había construido una plataforma uniforme en la zona plana de brea. A cambio, ella me había hablado de constelaciones, planetas y supernovas, o explosiones estelares, como yo prefería llamarlas. Ella había aprendido a medir el brillo y la ubicación de las estrellas para que nos diésemos cuenta cuando algo cambiaba. Yo le seguía la corriente, pero no podía imaginar cómo íbamos a ver nada que telescopios diez veces más potentes se perdían. Aun así, apuntaba los números que me dictaba, como si participase en su esfuerzo de supervisión de nuestra galaxia.

—Venus —le dijo al policía señalando lo que parecía fácilmente la estrella más brillante del cielo—. Es lo más cerca que llega. ¿Quiere verlo?

Posteriores artículos pintaron a Bernard como uno de los cerebros de la contracumbre y miembro de algo llamado Ruckus Society. No teníamos ni idea de lo que había de cierto en ello, aunque no podíamos impedir que su zapateado sobre el coche de policía se reprodujese una y otra vez en nuestras mentes.

El velero de la huida

Un mes después, un miércoles por la tarde, tres días antes del nuevo milenio, miraba a mi abuelo encender un puro y abrir su primera cerveza Rainier del día, su ritual de las 03:45 p. m., quince minutos antes que el año anterior y toda una hora antes que el año antes de ese. Si pudiese conservar solo un pequeño vídeo de Gruñón, quizá elegiría ese momento, por la concentración y la apreciación que le sobrevenían cuando daba una calada para avivar un nuevo cigarro, haciéndolo rodar entre el pulgar y el índice como si comprobase su simetría, luego hundiendo la nariz más cerca del humo antes de erguirse, frotarse la cadera con un movimiento circular, pasar despacio el pulgar bajo la camisa y rascarse la columna para, por fin, exhalar muy lentamente antes de dar pan duro a los gansos.

Nadie tenía una debilidad tan grande por los gansos del Canadá. Prefería estos animales blanquinegros y bulliciosos, del tamaño de un pavo, a los cisnes o las águilas, los pelícanos o los flamencos, y su graznido nasal y sus cagadas gigantes no le importunaban en absoluto. No es de sorprender que su creciente familia de gansos regresase a nuestro astillero todas las primaveras y, con el tiempo, dejase incluso de viajar y se quedase todo el año, transformados de migrantes en residentes tan solo por el afecto y la generosidad de mi abuelo. Había puesto nombres a, al menos, ocho y los reconocía todos a simple vista, o eso decía; a la locuaz matriarca la llamaba Dora, por su madre. Pero el Departamento de Parques y Recreación había declarado su caca hacía poco una amenaza para la salud, y comenzó a gasear a los gansos en masa dentro de furgonetas, incitando a Gruñón a hablar públicamente por primera vez en su vida.

—He vivido siempre en esta hermosa ciudad, y la mayoría de la gente que me conoce me consideraría un hombre razonable —dijo a la Junta del Departamento—. Y, desde luego, no había venido aquí con la intención de compararlos a ustedes con los nazis. Pero, después de oír sus razones para matar sistemáticamente a miles de aves gloriosas e inocentes, no puedo

pensar en ninguna forma más precisa de describirlos.

Después de fumar y beber y limpiar la mierda del muelle a paladas, Gruñón se sentaba y garabateaba en su gran diario rojo. Siempre había supuesto que eran ideas de diseño o logística de contratos, hasta que encontré las páginas abiertas en lo que parecía el comienzo de un guion que había titulado *Contra el viento*. ¿Su elenco de personajes? Otto Helm («timón» en inglés), Max Ebb («resaca»), Slack Tide («marea») y Swirling Eddy («remolino»). Mientras el abuelo anotaba ideas, yo continuaba aplicando fibra de vidrio al casco de un barco de regata experimental, un Falcon 35, que papá había diseñado para un ortodoncista con labia.

La construcción tradicional del Joho suponía ocho capas de fieltro y mecha en la mayor parte del casco. En este, sin embargo, estábamos usando solo cuatro. Y, en vez de contrachapado de 1,9 centímetros para los mamparos y el alma, usábamos 1,25. Papá juraba que los constructores —al menos, los que querían seguir en el negocio— estaban reduciendo aún más el peso para construir barcos competitivos. Gruñón maldijo los planos y se negó a dejar que papá llamase al diseño Joho, primero pacífica, luego enérgicamente, antes de disculparse con todo el mundo por perder los estribos, aunque sin dar su brazo a torcer.

El otro barco que estábamos construyendo, un original de treinta y un pies, era el último testamento de la continua insistencia de Gruñón en la gracia y la durabilidad. Al subir a bordo sentías inmediatamente integridad y elegancia, aun sin notar todo el bronce, la teca birmana, el asiento curvo de la bañera y los baos laminados de abajo.

Aunque íbamos retrasados con las entregas, e incluso después de que Bernard se fuese, los Bobos no querían contratar más que ayuda a tiempo parcial, aun necesitando al menos otros dos aplicadores de fibra de vidrio y otro carpintero. Mi padre respondía exhortándonos a trabajar con más ahínco, en especial él. Aquel día se estaba matando, y solo lo había visto durante sus minidescansos, cuando asomaba la frente perlada de sudor brevemente por encima del mamparo. Yo estaba escuchando cómo Gruñón quitaba a palazos la caca y discutía los acontecimientos mundiales con Dora cuando Bernard se deslizó por la puerta de atrás.

—Hola, Josh —dijo, como si estuviésemos solos—. ¿Tienes un momento?

Le seguí al exterior sin decírselo a nadie, no queriendo que pensase que informaba todo el tiempo a los Bobos de mi paradero.

Sonriendo con suficiencia bajo un gorro de esquí de lana, extendió el puño

y me ofreció una tira de Trident.

—Necesito que inspecciones un barco para mí —dijo—. Está atracado cerca del parque Gasworks. Solo tengo una hora. ¿Crees que podrías encajarlo?

Todo esto parecía, en cierta manera, normal. ¿Comprobar un barco con una hora de plazo? ¡Fantástico! Me sentía halagado, eufórico y sonrojado.

No paramos de hablar de camino al muelle, con él intentando ponerse al día sobre las aventuras de Ruby, y yo intentando averiguar dónde había estado y si era aún fugitivo o había negociado los dos cargos de acto vandálico por daños a un coche de la policía y el escaparate de un Starbucks.

—Han retirado cientos de cargos —dije—. Todo el mundo se está librando.

Le conté que los policías habían venido a casa y subido al tejado, aunque estaba demasiado emocionado para registrar sus respuestas. Cuando presumió de haber vivido en la calle, en Eugene, durante una semana, por fin noté que el olor que nos seguía calle abajo venía de él.

Al llegar al barco, no necesité ver las sombras de las recién retiradas letras de vinilo para saber su nombre. *Bravado* era un viejo Cal 36, propiedad de un regatista local oficioso al que Gruñón solía señalar como excepción a su regla de que todos los republicanos navegaban a motor.

—Así que lo has robado.

Se rio.

—Es solo un objeto, Josh. Ya oíste a Ruby. Los veleros son objetos sin alma.

—Pero este objeto no es tuyo.

—No creo en la propiedad privada.

—Eso es muy práctico. Así que lo has robado.

—Lo recibí —dijo—. Otra persona lo liberó. O, si lo prefieres, me lo han «donado» —dijo, riéndose satisfecho de su elección de palabras.

—¿Quién se fuga en un velero? —le pregunté—. ¿Has visto alguna vez a Bruce Willis o Schwarzenegger o Stallone saltar a un barco de vela y escapar del peligro a dos coma tres nudos?

Cambió el peso de pierna y me sonrió.

—Había olvidado lo divertido que te pones cuando te enfadas.

—¿Por qué huyes? Esos estúpidos cargos no son para tanto.

—Hasta diez años de cárcel y veinte mil en multas suena a bastante para mí. Y podría haber más. He participado en otras acciones, Josh.

—¿Acciones?

—Me largo en este barco. ¿Me vas a ayudar o no?

—Así que, ahora, ¿también yo tengo que ir a la cárcel?

—¿Podemos evitarnos el melodrama? Todo lo que te pido es que eches un vistazo y me digas si está bien equipado para alta mar.

—¿Alta mar dónde?

—El océano, Josh. ¿Qué parte no has entendido?

—¡Es un barco de regata!

—Lo era. Ahora es, básicamente, un barco de recreo bastante rápido. Y eso es lo que quiero hacer, navegar rápido. Así que ¿qué necesita? Sabes de esto mucho más que yo. El barco está abierto. Míralo. Dime qué le falta.

—¿Piloto automático? —pregunté subiendo a bordo.

—Afirmativo.

—¿Piloto automático de seguridad?

—Negativo.

—¿Radar?

Sonrió.

—Tengo una bocina.

—¿Qué hay de las anclas?

—Una de catorce kilos.

—Necesitas al menos dos, y una debería ser de dieciocho o más. ¿Tienes algo con que atarte a la litera?

—Tengo arneses y cuerdas de escalada.

Gateando por el barco, intenté centrarme, pero se me distorsionaba la vista mientras Bernard seguía mirando por la ventana, vigilando el muelle detrás de nosotros, haciendo crujir los nudillos, uno por uno.

—Vas a necesitar tres rizos en la mayor —dije—, no dos, suponiendo que los tengas. Y una culebra a lo largo del techo de la cabina para atarte cuando vas hacia delante. Si te sujetas a las líneas de vida, solo lograrás golpearte contra el casco antes de ahogarte. Busca un panel solar o dos, cuando puedas, y apareja los rizos para poder manejarlos desde la bañera. Podrías necesitar una placa de apoyo y un bloque aquí para hacerlo.

—Colega, cómo te preocupas.

—¿Qué estás haciendo, en realidad? —pregunté, de pronto tan frustrado que temía echarme a llorar—. Quiero decir: ¿tienes siquiera un plan?

—Voy a ser ciudadano del mar. —Su sonrisa era casi triste—. Me largo, Josh.

—¿Te has dado cuenta de que estamos a finales de diciembre? —La voz me hizo un gallo—. ¿Has comprobado los patrones de tormenta?

Fue a ponerme las manos en los hombros, pero no dejé que me tocara.

—Como te he dicho —susurró—, te preocupas demasiado.

—¿Y qué hay de la comida? ¿O es que piensas cazar aves marinas con las manos?

—Tengo suficientes latas de chili malo para unas cuantas semanas. Siempre has sabido que iba a irme, Josh. No te hagas el puto sorprendido.

Solo pude decir:

—¿Qué te hace suponer que puedes abandonarnos?

No podría haber sonado más llorica.

—¿Qué te hace suponer que tienes que quedarte? —preguntó con tanta calma que sonaba como la pregunta más fácil del mundo.

El subsiguiente punto muerto entre los hermanos Johannssen se alargó unos segundos antes de que, por fin, se me ocurriera.

—En realidad, no quieres que compruebe el barco —dije, haciendo una mueca de dolor ante mi credulidad—. Lo que quieres es dinero.

Volvió a mirar el muelle, luego a mí directamente.

—En realidad, quiero las dos cosas.

Tras echar una carrera al banco, vacié casi por completo mi cuenta, volví a toda prisa al velero y le di un grueso rollo de billetes de cincuenta que ascendía a 1.350 dólares. Luego lo ayudé a cruzar a motor las esclusas para oír su diésel, como un médico que escucha un viejo corazón, pero, sobre todo, para pasar otra hora con mi hermano.

El agua del lago chorreaba de la puerta delantera mientras íbamos bajando al salado estrecho de Puget, con solo otros dos barcos en el descenso y unos cuantos turistas emocionados señalándonos, como si fuésemos chimpancés exóticos entrenados para manejar veleros.

Hice una lista de todas las piezas de repuesto del motor que necesitaba. Sonrió, miró el pedazo de papel y lo tiró al camarote.

Cuando le dije que papá seguía haciendo caso omiso de Ruby, sus ojos llamaron, pero no dijo nada.

—¿Por qué estabas encima de un coche de policía, para empezar? —pregunté, sintiendo que me había ganado cierta apariencia de respuesta para entonces.

—Eso es una conversación más larga, hermano. Y dile a papá de mi parte que es un gilipollas.

—Díselo tú —dije.

Comenzó a llover.

—Y cuida a Ruby —añadió—. Te necesita. Mamá y Gruñón también.

—Gracias por decirme que haga lo que ya estoy haciendo.

—Te escribiré tan pronto como esté en algún sitio que parezca seguro —continuó—. Por ahora, no obstante, este tiene que ser nuestro secreto.

Me reí. Otro puñetero secreto, este un día después de que Ruby me hubiese confiado que se iría en cuanto se graduase para nunca volver. Dos días antes de eso, mamá me había dicho que había pedido plaza de profesora en Arizona y Texas, además de en la Universidad de Washington: «Pero no se lo digas a nadie».

Me dejó en el muelle de combustible de Shilshole sin amarrar.

—Josh —gritó, alejándose bajo la lluvia para entonces ensordecedora—, ¡eres mi héroe!

—Ya, bueno —mascullé para mí.

La lluvia me resbalaba por la frente mientras él se largaba sin un destello visible de arrepentimiento o miedo en el vehículo de huida más lento imaginable.

Parecerá una tontería, pero me habría ido con él si me lo hubiese pedido.

No volvería a ver a Bernard durante cinco años. Pasarían muchas más cosas de las que me contó, pero era de esperar. Como un amigo psicólogo me dijo una vez, un velero es solo un mecanismo para un viaje.

Quizá. Pero, desde el punto de vista de mi madre, un velero es un mecanismo para transferir el movimiento del viento al movimiento del agua. El viento empuja el barco, el barco empuja el agua.

El signo internacional de la fornicación

La mayoría de la gente nunca ha navegado. Así que, cuando los sacas en un velero, llevan zapatos torpes y comienzan a llamarte Ahab o Bligh. O, si están particularmente nerviosos, citan a Whitman —«Oh, capitán, mi capitán»— y gritan: *Bon voyage!*, o hablan como piratas, como si fuese la improvisación más novedosa: «¡Argh! Que la pasen por la quilla». Se ofrecen a ayudar, pero lo que realmente quieren es saber dónde sentarse y a qué agarrarse cuando les pongas una copa.

Si el momento y los elementos cooperan, todo comienza suavemente, izando las velas y apagando el motor. Si no están demasiado asustados, pueden incluso empezar a notar lo diferente que el mundo suena y parece aquí, a este ritmo de paseo, como si hubiésemos salido de la atmósfera y estuviésemos mirando desde arriba nuestro planeta azul. Ahí es cuando podrían suspender toda la monotonía cotidiana. Lo ves en sus miradas a la costa, donde el tiempo se ha detenido y esta brisa no tiene ningún efecto en absoluto. Algunos comienzan a oír campanas. ¿Por qué no salimos a navegar más a menudo? O se prometen, abierta o secretamente, que aprenderán a hacerlo, aunque la promesa cede cuando vuelven a tierra. Pero tienen el presente. Y, cuando el ocaso se acerca, la calidez levantándose del suelo endurecido al sol crea térmicas que tienen que ir a alguna parte. *Voilà!* Un costado cede hacia el mar y nuestra velocidad se duplica. Así que les pido que gobiernen y los observo sentir cómo el viento se transfiere de las velas al timón y la caña palpitante en su puño. Sus ojos se abren como si les hubiese dado una serpiente, y nos apresuramos hacia la orilla mientras la sonda va bajando: seis metros, cinco metros, cuatro, luego tres y medio. «Mejor viramos pronto —digo—, pero tú eres el patrón, así que tú mandas.» Miran como locos alrededor, luego gritan: «¡A orza todo!».

Hay un terapeuta en la ciudad, cuyo negocio se llama sailingtherapy.com. Saca al mar a parejas a la greña, madres e hijas que no dejan de pelear y deprimidos crónicos. Admite de buena gana que no tiene mucho más que

ofrecer aparte del subidón natural de navegar a vela. Que la mayoría sean mujeres y que él tenga ojos soñadores y voz de locutor de radio también ayuda, pero solo el paseo suele resolver o, al menos, aliviar sus problemas.

Sin embargo, por terapéutico que sea navegar, no es lo mejor para un romance. Un barco incómodo y mohoso no conjura juegos preliminares. Mi eslogan en línea —«Marino en busca del amor»— atraía a mujeres que ansiaban algo nuevo. Muchas acababan de divorciarse y se desvestían antes de conocerlas en absoluto. Después, algunas parecían tan arrepentidas como si acabasen de engañar a alguien que valía mucho más que yo, lo que me dejaba, a su vez, paseando tristón por los diques. Incluso mi relación con Kirsten, que había estado conmigo lo suficiente para que todo floreciese y se marchitase y volviese a florecer y marchitarse, parecía saludable en comparación con estas correrías. Pero continuaba con aquellas citas, aunque pocas disfrutaban la vela de verdad. Muchas estaban nerviosas, algunas apáticas, sus caras colgando de aburrimiento.

La número veintisiete, no obstante, estaba encantada. En nuestra tercera salida al mar, de repente insistió en que lo hiciésemos a bordo, viendo que no había viento. Era mayor, nunca se había casado, parecía estable, a menudo resultaba divertida. Esperaba que durase. Compartíamos el gusto por muchos libros. Esto no era frecuente y, de hecho, se había convertido en mi única razón para no tener una cita: «Tus autores favoritos no pueden ser escritores de romántica». Esta mujer era una fanática de Tom Robbins y, después del tercer mojito, confesó que, a veces, pensaba en él cuando se excitaba.

Me reí.

—Debe de estar a punto de cumplir los ochenta.

Frunció los labios en una sonrisa.

—¿Has leído *Jitterbug Perfume*?

Durante los antiguos tiempos de crucero de mi familia, habíamos pasado un barco, al parecer sin tripulación, con un foque diminuto y una banderola de «RECIÉN CASADOS». «Que Dios los bendiga», dijo Gruñón. La siguiente vez que vimos el mismo escenario, oí que mi padre lo llamaba «el signo internacional de la fornicación». Yo no tenía una banderola, aunque icé mi foque más pequeño en aquella tarde de domingo sorprendentemente tranquila.

Estábamos abajo, en la popa, en plena faena, cuando oí agua borboteando de repente bajo el casco. Había asegurado la caña del timón en el centro, pero sentí una racha empujándonos a babor. Con los ojos apretados, ella parecía

tan a punto que no quería interrumpirla y pedirle que mirase por la escotilla a ver si nos dirigíamos hacia la costa. ¿Quién sabe con qué escritores estaría fantaseando? ¿Un joven Vonnegut diciéndole guarradas? ¿Melville con botas altas de pescador? ¿Faulkner con nada más puesto que un sombrero de vaquero?

Me preguntaba todo esto mientras intentaba, también, calcular la velocidad y la ubicación, la altura de la marea y las posibles profundidades, sin distraerme demasiado, cuando mi móvil comenzó a sonar a todo volumen a nuestra espalda: mi padre, supe sin mirar, pidiendo un informe de avance o exhortándome a «hincarle los dientes» o informándome de que la puñetera pala de timón nueva tendría que haber llegado ya.

Como cualquiera que haya intentado satisfacer a una mujer o montar un pequeño velero en un avión sabe, el acto puede suponer un montón de giros y apretones y pequeños reajustes. Entonces, o bien «¡yupi!», o bien te la pegas, justo antes del *crescendo*, en un banco de arena, como nosotros, frenando con un ruido sordo tan suavemente como podría haber deseado, aunque con la suficiente fuerza como para que la número veintisiete saliese disparada.

No podría haberse asustado más o haberse sentido más incómoda si nos hubiese abordado la Guardia Costera. Incluso después de que yo maniobrara para sacarnos del banco y llevarnos a aguas más profundas, no podía mirarme, mucho menos reírse.

Llamé a Gruñón durante su hora feliz al día siguiente para contarle el fracaso. Sus risitas del comienzo fueron tomando fuerza hasta ser carcajadas a todo pulmón cuando le describía las complicaciones crecientes, y se hicieron asmáticas cuando le conté la inoportuna llamada de papá. Sus consecuentes espasmos de tos me dejaron considerando si debía colgar y llamar a urgencias. Ninguno de sus riesgos de salud sonaba demasiado alarmante, pero, juntándolos todos —miniictus y minúsculos coágulos, niveles de próstata crecientes y enzimas hepáticas altas—, el pobre hombre parecía bajo asedio.

—No habría durado de todas formas —carraspeó al final—. No tenía sentido del humor. Aunque no es que tú seas el capitán Casanova.

Por lo que yo sabía, tampoco Einstein lo era. Si las fotos nos dicen algo, las mujeres que llevaba a navegar iban vestidas demasiado formales y parecían estreñidas. Por lo general, salía a navegar solo.

Puede que la vela sea un vehículo para el pensamiento, no para la seducción. Quizá las nociones y pensamientos experimentales más atrevidos

de Einstein le llegasen mientras surcaba las olas o esperaba el viento sin riesgo de llamadas de teléfono o visitas de estudiantes, familiares o amigos. ¿Dónde podía reflexionar mejor sobre la luz y la gravedad, el tiempo y la relatividad?

Durante nuestros domingos de aprendizaje en casa, Gruñón nos explicó una vez —después de unas cuantas Rainier— que la historia del mundo estaba escrita por quien mejor navegaba. Al principio, los egipcios estaban en la cumbre porque habían averiguado cómo transportar mercancía Nilo arriba, nos dijo. Luego, el negocio floreció para los árabes cuando sus nuevas velas triangulares les permitieron viajar a barlovento. Y el dominio temprano de China, nos aseguró, coincidió con la llegada de sus fuertes velas, que se plegaban como persianas venecianas.

En mis primeros días en el taller, Jack solía decirnos que llevábamos a cabo un servicio comunitario. Sin nosotros, decía, el mundo de la navegación motorizada se iría desvaneciendo y todas las olas vendrían del viento, sin otro sonido que el aleteo ocasional de remos o velas. Aquel escenario siempre me atraía. Puede que todos pensásemos con más claridad. Navegar a vela y las grandes ideas van juntos. Esa es la razón por la que los barcos atraen a algunas personas como las iglesias a otras. Lo sepamos o no, navegamos esperando la respuesta a las grandes preguntas.

En el verano de 1939, entre salidas de tarde en solitario en Cutchogue Harbor, a lo largo del estrecho de Long Island, Einstein envió a Roosevelt una carta urgiéndole a construir una bomba atómica antes que Alemania. Aparte de aquella fatídica misiva, fue un verano sereno de navegar y tocar música con un colega violinista dueño de los grandes almacenes locales.

Al final, todo lo que Einstein quería saber era cómo había creado Dios este mundo: «Quiero conocer Sus pensamientos —solía decir—. El resto son detalles». Pasó sus últimos años trabajando en teorías unificadoras que podrían explicar y conectar todo. La luz y la gravedad. Los átomos y los sistemas solares. Los violines y los veleros.

La atracción del cerebro de Einstein

Mi madre nos animaba a deleitarnos en momentos cumbre de la historia en los que la sabiduría tradicional había recibido una patada en los bemoles. Como cuando Copérnico sugirió que el Sol no se movía alrededor de la Tierra. Incluso mejor, el momento en que Galileo utilizó su telescopio casero para demostrar que Copérnico tenía razón y que nuestro humilde planeta no era el centro de nada más que la órbita de nuestra canija Luna. Su momento favorito de Einstein había llegado catorce años después de sacudir por primera vez a la comunidad científica con atrevidas teorías generadas en la mitad de la veintena, durante su tiempo libre. Aquellas ideas le hicieron famoso entre sus iguales, pero su fanfarria estaba a punto de deslumbrar a las masas.

En el universo de Newton, el tiempo y el espacio eran constantes, pero llegó Einstein y dijo: «Un momento, Isaac. No creo que sea así. La velocidad de la luz —trescientos mil kilómetros por segundo— es la única constante con la que podemos contar de verdad. Y también estoy bastante seguro de que la energía y la masa están conectadas por el cuadrado de la velocidad de la luz».

Mientras los científicos debatían sus abstracciones trabacerebros, un eclipse solar ofreció, por fin, un escenario mundial para demostrar si eran ciertas o no sus cautivadoras premisas: que la gravedad curva la luz y distorsiona el cielo nocturno mucho más de lo que nadie había advertido y que la cuadrícula del cosmos de Newton, largamente aceptada, era una simplificación excesiva.

El 29 de mayo de 1919, la Luna oscureció el Sol durante algo más de siete minutos, ofreciendo un cielo lo bastante oscuro para medir la diferencia entre la ubicación real y aparente de una estrella ubicada ligeramente por detrás del Sol. La estrella no debería de haber sido visible desde la Tierra. Sin embargo, dado que la succión gravitatoria del Sol curvaba la luz estelar alrededor de él en la cantidad exacta que había predicho la relatividad general de Einstein, la

estrella parecía estar al lado, no detrás, del oscurecido Sol. Su comprensión mucho más precisa de la gravedad cambió, de repente, la forma en que el hombre miraba el cosmos.

«Pensadlo —se maravillaba mamá—. El mundo tuvo que quedarse a oscuras para ser iluminado.» Y por un imponente momento —esta era su parte favorita— un científico fue la mayor celebridad del mundo. Como Charlie Chaplin dijo a Einstein: «Nos aclaman a los dos: a usted porque nadie le entiende, a mí porque todo el mundo lo hace».

Era posible que mamá entendiese mejor a Einstein que a nosotros, y nunca dejaba pasar una oportunidad de explicarlo y ensalzarlo.

Cuando el primer GPS de bolsillo salió al mercado, llevó uno con nosotros en el barco, de forma que pudiésemos usar las lecturas de latitud y longitud para trazar nuestra ubicación en la carta marina. «¿Cómo puede ser tan preciso?», preguntaba, y entonces explicaba que, para calcular dónde está, el aparato triangula señales de satélites. Si ha de ser preciso, no obstante, necesita saber cuánto tarda en recibir esas señales con una exactitud de una milmillonésima parte de segundo, lo cual es complicado porque los satélites se mueven y sus señales atraviesan la gravedad de la Tierra. Obtener una lectura precisa no habría sido posible, nos decía, si Einstein no hubiese predicho con exactitud que la gravedad de la Tierra frenaba el tiempo ligeramente, lo que permitía a un satélite estar a treinta y ocho mil millonésimas partes de segundo por delante del tiempo en la Tierra. Sin esos cálculos, explicaba, los errores crecerían cada hora y un GPS sería inútil: «Sabemos dónde estamos gracias a Einstein».

Lo que yo sabía es que nuestra madre estaba enamorada de la mente de Albert.

Para mediados del año dos mil su investigación astronómica tenía cada vez menos sentido para mí, aunque sospechaba que estaba registrando el cielo en busca de algo que pudiese ayudarla a ser contratada como profesora universitaria. Junto con su currículum, envió a la Universidad de Washington un resumen de sus hallazgos, incluyendo un corto artículo sobre supernovas que había publicado en *Astronomy Now*. Un amigo profesor le aseguró que era la favorita. Pero el modelo de carta que recibió le agradecía que se hubiese presentado, «aunque, lamentablemente, dada la dura competición por este puesto, no hemos podido citarla para una entrevista».

Fue el primer revés que la vi incapaz de procesar. Que Ruby hubiese vuelto la espalda a las Olimpiadas o que Bernard hubiese zapateado sobre un

coche de policía eran meras sacudidas en comparación con aquel descarrilamiento. Tenía la experiencia, las horas de voluntariado, los premios. Llamó por teléfono al decano para asegurarse de que no había sido un error. Contrataron a un joven de Amherst, que renunciaría tres años más tarde por un puesto en Berkeley. Podrían haber tenido a nuestra madre para siempre.

De pronto, sus altos pómulos la hacían parecer chupada. Se le aplanaron los labios y se le estrecharon los ojos. Su expresión por defecto pasó a ser un delgado ceño. Se olvidó de los sujetadores. No se quitaba los pelitos de la barbilla. Comenzó a llevar gafas más gruesas y a hablar con frases incompletas. En las noches despejadas, se quedaba en el tejado hasta las cuatro de la mañana, independientemente de la temperatura, luego se echaba un sueñecito y se levantaba para ir al instituto solo unas horas más tarde.

Yo quería creer que estaba respondiendo como una campeona, trabajando más, como Einstein después de ser rechazado como profesor de instituto.

La respuesta de Ruby fue convertir su proyecto de último año en una presentación oral sobre el sexismo en ciencias: «Dado que menos del cinco por ciento de los físicos que se dedican a la investigación son mujeres —comenzó, ensayando conmigo—, ¿no resulta notable que haya tres mujeres en la lista de los diez mejores científicos a quienes les han robado el Nobel?».

Continuaba citando, muy convincentemente y recreándose, la brillantez y las ideas luminosas de Lise Meitner, que había descubierto que parte de la masa perdida de la fisión nuclear se convierte en energía; Chien-Shiung Wu, que demostró la atrevida teoría de que la ampliamente aceptada ley de conservación de la paridad no se aplicaba a todos los núcleos, y Jocelyn Bell Burnell, que detectó un pulso de radio que llevó al reconocimiento de los púlsares como un fenómeno previamente desconocido que llegaba de las estrellas. En todos los casos, por supuesto, habían obtenido el crédito y el amor del Nobel sus colegas, jefes o rivales hombres.

«Mi madre, una científica de las más importantes que nosotros llegaremos a conocer, podría escribirnos una ecuación para ilustrar que las mujeres tienen que ser un veinticinco por ciento mejores y trabajar un treinta y cinco por ciento más para ganar un setenta y siete por ciento del dinero que un hombre gana por exactamente el mismo trabajo —contó Ruby al panel de profesores y padres—. Todo lo cual podría explicar por qué el sobrevalorado Departamento de Física de nuestra universidad local, una institución a la que nunca asistiré o apoyaré, ha rechazado los esfuerzos de mi madre por enseñar allí. ¡Dos veces!»

Para concluir, Ruby ofrecía un par de citas: «Como Gloria Steinem dijo hace mucho tiempo: “La verdad os hará libres, pero primero podría cabrearos”. Ténganlo en cuenta al respecto de lo que hoy nos ocupa».

Para entonces, Ruby se estaba convirtiendo en una oradora pública persuasiva, en especial cuando se trataba de seducir a desconocidos para que extendiesen cheques, primero para la Cruz Roja y luego para Naves de Esperanza, un hospital flotante que ofrecía cuidado médico gratuito a africanos sin recursos.

En aquella mañana lluviosa de miércoles de finales de mayo, concluyó: «Concederé la última palabra a mi brillante y paciente madre, que dice: “La búsqueda de la verdad y la belleza es un campo de actividad en el que se nos permite seguir siendo niños toda la vida”».

Esperó un par de segundos y saludó con una reverencia.

Uno de los panelistas rompió a llorar. Ninguno, ni siquiera Ruby, se dio cuenta de que esta conmovedora frase final era de Einstein, no de nuestra madre.

La semana después de que Ruby se graduase, mamá me llamó a su despacho, con los ojos parpadeando en exceso. Pensé que Bernard debía de haberla llamado por teléfono o que lo habían detenido o encontrado muerto en el Pacífico.

En vez de eso, me enseñó una página web sobre un instituto que ofrecía premios de un millón de dólares a cualquiera que pudiese resolver alguno de los siete problemas matemáticos irresueltos que proponía.

Intentó explicarme más, pero sus palabras comenzaron a amontonarse, así que se limitó a desplazar la página y señalar:

Llevamos ciento cincuenta años utilizando a diario las ecuaciones de Navier-Stokes en todo el mundo, para todo tipo de aplicaciones de la dinámica de fluidos. Y, sin embargo, las ecuaciones siguen siendo un misterio. No las entendemos tan bien como les gustaría a los matemáticos, razón por la que ofrecemos un premio de un millón de dólares a quien haga un progreso significativo en la comprensión de estas importantes ecuaciones.

—¡Ese es mío! —siseó, apretando los puños—. Recuerdas que te he hablado de ellas, ¿verdad? ¿Olas y fluidos y poner orden en el caos? —Asentí demasiado vagamente—. ¡Navier y Stokes! ¡Vamos, Josh! El ingeniero de

puentes francés y el matemático irlandés. ¿Recuerdas?

—Sí, claro que sí.

Era difícil escucharla porque no podía obviar su expresión afligida.

—Se trata de turbulencias —dijo—, de lo que les sucede a esas ecuaciones cuando se acumulan las complicaciones. Añade un poco de caos y todo el mundo huye a las colinas. Pero solo porque se complica no significa que las ecuaciones dejen de funcionar. Sigue siendo solo una extrapolación de las leyes del movimiento de Newton, con un término adicional por pérdida de energía, ¿de acuerdo? Y a mí se me dan bien las ecuaciones diferenciales. Voy a intentarlo, Josh, pero tu padre no puede enterarse o todo lo que verá será el dinero. No, esto es por mí. —Se dio golpecitos en las sienes con las yemas de los dedos mientras su voz bajaba hasta ser un susurro—. ¡Por mí!

Frankensteinizándolo

Tras un principio de primavera neurótico de lluvia, sol y granizo, el verano parecía haber llegado prematuramente a finales de abril, con los huertos explotando —«¡LECHUGAS GRATIS!»— y lodazales enormes expuestos al calor durante una de las amplitudes de marea más grandes de 2012.

La ola de calor hizo que los dueños de barcos, frenéticos, casi peleasen por sacar sus olvidadas y abandonadas embarcaciones al agua. ¡Ya! Antes de que volviesen las lluvias o se quedasen sin dinero. ¡Ya! Porque su bienestar, sus relojes biológicos y las narrativas de sus vidas dependían, de repente, de arreglar sus barcos y estar listos para botarlos. ¡Costase lo que costase! Borrar meses de desatención en un fin de semana. Mucho mejor si era en una hora. ¡Ya!

El taller bullía de corredores y peritos de barcos y de otra ola de imprimadores temporeros como Austin, un tipo tatuado que había dejado la universidad y se movía en un patinete tirado por un pit bull que respondía al nombre de Fiona. Tan pronto como Tommy botaba un barco, elevaba otro para ocupar su puesto. Varias decenas más de ellos, anclados en lo profundo del puerto bajío, esperaban su oportunidad.

En nuestro primer descanso del día, los chicos se amontonaron a lo largo de la grada de botadura, las gaviotas dando vueltas sobre sus cabezas en busca de patatas fritas tiradas en el suelo. El día de botadura había llegado por fin para Rex y Marcy, la pareja de la doctrina del Destino Manifiesto originaria de San Luis. Marcy le caía tan bien a todo el mundo que los habíamos ayudado gratis. Incluso el puerto les hizo descuento en el tiempo de fondeo. Solo dos días antes yo les había encontrado un foque de capa y algunas cartas usadas. Casi me caía bien hasta Rex después de que hubiese seguido a regañadientes mi consejo sobre ronzales y estrobos. Pero quien nos gustaba era Marcy.

Tommy bajó cuidadosamente su Catalina hacia el muelle de flotación, mientras ofrecía a Marcy su primera sonrisa en semanas. Nos apiñamos en la

barandilla para observar a la expectante pareja. Rex seguía frunciendo el entrecejo y reajustándose la gorra, mientras ella nos señalaba y se balanceaba de la risa.

—¿Por qué los mayores gilipuertas se llevan siempre a las mejores chicas? —preguntó Mick—. Me hace pensar que necesito ser más capullo.

—No te subestimes —dijo Noah—. Estás en ello.

—Marcy es tan real —continuó Mick—. Quiero decir, ¿toda esa comida en la cara y la pintura en las manos? ¿Alguna de tus citas informáticas es tan adorable, Josh?

—Ni de cerca.

—La mayoría son chicas de una noche, ¿no? —preguntó Leo—. No repiten muchas, ¿o sí?

—Cierto, aunque últimamente he sido yo. Las cosas raras comienzan a fastidiarme. Di puerta a la número veintiocho porque no sabía ortografía. ¡Eh!, mi hermana es nula para la ortografía y la adoro. Pero los correos de esta mujer tenían al menos una falta por frase. Cuando escribió «ay tiempo», le pregunté qué le dolía y nunca volví a saber de ella. La número veintinueve era una agente inmobiliaria divorciada que respondía a todas las llamadas en el manos libres sin importar dónde estuviésemos o lo que estuviésemos haciendo o quién llamaba. ¿A que resulta atractivo? La siguiente debe de haberse leído todos los artículos tipo *Cosmopolitan* que ves en las portadas de las revistas sobre los cincuenta movimientos calientes que seducen a un hombre. Tenía tantos movimientos que yo no sabía qué hacer.

—¿Cincuenta movimientos? —dijo Mick—. Creo que yo tengo uno.

—¿Tienes uno? —dijo Noah—. Debe de ser una virguería.

—La número treinta y uno era lista, pero me dejaba helado cuando nos íbamos a la cama —admití—. Se metía uno de esos gruesos protectores bucales, arriba y abajo, y los enganchaba uno a otro, casi como un bozal.

—Como la mayoría de las historias de amor —comenzó Noah en su voz de Morgan Freeman—, comienza como un acto disparatado.

Lorraine se rio y todos nos volvimos, sorprendidos de verla ligeramente a sotavento, fumando sin quitarse el buzo. Llevaba en el taller desde la salida del sol, como de costumbre, y días sin hacer un descanso, al menos, con nosotros. ¿Nuestra teoría? Estaba haciendo demasiada pasta para parar. Dando la patente a dos o tres cascos al día, ganaba, entonces, mucho más de lo que cobraba el taller —nadie sabía cuánto— porque, después de que tres barcos en la serie de primavera hubiesen navegado hacia la gloria en sus

cascos obscenamente suaves, podía poner sus propias tarifas.

—Salí la otra noche —dijo— y me estaba riendo tanto con una amiga que un tipo nos preguntó si éramos lesbianas. Quiero decir, no «¿Sois tortilleras?», sino «¡Eh! ¿Sois pareja?». Básicamente, la misma pregunta.

Nos vibraron los pelillos de los oídos. Entonces, ¿no lo es? Nos ofreció una lenta sonrisa y se fue.

—¿Alguno habéis tenido pelotas para invitarla a salir? —preguntó Austin.

—Solo Noah —contestó el Gran Alex—. Nuestro héroe.

—Fue ella quien me invitó a mí —corrigió Noah—. Solo una vez. Debió de ser un desafío o puede que perdiese una apuesta con alguien.

Los otros asintieron.

—Entonces, ¿no hay Marcys, Josh? —preguntó Mick, nuestros ojos volviendo a la botadura de más abajo—. Nadie como ella en internet, ¿eh?

—Las Marcys del mundo no necesitan buscar a alguien —expliqué—. En cuanto un Rex las deja, algún otro imbécil se lanza en picado. Y ella cae, claro, porque las probabilidades dicen que parecerá un príncipe en comparación con Rex.

Cuando el barco por fin entró suavemente en el agua, Marcy levantó los brazos victoriosa, y todos gritamos hurra como si lo hubiésemos estado ensayando. Entonces, Rex intentó poner en marcha el fueraborda. Un tirón, dos tirones. Tres, cuatro.

—¿Ha calado el cabrón? —se preguntó Noah.

Para el sexto, Rex estaba rezongando. Marcy dijo algo que no pudimos oír, luego pasó la mano alrededor de él para sacar el estárter.

El motor eructó encendiéndose al siguiente tirón, y todos volvimos a aplaudir. Rex siguió rezando, pero Marcy nos sopló un beso en las puntas de los dedos, y todos gemimos al unísono cuando partieron hacia su afanoso viaje de cientos de millas por el Pacífico.

Aquella misma tarde, engatusé a Noah para comenzar a quitar conmigo la quilla del Joho. No me quedaba tiempo para la autocompasión o las emociones confusas. La nueva pala de timón elíptica de lujo había llegado envuelta en plástico de burbujas. Y papá había llamado para anunciar que la nueva quilla venía en camión por la interestatal 5 desde San Diego: «¡A todo trapo!». Antes de colgar, me dijo que bajaría a inspeccionarla una vez que estuviese colocada:

—Y, para entonces, quizá dejes de hacer pucheros y comiences a divertirme.

Estábamos intentando aflojar los grandes pernos de la quilla con llaves ajustables cuando Noah preguntó:

—Has visto la valla de mi padre, ¿no?

—No —mentí—. La verdad es que no.

—¡Vamos, anda!

Señaló el panel, a casi dos manzanas de distancia y, aun así, fácil de leer: «EL FINAL ESTÁ CERCA».

—¿Eso es suyo?

—Pues claro. Y no puedo con ello.

—Probablemente los ha puesto por todo el país, ¿no?

—¿Y qué? —la cabeza de Noah se sacudió hacia atrás dos veces, la barbilla respondiendo a cada puñetazo imaginario.

—Que no es probable que sea personal —dije.

—No podría ser más personal. ¿Por qué, si no, pagaría por poner uno justo enfrente del astillero de su hijo? «Escucha mi advertencia, hijo pecador. Serás dejado atrás»: es lo que dice.

—Probablemente, estás...

—Josh, tú no lo entiendes.

Solo uno de los pernos cedió voluntariamente. Lubricamos los otros; luego, trepamos fuera de la cabina y reaseguramos el casco con más soportes.

Diez minutos más tarde, como si no hubiese pasado el tiempo, Noah dijo:

—¿Sabes qué es lo raro de mi padre?

—Probablemente no.

—Que no era tan mal padre.

Asentí.

—¿Sabes lo que quiero decir?

—Puede.

—Siempre ha estado loco en un grado u otro, pero nunca ha sido malo.

—Ajá.

—Hasta ahora. Pero, ya sabes, ha enterrado a dos esposas; no está bien desde que murió mamá. Y no es que yo le haya ayudado a ver las cosas claras. Ni siquiera lo llamo por su cumpleaños. ¿Por qué? Porque me pone en evidencia. Bueno, ¡mala suerte! ¿Entiendes lo que quiero decir? ¿Es que soy aún un niño? ¿No debería estar ya curado de vergüenzas?

—Yo no lo estoy.

—Pero esa valla es abiertamente hostil, Josh.

—Nadie sabe que es tu padre —mentí— ni que hay un predicador detrás

de todo esto.

—Espera —dijo—, ¿crees que solo estoy avergonzado?

Guardé las herramientas y paré, buscando como loco algo neutro que decir.

—No es solo vergüenza —dijo Noah—. Una pequeña parte de mí tiene miedo de que esta vez tenga razón.

—¡Qué chorrada! —estaba cansado de interpretar el papel de Suiza—. ¿Qué retorcida parte de ti podría siquiera pensar que dentro de dos meses andaremos por ahí viendo a los creyentes ascender a los cielos?

—Ya, ya, lo pillo, pero es mi padre. —Se golpeó el pecho con la palma de la mano—. Y alguien va a acertar algún día.

Cuando comenzó a contraérsele y movérsele la cabeza de nuevo, escapé al ruidoso refugio de las herramientas eléctricas, lijando a lo largo de la parte superior de la quilla para exponer la soldadura.

—¿Le importa que le haga algunas preguntas antes de medir? —gritó alguien.

Me volví y vi a una mujer con una tablilla en la mano, apoyada en un Subaru. Tras un largo instante, me fui dando cuenta de que era la maestra velera y recordé su mensaje de que se acercaría al taller antes de la hora de cierre. Morena y de aire masculino, con una cola de caballo negra saliendo de la parte de atrás de su gorra de North Sails, estaba de repente paseando alrededor del Joho, mientras Noah martilleaba cuñas en la soldadura de la quilla.

—¡Dispare! —dije, apagando la lijadora y siguiéndola.

—¿Por qué poner velas de fibra de carbono en un barco tan viejo?

—Para hacerlo más rápido.

Dudó, leyéndome el gesto.

—De acuerdo; pero, si quiere un barco más rápido, para competir es de suponer, ¿por qué no buscar uno más ligero, con más velamen, y así aprovechar mejor su dinero?

—Bueno, es un barco de familia.

Noah seguía golpeando cuñas.

—¿Quiere decir que es un barco de recreo familiar? ¿O que es cosa de nostalgia?

—Que mi familia lo construyó.

Miró el barco, luego a mí.

—¿Quiénes son su familia?

—Mi padre y mi abuelo.

—¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Josh.

—El apellido.

—Johannssen.

Hizo un mohín.

—¡Ah! Los Bobos. Y esto es un... —miró su hoja de papel— un Joho 39.

Ha sido una semana de locos.

Sacudió la cabeza y me volvió a mirar.

—Así que Marcelle es su madre.

—Y usted debe de ser genealogista —dije.

Entonces comenzó a zumbarme el teléfono.

—Leí su artículo sobre la física de la vela. ¿No tiene que responder?

Negué con la cabeza. Era la número treinta y uno, una mujer más que quería que fuésemos solo amigos. Yo quería alguien a quien adorar.

—Ese artículo sobrepasó a la mayor parte de la gente.

—Incluida yo —respondió—. Pero era interesante ver a alguien intentar siquiera explicar la vela con matemáticas.

—O confuso y aburrido.

Sonrió.

—Bueno, lo cierto es que a mí me hizo querer saber más sobre su madre.

—¿Sí?

—Cualquier mujer que se propone contar a miles de marinos sabihondos lo que realmente pasa..., a eso lo llamo yo valentía. —Se echó la gorra hacia atrás y se retiró un mechón de pelo negro del ojo izquierdo—. ¿Tiene una escalerilla para que pueda subir a cubierta?

Minutos más tarde, inundado con nuevas dudas sobre la cordura de todo aquel proyecto, la observaba encaramarse sin esfuerzo por el mástil, cuando Jack se acercó con sus andares de pato.

—¿Sigue el Gran Alex por aquí? —preguntó.

Noah dejó caer la minialmádena hasta la cadera.

—¿No estaba trabajando en el Valiant?

—Iré por él.

Fui por Mick primero y, luego, los dos subimos a bordo del cuarenta pies y encontramos a Alex atascado y jurando en el compartimento del motor, con el móvil a centímetros por debajo de su alcance en la fibra de vidrio de abajo.

—¿Por qué no estás pidiendo ayuda a gritos? —le pregunté.

—He intentado llamaros y se me ha caído el puto teléfono —dijo entre respiraciones—. Perdonadme la expresión.

—¿Prefieres que te empujemos o que tiremos de ti? —pregunté.

—Tirad.

Cuando lo habíamos liberado y estaba fuera, los chicos se amontonaron alrededor.

—¿Lo sabe Jack? —me preguntó Alex.

—Tranquilízate —dije—. Parece que te acaban de atropellar al perro. Jack no te puede despedir por estar gordo mientras estés más delgado que él.

Alex comenzó a lloriquear riendo y yo retrocedí demasiado tarde para esquivar su abrazo de oso.

—Tranquilo, chico —dije, mientras me aplastaba las costillas—. Te has atascado dos veces en los últimos quince días. Solo es una vez por semana.

Me dejó ir y frunció los labios, otra vez entre una carcajada y un sollozo, luego abrazó a Mick, aunque odiaba al chico. Todo el mundo tuvo su turno. Incluso Lorraine se acercó y se rindió.

Cuando volví al Joho, estaba saliendo la luna y Noah y la maestra velera, cuyo nombre ya había olvidado, se habían ido. Con todas las cuñas clavadas en las tripas, el barco parecía más una ballena excesivamente arponeada que algo en lo que mi familia se estaba preparando para competir.

Pero ¿qué pasaría si realmente funcionaba? ¿Qué si aquel plan loco daba lugar a una profunda recompensa que yo ni siquiera me había dado cuenta de que fuese posible? De pie junto a él, imaginé la potencia de las nuevas velas y una quilla y una pala de timón agresivas, con todo el clan a bordo, papá al mando y Ruby gobernando el barco, Bernard en la proa, mamá ofreciendo observaciones útiles exactamente en el momento justo y Gruñón informándonos a todos, como si fuese la primera vez, de que los veleros están «vivos».

Horas más tarde, tenía el astillero solo para mí, y sentía como si todos aquellos barcos achacosos fuesen mis propios pacientes. Al anochecer y con calambres en las manos, limpié y luego fui a los vestuarios y metí un soplete de acetileno y sus pesadas botellas gemelas en la mochila. Entonces, pedaleé torpemente por la Cuarta hasta Plum.

«EL FINAL ESTÁ CERCA.»

Parecía tan inocuo al principio... ¿El final de qué? ¿Del día? ¿De la primavera? ¿De la legislatura? Sin embargo, el cartel se hacía más ominoso y escandaloso cuanto más lo mirabas. Escondí la bici en los alisos y me agaché

y esperé bajo una farola que zumbaba sobre mí como un matamoscas eléctrico. Cuando el tráfico se redujo, di paso al suficiente acetileno para encender el soplete, me arrodillé y mantuve la llama a un centímetro de uno de los tres postes de acero huecos. Después de un minuto que parecieron diez, el calor comenzó, por fin, a cortarlo. A continuación, corté el siguiente un poco más rápido. Esperaba a que pasase el tráfico intermitente cuando un hombre se acercó arrastrando los pies y sosteniendo una pancarta de cartón escrita a mano que decía: «VETERINARIO HAMBRIENTO DIOS OS BENDIGA ¡VAMOS, SEAHAWKS!». Me preguntó si tenía un dólar o un cigarrillo.

Einstein solía gorronear cigarrillos, me contó mamá, y en un apuro — después de que su médico le ordenase que dejase de fumar—, recogía colillas de la acera y las encendía en su pipa. Este vagabundo tenía el pelo encrespado, pero a nadie le recordaría a Einstein.

—No —dije—, pero le compraré un paquete si me ayuda con esto.

Levantó la mirada hacia la valla.

—¿La está quitando para el Ayuntamiento?

—No, soy federal. ¿Podría empujar esos postes hacia atrás mientras corto la última pata?

Dejó su pancarta en el suelo.

—¿Es usted federal?

—Tanto como usted un veterinario hambriento, amante de Dios y de los Seahawks.

Sus dientes, que entonces vi, eran perfectos.

Pasaron dos coches, luego todo estuvo tranquilo hasta que un breve tintineo de metal cayendo terminó con un suave golpe sordo sobre la tierra húmeda. Envolví el soplete en un trapo, lo metí en la mochila con las botellas y le di al hombre un billete de cinco dólares.

—Espere, jefe —dijo—. Esto no da para un paquete de Camel.

—Compre algo más barato —le sugerí.

Y me fui pedaleando más deprisa de lo que había montado en años, preguntándome por qué me sentía tan bien, antes de darme cuenta de que todo esto me recordaba a Bernard.

La tierra del todo vale

La primerísima carta de mi hermano fugitivo llegó en marzo de 2000, engalanada con sellos mexicanos. El colorido sobre estaba dirigido al «Cap. Joshua Slocum Johannssen (y su familia de místicos, carpinteros, físicos y tiranos)». Me avergüenza lo mucho que significó para mí que Bernard me escogiese como destinatario, solo tres meses después de que me hubiese dejado tirado en el muelle de combustible de Shilshole.

Querida familia de las Consonantes Repetidas:

Sigo aún vivo y he descubierto un nuevo hogar, ridículamente sublime (sí, esa es justo la palabra), en el sur. Que no os engañe el matasellos de Puerto Vallarta. Incluso el prófugo más torpe sabe lo suficiente para no enviar nada desde donde se esconde de verdad. Pero sí, estoy bastante al sur, cerca del golfo de California, digamos. Así es, Gruñón. ¡El país de Steinbeck! Os preguntaréis cómo fue mi navegación bajando la costa. Bueno, fui testigo de olas más grandes de lo que me apetece ver en un futuro cercano, pero este barco es, como dijiste, Josh, robusto y rápido, especialmente a barlovento. Admito que me preocupó morir cuando comenzó a soplar de verdad, hasta que vi un albatros jugando en las rachas y las olas. No tenía miedo. ¿Por qué habría de tenerlo yo? Pero eso no ayudó mucho cuando oscureció. Por fin pude dormir navegando tras aprender a tomar dos rizos en la mayor e izar un foque pequeño sin importar la calma que hubiese. Ya he tenido que trepar dos veces al palo sin arnés. En realidad, tener tener, solo tuve que trepar una. La segunda fue para practicar en marejadas, suponiendo que me vendría bien más tarde.

Me encontré una mancha de basura cincuenta millas mar adentro al norte de California, que me llevó dos días rodear. Era, en su mayor parte, una maraña de bolsas desechadas con pájaros estrangulados por todas partes y, probablemente, la cosa más asquerosa que he visto en la

vida. Pero ahora estoy aquí abajo y huir de la ley me ha proporcionado, en cierta manera, una versión del paraíso. ¿Quién iba a saber que enormes partes del Pacífico son de un turquesa balsámico y tan cálidas que no quieres salir del agua? No es de extrañar que los viejos no nos llevaseis a ningún sitio: nos habríamos dado cuenta de que éramos vuestros rehenes en ese agujero helado. He pasado de las nubes bajas opresivas a un sol incesante, de las ciénagas de zarzamoras a los cocoteros. De la Tierra de las Normas Estúpidas y las Leyes Aborrecibles a la Tierra del Todo Vale. Aquí no hay ni reglamentos de construcción ni compañías de seguros. Ni leyes que te impongan cinturones de seguridad o cascos. Tendríais que verlos varar sus barcas de pesca a media marcha, justo al lado de las multitudes de nativos y gringos caminando en los bajíos. No hay nubes. Ni abogados. ¡Ni preocupaciones! Todo es negociable. Paga lo que puedas. Puede que todo pareciese diferente si hubiese llegado aquí con American Airlines después de unas cuantas Budweiser a seis dólares. Pero, así, me siento como Leif Tremendo Tipo Eriksson descubriendo América. Esta gente es adorable en comparación con los pretenciosos hipercapitalistas a los que llamáis vecinos y clientes. Los mexicanos sonrían y dicen «¡Hola!» y «¡Buenos días!». Buscan un día agradable, una palabra amable, diez o veinte pesos y una siesta a media tarde o quizá una partida de dominó, y luego la peor banda de música que hayáis oído nunca viene por la calle desafinando a todo volumen, por lo general, solo un chico con tambor, con su padre y un tío a la trompeta y el trombón, todos vestidos como Michael Jacksons de segunda mano. Cuando estos supuestos mariachis te emboscan en los restaurantes al aire libre, o les pagas para que toquen o les pagas más para que se vayan.

Esta gente es refrescantemente ajena a la perfección. O a ganar. No estoy seguro de lo que harías aquí, Todopoderoso Patriarca, porque no hay nadie a quien vencer. Y, Josh, encontrarías montones de cosas que arreglar, aunque parece que se fomenta el deterioro. Tú, Ruby, tendrías a montones de perdedores que rescatar. Y, mamá, te volverías loca por prácticamente todo. ¡Es todo tan diferente! Los pájaros, los bichos, las plantas, el agua. El cielo. Madre mía, ¡el cielo! Me desperté en cubierta una noche con tantas estrellas que parecía que me habían puesto un cuenco de lucecitas sobre la cabeza. Y vi dos alcatraces patiazules el primer día que fondeé aquí. ¡Dos! ¡Y las mariposas! Monarca, por

supuesto, pero ¡tantas otras! Y esos locos pájaros, fregatas creo que los llaman, hacen círculos en el cielo como engranajes o mecanismos. ¡Y esta luna! Es una bombilla tan brillante que a las mujeres les impone desnudarse bajo ella (o eso me han contado). ¡Y las puestas de sol! Sin ánimo de ofender, apenas sabéis cómo son de verdad. Desde aquí, se puede ver la curvatura de la Tierra. Los chachalacas —buen nombre para un grupo de rock, ¿eh?— se arremolinan en los árboles de la plaza del pueblo y se vuelven locos en el crepúsculo. Gorjean totalmente desafinados, chirriando como el camión Bobo cuando vosotros, queridos viejos, sois demasiado agarrados para comprar nuevas pastillas de freno. El jaleo continúa durante al menos una hora antes de que el sol se ponga por completo. Y, sin embargo, todo parece perfecto. Como si, quizá, en vez de ver la tele o ir a la iglesia, debiésemos juntarnos todos a celebrar, a observar al menos, el alzamiento y la caída del cálido orbe o, como mamá me corregiría sin duda, la rotación diaria de nuestro planeta. Todo lo que sé es que cuando ves el sol hundirse en el agua cada noche te hace mucho más consciente de que somos, básicamente, solo una enorme molécula de agua que atraviesa a toda velocidad el espacio, lo que me enseña algo de humildad incluso a mí.

¿Lo siguiente? ¡Tequila! Y, con un poco de suerte, aprender a hablar español lo bastante bien para ganar algo de dinero y echar un polvo. Perdona mi sinceridad, mamá.

Legalmente, aún vuestro,
BMJ

La siguiente carta —solo para mí— llegó casi un mes más tarde y era mucho más sucinta:

Que le den a México. Ya es hora de que hubiesen resuelto lo del agua y el alcantarillado, ¿no?

Luego continuaba refiriendo su lucha con la venganza de Moctezuma y su casi pelea con un conductor de autobús narcoléptico que no dejaba de dormirse, y el posterior vاپuleo no relacionado que recibió de varios mexicanos:

¿Adivinas por qué? Exacto. Me ligué a una chica demasiado bonita.

Hay una parábola ahí, en algún sitio, lo sé. Y no era ni siquiera tan atractiva después de averiguar que no soy rico. Así que sus hermanos o sus primos se me echaron encima. Casqué a dos, pero el tercero era uno de esos tipos de centro de gravedad bajo. Mis costillas han tenido días mejores y tengo la oreja izquierda rasgada e hinchada, pero no es de preocupar: mi aspecto de héroe de acción sigue intacto.

Es más, me he dado cuenta de que sigo demasiado cerca de casa. Hay demasiados turistas pálidos del Noroeste aquí. Si me preguntan, digo que soy canadiense o australiano. Le dije a una pareja que soy islandés. ¿Qué te parece? Pero es solo cuestión de tiempo hasta que tenga que largarme. Además, mi culpa imperialista está comenzando a acumularse con los rumores de que Starbucks va a abrir aquí. Y, a pesar de sus cualidades edénicas, no hay tranquilidad en este sitio. Si no son los gallos (todo el mundo tiene, al menos, una docena) o los mariachis, es el latido nocturno de la discoteca —unch, unch, unch, unch— y los vendedores conduciendo por el barrio en camiones con altavoces animando a todo el mundo a comprar un cerdo o un nuevo colchón.

Y el *surf* es mucho más difícil de lo que parece.

Sé lo que estás pensando: que el fugitivo descubre el paraíso y, entonces, vuelve a darse a la fuga. Que puede que el lugar no sea el problema. Que puede que no esté destinado a quedarme en ningún sitio mucho tiempo. O que, simplemente, ¿hay algo que no funciona en mí? Noooo. No puedes decir esas mierdas.

Creo que es momento de cruzar el Gran Océano.

Tercamente,

BMJ

Ruby se marcha

Mi primer recuerdo es de Ruby llegando a casa del hospital. Dicen que no es posible que me acuerde de nada porque tenía veintidós meses. Y, sin embargo, no hay imágenes de ella con el aspecto de un búho carnoso envuelto en los brazos de mamá aparte de las que están archivadas en mi córtex frontal. Y mamá admite que podría haber sido exactamente el mismo día en que pasé de un balbuceo incoherente a hablar el inglés de la reina. Así que me atengo a mi historia, aunque a lo que iba es a que, cuando Ruby se marchó a África justo después del instituto, no había vivido sin ella desde que mi cerebro había comenzado a registrar la vida.

Mamá y yo apenas hablamos durante todo el trayecto al aeropuerto mientras Ruby cotorreaba sobre África y la familia y el destino.

—Tienes que largarte de casa —me informó de pasada.

—Ya veo —contesté—. Tengo que hacerme al océano o irme a África para vivir de verdad.

—Podrías mudarte calle abajo —bostezó—. Pero necesitas ayudar a gente que no te da por sentado. Sin ánimo de ofender, mamá.

—No puedo ser tú, Rube —le dije.

—Gracias a Dios —dijo ella—. Todo lo que digo es que los humanos no fueron creados para permanecer en el nido tanto tiempo.

Mamá seguía sin decir nada.

—Mi hermana, la antropóloga —mascullé.

Entonces las dos aguantaron mi diatriba quejicosa sobre mi deseo de ir a la universidad, aunque no cuando los Bobos me necesitaban en el astillero.

—Vales tu peso en oro, Josh —dijo Ruby cuando terminé—. Pero deja de esperar a que empiece tu vida.

—Más lecciones de mi hermana pequeña —dije, forzando un bostezo.

Cuando hubo pasado el control de seguridad con una sonrisa y un saludo de desfile, mamá y yo nos quedamos en la terminal aturridos, como si nuestros corazones fuesen en un avión de camino a Senegal.

—Tu hermana es un ángel.

—Ya.

—No, de verdad podría ser uno.

—Dice la mujer que no cree en los ángeles.

—Tenía cuatro años cuando murió la abuela, ¿no?

Hice las cuentas.

—Eso es.

—Bien, ¿recuerdas cómo después pasaba todo el tiempo con Gruñón, dándole mimos?

—Vámonos, mamá.

—Durante aquella misma época —continuó, deshaciéndose de mi mano en su brazo—, fue a ver a aquel viejo de Green Lake y le dijo: «Acaba de perder a alguien, ¿verdad?». Él la miró todo asombrado. «¿Sabe lo que tiene que hacer ahora? Tiene que salir a buscar más amor», le dijo Ruby.

—Una suposición afortunada —dije—. La mayoría de la gente mayor acaba de perder a alguien.

—Pero lo hizo tres veces que yo la viese, Josh. Sentía cuándo alguien estaba de luto. Su consejo era siempre el mismo: «Vaya a encontrar más amor». Como si hubiese una estación de servicio mágica cerca. —Mamá comenzó a llorar—. ¿No es extraordinario? —Se aclaró la garganta—. Y ¿sabes cómo solía correr por ahí con una toalla en la espalda como si tuviese alas?

—Como todos los niños del barrio. —Le rodeé las costillas con el brazo y me di cuenta de lo delgada que se había quedado—. Anda, vámonos.

Esperó hasta que estábamos a medio camino de casa para admitir que se había dado contra un muro con el enigma de la dinámica de fluidos del millón de dólares, pero que era finalista para una plaza de asociado en la Universidad de Arizona. La noticia me picó, aunque no la comenté.

—No se lo digas a nadie —añadió—. Probablemente quede en nada.

Pronto, correos electrónicos —sin tildes, aunque con una ortografía levemente mejorada— llegaron a raudales desde Senegal y, luego, Sierra Leona, Liberia, Ghana y Togo.

Ruby comenzó como pinche, pero hacían falta enfermeras, así que ayudaba.

No puedo decir que sea enfermera, pero estoy en la sala. Y anticipo lo que todo el mundo necesita. Me dicen que se me da bien. Te costaría

creer los antes y despues de estos pacientes. Soy la recepcionista muchos días cuando vienen al barco y puedo mirarlos a los ojos. A veces solo tienen uno. Y practicamente todos los dias veo gente a la que le debuelven la vista. ¡Imaginatelo! Pasan de ser ciegos o de ver muy poco a tener una bision decente en 24 horas. Es solo cirujia de cataratas basica. ¡Creen que somos dioses! La mayoría de la gente con la que trabajo son cristianos, de los buenos. Pero la ciencia salva a esta gente. ¡Bravo, mama! Tengo un huertito en un patio pequeño fuera de mi habitacion. Las cosas crecen practicamente de un dia para otro aqui. Os quiero a todos, incluso a ti, Bernard, estes donde estes. Tambien a ti papa. Vuelve a encantarme la vida ahora que por fin me doy cuenta de lo corta y azarosa que es. Por favor, manda semillas de tomate. Rubester.

Releí muchas veces la parte en que mi hermana pequeña nos informaba de lo corta que es la vida.

Siguiente correo:

Gracias por las semillas, Josh. Encontre mas justo despues de escribir —ups— y mucha gente me esta sableando ya iervas frescas. No queria cobrar pero la gente me paga de todas formas. Sali del turno ayer y siete compañeros hacian fila ante mi puerta esperando iervas o un masaje. Tambien se ha corrido la voz sobre eso. ¿Puedes creerlo? Solo hago lo que solia hacerle a Gruñon y la gente se queda simplemente dormida y se despierta sintiendose mejor. Sabes que tengo intuicion para estas cosas Josh de la misma forma que la tenia para el timon. Asi que no me decido. Quiero ayudar a todo el mundo, pero mas que nunca quiero desesperadamente ser normal. Una pareja de Londres esta intentando que les cultive maria. No gracias.

Siguiente correo:

¡Tengo novio! Es electricista y se llama Phillipe. Si, se escribe asi. Lo he comprobado. Suena frances lo se pero nacio en Haiti y su familia vive en Canada. Columbia Britanica. ¡Chup chup! Y no no es un error ni un perdedor. Dios como odio esas palabras. Llame a casa la semana pasada. Cuando papa contesto sono emocionado durante diez segundos y luego le dio el telefono a mama. Sonaba rara.

Aquella noche, mamá dio la noticia en la cena:

—Voy a enseñar en la Universidad de Arizona a partir de otoño.

Papá supuso que estaba de broma.

—¿Puedes imaginarme allí? —le preguntó a Gruñón—. ¿Qué coño iba a hacer si no hay agua?

—¿Quién ha dicho nada de ti? —preguntó ella, retirándose a su despacho.

Aproveché el momento para anunciar que yo también me iba, pero antes.

Papá se rio agresivamente.

—¿Dónde ibas a ir tú?

—Al sur —fue todo lo que pude decir antes de mascullar algo sobre comenzar mi propio negocio de reparación de barcos—. Quiero ver más mundo —dije dócilmente.

Mamá había vuelto a la sala para entonces y asentía detrás de él, apoyándose en silencio.

—Quédate lo suficiente para acabar nuestros pedidos de septiembre —dijo él—, luego discutiremos tu vuelta al mundo. Te necesitamos para llegar al otoño. Si quieres un descanso después de eso, encontraremos alguna solución.

—Me parece... Me parece que no —tartamudeé—. Necesito irme ya.

—Escucha —me gritó papá cuando por fin se dio cuenta de que iba en serio—, si quieres trabajar en otro sitio, te encontraremos un puesto. Pero en octubre o noviembre, no ahora.

Cuando me vio hacer las maletas una hora más tarde, me informó, desde detrás de la página de Deportes, de que era el hijo que más le había defraudado:

—Y mira que hay competencia para el premio.

Mamá irrumpió en la sala antes de que yo pudiese contestar:

—¿Eso es lo que le dices al único hijo que aún consigue, no sé cómo, respetarte?

Ella y Gruñón dijeron algunas cosas más en mi defensa, aunque no puedo recordar ninguna de las palabras que volaban mientras yo agarraba a ciegas ropa, libros y herramientas. No fue hasta que me quedé atascado en el tráfico de la autopista cuando me di cuenta de que papá sabía probablemente que me habría echado atrás si sus insultos no me hubiesen empujado a cruzar la puerta.

Una vez más, consideré la universidad —mamá me prometió que encontraría el dinero en algún sitio—, pero sentía que era demasiado tarde. Y

no quería que nadie me prestase nada. Todo mi plan de escape consistía en dirigirme al sur y encontrar trabajo. Conduje durante noventa kilómetros, paseé por el único astillero de Olympia, tuve una breve charla con Jack y me contrató. Luego volví y le pedí a Gruñón el Joho 32 que nunca utilizaba pero se negaba a vender, sin importar lo mucho que papá protestase por las facturas del amarre. A motor, atravesé las esclusas y giré a la izquierda.

La mayoría de los marinos que salen de Seattle giran a la derecha y se dirigen al norte, a los estrechos de Juan de Fuca y Georgia, las islas estadounidenses y canadienses salpicadas como joyas rocosas por la ringlera más soleada del mar interior. Ahí es donde los multimillonarios y las estrellas de cine van, con hidroaviones que entran en picado y salen de las calas para que los peces gordos no tengan que perder el tiempo navegando o conduciendo tan lejos. Si giras a la izquierda al salir de Seattle, navegarás hacia el sur, adentrándote en el agua de los obreros y, a menudo, directamente en una corriente turbulenta hostil.

El canal de Tacoma se convierte en un río estridente cuatro veces al día. La corriente circula en ambos sentidos, pero muy poco del dinero, la arrogancia y la ambición de Seattle se abre camino a través de esta garganta que se estrecha hacia las aguas del sur, donde los barcos y las casas son cada vez más pequeños y viejos, las bahías menos profundas, las playas más arenosas. En el tranquilo callejón sin salida de este mar verde melón viven un astillero y cinco marinas.

Poco después del atardecer, me deslicé en la más dejada, me compré una grada a la mañana siguiente y comencé mi nueva vida en medio de los barcos muertos y moribundos de la marina de Sunrise.

Día de demolición

Los barcos se venden, se cambian o se subastan. Se roban, se regalan o se heredan, se hunden, se estrellan o los toman los nazis.

Los amigos de Einstein sabían el objeto que deseaba por encima de todos los demás. Así que, por su quincuagésimo cumpleaños, conspiraron para comprarle un velero de madera de veintitrés pies, construido solo para él. Al saber de su desdén por los motores, el diseñador elevó la bañera lo suficiente para esconder un dos cilindros en el interior. Mantuvo el palo corto, de forma que las velas fuesen lo bastante pequeñas para que el genio las manejase solo, en un lago muy cerca de su casa de veraneo a las afueras de Berlín. De construcción sólida, el barco tenía la proa de plomo, poco calado y casi ocho pies de bao. El camarote de arce y caoba estaba equipado con platos y cubiertos, listo para dar de cenar a los invitados. Deslumbrado por sus curvas mamíferas, Einstein lo llamó *Tümmler* (marsopa). Estaba enamorado.

Su mujer, Elsa, escribió a la hermana pequeña de él:

Nuestro barco es magnífico; Albert [...] disfruta esta feliz navegación intensamente. Es un regalo de unos amigos muy ricos (¡quince mil marcos!). Escribo esta nota pretenciosa para que te hagas una idea [de la] soberbia embarcación en la que navega tu hermano.

En otra carta, el yerno de Einstein lo describía aferrado al timón del *Tümmler* mientras explicaba sus últimas grandes ideas:

Navega con la habilidad y la audacia de un niño. [...] La alegría de esta afición se le puede ver en la cara, se refleja en sus palabras y en su feliz sonrisa.

Cuatro años más tarde, mientras estaba de visita en Estados Unidos, los nazis se hicieron con el poder en Alemania. Optando por quedarse en

América, el científico judío intentó organizar el transporte del *Tümmler* a los Países Bajos. Cuando supo sus planes, la Gestapo requisó el barco en junio de 1933 y lo puso a la venta con la advertencia de que ningún «enemigo público» podría comprarlo.

Desconsolado, Einstein no intentó encontrar un gran sustituto para el *Tümmler* en su nuevo hogar. Para entonces, había entendido la naturaleza temporal de las embarcaciones. Así que se hizo con un laúd de quince pies, sencillo y achaparrado, con el que poder salir a navegar por el día en Nueva Jersey y Nueva York durante las últimas décadas de su vida. Lo llamó *Tinef* —«porquería» en yidis—, como para probar que había aprendido la lección sobre glorificar ni siquiera los objetos de su pasión.

El deterioro de un barco puede ser muy rápido. Sientes los percebes frenándolo y notas que escora a babor sin importar cuánto redistribuyas el peso de abajo. Luego, vuelves a tu vida y te olvidas de él durante unos meses, y todo envejece a una velocidad endiablada. El barniz ha comenzado a levantarse, las juntas a gotear, la capa de gel a hacer burbujas, los soportes del motor a corroerse, el verdín a extenderse; las pruebas de negligencia aumentan como un feo sarpullido sobre la línea de flotación. Aunque abandonarlo es casi como abandonarte tú.

Para muchos barcos, la marina de Sunrise era un hospicio. Una vez cada cuatro meses, más o menos, era Día de Demolición. Intentaba no mirar porque, de lo contrario, querría salvarlos a todos. Parte del asunto era la ética del puerto: cuidábamos de los barcos de los demás. La otra parte era mi ojo o maldición para ver un esqueleto elegante bajo el deterioro. Pero una vez que las facturas sin pagar se acumulaban, los huérfanos sin amor salían a subasta. Aunque nadie solía quererlos, ni siquiera gratis. Así que, antes de que las amarras se partiesen y los barcos se hundiesen en los almejares, los atoaban a la maderería vecina, donde un remolque los empujaba a tierra y alimentaba con ellos un buldócer tipo cangrejo, que los agarraba por las proas, como con rencor, y los aplastaba como latas de cerveza.

El primer velero en ser destrozado aquel luminoso domingo por la mañana fue un Columbia 26 que llevaba meses recostado contra el muelle, medio lleno de agua. Después del espeluznante sonido de plástico combándose y madera quebrándose, dejaron caer el cadáver mutilado de *Diva*, como un ajuste de cuentas de la mafia, en un camión de la basura.

No podía resistirme a observar la destrucción, si bien me distraía la misteriosa nueva postal que llevaba en el bolsillo. Esta —que mostraba a una

indonesia aparentemente avergonzada vestida con un biquini amarillo— tenía el mensaje más críptico hasta la fecha: «155-SS». Eso era todo. La letra era, obviamente, de Bernard, pero me había llevado justo hasta entonces averiguar su significado: «15 de mayo en la marina de Shilshole». ¿Se suponía que tenía que pasarle esta información también a Yoshito? El corazón me dio un vuelco y se me nubló la vista.

Siguió un Coronado 27 rojo desvaído —oscurecido por un hongo naranja estridente—, que parecía pertenecer a la larguirucha que se paseaba por la orilla junto al camión de la basura, aleteando con los brazos como un pingüino nervioso.

—Ese barco siempre fue bueno conmigo —me dijo cuando me acerqué—. Me encontré con él en un temporal hace unos años. Se portó bien, incluso cuando rebotamos en el arrecife de Blakely Rock. No puedo quejarme. En absoluto. Nunca se portó mal conmigo. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Wes y yo solíamos navegar juntos. De hecho, fue él quien me enseñó. Luego comenzó a beber como un cosaco y, bueno, los dos lo hicimos. Se largó a Reno, y yo me llevé a *Lucille* a Lopez para desintoxicarme. ¿Ha estado alguna vez en el parque de Spencer Spit? El mejor mes de mi patética vida. Pero, entonces, ya ve, mi tía Ruth se puso enferma y no había nadie más. Así que ahí es donde he estado, en el bonito centro urbano de Yuma. Cuando el dinero de la Seguridad Social se acabó, ¿cómo iba a pagar el amarre...? —Su voz fue apagándose.

—Así que ¿ha venido solo para esto? —conjeturé—. ¿Para verlo una vez más?

—Creí que podría convencer a Neil de que no soy un completo... —comenzó a sollozar, luego se tranquilizó lo suficiente para decir—: desastre.

La dejé y me acerqué a Neil, que estaba charlando con el hombre del buldócer.

—Me quedo con este —le dije.

Me miró con el entrecejo fruncido.

—Vamos, Josh, sabes cómo va esto. Si lo querías, tendrías que haber pujado.

—No lo quiero yo, pero la mujer seguro que sí.

La vimos pasear arriba y abajo, hablando sola.

—Te estás quedando conmigo, ¿no? Le he regalado nueve meses. Nueve. Es una borracha.

—¿Y qué?

Se hurgó las encías con un palillo de dientes.

—Tendré que cobrarte todo el amarre si estás pensando en repararlo.

—Lo sé —dije—. ¿Vas a hacerlo?

—¿El qué?

—Perdonar la ejecución.

Volvió a mirar a la mujer.

—Eres un blando, Josh. ¿Dónde vas a ponerlo?

—Aún no estoy seguro.

—No te van a dejar fondear en la...

—¿Me garantizas el perdón?

Asintió y escupió.

—Gracias, patrón.

No muy segura de lo que acababa de pasar, la mujer me siguió hasta mi barco mientras el suyo era atado lentamente de vuelta al puerto.

—Aquí tiene un ancla —le dije, y se la tendí—. Y puede tomar prestado ese bote de ahí si lo necesita y el motor también. Solo tiene dos caballos, pero arranca al primer tirón, siempre y cuando lo estrangule a medio camino hasta que se caliente. Yo fondearía cerca de Gull Harbor durante algo menos de un mes. Luego haría lo mismo en Butler Cove y seguiría rotando y deteniéndome así para conseguir amarre gratis hasta noviembre. Si no puede venir hasta aquí para moverlo, llámeme y lo haré yo.

Miró el ancla y luego a mí, como si acabase de darle la vida misma.

—Cara —dijo, extendiendo la mano libre.

—Josh —contesté, estrechándola.

Tenía los dedos fríos.

Los barcos se quedan con nosotros. Nunca renunciamos por completo a la propiedad. Tras la guerra, más de una docena de años después de haber visto por última vez su querido *Tümmeler*, Einstein hizo un último esfuerzo por localizar el velero de su vida. Lo que descubrió fue que lo habían vendido por una décima parte de su valor y luego, simplemente, se había desvanecido.

Cara y yo estábamos aún charlando sobre los barcos y la vida cuando un asiático alto, con un traje color carbón, se dirigió hacia nosotros a largos pasos por el Dique A. Quizá temiendo que fuese un cobrador, ella dejó de hablar en medio de una frase, inclinó la cabeza en señal de despedida y se fue con mi ancla.

—No vuelva a enviar mensajes a Yoshito —dijo el hombre suave pero claramente y sin preámbulo al llegar a mi embarcadero—. Y dele a Minke

esto.

Un móvil prepago negro se materializó en la palma de su mano, sorprendentemente grande. Luego lo deslizó en la mía como si me estuviese saludando sin más.

—Que me llame al número pegado detrás del teléfono cuando esté listo — continuó en el mismo tono robótico sin acento—. No lo mire ahora. Guárdese el móvil en el bolsillo. No lo utilice para ninguna otra llamada y tírelo inmediatamente después.

Entonces, el único hombre que he visto nunca en un muelle vestido con traje a medida, un pañuelo de seda azul medianoche en el bolsillo, se me acercó aún más, oliendo a ajo y alguna loción para después del afeitado ligeramente cítrica. Me miró fijamente a los ojos, quizá en busca de comprensión o de un destello de inteligencia.

«De acuerdo», dije, tentado de contarle que la fecha probable de la llegada de Bernard sería exactamente dieciséis días después, pero no queriendo jugármela a que las palabras me saldrían sin gallos. Por fin, parpadeó, pero yo no comencé a respirar de nuevo hasta que se dio la vuelta y se fue.

Las lunas de Júpiter

Incapaz de localizar a mi padre por teléfono, tomé prestado un coche y conduje hasta Seattle, donde lo encontré rodeado de cajas de *pizza* y planos de barcos, solo y dormido, gimiendo en su butaca.

Sus palabras cuando le desperté fueron, para él, asombrosamente contritas:

—Hazme un favor. Dime cómo he terminado siendo un pedazo de mierda con el que nadie quiere vivir.

Esta pregunta/confesión hito llegó cerca de la medianoche de un domingo de septiembre del año 2000. Hasta hacía muy poco, nuestra familia se había aferrado a órbitas fiables y predecibles. Habíamos tenido nuestras ligeras vacilaciones, sí, pero con cada uno de nosotros siempre atraído hacia los demás, y con Bobo hijo ejerciendo de fuerza central. Sin embargo, en el pasado año, lo habíamos ido abandonando todos, como si las lunas de Júpiter se hubiesen liberado de repente de sus órbitas. Incluso Gruñón había hecho su maleta con monograma y abandonado el Solar. Obviando los insultos y ruegos de su hijo, había salido disparado con su gorro de pescador y los pantalones sujetos con el cinturón muy por encima de la cintura, después de que se presentase la primera demanda por producto defectuoso contra Johannssen & Sons (el cacareado Falcon 35 ligero y rápido de papá se había desarbolado con apenas quince nudos de viento). Gruñón necesitaba tanto su propio espacio que se había ido a vivir con su hermana, de la que no sabía nada hacía tiempo, y se había llevado a los labradores con él porque no confiaba en que su hijo los alimentase.

En el mes desde aquella partida dramática, aun cuando los dos Bobos continuaban trabajando en el mismo astillero seis días a la semana, papá había estado viviendo solo por primera vez en su vida.

Anonadado a la vista de su desorden, no pude responder su inesperada pregunta antes de que la reformulase:

—¿Cómo me he convertido en tal gilipollas que me habéis dejado solo

aquí?

—Estoy orgulloso de ti —dije, por fin, notando las bolsas aterrazadas bajo sus ojos— por, al menos, ser consciente de tu papel en esta situación.

—¡Ah! Elogios ambiguos de mi hijo sin ambiciones —dijo, irguiéndose de un tirón, recuperando su aire de superioridad—. Qué bajo he debido de caer.

—¿Por qué estás tan seguro de que no tengo ambiciones?

—Por tu vida hasta la fecha.

—¿Y qué sabes tú de ella?

—¿Quién te conoce mejor que yo?

—Más o menos todo el mundo, empezando por mí.

—Puede.

—Puede ¿qué?

—Puede que necesites una copa de vino.

—Nunca me ha gustado el vino. ¿Cómo puedes no saber eso? Que tuvieses un breve papel en mi concepción no te hace experto.

—¿De qué estamos hablando?

—¿Cómo conseguiste la plata? —le pregunté bruscamente, mientras estaba aún desconcertado.

—¿Qué plata?

—Gruñón dice que podrías haber ganado el oro.

—¿Eso dice?

—Sí, pero nunca hablas de ello. Ha sido todo siempre: «Guau y ¡enhorabuena por la medalla!», pero ¿por qué no el oro?

—Me jodió.

—¿Quién?

—Así que le cubrí.

—¿¿Quién??

—El italiano, Sorrentino. Chocó contra mí dos veces, pero nunca hizo el giro de penalización. Iba a ganar el bronce, así que me aseguré de que no tenía viento limpio. Pensé que, de todas formas, yo conseguiría el oro. Me equivoqué, pero mereció la pena.

—¿En serio?

Hizo una pausa.

—No desperdicio el tiempo arrepintiéndome de mis decisiones.

—¿Por qué no? Criticas las de todo el mundo.

—¡Deja de interrogarme! —Hizo con la mano el gesto que solía hacer

cuando mandaba a la gente al infierno—. Todos habéis cambiado. Yo sigo siendo el mismo —casi gritaba ya—. ¡El problema sois vosotros!

—Tienes razón —estuve de acuerdo—. Sigues siendo el mismo y ese es el problema. Eres incapaz de cambiar.

—Estás celoso —se defendió— porque tú no puedes cambiar de nada en nada. No tienes planes, ni principios, ni talento.

Aunque la sangre me silbaba en los oídos, en vez de marcharme, abrí una lata de cerveza y le llené la copa de tinto.

—Eres mezquino cuando sabes que no tienes razón y alguien te lo señala. Pero ya no me asustas. Cambiando de tema, ¿por qué siempre gimoteas en sueños?

Entrecerró los ojos midiendo la pregunta.

—No gimoteo.

—Ya lo creo que sí. Siempre lo has hecho. Como un perro soñando. Estabas haciéndolo justo ahora, cuando he entrado.

Exhaló.

—Vete a buscar pelea con alguien que no pueda aplastarte como un bicho. Comencé a ponerme en pie.

—Lo siento —suspiró—. Ha sido una estupidez.

Volví a sentarme.

—¿Acabas de decir que lo sientes?

—Estoy agotado, Josh. ¿Podrías mirar estos dibujos conmigo? ¿Podrías hacer eso y dejar de atosigarme?

Desplegó planos de barcos populares que tenían una construcción incluso más delgada que el experimental Falcon 35 que habíamos construido para aquel contencioso ortodoncista el año anterior. Estudié todos los dibujos con él y escogí los cuatro que creía que apoyarían mejor su caso de que el Falcon no era un diseño arriesgado o imprudente.

—Entonces, ¿de qué van los gemidos? —volví a preguntar.

Tomó un sorbo antes de mirarme a los ojos.

—Puede que sean para evitar los gritos.

—Pero ¿con qué sueñas?

—No quieres saberlo.

—Entonces, ¿por qué te estoy preguntando?

—Solo te haría pensar aún peor de mí.

—Lo dudo.

Se levantó rezongando y volvió a llenarse la copa.

—Puede que tuviese un año más que tú ahora y bajaba una montaña escarpada cojeando, con el pie izquierdo tan infectado con pie de atleta que casi no lo sentía —comenzó, mirando hacia fuera por la ventana—. Tengo un rifle haciéndome un agujero en el hombro y este chico de Misisipi, Bobby Fontaine, no deja de hablar. Estamos solos él y yo. Teníamos que ir a un puesto de observación y volver a informar. Bobby era uno de esos parlanchines exigentes que terminan todas las frases con un «¿sabes?» o «¿entiendes?». Necesitaba confirmación constante. Así que tenías que decir todo el tiempo «ajá» porque, si no, nunca llegabas al final de sus malditas historias. Y esta era sobre algún receptor del Ole Miss, el equipo de fútbol americano de la Universidad de Míchigan, que Bobby juraba que podía llegar a ser profesional. Así que está describiendo alguna de sus recepciones milagrosas y no deja de volverse hacia atrás para asegurarse de que no me pierdo ningún detalle. Pero yo he desconectado. Estoy bajando una montaña que sé que voy a tener que volver a subir luego. Todo parecía un castigo. No dejaban de decirnos que tomásemos la ruta más larga y segura, pero a mí solo me parecía la más difícil, así que convencí a Bobby para ir por la más corta. Sigue volviéndose para comprobar que estoy aún escuchándole. Y, entonces, hay un estallido distante, como un petardo inofensivo, y estoy cubierto de la sangre y los sesos de Bobby. Así que caigo al suelo con él y no puedo respirar. Me lleva un tiempo muchísimo más largo de lo que debería darme cuenta de que no me han disparado a mí también. Y mi objetivo, en aquel momento, no es matar a quien sea que se haya cargado a Bobby, sino hacer lo que haga falta para que no me mate a mí. Si no me muevo, quizá no acabe muerto. Por fin lo hago, no obstante, y me echo a Bobby a la espalda, como escudo más que nada, y vuelvo a subir la colina y miento sobre la ruta que habíamos tomado y de dónde venían los tiros. —Avanzaba con dificultad, mirándome directamente por fin, su voz desacelerando para el epílogo—. Así que, en vez de juzgarme en consejo de guerra por desobedecer órdenes y poner en peligro a un compañero, me pusieron una medalla. Si hubiese tomado, sencillamente, la ruta más segura, Bobby podría seguir vivo. O, si hubiese seguido diciendo «ajá», él no habría vuelto la cabeza y la bala habría atravesado la mía y tú, Ruby y Bernard no existiríais tampoco. Así que podría haber algo ahí que circula por mis sueños y me hace gemir un poco de vez en cuando.

—Guau —dije—. Eso es algo terrible para intentar olvidarlo. Pero no suena como si hubieses hecho nada que no hubiese hecho cualquiera, ¿no? Y

¿no parecen la mayor parte de las medallas de guerra un tanto inmerecidas?

Suspiró y, luego, soltó una risita.

—Estás infravalorado, ¿lo sabías?

—Solo por ti.

Nos miramos hasta que dije:

—¿Por qué no me enseñas esos dibujos otra vez? ¡Anda!, ¿por qué no volvemos a ello?

Movió la mandíbula como si no hubiese terminado de masticar algo, luego forzó una sonrisa y pasó las manos por los planos para alisarlos de nuevo.

—Al final, volveréis todos —me dijo cuando me preparaba para marcharme—. Y la verdad es que preferiría morirme mañana a vivir otro mes sin tu madre. —Retiró la mirada antes de soltar un medio grito—: ¡Vais a volver todos!

Gruñón fue el primero, aunque solo después de que la policía pillase a papá conduciendo borracho y tuviese que ir por él a la comisaría de Wallingford. Dado que ahora tenía que llevar al delincuente a todas partes, el abuelo se mudó de nuevo a casa y deshizo su maleta con monograma. Luego volvió a su butaca a releer *Al este del Edén* y ver reposiciones de *La chica de la tele*, en cuyos ingeniosos diálogos solía adelantarse a los actores. Comían solo comida congelada —*pizza*, burritos y cenas precocinadas— hasta que mamá volvió de Tucson, cuatro meses más tarde.

Había pasado la mayor parte de su tiempo allí mirando a través de enormes telescopios y evitando corregir trabajos.

—No era mucho mejor que mis peores estudiantes —admitió—. Me avergüenzo de ello, pero supongo que uno nunca es demasiado viejo para defraudarse a sí mismo.

En Ballard High estuvieron encantados de volver a contratarla, sin embargo. Y, durante una temporada, mamá y los Bobos estuvieron agradablemente reunidos, los tres tratándose como nuevos compañeros de piso muy valiosos.

El barco de los milagros

Con el tiempo, incluso Ruby volvió para siete días de recaudación de fondos en septiembre de 2002. Estaba prácticamente igual, pero se movía y hablaba como alguien que hubiese hecho y visto cosas que el resto de nosotros no. Y estaba sobre el escenario antes de que tuviésemos oportunidad de habituarnos de nuevo a ella.

Gruñón había engatusado al club náutico para que acogiese su primera presentación durante una reunioncita pretemporada para regatistas locales, aunque incluso los dueños de barcos de motor acudieron en tropel a ver a la Johannssen que había virado para abandonar las Olimpiadas e ir a ayudar a los pobres de África. La chica conocida por su magia navegando, como decía la leyenda resumida, estaba ahora en el barco de los milagros. Durmió casi todo el camino en coche desde el aeropuerto. Y, aunque me preocupé por ella cuando entramos en el aparcamiento abarrotado, solo miró a la rebotante multitud y bostezó.

Aunque nuestro club no era el de más postín, tenía su buena porción de pompa y sexismo y paneles de abeto viejo revistiendo las paredes, y parecía cada vez más exclusivo o, quizá, era yo, que comenzaba a notar los barcos más grandes y el brillo más ostentoso. De lo que estaba seguro era de que las cuotas eran la chispa de discusiones mensuales en el Solar. Gruñón llamaba a nuestra condición de miembros una inversión comercial. Papá argumentaba que nos contratarían para construir sus barcos de todas formas. Sea como fuere, todos nos sentíamos como intrusos para entonces, en especial el abuelo, que parecía una pieza de museo superviviente de la época de los barcos de madera en Seattle mientras iba de un corrillo a otro estrechando manos. Los nuevos miembros ricos eran tan ajenos a él como las amargas cervezas «artesanas» que servían ahora en los grifos. Ya ni siquiera tenían Rainier. El último vínculo fuerte que habíamos tenido era Ruby, cuando todos los miembros se mareaban de pensar en ver las iniciales del club junto al nombre de la ganadora.

Como su vuelo llegó tarde, no le había dado tiempo a cambiarse, pero su vestido negro largo parecía parte del espectáculo con su estampado de cuellos de jirafa entrelazados. Le dieron un micrófono y un público susurrante, y Ruby comenzó tranquilamente, como si hubiese adoptado el estilo profesional de mamá, explicando con detalle la misión y el régimen diario de Naves de Esperanza. Sin embargo, la teatral Ruby reapareció pronto, cuando comenzó a exprimir historias y hablar más alto a medida que la presentación tomaba el ritmo de un sermón.

Enumeró los principales problemas de África, como los tumores benignos y el excesivo esmalte dental que la medicina occidental había conseguido mitigar hacía mucho con procedimientos rutinarios. Luego habló sobre todos los niños ciegos a los que habían devuelto la vista.

—Es mi parte favorita del trabajo: jugar con esos niños. Me siento en una habitación con ellos después y les ayudo a acostumbrarse a no ser ciegos. Luego, saco un gran globo violeta y nos lo vamos pasando.

Puso rápidas imágenes de ella con los niños.

Una mujer detrás de mí rezongó que había supuesto que Ruby hablaría de vela.

Después de explicar cómo se financiaban los barcos con donaciones y cómo nadie a bordo recibía un salario y todos trabajaban por el honor, Ruby cerró con una historia final:

—He visto más gente desfigurada de la que puedan imaginar —dijo—. Y, para ser sincera, era difícil mirarles al principio, pero una vez que conectas con dos o tres, se hace fácil. Al final, les miras a los ojos y ves solo a la gente que hay dentro. Y a algunos nunca los olvidas. Como a Kortolo.

Mostró dos imágenes y esperó unos segundos, bebiendo agua, estudiando los sobresaltos y los «madre mía» de la multitud. El bulto del tamaño de un melón cantalupo en la mandíbula de la mujer era tan grande que le aplastaba la tráquea y le desfiguraba toda la cara. Solo se le veía el ojo derecho. Una pareja se levantó y salió apresuradamente de la sala. Luego otra.

—Kortolo estaba tan desfigurada —dijo Ruby suavemente— que su marido la echó de casa. Cuando atracamos en Togo, llevaba un tiempo viviendo en el bosque y salía solo de noche. Le hizo falta desesperación y un enorme salto de fe —dijo, elevando el volumen— para hacer cola en la luz de la mañana y ver si aquellos médicos blancos del gran barco elegante podían ayudarla. —Bajó de nuevo el volumen—. La fila tenía, quizá, unos cien metros aquel día, y estaba llena de gente tullida y desfigurada. Tengan en

cuenta que la mayor parte de sus parientes y vecinos consideran estas enfermedades maldiciones, no problemas médicos. Así que solo estar allí era un acto de valentía. Sin embargo, Kortolo sobresalía incluso en aquella multitud.

La pantalla cambió de las anticuadas diapositivas a un moderno vídeo que mostraba cientos de africanos de pie en una fila de a tres o a cuatro a lo largo de la pasarela y la orilla herbosa, como fans esperando para entrar en un concierto. Los miembros del club náutico generaron solo un leve barullo hasta que las imágenes se acercaron a la creciente conmoción casi al final de la fila, donde estaban pasando a alguien por encima de las cabezas, de mano en mano, hacia el frente. La cámara siguió esta progresión hasta que el cuerpo se detuvo, por fin, y lo pusieron de pie en el suelo.

Kortolo.

La lente hizo *zoom* en su torcida cara hinchada, luego en el pelo rojo de mi hermana, como si el vídeo hubiese pasado de repente del blanco y negro al color. Ruby tomó la mano de Kortolo y la llevó a bordo del barco.

La gente ahogó grititos y murmuró. Se fue otra pareja. Luego Ruby puso fotos de Kortolo tras múltiples cirugías. De pronto, tenía una cara que era fácil de mirar: con una cicatriz a lo largo del lado izquierdo, sí, pero, por lo demás, atractiva con una mandíbula de titanio recién estrenada. Cuando las luces se encendieron de golpe, incluso algunos hombres se limpiaban disimuladamente las lágrimas (Gruñón tenía la cara tapada con las manos).

—Durante la estancia de cinco meses del barco en Togo —dijo Ruby, comprobando las cifras como nunca antes—, quitamos doscientos ochenta y un tumores y devolvimos la vista a setecientos noventa y cuatro pacientes ciegos. Tengo el honor de ser parte de esto, y les pido que se unan a mí y sean parte de ello también.

Mamá y el resto de los Johannssen nos levantamos, excepto papá, hasta que Gruñón se agachó y le hizo ponerse en pie. Otros también aplaudían, pero hubo, asimismo, un agitado murmullo, mientras algunos marinos se retiraban a la barra del bar, junto a la pared de fotos enmarcadas de antiguos comodoros con gorras blancas y chaquetas entalladas, con charreteras y alfileres dorados. Ruby sorteó preguntas educadas sobre los países que había visto, aunque gran parte de la multitud había dejado ya de escuchar cuando un hombre alto y canoso, en las primeras filas, dijo:

—Todos agradecemos que hayas venido, Ruby. El trabajo parece gratificante. Pero ¿podrías pasar un minuto o dos reflexionando sobre tus días

de regatista y cómo tu vida podría haber sido distinta si hubieses terminado aquellas pruebas de calificación olímpica?

A Ruby le tembló la ceja izquierda.

—No pienso en ello en absoluto. He venido aquí esta noche para hablar de Naves de Esperanza.

—Sí, claro, lo entiendo —respondió el hombre, lo bastante alto para hacerse oír por encima de la algarabía del fondo—, pero la mayor parte de los que estamos aquí esta noche navegamos a vela. Así que suponíamos que hablarías un poco de competiciones, visto que llegaste a un nivel tan alto. Algunos esperábamos, quizá, que nos iluminases sobre por qué hiciste lo que hiciste hace un par de años.

Lo miró fijamente como si estuviese traduciendo el inglés de él a un idioma más familiar para ella.

—No reconsidero mi decisión de aquel día, si es eso lo que pregunta —dijo a una multitud de repente embelesada—. Estoy a gusto con cómo salieron las cosas. Incluso entonces, nunca pensaba en la vela, salvo cuando estaba navegando. Ahora no pienso en ella en absoluto. Pienso en ayudar a personas que lo necesitan desesperadamente. Y me encantaría hablar más sobre ello.

No hubo más preguntas, y las donaciones fueron lo suficientemente parcas para incitar a Gruñón a darnos de baja en el club al mes siguiente.

Ruby hizo otras cinco presentaciones —en tres iglesias y dos escuelas— durante la semana que estuvo en casa. Yo era su chófer porque ella no tenía aún carné, así que pasamos un montón de tiempo juntos. Sin embargo, por primera vez en la vida, parecía distante, como si tuviese prisa por estar en algún otro lugar y hablar de alguna otra cosa. Incluso las conversaciones simples resultaban un reto, como si hubiese perdido la habilidad de fingir interés en nuestros mundanos sueños y preocupaciones.

En público, no obstante, la mayoría de sus charlas eran electrizantes, prendían de nuevo la especulación y los rumores de qué era, exactamente, tan especial en la chica Johannssen. Pero, en casa, se negaba a interpretar el personaje y apenas participaba. Cuando aparecieron antiguos novios en la puerta, ni siquiera le dedicó a ninguno mucho más que un abrazo o un hola.

Aunque papá guardó silencio durante la mayor parte de su visita, el último día la informó, después de morder una manzana tan agresivamente que crujió como leña bajo un hacha, de que sus presentaciones le recordaban a las carpas de evangelización.

—Desde luego te has convertido en una estafadora de la leche —dijo—. Tengo que concederte eso.

—Seamos sinceros, papá —dijo ella levantándose del sofá—. No me has concedido nada en años. Además, dar no es exactamente lo tuyo, ¿verdad?

Mamá y yo los miramos boquiabiertos, mientras Ruby flotaba fuera de la habitación como si hubiese sido un intercambio sin importancia.

Un par de días antes, le había dicho a Gruñón que tendría que dejar de beber mientras su hígado funcionaba aún. También había escuchado impacientemente a mamá hablar de su fascinación por las ecuaciones decimonónicas de dinámica de fluidos que seguían utilizándose a diario en el mundo moderno.

—Puedo ver por qué te interesan, pero ¿que te emocionen? —preguntó Ruby—. ¿En qué han contribuido las matemáticas a la psicología, la filosofía o incluso la biología? Y la física habla básicamente del escenario en que se representa el drama humano, ¿no?

Mamá se ruborizó como si la hubiesen abofeteado.

—Intentar entender el universo físico —dijo a través de los dientes apretados— ha sido siempre el drama humano más importante.

Durante aquella visita, volví a recordar que a Ruby le costaba aún hacer cálculos mentales de quinto de primaria o encontrar el camino a casa desde el centro. Pero desbloqueó el cuello de Gruñón, reunió miles de dólares para caridad y nos dio otro momento Ruby inexplicable que añadir a la colección.

Los dos Bobos estaban viendo una reposición de *Superagente 86* desde sus butacas en duelo cuando el abuelo subió el volumen para una de sus escenas favoritas.

—¿Podrías bajar el volumen, por favor? —pidió Ruby desde el sofá, donde estaba tumbada con los ojos cerrados.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Gruñón.

—Bájalo —dije.

—¿Qué demonios? —exigió papá—. Vete a la cama si necesitas silencio.

—No quiero moverme —dijo ella, explicando después que sufría «migraña premenstrual»—. Baja el volumen y ya está.

—¿Qué dice? —preguntó papá.

—¡Por favor! —urgió Ruby lo bastante alto para que todo el mundo la oyese, justo antes de que el televisor parpadeara y se apagase con las luces.

Mamá, vestida con su albornoz, salió de su despacho naneando.

—El ordenador —masculló—. ¿Qué acaba de pasar? —Miró afuera—.

Los demás siguen teniendo luz.

Un segundo más tarde, las luces parpadearon de vuelta, y papá fue a echar mano al mando, pero Gruñón fue más rápido y negó con la cabeza. Cuando mamá hubo vuelto a su despacho, apagué las luces de la sala de estar, y todos nos quedamos sentados en silencio, en la oscuridad, escuchando el zumbido y el pop de la nevera, preguntándonos qué demonios acababa de pasar.

De camino al aeropuerto, Ruby interrumpió una de mis historias del astillero para aconsejarme que dejase de observar y comenzase a actuar.

—¿Qué te hace pensar que puedes decir cosas así? —le pregunté.

—Deberías hacer más trabajo para gente que lo necesita pero no puede pagarlo —me dijo—. Regala parte de tu experiencia en vez de desplumar a gente que puede permitírselo.

—Creo que te estás convirtiendo en papá —le dije—. Insultas a la gente y luego afirmas que solo estás siendo sincera.

Lo pensó y dijo:

—Me hago cargo.

—No me complico —dije, de repente resuelto a explicarme—. Arreglo lo que tengo delante. Luego paso a la siguiente cosa rota e intento arreglarla también.

Cerró los ojos y me pidió que le contase una historia de nuestra niñez:

—Algo que hiciésemos tú, Bernard y yo; algo que haya olvidado.

Esa parte era sencilla. Ruby siempre había estado tan centrada en el momento que ningún lóbulo de su cerebro había almacenado nunca mucho. Así que tomé aire y le conté el primer recuerdo que surgió:

—Los tres íbamos en bici al lago cuando tenías nueve años. Bernard no nos dejaba llevar casco. E inventó una especie de decatión raro, con pruebas que implicaban todas lanzar o golpear piedras. Las había ganado todas, por supuesto, para cuando llegamos a las cabrillas. Era una de esas puestas de sol melocotón oscuro, que teñía todo el cielo. Y ahí fue cuando tú, en tu intento final, hiciste rebotar una piedra del tamaño de una ficha de póker tantas veces que perdimos la cuenta después de veintitrés.

—No, no una de esas —rogó, con los ojos aún cerrados—. Cuéntame una historia en la que yo fuese totalmente normal.

Un par de horas más tarde, cuando regresé al Solar, mamá levantó la mirada y, entonces, me enseñó lo que acababa de escribir en la pantalla:

Presentación: Probamos la existencia de una solución clásica eterna a

las ecuaciones de Navier-Stokes según la hipótesis de las Afirmaciones A o D. Nuestros métodos son nuevos y, con una solución partiendo del límite de la viscosidad P , la autora ha probado las soluciones eternas.

Miré las palabras, los diagramas y ecuaciones, esperando que al menos una pizca tuviese sentido, mientras mi temperatura corporal no dejaba de subir. Atraídos por el premio de un millón de dólares, los expertos en dinámica de fluidos habían estado usando ordenadores y colorantes y todo tipo de contorsiones matemáticas para intentar resolver el problema. Pero ¿mi desaliñada astrónoma de tejado, inmigrante suiza, iba a llegar antes a la respuesta correcta? Había pasado mucho tiempo desde que había ganado el premio de profesora del año. Ya no recibía visitas de antiguos alumnos en verano. ¿Cuáles eran las probabilidades de que ella sola pudiese librar el caos del caos?

Leí la presentación una segunda vez y le dije que sonaba realmente complicada, pero también convincente.

Más tarde, esa noche, se la mostró a su amigo físico en la universidad, al que le llevó cuarenta y tres minutos detectar dos errores fatales. Gruñón me dijo más tarde que mamá no habló con nadie durante tres días, lo que explica que no me contestase a las llamadas que le hice desde Olympia.

Una visión clara

—Esto es ridículo —lloriqueó Mick cuando su palanca desprendió otro tablón podrido y descubrió más varengas viejas, tornillos oxidados y moho negruzco—. No merece la pena salvar esta caja de mierda.

Era el primer sábado de mayo, tres semanas antes de la Swiftsure y solo cincuenta días antes del Juicio Final, con tres de nosotros levantando tablonces quebradizos del desvencijado yate de Grady Rollins mientras los inquilinos de otros barcos bebían café y nos miraban trabajar.

—En realidad, empiezan a ser sólidos —dije, dando golpecitos en el casco con la parte de atrás de la palanca— una vez que llegas unas decenas de centímetros bajo la cubierta.

—Fantástico —dijo Mick—, pero ¿por qué no hacemos todo esto en el taller?

—Nadie quiere levantarlo a menos que esté asegurado. Y nadie lo va a asegurar hasta que las reparaciones estén hechas. Así que...

—Vamos, Josh —dijo Noah un momento después—. Odio darle la razón a Mick, pero la tiene. Este barco está pasado, acabado, *kaput*.

—Es probable —dije.

—Entonces, ¿qué sentido le das a esto? —preguntó Mick.

—¿Desde cuándo el sentido es un elemento de la navegación?

—¿Qué le vas a cobrar por esto, en cualquier caso? —se preguntó ahora Mick.

—¿Qué importa eso?

—Ah, ya veo. No quieres que me caliente la cabecita con lo mucho que cobras.

—No lo hago.

—¿No haces qué?

—Cobrar.

—Ah, brillante, Josh. ¿El crédito flotante es tu nuevo modelo de negocio?

—No, solo es que no le cobro a él.

—Dijiste que pagarías mi tarifa.

—Y lo voy a hacer.

—Espera un minuto, cabrón —dijo Noah—. ¿No te pagan?

Suspiré.

—Me cae bien el tipo.

—¿Te has enamorado de él? —preguntó Noah—. ¿Te mola el corte de sus Wrangler?

—Me gusta cómo piensa, ¿de acuerdo? Sus sueños no están limitados por su cartera.

Noah se rio.

—O sea, otro soñador.

—Eso es lo que decían de Einstein.

—¿Quién? —preguntó Noah.

—Einstein —dije.

—No, ¿quién decía eso de él?

—Yo le cobraría también a Einstein —nos hizo saber Mick.

—Los dos vais a cobrar —dije—, así que vamos a hacer esto y punto.

—Y ¿qué piensa hacer el señor Grandes Sueños con esto? —preguntó Mick.

—Vivir en él —dije.

—Me parece que he oído a Grady decir que va a morir en él —añadió Noah.

Por sugerencia mía, había comprado un barco de motor sin motor en el Dique C y se había mudado a Sunrise. Su falta de motor —un diésel menos en el que trabajar— lo entusiasmaba. Pero la cuenta atrás de su padre para el Día del Juicio le estaba pasando factura.

La valla de «EL FINAL ESTÁ CERCA» volvía a estar en pie al día siguiente, como si la escapada del soplete solo hubiese estado en mi cabeza. Entonces todos los humoristas de los programas nocturnos comenzaron a cebarse con su padre y, al efecto secundario de los tics de cabeza de Noah, se había añadido un estremecimiento de los hombros.

—Os quiero enseñar una cosa —dije.

Mi plan original era contratar a los chicos para ayudarme a poner la nueva quilla en el Joho ese fin de semana, pero el viernes seguía sin haber llegado, provocando más ira telefónica de papá. Así que los arrastré al proyecto de Grady como alternativa y, entonces, los subí a bordo conmigo.

—En realidad, este trasto debe de haber sido muy guay en su momento —

admitió Noah.

—Sí, cuando noapestaba —añadió Mick.

—Mirad esto —dije, abriendo cuidadosamente la vieja revista de yates de Grady por el desplegable del centro y poniéndolo plano sobre una mesita de teca—. Este es el aspecto que tenía.

Mick silbó a través de los dientes delanteros:

—¿El mismo tipo de barco?

—No, estáis justo dentro del barco que estáis mirando en la foto.

Abrió mucho los ojos y Noah miró alrededor sonriendo.

—Grady quiere poner un piano ahí —dije, señalando al otro lado de la cámara.

Noah se rio.

—Lo dicho, está como una cabra. ¿Cómo se gana la vida?

—No lo sé muy bien, la verdad. Vende cosas, viaja mucho, por lo general a Texas, creo.

—Así que estás trabajando gratis en un yate que es un caso perdido, de un soñador al que apenas conoces —dijo Mick.

—Algo así.

Noah suspiró.

—También os caería bien a vosotros. Grady Rollins gusta a todo el mundo.

—Bueno, enhorabuena —dijo Mick—. El hombre es simpático.

—Está en su aparato de radiofrecuencia siempre que anda por aquí —dije —, conectando con desconocidos a todas horas. Se le da bien, además. Es como si tuviese esa visión clara de lo que pinta en el mundo.

Mick refunfuñó:

—¿Llamas a esto una visión?

—Sí —dijo Noah—. Y ¿cuál es, exactamente, la tuya, Mick, aparte de un trasero voluntarioso y una pinta de Pabst?

—Lo dices como si fuese malo...

Abrí la cartera y le di ocho billetes de veinte a Mick, luego comencé a contar lo mismo para Noah.

Pero él simplemente miró los billetes.

—Si tú no cobras, yo tampoco. Mucho menos si hay alguna clase de santidad que ganar.

—Que le den a la santidad —dijo Mick, doblando y metiéndose su fajo en el bolsillo—. Yo no trabajo gratis. Tengo una vida a la que volver.

Noah soltó un resoplido.

—¿Qué otra cosa ibas a hacer hoy?

—No lo sé. Poner la lavadora, mirar las nubes, contar bichos, tocar la guitarra de aire. —Mick nos sostuvo la mirada, luego continuó—: Bueno, que os follen. Ahora resulta que soy el gilipollas porque no trabajo por nada.

—Bien expresado —dijo Noah.

Mick meneó la cabeza, se mordió el labio, luego puso el dinero de una palmada sobre la mesa.

—Preferiría morirme de hambre que subiros la modal, colegas.

—Moral —lo corrigió Noah mientras trepábamos de vuelta al muelle—. Subirnos la moral.

—¿Y si nos cuentas una historia de tus citas? —dijo Mick, agachándose para agarrar una sierra de vaivén—. Si no nos vas a pagar, al menos podrías entretenernos.

—La número treinta y dos era un poco demasiado musculosa —comencé—. ¿Sabéis cómo os digo? Como una conductora de trineo letona o algo así.

—¿Cómo se supone que tengo que hacerme una idea de eso? —preguntó Mick.

—Usa la poca imaginación que tienes —le sugirió Noah—. Continúa, Josh.

—No pensé mucho en ello, pero para la segunda copa me di cuenta de que tenía la voz ronca y la barbilla partida. Su nombre también era unisex: Kerry, con K. Pensé que saldríamos a navegar, pero aún no habíamos dejado el muelle y ya estaba poniéndose agresiva. Así que me entró el pánico y no dejaba de intentar echarle un buen vistazo a su nuez. Pero acabó demostrándome su feminidad, y me desperté con moratones.

Noah asintió.

—Todo el mundo necesita salir con, al menos, una puta psicótica para mantener la perspectiva.

—¿No son todas unas putas psicóticas? —preguntó Mick.

—No, pero las que se siente atraídas por ti, seguramente, sí —aclaró Noah.

Mick dudó:

—La verdad es que agradecería que la mierda que has soltado no fuese verdad.

—Lo siento —dijo Noah—, pero suelto tanta mierda sobre ti que es fácil que parte de ella lo sea.

—¿Es eso una disculpa? —preguntó Mick.

—Mi madre dice que es difícil no volverte al menos un poquito loco si te acuestas con alguien que lo está —les dije—. Tiene una ecuación y todo: lujuria por bipolaridad igual a desastre dividido entre remordimiento.

Eso mató la conversación hasta que Mick levantó la mirada y preguntó:

—Así que, entonces, ¿qué tipo de mujer estás buscando, Josh?

—Ojalá lo supiese. Puede que una que se vuelva más bonita a medida que la miras. O una que no tenga más ego o más inseguridad que un oso en los bosques.

—¿Así que ese es tu ideal? —preguntó Noah, quitándose las gafas protectoras para verme mejor—. ¿Una osa?

—Y yo creía que mis gustos eran raros —dijo Mick.

Horas más tarde, Noah anunció:

—Odio tener que admitirlo, pero este puto trabajo me está sentando, en realidad, bastante bien. Como si estuviésemos haciendo voluntariado en un desastre en Haití o algo así. ¿No te parece, san Mickolás?

Mick gruñó, lanzando su cigarrillo al agua de un capirotazo, luego tomó de nuevo su sierra de vaivén y caminó hasta la proa cada vez más expuesta.

—Mi vieja tiene uno de pared en el sótano.

—¿Un reloj? —preguntó Noah.

—¡Un piano!

—Entonces se dice «vertical».

—Tiene artritis —continuó Mick—, así que nunca lo toca. Pero aún funciona y seguramente se la podría convencer para deshacerse de él.

—¿Es bueno? —preguntó Noah.

—¿Cómo de bueno tiene que ser? Es un puñetero piano gratis, ¿estamos? Esa chica Sinclair tocó «Frère Jacques» en él cuando salía con mi hermano hace años. Sonaba perfecto.

—Grady quiere uno de cola pequeño —tuve que decirle—. Dudo que se conforme con uno vertical.

Más tarde aquella noche, mientras me hacía una hamburguesa en la barbacoa colocada en voladizo sobre la popa de mi barco y disfrutaba de media hora ininterrumpida para mí, se acercó un hombre con Levi's nuevos, camisa de vestir y pelo de surfero.

—Se podría discutir —dijo— que este sea el diseño más bonito de su

familia.

—¿Quién lo está discutiendo? —pregunté.

—Quiero decir que es lento en comparación con otros Johos, pero más salado y robusto y fácil a los ojos —dijo, aún sonriendo como un mono—. Huele a cena.

Por fin, me levanté.

—¿Qué deseaba? —pregunté, suponiendo que era el nuevo inquilino de barco encantador del que había oído hablar.

—Solo pretendía charlar sobre su hermano un minuto —dijo—. Me llamo Ed.

Luego, como por si acaso, sacó una tarjeta de visita blanco brillante del bolsillo de la pechera:

Edward C. Blackmun

Agente especial

Servicio Federal de Pesca y Vida Silvestre (EE.UU.)

—Me suelen llamar Federal Ed. —Sonrió de nuevo. Luego preguntó—: ¿Ha sabido algo de Bernard últimamente?

—Lo siento —dije, una vez hube encontrado la voz—, pero me ha pillado haciéndome una hamburguesa.

—Claro. Puedo esperar.

Abrí la parrilla, di la vuelta a la carne y cerré la tapa, luego bajé al camarote para recoger el bollo, la mostaza, unas rodajas de tomate y mis pensamientos.

—¿Sin queso? —preguntó cuando emergí de nuevo a la cubierta, ofreciéndome su sonrisa llena de encías.

—Creo que está perdiendo el tiempo —dije—. Hace años que no veo a Bernard.

—¡Ah! —contestó—, bien jugado. Pero le he preguntado si ha sabido algo de él.

—¿Por qué no comenzamos desde el principio —dije— y me cuenta lo que hace aquí en vez de actuar como si fuésemos amigos de echar cervezas?

Se rio.

—¡Me parece justo! Pero, ¿quién sabe?, puede que nos hagamos amigos. Mire, estoy aquí para ayudar a su hermano. Sabemos que hace contrabando. Podríamos haberlo detenido hace mucho, pero estamos más interesados en la

gente a la que vende y en la chusma por encima de ellos. Si nos ayuda un poco, puede quedar libre y sin cargos para navegar hacia la puesta de sol que prefiera.

Al oler que la hamburguesa se quemaba, levanté la tapa de nuevo y deslicé la carne chamuscada sobre el bollo.

—Perfecta —dijo el hombre—. Está mejor un poco churruscada, ¿verdad? Entonces, ¿ha sabido algo de él?

—Nunca ha sido muy bueno manteniendo el contacto.

Apilé el tomate sobre la carne, preguntándome cuánto sabía ya este tipo —y, por extensión, el Gobierno federal— sobre mi familia y sobre mí.

—Es usted espabilado —dijo—. No responde las preguntas, pero tampoco miente. Y sabe que no estaría aquí si no estuviese seguro de que ha sabido de él. Cuando lo vea, dele mi tarjeta y aconséjele, como su hermano pequeño más listo, que hable conmigo antes de hacer absolutamente nada —me mostró las encías rosadas de nuevo y, luego, dijo—: Que disfrute de su hamburguesa, Joshua.

Las ondículas de mamá

El Solar estaba más escorado que nunca. Los poderosos Bobos podían diseñar barcos que volaban atravesando el aire y el mar en ángulos extremos sin hacer agua o combarse (salvo honrosas excepciones), pero ninguno de los dos se había sentido obligado nunca a mover un dedo para evitar la caída a cámara lenta de su único domicilio por una colina de zarzamoras hacia el Canal Marítimo. Para el 6 de mayo de 2012, no hacía falta ser un inspector de inmuebles para notar la inclinación al sur. Las esquinas de pladur se habían abierto un par de centímetros o más alrededor de las vigas y los postes. Andar de la sala de estar a la cocina se hacía cuesta arriba.

Entré lo suficientemente despacio para no despertar a nuestro segundo lote de labradores —Hubble y Magallanes— ni a los roncantes Bobos, con dos sencillos objetivos en aquella misión tardía: evaluar la salud mental de mamá y evitar cualquier insulto o exigencia de mi padre.

Había tomado prestado el coche de Noah unas horas después de que Federal Ed me hubiese arruinado la cena y mamá me hubiese llamado para decirme que había hecho un adelanto muy importante. Hojeando sus viejas libretas de ideas abandonadas, había encontrado una forma de «entrar de nuevo».

—¿Dónde? —le pregunté.

—¡Navier-Stokes! —Su risita sonó confusa o loca, puede que ambas. Se aclaró la garganta y susurró al teléfono—: ¡Sigue sin resolver, Josh! Voy a publicar esto. Quiero decir, cuando esté listo. Aún no, claro, pero pronto. Creo que esta puede ser la buena. Sí, sí. De verdad que lo creo.

Titubeé, inseguro de lo que podía decir sin que sonase a duda. Le pedí que esperase, que iría a verla más tarde aquella noche.

La encontré en su escritorio, los ojos saltones y sin sujetador, con un pijama de cuadros escoceses desaparejado. Dos de las paredes estaban cubiertas con pizarras blancas y papel cuadriculado, y elaboradas ecuaciones avanzaban en el sentido de las agujas del reloj por la habitación como grafitis

matemáticos o algún tipo de partitura frenética, con su letra inclinada y los números multiplicando la sensación de movimiento mareante. Tenía las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecían botones, y sus palabras eran locamente aceleradas:

—¡Ondículas! —siseó, como si la palabra en sí misma despertase pensamientos en todo el mundo—. Así es como volveré. ¡Miniondículas! ¿Qué opinas?

Lo que yo opinaba era que el problema Navier-Stokes era una adivinanza cruel sin solución, diseñada para atormentar a mi madre. Lo que le dije a ella fue:

—No distingo ondículas de tirachinículas. Así que...

—En el centro de la teoría de ondículas —me interrumpió— está la óndula madre, que engendra todas las demás ondículas mediante dilatación y traslación. —Señaló una ecuación sobre su escritorio: $NvSK = Ec$ —. Eso de ahí me da el algoritmo para determinar todos los coeficientes de ondículas. Ay, Josh, el subconsciente es tan fascinante. Una vez que una mente matemática tiene una noción clara de un problema, sigue trabajando en él te des cuenta o no.

Después de besarla en la coronilla, se recostó en la silla y me miró por encima de las gafas para leer mejor mi cara; su expresión resbaló de la esperanza a la desesperación.

—Einstein nunca se tomó un día libre —dijo bruscamente—. Incluso al final, seguía trabajando en todo lo que le interesaba. Y, cuando murió, su pizarra estaba llena de ecuaciones incompletas.

Me dio un vuelco el estómago. Después de nuestra última charla, había encontrado un evaluador de chiflados en línea, que diferenciaba entre científicos reales y colgados. Un signo de alarma: la preocupación por los problemas no resueltos más grandes del mundo. Otro: continua especulación sobre las últimas teorías en las que trabajaba Einstein. A aquella pálida luz, vi el brillo de una completa lunática en el rostro de mi madre. Vi a Grady Rollins y su piano.

—Yo también he estado leyendo un poco sobre Einstein —le dije suavemente—, y estoy bastante sorprendido de que nunca mencionases lo cabrón que podía ser.

Entonces recité detalles de lo cruel que supuestamente había sido con su primera esposa, pidiéndole que mantuviese limpio su despacho, estuviese calladita cuando él lo pedía y nunca esperase ningún tipo de intimidad.

—Después de que ella se divorciara de él —dije—, el energúmeno se casó con su prima y parece que la engañó todo lo que pudo y nunca se preocupó mucho de sus tres hijos, uno de los cuales se volvió loco. —Tomé aliento—. Todo lo cual parece contradecir este gran estereotipo que no dejas de admirar.

Parecía divertida.

—¿La gente es buena o mala, Josh? Fue un regalo para la humanidad. Y no solo por transformar nuestro universo. Abogó por los judíos y los negros. Condenó el macartismo cuando casi todos se amedrentaron. Era tal humanista que J. Edgar Hoover le pinchó el teléfono. ¿Qué mejor distintivo honorífico? Si Einstein era un cabrón, necesitamos más como él. Además, nunca he afirmado que fuese un gran hombre. He dicho que era brillante. Ahora deja la charla y dime lo que opinas.

Quería que supiese que parecía que su primogénito estaba, por fin, navegando de vuelta a casa. Pero ¿cómo podía revelarle esta buena noticia sin mencionar que un agente federal quería convertir a Bernard en su soplón, y que todos nuestros teléfonos, buzones y correos electrónicos estaban, posiblemente, vigilados? Me quedé parado, fingiendo fascinación por un dibujo tipo electrocardiograma de la presunta óndula madre. ¿Qué podía decirle a la mía? Recordé el estrépito con que había caído la última vez que pensó que lo había resuelto. Pero, a estas horas de la noche, miré mareado su cadena de ecuaciones y pensé: «Dios mío, y si esta vez, quizá...».

—¿Sabes? —le dije, su cara aún radiante de expectación—. Lo siento, pero en realidad no sé qué pensar de nada de esto. Aunque puedo decirte, con sinceridad, que parece tan hermoso como valiente.

El fraude y las ballenas

Durante los años que siguieron a la marcha de Bernard y Ruby, leí sus postales y correos con palpitante expectación, sabiendo que cualquiera de ellos podría decir o hacer algo inspirador, tonto o revelador en cualquier momento. Ambos tenían, aparentemente, el potencial de cambiar el mundo o desaparecer de él.

He estado pensando sobre lo que me dijiste de que solo intentas arreglar lo que esta ante ti y no hipercomplicarlo.

Me escribió Ruby poco después de volver a su barco en 2002.

Eso es muy sano, pero yo no puedo vivir asi. No me amarga ni me arrepiento, pero tengo la sensacion de que nos engañaron. ¿Que vas a dar cuando crezcas? ¿Nos lo preguntaron alguna vez? Se lo dimos todo a nuestra familia durante mucho tiempo. Ahora me doy a tanta gente diferente como puedo mientras camino sobre la tierra en la esperanza de que se acumule en algo mas grande que las partes. No creo que vaya a volver a casa. No es personal. Tenemos que tomar decisiones o no seremos nada, ¿no? Al menos, ese es mi temor, que toda esta esperanza y energia y emocion no sean mas que un tornado dentro de mi, que solo yo siento. Pero este barco esta lleno de gente que se siente asi. Algunos llevan trabajando en el 25 años. Yo no se si lo abandonare alguna vez. Hoy espero que no. Tenemos tan poco tiempo. Ruby.

Ahí estaba de nuevo. Mi hermana pequeña diciéndome que nos quedábamos sin tiempo. Luego llegó una larga carta de Bernard, que daba a entender que se dirigía más al sur, con los días cada vez más largos y el agua del inodoro dando vueltas en el sentido contrario a las agujas del reloj. Pero también decía:

Pienso mucho en la familia. Lo creas o no, echo de menos al capitán Gilipollas y pienso en él más a menudo de lo que estoy dispuesto a admitir, aunque supongo que acabo de hacerlo. Mido a la gente por él. ¿Entiendes lo que quiero decir? Me pregunto qué haría él con este barco o ese hombre o aquella transacción. Y veo la ciencia del mar y el cielo con los ojos de mamá, y el corazón misterioso e inexplicable de todo con los de Ruby. E intento verlo todo con tu lente no crítica también, hermano mío. Siempre he admirado cómo lo asimilas todo sin necesidad de provocar o seducir. Mierda, toda esta Hinano me está ablandando. Ups. ¡Una pista! Mejor me callo. Es raro, no puedo recordar a Slocum o Moitessier poniéndose melancólicos y sentimentales. Puede que cortasen esas partes de sus libros. O puede que fuesen de piedra más dura. O que fuesen pedazos de mierda mentirosos.

Me gano más o menos una vida precaria trasladando mercancía de un lugar a otro. Pero te puedo asegurar que esta es la vida que quiero. La libertad que sentí en la cima de las montañas se triplica aquí. Desde donde estoy sentado, la vida en tierra parece una cautividad autoinfligida. Me dejo caer por la humanidad cuando me apetece. Me duché, afeité y puse mi única camisa limpia anoche. Las nativas no dejaban de llamarme James Bond. ¿Te haces una idea? En caso de que tengas curiosidad, mi récord sigue intacto. ¡Aún no he tenido que pagar por sexo!

Las siguientes cartas de Ruby expresaban su creciente incomodidad con su reputación de curandera en el barco. Dejó de dar masajes, pero en Ghana se había extendido el rumor de que tenían que preguntar por la pelirroja de la habitación cuando sus operaciones hubiesen terminado. A ella le gustaba sujetarles la mano, y algunos africanos especulaban que la verdadera curación sucedía a través de las manos de la pelirroja.

Siguen pasando cosas extrañas cuando tengo migrañas, Josh. Y no tengo explicación aparte de la coincidencia. ¿Como puedo saber si soy especial? ¿Como puede nadie saber lo que se siente siendo otra persona? Si Dios, mujer sin duda, se manifiesta a través de mi no es porque yo lo haya pedido. Tampoco he oído su voz. Sigo sin rezar, al menos, no a propósito y nunca en voz alta. No he pedido nada de esto.

Hay una pareja aquí que no dejaba de llamarme santa Ruby. Al final les dije que ni siquiera creo en Dios. Eso llevo directamente al capexan que vino a hablar conmigo. Le dije que no tengo nada contra la religión pero que mi madre era probablemente mi única consejera espiritual y es científica. ¿No es alucinante? Un ámbito de la vida del que se tan poco esta justo ante mi ahora. Y el capexan es un parlanchin. Me preocupa. Pero, si simplemente canto con los demás, ¿no soy un fraude? Yo no pedi nada de esto ¿verdad?

Mientras, las postales y cartas de Bernard al astillero se acumulaban. Una de principios de 2003 terminaba así:

El Pacífico es ahora mi hogar. Desde la litera oigo los rorcuales conversando. Vivo entre ellos. Y mi nariz se está volviendo tan buena que puedo oler tierra a cinco millas de distancia. Cuando la presión atmosférica cae, mis senos se vacían y sé que hay una tormenta preparándose horas antes de que aparezca. Hay momentos espeluznantes, pero no hace falta ser Leif Eriksson para sobrevivir aquí fuera. Pasé una de esas casas flotantes color aguacate que eran tan populares en los setenta. Esta estaba llena de fumetas hambrientos, que me preguntaron, muy seriamente: «¿Por dónde se va a California, colega?».

Suena raro decirlo, Josh, pero Rubester es una habitual en mis sueños. Algunas noches simplemente se ríe de mí, pero, por lo general, es su yo bromista. Hace unas cuantas noches, voló a mi lado mientras navegaba. O puede que fuese un albatros con su cara. En cualquier caso, intentó mantenerse serio, pero cuando vio mi reacción, comenzó a reírse. No quiero saber lo que diría un terapeuta de todo esto. Y, aunque no lo diré en voz alta, Josh, puede que ella esté más cerca de Dios que nosotros. Sé que eso no es especulación *kosher* en un hogar agnóstico, en especial, viniendo de mí, pero puede ser. Quizá navegar nos acerque a todos. Aunque estar cerca de nada sigue siendo nada, ¿no? Pero, en este espíritu de confesión a corazón abierto, admitiré que soy cada vez más de la opinión de que, si existen dioses, deben de ser todos ballenas.

Creyentes en cueros

Cuando llegó en una caja de madera, en un camión de plataforma, la quilla negra parecía la aleta dorsal de una orca con un pequeño torpedo soldado a la estrecha punta. En la luminosidad del mediodía, colocada junto a aquel viejo y cansado Joho 39, la apuesta de diseño de papá parecía una actualización ridícula, incapaz de obtener el efecto deseado, como unas tetas de silicona en una mujer mayor.

Con la regata Swiftsure a solo diecinueve días, soborné a los chicos con cerveza para que me ayudasen con el trasplante de quilla después del trabajo. Apalancamos y dimos con el mazo a la vieja quilla hasta que, por fin, se soltó del casco y cayó ruidosamente en los estremecidos brazos de un elevador de horquilla, mientras el barco oscilaba sobre nuestras cabezas como un recién amputado.

Limpiamos y lijamos la obra viva del Joho antes de medir la ubicación exacta de los pernos que sobresalían de la parte superior de la nueva quilla. Después de llenar los viejos agujeros, taladramos los nuevos con una broca de treinta y ocho milímetros. Luego, Tommy bajó lentamente el barco hacia los tacos para comprobar la alineación, antes de volver a subirlo. Después de taladrar de nuevo dos agujeros, abrí la caja de sellador 5200 de 3M que llevaba días calentando en el despacho de Jack y fui repartiendo pistolas neumáticas con pintura de Uzi. Luego, saturamos la obra viva y los pernos de la quilla con el adhesivo de uso naval más fuerte del mundo. Con Tommy atendiendo la grúa, cuatro de nosotros ayudamos a guiar el gran velero sobre los tacos roscados. Entonces, Mick y yo entramos gateando en el barco y bajamos a la sentina y apretamos por igual ocho tuercas del tamaño de discos de *hockey*. Después, haraganeamos alrededor del barco, tomamos algunas cervezas y nos maravillamos del extraño aspecto que ofrecía el resultado final.

El instinto me decía que enredar con el viejo diseño arruinaría su delicado equilibrio. Pero, dadas las condiciones ideales, el barco remodelado también

podría superar con mucho el rendimiento de su versión primitiva. Esta nueva quilla en forma de L, aunque casi media tonelada más ligera, se hundía cuarenta y cinco centímetros más hondo, con la mayor parte de su masa almacenada en el bulbo de plomo, abajo. Según los cálculos de papá, cambiar la quilla y la pala del timón reduciría el peso casi un diez por ciento sin disminuir la fuerza de adrizado, una mejora razonable, aunque desacostumbrada, mientras informase a los valoradores de lo que habíamos hecho exactamente para que pudiesen ajustar el hándicap del barco. Papá me aseguró de nuevo que se había estado ocupando de ello. Entretanto, insistió, «ponle un faldón alrededor hasta que lo botemos».

La número treinta y tres, les dije a los chicos, me convenció para ir al desfile de las Especies Protegidas de Olympia.

—Iba de mantis religiosa, con zancos —dije—. Es difícil imaginar que un insecto pueda ser coqueto, pero, colega, cómo exaltó los ánimos.

—¿No tienes ninguna cita normal? —se preguntó Mick.

—¿De qué ibas tú? —preguntó Noah.

—Me encontró un disfraz de tortuga marina. Así que iba en un carrito, bajo una coraza de plástico claustrofóbica, con agujeros para los ojos mal hechos.

—Tuvo que ser un asco —observó Leo.

—Cuanto más la miraba —dije—, menos me gustaba. Para ser justos, tampoco yo era la cita de sus sueños. Había accedido a salir conmigo porque yo era «geográficamente deseable», y pasó por alto que vivo en un barco y que mis manos nunca volverían a estar limpias en esta vida, como dijo, y yo pasé por alto que veintisiete de sus últimos veintinueve cuadros eran autorretratos. Lo único que me dijo de nuestra única salida a navegar, por otra parte deslumbrante, fue que había sido un «desastre de la moda». Había terminado con ella antes de que acabase la cabalgata, aunque ella probablemente me hubiese dado calabazas manzanas atrás, visto cómo salió a beber de inmediato con una musculosa cebra.

—¿No tienes más? —preguntó Noah.

—Una más. La número treinta y cuatro era una de esas con vaqueros de pitillo y tacones altos, de las que te preocupa que los metan entre los listones del muelle, se rompan un tobillo y se ahoguen. No quería navegar de ninguna de las maneras. Se mareaba con todo: en coche, en avión, bostezando..., lo que se os ocurra. No iba al cine sin tomar Biodramina. Así que bebimos, y hacía calor, pero eso no explica del todo por qué se quedó en sujetador y se

tumbó en una de las literas, con los tobillos cruzados y un margarita en lata en equilibrio sobre el pecho, y comenzó a hablarme de sus dos exmaridos y de las cosas raras que le habían dicho o le habían pedido sus últimas «citas desastrosas». Si me enrollaba con ella siquiera un poquito, sabía que el próximo lo sabría todo sobre mí.

Luego reviví, aunque no la conté, nuestra última conversación:

—Los humanos no están hechos para ser monógamos —me dijo.

—Yo lo soy —contesté.

—Tú y yo no somos de los que se casan —insistió—. Somos inadaptados.

—Yo no —respondí.

—¿Cuántas citas has tenido en los últimos seis meses? —me preguntó.

—Treinta y cuatro.

Su risa sonó como un ladrido de foca.

—Esto no es, seguramente, una buena idea —le dije—. Quiero decir, dado lo lejos que vivimos y que todo lo que tengo para que me visites es este barco.

—¿Te estás quedando conmigo? —dijo—. Me encanta esta mierda de barco. Si quieres librarte de mí, vas a tener que arrastrarme fuera por el pelo.

Me quedé allí sentado, estudiando su melena oscura. Era lo suficientemente fuerte.

Lo que tampoco les dije a los chicos es que estaba a una cita fallida de demostrar que la ecuación de mi madre para el romance no funcionaba. Así que me estaba poniendo tremendamente tiquismiquis en cuanto a quién le pedía la siguiente. Estudiaba sus fotos con la esperanza de leerles la mente y daba vueltas una y otra vez a sus historias y perogrulladas, sus intereses y lo que no les gustaba nada. Y, sin embargo, cuanto más atentamente miraba, mejor entendía que las matemáticas de mamá no eran el problema. Yo era el punto débil de su ecuación, la variable en que no se podía confiar. Mi incapacidad para distinguir lo que quería llevaba el caos a su, por lo demás, sólida ecuación. También mi cobardía. ¿Cuánto había contado sobre mí a nadie desde que Kirsten me encontró tan fácil de sustituir? La última vez que la vi, estaba embarazada y feliz, acariciando aguacates en el supermercado local.

—¡Eh!, Noah —dijo Mick mientras echaba mano a otra cerveza—, ¿es tu padre el de la radio?

—Sí —saltó.

Todos prestamos atención a la crepitante voz:

—No soy la autoridad. La Biblia es la autoridad. Hay números en la Biblia por algo: nos dicen cosas. Nos informan.

—¿Lo están entrevistando? —preguntó Mick.

—Es solo él —dijo Noah bajito, sacudiendo la cabeza—. Tiene un programa.

—Los animales fueron llevados al arca en el 4990 a. de C. —siguió monótonamente el viejo—, un número al que llegué hace años mirando la datación por radiocarbono, los anillos de los árboles y otros datos. Tienen que darse cuenta de que los siete días necesarios para cargar el arca fueron, en realidad, siete mil años. Así que, sumándolos al 4991 a. de C., se obtiene el 2011 d. de C. Añadí un año más porque no hay año uno en la Biblia. Y todo eso señala a que este es el año del Éxtasis.

Mick y el Gran Alex estallaron en carcajadas.

—Pensaba que no emitían el programa aquí —dije despacito.

—¡Y no lo hacían! —ladró Noah.

—Puede que sea solo un viejo que suena como él —añadió Alex alegremente.

—¡No! —dijo Noah, el cuello poniéndosele rígido, mientras la cabeza comenzaba a pegar un tirón—. Y no puedo...

—¿Qué?

—Soportarlo. No puedo... soportar...

—Relájate —dije—. Yo me encargo.

El dueño del barco con la radio a tope estaba a medio subir en una escalerilla de aluminio, pegando cinta protectora en las regalas de teca. Cuando le pregunté si podía cambiar de emisora, sacudió la barba, blanca como una gaviota.

—Esto es un taller secular —improvisé—. No se permiten programas religiosos.

—¿Perdone?

—Por favor —le dije—, o me deja que apague o cambia de emisora.

—Cuando acabe de escuchar, puede que lo haga —dijo, pegando otros treinta centímetros irregulares de cinta azul a su casco picado—. O puede que me lo piense y le mande a tomar por culo.

—Mire, es el padre de mi amigo, ¿sabe?

—¿Quién?

—El predicador loco al que está escuchando —señalé a Noah—, es su padre.

—¿Y qué? —dijo—. La última vez que comprobé, esto era un país libre.

—Compruébelo de nuevo —dije, y desenchufé la radio de un tirón.

Cuando me largaba, dando fuertes pisotones, sulfurado, oí otras dos radios sintonizando al Abuelo del Juicio Final. Seguí andando, dándome cuenta de que la radio que acababa de desenchufar estaba de nuevo encendida e incluso más alta.

La cabeza de Noah colgaba como si intentase convencerse de no hacer algo.

—No te preocupes —me dijo—. No puedo seguir escondiéndome de él. Y no es que sea un monstruo. Lo único que ha leído en su vida es la Biblia. Lleva ya cinco o seis ejemplares. Si la gente pudiese verle con esa Biblia toda pegada con cinta adhesiva en la mano, comprobarían que es inofensivo. Y ¿no se supone que tenemos que cuidar de nuestros padres cuando empiezan a perder la cabeza?

—Hasta un punto —dije.

—Pero, en serio, ¿qué pasa si, como he dicho antes, tiene, en realidad, más o menos razón esta vez?

—¿Un poco como que, si le das a un mono suficientes oportunidades, acabará escribiendo *Las uvas de la ira*?

—No, más como que todas las fiestas terminan en algún momento.

—Pero los pingüinos siguen volviendo, año tras año —dije en mi propia imitación.

—Eres un ser humano decente, Josh. ¿Lo sabes?

En el incómodo silencio que siguió, oímos a su padre articular con calma lo que iba a suceder al cabo de exactamente cuarenta y siete días:

—Los auténticos creyentes ascenderán de pronto, dejando todo atrás, incluso sus ropas. En total, ascenderá alrededor del dos por ciento de la población.

Noah y yo nos quedamos allí mirando al cielo, imaginándonos la ascensión de los creyentes en cueros, con la luz del sol resplandeciendo a través de las nubes y dirigiéndose a toda velocidad hacia nuestros globos oculares, a exactamente trescientos mil kilómetros por segundo.

Mi padre me sorprendió apareciendo en el astillero aquella noche. Me había dicho que quizá lo hiciese, pero en los doce años que yo llevaba en Olympia, había recorrido el camino de una hora en coche solo dos veces, las dos para intentar intimidarme para que volviese a trabajar con él y Gruñón. Así que me sobresaltó verlo llegar de verdad, saltar de la camioneta y

marchar hacia mí y el Joho, con el brazo derecho oscilando ante su pesado cuerpo como si fuese un patinador de velocidad. Cuando estuvo más cerca, lo oí jadear y me di cuenta de que llevaba puestas las viejas gafas de mamá. Tenían un aspecto ridículo en su cabezón, pero las había utilizado para conducir desde que había perdido su último par hacía tres años.

—¿Qué te parece? —le pregunté mientras él caminaba pesadamente alrededor del barco, agachándose, inclinando la cabeza, poniéndose de puntillas, alineando la pala del timón con la quilla.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —gritó de repente, con el optimismo y el vino tinto rezumándole por los poros—. ¡Buen trabajo! ¡Fantástico! ¿No tiene un aspecto fantástico?

—Parece —dije lentamente— una apuesta.

—¡Eso es lo que hacemos, Josh! —Estaba tan emocionado que parecía que lo hubiera quemado el sol—. ¡Nos arriesgamos!

Tras ir hasta la camioneta, volvió con la pequeña cámara de mamá y comenzó a disparar.

—¿Son fotos para los valoradores? —pregunté.

—Eso es —dijo, haciendo más fotos.

—Porque, si no se lo dices todo —dije tan sin darle importancia como pude—, podrías arruinar tu reputación. Lo sabes, ¿no? —Era algo difícil de decir con el estómago vacío, pero continué—: Podrían dejarte fuera.

Lanzó una carcajada.

—Sí, sí, les diré a esos cabrones lo que necesitan saber. Pero ¿mi reputación? ¿Hablas en serio? Estoy intentando mantener vivo el negocio familiar. Cuando ganábamos, rechazábamos pedidos, Josh. Ahora mismo es mucho peor de lo que tu abuelo es consciente. Todo lo que necesitamos es un poco de publicidad.

Recorrió con las palmas de las manos la línea de flotación de estribor como si llevase a cabo una especie de curación por acto de la fe.

—¿Cómo has conseguido que esté tan suave? —Sonreía de nuevo—. Esto es cosa tuya y mía, Josh. ¡Nos toca!

Con los ojos desorbitados y la boca abierta, mi padre tenía pinta de loco, pero seguí permitiéndome la posibilidad de que, entre su epicidad y mi sentido práctico, hubiésemos conseguido un barco que podía añadir algo al legado Johannssen, aunque fuese, muy posiblemente, un preludio al desastre. En vez de lo que pensaba, dije:

—Bernard podría venir a casa en algún momento de la semana que viene

o así.

Giró la cabeza tan deprisa que oí crujir cartílago en el fofo cuello.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. Al parecer, va a pasar por la ciudad.

—¿Ha llamado?

—Solo una confusa postal. Probablemente, no va en serio, de todas formas —di marcha atrás—. Y, aunque aparezca, dudo mucho que podamos convencerlo para que compita con nosotros. Así que ni lo intentes.

Demasiado tarde. La imagen de Bernard, este barco y la tripulación con la familia al completo en la Swiftsure latía en sus sienes como si el futuro estuviese justo ante nosotros y fuésemos algo más que dos adultos caminando alrededor de un velero barato, viejo y raro, en un astillero cerrado, durante una noche de primavera sin luna.

El pirata y sus mariposas

La primera vez que Bernard volvió del mar fue a finales de 2004, cuando una granizada lo empujó hasta Seattle en un *sloop* de treinta y cuatro pies neozelandés, del que yo nunca había oído hablar.

Los «compradores» con los que me pidió que me encontrase en la puerta de la marina parecían los malos de una peli de Bond: uno de ellos, pequeñito y con una calva brillante, vestido con un traje color carbón; el otro, un oso alto, con un polo tricolor.

—¡Buen día tenga usted! —dijo el pequeño con un acento ligeramente británico, aunque podía pasar por español y estábamos ya a mitad de la tarde.

Se presentó como Antonio y, a su imponente secuaz, como Héctor, ninguno de cuyos nombres parecía plausible. «Antonio» charló sobre el tiempo y los aviones y lo que no dejaba de llamar «típico americano» durante todo el paseo hasta el escarchado muelle, mientras en la frente selénica de su secuaz goteaba el sudor a pesar del frío.

Esperaba encontrar a Bernard en la bañera de nuevo, donde había estado sentado como un holograma al llegar yo veinte minutos antes. Sin previo aviso, mi hermano había vuelto, por fin, a casa. «Ven a verme al muelle de tránsito de la marina de Bell Harbor dentro de dos horas», había dicho al teléfono antes de colgar. Habían pasado cinco años y tres días desde que se había ido. Diez meses desde su última postal. Pero allí estaba. ¡Vivo!

Desde tres embarcaderos más atrás, lo había distinguido encorvado sobre una taza de té humeante. Cuando me acerqué, comenzó a parecer una versión curtida de sí mismo, la piel en múltiples tonos de rojo y marrón sobre su barba y cruzándole la frente, donde había dejado de ondear el flequillo. Su pecho era algunas tallas más ancho, sus ojos de un azul más claro, decolorado por el sol, y hablaba con arrugas, estuviese sonriendo o no. Yo estaba demasiado emocionado para hablar con sensatez. Mis primeras palabras fueron:

—Entonces, ¿cuál es el plan?

Su mirada de reojo y su encogimiento de hombros dijeron más que yo.

—Terminarme el té —contestó— y pasar un rato con mi hermano.

—¿Echas de menos votar? —pregunté inexplicablemente. Seguido de—: ¿Qué clase de auxiliar tienes en este chisme?

Me invitó a bordo con un ademán, luego hizo caso omiso de mi mano temblorosa y me abrazó fuerte sin tirar el té.

Ni siquiera cuando compartíamos habitación había sabido lo que pensaba, pero había pasado de difícil de interpretar a imposible. Todo lo que me contó sobre «los compradores» fue que, cuando bajasen, debía estar callado y muy alerta. «Cuanto menos sepas, mejor», dijo con una risa extrañamente ronca, como si hubiese estado solo tanto tiempo que hubiese perdido todo sentido del volumen apropiado. Pero era difícil para mí evaluar nada. Solo observarlo en persona, cambiando el peso de un pie a otro y moviendo las manos, era emocionante.

Acompañé al turbio dúo hasta el velero, donde subimos a bordo y descendimos al lúgubre camarote. Bernard nos esperaba allí, en las sombras, en un moderado hedor a ropa sucia y orina, y un olor levemente rancio que no pude definir.

—Nunca he entendido la atracción por los barcos —dijo Antonio con una risita forzada, mientras nos acomodábamos alrededor de la mesa abatible, con Héctor apoyado amenazante en los escalones de la escotilla, el único lugar en que tenía suficiente sitio, su cabeza de sandía eclipsando la luz del sol—. Vamos, un coche —continuó alegremente el hombrecito—, eso puedo entenderlo. Algo como un Jaguar —lo pronunció en tres pomposas sílabas—, que ofrece eficacia y elegancia. Un barco es la hija díscola de otro. La llevaría a dar una vuelta, ja, ja, ja, aunque, desde luego, ¡no querría ser su dueño!

Tradujo su ocurrencia al español para el tarugo, mientras Bernard encendía más luces y mis ojos registraban, con asombro, sus indulgencias sentimentales. Le había enviado docenas de fotos, pero él había pegado la misma instantánea de Ruby que yo había puesto en mi barco, exactamente en el mismo lugar del suyo, a la izquierda de la mesa de cartas, el pelo de ella como una llama poblada de caras negras desfiguradas. También había puesto la misma foto de Ruby «levitando» entre nosotros en el muelle. Observé los ojos rasgados del gigante recorrer todas las superficies.

Bernard no les estrechó la mano, ni siquiera los saludó. Encendió una luminosa lámpara a pilas, la deslizó hacia el centro de la mesa, luego sacó un

recipiente Tupperware plano de debajo de la cama de proa y lo puso junto a la lámpara.

—Sorpréndanse —dijo.

—Ya habrá tiempo para eso, amigo. Lo que estamos iniciando aquí es una larga y fructuosa amistad.

Bernard le ofreció su propia versión de sonrisa falsa.

—Lo siento. ¿Puedo ofrecer a los caballeros un cóctel? —Se volvió al tipo grande—. ¿Te apetece un cóctel, caballero? —le dijo en español.

—¡Claro! —dijo Antonio—. Nos encantaría, ¿verdad, Héctor? Qué gusto: un estadounidense bilingüe.

Una vez más, el tipo grande no mostró indicios de haber oído, mucho menos de entender.

Bernard sirvió ron especiado en cuatro vasos de plástico. El tipo pequeño levantó el suyo para brindar, pero Bernard estaba ya abriendo el Tupperware. Dentro había bolsitas de plástico selladas, y reconocí el penetrante olor amargo de insectos muertos: las supermodelos de las mariposas, en este caso, tan grandes como mi mano, con colas hendidas y aterciopeladas alas negras.

—Oooh —ronroneó Antonio—. Papiliónidos.

Sacó una delgada lupa redonda, del tamaño de un dólar de plata, de un bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Le importa?

—Adelante —dijo Bernard, con un leve tic de la piel bajo el ojo derecho.

El hombrecito comenzó a estudiar las alas, una a una, luego las colas, cada mariposa absorbiendo treinta insoportables segundos de escrutinio, como si esto fuese una transacción de diamantes.

—Me habían asegurado que tenía mercancía de primera, amigo —dijo mezclando idiomas sin levantar la mirada.

—Preferiría que se atuviese a un solo acento —le dijo Bernard—. Todas son mercancía de primera.

Se me ocurrió que nuestra única salida estaba bloqueada por el enorme mudo.

—Bueno, mi buen amigo, puede que una o dos lo sean —concedió Antonio—. Pero ¿seguro que tiene más?

—Echa otro vistazo, Pedro.

—Puede que tenga que hacerlo usted, capitán. Estas seis son todas de segunda o peores. —Ofreció a Bernard su lupa y, cuando él no la aceptó, la dejó en la mesa y unió las yemas de los dedos en ademán reflexivo—. Lo

siento, pero solo estamos interesados en primeras calidades, mi buen amigo.

—También yo lo siento —Bernard se encogió de hombros—, porque no negocio.

—Pero seguro que tiene más, ¿no?

Bernard frunció los labios y me miró, luego se giró hacia la proa y volvió con otros dos recipientes.

El hombrecito miró los bichos más rápidamente esta vez.

—También nos habían dicho que podría tener una reina o dos, ¿no, Héctor?

El gigante ni pestañeó.

Bernard volvió a reír demasiado alto.

—¿*Ornithoptera alexandrae*? ¿Yo?

Supe que era un farol. Me había escrito toda una carta sobre las «reinas» de Papúa Nueva Guinea.

—Puede que debamos echar otro trago —sugirió.

Llenó su vaso y pasó el ron, mientras Antonio tomaba el pelo a Héctor en *espanGLISH* por no haber tocado aún el primer trago.

Luego Bernard sacó una caja plana de metal de detrás de su cabeza y la abrió para mostrar dos mariposas verdes, negras y amarillas, con alas del tamaño de palas de pimpón.

—Las cazó vivas, ¿no? —preguntó el hombrecito inclinándose para acercar más la lente.

—Por supuesto.

—¿Y cómo las mató?

—De la forma adecuada.

—Ve dónde se corrieron los colores cerca del cuerpo, ¿no?

—Sandeces.

—Seguro que sabe que para garantizar que no manchan tienen que ser asfixiadas lentamente en una cámara letal.

—Eche otro vistazo —le animó Bernard—, ahora que el ron le ha aclarado la mente.

—Ja, no, mi buen amigo. Lo que sé es lo que veo.

—Yo también —dijo Bernard, y luego a mí—: ¿Sabes cómo uno colecciona historias? Veamos si esta suena cierta: me han advertido por ahí sobre un dúo inusual que extorsiona a los vendedores. Se trata, probablemente, de unos tipos totalmente distintos. Algún otro enano calvo hablador, con acento curioso, y algún otro yeti taciturno. Sin embargo, las

similitudes fueron las que me hicieron pedirte que hicieses el equipaje hoy. Para no pecar de imprudentes, ¿sabes? —Se volvió al mudo—. Ahora te recomiendo encarecidamente que resistas la tentación de echar mano a lo que quiera que sea que te está haciendo un agujero en la espalda, don Monstruo. ¿Has visto *Dos hombres y un destino*? ¿No? Bueno, Butch es un parlanchín interpretado por Paul Newman, que se parecía un poco a mí, aunque no era tan guapo. Y Sundance, bueno, él era el calladito que interpretaba Redford, quien, por desgracia para mis propósitos narrativos, no se parece en absoluto a mi hermano. Pero era rápido desenfundando, ¿sabes?, con una pega —decía ahora—, tenía que estar moviéndose para disparar y acertar. Y esa es la otra diferencia entre ellos porque mi hermano nunca ha necesitado moverse. Es igual de rápido y preciso esté corriendo o sentado tan inmóvil como una lechuga.

Nos miraban alternativamente mientras el corazón me golpeaba el pecho. Aun así, conseguí levantar la ceja izquierda, ni mucho menos tan dramáticamente como hacía Ruby, pero con mucho, posiblemente, mi gesto más intimidatorio.

—¡Zas! —dijo Bernard.

Antonio se estremeció, pero el tipo grande simplemente continuó sudando. Si esto se alargaba mucho más, acabaría derritiéndose.

Bernard se rio, luego susurró:

—Si quieres esas reinas y esos papiliónidos, pero no lo has dicho, el precio acaba de subir.

—Eh, vamos —dijo Antonio, aunque se le habían secado los labios y le chasqueaban al hablar—. Nos has malinterpretado por completo. Vamos a tomar otro trago, buen amigo.

—Fuera de mi barco. —Bernard dirigió los ojos al yeti, que había comenzado a moverse hacia delante.

—Por favor —imploró el hombrecito, enseñando las palmas de las manos—. Tus mariposas son la mayoría lindísimas. Puede que algunas estén un poco estropeadas, pero, por lo general, son estupendas.

—Te iba a dar todos los papiliónidos por seis y dejar que te llevases las reinas por cuatro —dijo Bernard muy tranquilo—, pero ahora son todas quince.

—Bueno, bueno. No...

—Fuera.

—El rencor y los negocios no suelen combinar, mi buen amigo.

—Un «buen amigo» más y mi «buen hermano» comienza a disparar.

—Nos quedamos con los diez mil —mascullé.

Bernard dejó de mirarlos para mirarme a mí. Tenía un sabor metálico en la boca. Metí la mano izquierda en la axila derecha para esconder su temblor espontáneo. Menos de un minuto más tarde, mi hermano estaba contando billetes de cincuenta en diez montones de veinte.

Entonces, los dos hombres desfilaron fuera con las mariposas, Antonio comentando agradablemente el voluble clima y el persistente pinchazo de su rodilla.

—Hacerse mayor —dijo animado— es una aventura de lo más curiosa.

Después, Bernard me dio una taza de agua. No me había movido ni hablado. Bebí a pequeños sorbos la mitad, con el pulso aún acelerado, luego me eché el resto por la cabeza y dejé que el agua me resbalase por la cara y dentro de la camisa.

—Lo siento —dijo—. Ha sido un poco más intenso de lo que esperaba, pero me he visto en peores situaciones.

Se señaló en el cuello una cicatriz que yo no había notado, luego se levantó la camisa para mostrar una decoloración bajo las costillas y una costura curva, fina como el trazo de un lápiz, cerca del pezón izquierdo.

—Tenía razón, ¿sabes? Esos papiliónidos eran de segunda, no de primera, pero puede venderlos como si lo fuesen, y sabía que yo lo sabía. Y, como ha dicho, las reinas no estaban asfixiadas, pero eran definitivamente de primera.

En aquel momento, mi hermano empujó tres montones de billetes de cincuenta hacia mí.

Por fin, volví a encontrarme la voz y procuré no mirar el dinero.

—¿Matas y embolsas mariposas raras y, luego, las vendes ilegalmente a matones? ¿Eso es lo que haces?

—Frene, señor fiscal. Para empezar, las reinas estaban haciéndose las dormidas en la proa. ¿Qué se supone que tenía que hacer, no ponerles una red encima cuando cada una vale mil pavos? ¿Y los papiliónidos? Capturé la mitad, pero no corren realmente peligro de extinción o no se hubiesen arremolinado a mi alrededor en las colinas cerca de Manila, ¿no? Prácticamente se me metían en la boca.

—Me parece que algunas se te metieron por el culo.

—Y ahí está. Mi hermano Josh ha vuelto a la vida. Bueno, si te hace sentir mejor, confesaré que no me gusta traficar con mariposas. Pero son bichos, ¿estamos? Bichos que casualmente son magníficos y solo viven entre un mes

y dos, si tienen suerte. Yo hago que su belleza perviva en las paredes de cabrones ricos y retorcidos. Escucha, hay por ahí furtivos cazando hermosas ballenas inteligentes ¿y tú quieres que yo me preocupe por estos bichos llamativos? —Empujó los montones de billetes acercándomelos—. Venga, Josh, sabes que estoy en deuda contigo. Además, te has ganado la bonificación de sobra. Pero no era tan peligroso como parecía. Sabían que otra gente sabía que estaban aquí. Un par de niveles por encima de ellos, hay un fulano que se llama Yoshito. Nadie quiere cabrearlo. Así que, ya ves, solo soy un peón valiente en un juego mucho más grande —hinchó el pecho—. O puede que un galante caballero.

—Eres un puto pirata, eso es lo que eres.

Soltó de nuevo una carcajada.

—Colega, cómo me alegro de volver a verte.

Le dije que sus cargos de delito grave eran tan antiguos que los retirarían o los negociarían reduciéndolos a nada si se entregaba.

—Sigues sin entenderlo —dijo—. Este ya no es mi hogar, ni siquiera mi país. No me voy a entregar a una Justicia que no respeto. Y, para ser sincero, acabo de empezar.

—De empezar ¿qué?

Me miró fijamente durante lo que pareció mucho tiempo y luego dijo:

—Por favor, vuelve a hacer eso con la ceja.

En vez de eso, le hice un resumen de las novedades de la familia: el vertiginoso aumento de la obsesión de mamá por los problemas irresolutos; la liquidación del pleito del Falcon 35 por más de lo que los Bobos podían permitirse; Ruby que ya no contestaba las cartas o los correos electrónicos desde que había dejado Naves de Esperanza para poner vacunas en pueblos nigerianos.

Tras una larga pausa, durante la que ninguno de los dos pudo pronunciar una palabra, dijo:

—¿Cómo barrenarías un barco grande?

—¿Hablas de hundirlo?

—Creo que el verbo «barrenar» es más aceptable socialmente.

Tomé aliento e intenté meterme todos los billetes en los bolsillos.

—Lo primero que tienes que hacer es desactivar la alarma de la sentina —comencé.

Después de cenar aquella noche, sorprendió a los Johannssen residentes, que no podían dejar de mirarle boquiabierto. Lanzó a Gruñón un mazo de

habanos e incluso estrechó la mano de papá antes de aupar del suelo a mamá en un abrazo volteado. Luego, levantó también a Gruñón, acunándolo como a un niño: «Estás encogiendo, viejo».

Cuando asomó la cabeza en el despacho de mamá, vio todas las ecuaciones en las paredes y, después, me miró con los ojos muy abiertos como si yo fuese responsable de su locura cada vez mayor. No nos dio ninguna de las respuestas que queríamos. Se quedó en el Solar una hora y treinta y cinco minutos y me dijo que zarparía antes de amanecer.

A la mañana siguiente, abrió las noticias el descubrimiento de que un yate de 1,8 millones de dólares, perteneciente al dueño de un centro comercial de Bellevue, se había hundido en su embarcadero del lago Union.

Dentro de un sobre clavado al pantalán, había una nota escrita a máquina —difundiría más tarde la prensa— que decía:

Este es el fin del mundo como lo conocéis. Haréis bien en advertir a vuestros codiciosos amigos.

El mejor momento de todos

Como toque final, pagué la tarifa completa de Lorraine para que dejase el casco del Joho suave como el culito de un bebé con su patente, y a Noah para equilibrar el palo y la jarcia, antes de que Tommy bajase nuestro barco frankensteinizado hasta la tranquila bahía en la última botadura del día.

La maestra velera apareció justo entonces, naneando por la rampa con una bolsa de foque que era dos veces ella, seguida por Mick, que llevaba la mayor nueva, incluso más grande.

—No hay viento —le advertí.

—Es cosa suya —dijo, tirando el foque por encima de las líneas de vida sobre la proa—. Pero yo preferiría navegar sin viento a tener que conducir de vuelta a casa con el tráfico que hay.

Los dos Bobos llegaron cinco minutos más tarde, con gorritos de pescador gemelos y en medio de una conversación sobre algo que, a la vista estaba, les había sentado mal.

—Perdona que nos hayamos perdido la botadura —bramó papá mientras bajaba la rampa como un huracán, aunque yo sabía que no había querido que mi abuelo viese el *Freya III* —como yo lo había rebautizado— fuera del agua.

Sin Ruby para enderezarlo con sus masajitos extraños, Gruñón parecía un árbol que había pasado a la intemperie demasiadas tormentas: las caderas y los hombros cada vez más desalineados, los pies y las rodillas en ángulos distintos, una pierna curvada y la otra derecha y rígida. Incluso su bigote estaba ladeado.

Salimos del puerto a motor, con los Bobos gateando por las cubiertas como si nunca antes hubiesen visto aquel modelo, mientras yo sudaba tinta para mantener con la maestra velera una conversación insustancial sobre cuánto tiempo llevaba en North Sails y en qué otros proyectos estaba trabajando. Entonces sacó del bolsillo unos guantes de vela gastados, pasó las escotas por los nuevos grilletes del palo y levantó los pulgares para indicarme

que podía izar la nueva mayor, crespa y transparente, de color carbón. Izamos el enorme foque del mismo material sofisticado, hasta que las dos velas colgaron una al lado de la otra como alas recién estrenadas. Con los Bobos interrumpiendo alternativamente, describió el calado y la comba teóricos de las velas en distintos vientos, de los cuales, por el momento, no había ni un suspiro.

—Son maravillosas —dijo Gruñón—, tengo que admitirlo. Veremos si responden al cacareo y el precio, pero, desde luego, se ven fantásticas.

—Y navegarán mejor de lo que se ven, señor Johannssen —dijo ella—, pero, como bien sabe, la gente aún tiene que saber lo que está haciendo. He hecho velas parecidas para algunos regatistas que han vuelto quejándose de que siguen en la trasera del pelotón. Así que salgo con ellos y miro desde la proa y quiero gritarles: «¿Cómo puedes culpar a las velas? ¡Hacen más que tú!».

Un soplo inesperado llenó temporalmente las nuestras. La tela tiró y el barco se movió —salió pitando, de hecho— como un velero mucho más ligero. Los Bobos sonrieron, pero siguieron extrañamente callados, casi cohibidos, no queriendo gafar nada ladrando sobre ello. Entonces, otra ráfaga suave, y los ojos de la maestra velera se abrieron de par en par cuando el barco aceleró, una pupila virando hacia el centro como si fuese un poco estrábica o tuviese un ojo vago, y echándome una segunda mirada. ¿Qué era? ¿Hispana o asiática o nativa americana o india oriental o mestiza o puede que solo estuviese bronceada de mirar hacia arriba a tantas velas?

—¿No es este el mejor momento de todos? —dijo—. Ya sabe, cuando el barco se dispara. Cuando se sale de la calma chicha y, de repente, hay un poco de viento y uno se da cuenta de que esto va a pasar. Y ese sonido cuando el barco empieza a silbar surcando el mar, como una ballena exhalando o el suspiro de un dios benevolente —se rio—. Lo siento, navegar me hace irme por las ramas, pero no me importa si voy a velocidad o si es un barco lento o rápido, cuando agarra por primera vez y se dispara, eso, para mí, es lo mejor del mundo.

Evité mirar a los Bobos, que sabía que me estaban poniendo ojitos de Bambi, y opté por mirar los dedos sin anillos de ella, y mi pulso se aceleró ante la ausencia de uno de compromiso. Fingí estar distraído con algún tipo de vida marina sumergida solo para intentar ocultar lo atractiva que me resultaba.

Cuando avanzó para estudiar las velas desde la proa, por fin noté la

docena de Star saliendo hacia el campo de regata. Había estado tan preocupado por llevar el Joho al agua que me había olvidado de que era día de competición.

—¡Qué vista! —dijo, volviendo a la bañera.

—¿Qué? —pregunté.

—Todos esos viejos barcos de regata —dijo—. Soy un poco rarita, supongo, pero, a mí...

Se volvió a mirarme justo en el instante en que yo me inclinaba hacia delante para tener más estabilidad, y nuestras cabezas casi chocaron. No había nada masculino en ella tan de cerca, con esos ojos oscuros en forma de pepitas de calabaza y una ligera ondulación en el labio superior, como si se preparase para un impacto.

—A mí —repitió sin retroceder—, eso de ahí, con todos apelotonados, me parece hermoso.

Me eché hacia atrás y miré a lo lejos, no queriendo fastidiar el momento con mi propia voz o expresión.

Mi abuelo eligió ese instante para sacar una petaquita del bolsillo de su chaleco.

—Por Dios... —dijo papá.

Gruñón se sirvió un tapón y gritó:

—Te ruego, Poseidón, mi todopoderoso favorito, que bendigas esta embarcación, a la que hemos rebautizado *Freya III*, y la hagas tan rápida que despierte la envidia de los delfines.

Lanzó el chupito por la borda, luego se dio golpecitos en los bolsillos, registrándose hasta encontrar un puro, y sonrió a la chica.

—Tenemos a toda la familia compitiendo este año en la Swiftsure, excepto al hermano de Josh, que sigue en el mar.

Papá me guiñó un ojo mientras Gruñón servía otro chupito y ofrecía el tapón alrededor. Ambos lo rechazamos, pero la maestra velera se lo tomó de un solo trago y comenzó a reír, un sonido desinhibido y prolijo para una mujer tan pequeña y contenida, un milagro de proporciones míticas, en realidad, como oír toda la música que puede salir de un gorrión. Gruñón me miró, entonces, subiendo y bajando sus cejas de erizo, mientras la risa de ella viajaba por el agua.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —le preguntó.

—No lo he dicho —dijo ella—, pero soy Sue.

Lo masculló, encendió su puro y soltó algo de humo.

—Pero ¿cuál es tu nombre completo? Apuesto a que tiene más ritmo que solo Sue.

Ella soltó una risita.

—Bueno, en realidad, es Sunita Banerjee.

—¡Lo sabía! —gritó él—. ¡Sunita!

Ella me miró como si fuese mi turno de hablar. Esperando que el corazón dejase de patinarme, le cedí en silencio la rueda del timón y comencé a contar los segundos hasta que Gruñón le dijese que un velero está vivo.

—Pues claro —respondió ella triunfal—. ¡Por supuesto que lo está!

Entonces Gruñón volvió a quedarse mirándome y, después de un lento y profundo trago de ron, dijo:

—¿Te puedes creer que Ruby me ha llamado? —Sonrió como un jugador de dados ante una tirada que puede cambiarle la vida—. Nuestra chiquilla me llamó totalmente de improviso y puso todo esto en marcha. ¿Cómo te quedas? —preguntó, su voz subiendo de tono—. ¡Nuestra Rubester quiere salir a navegar!

Calabazones

Una de las escasísimas llamadas que recibí de mi hermana llegó en el otoño de 2009: «Tienes que subir, Josh —me urgió—, quiero enseñarte algo. Pero tiene que ser en las próximas dos semanas o será demasiado tarde».

En un principio, pensé que podría ser una excursión familiar espontánea —que tendríamos que haber hecho hacía mucho— a lo remoto de la Columbia Británica para ver a la elusiva Ruby, pero entonces me enteré de que los guardias de la frontera canadiense no dejaban pasar a estadounidenses con multas por ebriedad al volante. Eso excluía a los dos Bobos, puesto que Gruñón había tenido la primera el año anterior, cuando conducía a casa desde el astillero con una Rainier entre las rodillas. Y mamá se achicó en el último momento por algún «proyecto crítico» que no podía ni suspender ni explicar, al menos no lo suficientemente bien para que yo lo entendiese.

Desde su viaje de recaudación de fondos por valor de diez mil dólares, Ruby solo había vuelto a casa otra vez, en 2006, en una visita tan extraña como maravillosa, con ninguna de sus historias normal o verificable, como aquella sobre un gánster nigeriano rico, con un gorro de piel de leopardo, que había preguntado a la Cruz Roja con quién en concreto tenía que hablar para comprarla.

Así que, conduciendo solo hacia lo que sonaba como su último destino de fantasía, a comienzos de septiembre, temía que mis deficiencias fuesen aún más obvias sin los demás Johannssen para desviar su atención.

Me había dado el nombre de su finca, pero sus indicaciones eran inútiles, en gran medida porque aún no sabía conducir y no tenía sentido de la orientación, por lo que fui dando bandazos por Pemberton durante más de una hora antes de encontrar una carretera estrecha, que seguía el río Ryan y se ovillaba en una exuberante llanura, con una serie de fincas llamadas «De los Arroyos Gemelos» o «Del Sinsonte» y luego, por fin, «Ecología Bien Hecha».

La gravilla dio paso pronto a suave tierra dividida por tusoc y flanqueada

por arbustos y viñas descuidados, aún buscando un último empujón de calor estacional, con una sucesión de señales escritas a mano surgiendo como tarjetones a diez metros unos de otros: «BIEN HECHA»..., «COME SANO»..., «VIVE MEJOR»..., «AMA MÁS TIEMPO».

Al final, el camino de entrada se ensanchaba para convertirse en un campo aterronado, en el que cinco cansados edificios lucían atestados de equipos oxidados y camionetas abolladas y jóvenes de ambos sexos vestidos con harapos dando vueltas alrededor de un puesto de fruta y verdura bajo un mosaico de lonas aleteantes. Oí cloqueos y, luego, vi pollitos como bolas de pelusa blanca antes de que se cerrase la puerta de un establo. El telón de fondo de todo esto eran ordenadas filas de lo que parecían frambuesos y un huerto del tamaño de una piscina olímpica con calabazas tan grandes y naranjas que seguramente se veían desde el espacio. Dos hombres estaban empaquetando calabacines, tomates y cebollas en cajas detrás del puesto de hortalizas, donde una mujer creativamente perforada, con un tatuaje en el cuello —«EPIFANÍA»—, contaba dinero de colores.

—Estamos cerrados, pero ¿qué necesitas, cielo? —preguntó, con los ojos bajos, sus labios moviéndose mientras contaba billetes.

—Uno de cada.

Levantó la mirada.

—¿De cada?

—Lo cierto es que estoy buscando a Ruby Johannssen.

Me estudió, luego volvió a su contabilidad.

—Ponte a la cola —dijo.

—¿Está aquí?

—No atiende sin cita.

—¿Qué quiere decir?

—Que tienes que estar en su agenda, cielo.

—Ruby es mi hermana —dije.

—Y la mía —respondió, contando ahora billetes de cinco.

—Es raro. Diría que tendría que recordarla de estar por casa.

Volvió a estudiarme, y luego se rio hasta que los vagabundos dejaron de empaquetar fruta para mirarme boquiabiertos.

—Dice que es el hermano de Ruby —anunció.

Uno de los hombres alargó la mano sucia hacia mí.

—Encantado de conocerte.

Otros me rodearon.

—Ruby —dije— ¿está por aquí?

—Está en todas partes —dijo una mujer con trenzas y los ojos tan separados que sería difícil sorprenderla.

Se adelantó y me abrazó mientras Epifanía gritaba: «¡Ruby!».

Todo el mundo se quedó tan extrañamente callado que dije:

—Ha sido un día muy largo, pero ¿no son esas calabazas anormalmente gigantescas?

Les pareció hilarante.

—Tu hermana —me contó Ojos Separados— cultiva las calabazas más grandes del mundo.

—Todo lo más grande —añadió el vagabundo.

Asentí escéptico.

—¿Son tuyas?

—Las más grandes, sí.

—Tienen su fertilizante especial —adelantó alguien.

—Sí —dijo Epifanía—. Se llama Mozart.

—¿Mozart?

—En bucle. Lo suficientemente fuerte para que las calabazas lo oigan.

—La tercera y la quinta sinfonías —añadió Ojos Separados.

Oyendo un cómico grito familiar, me volví y vi a mi hermana corriendo a lo largo de una hilera de frambuesos, haciendo aspavientos por encima de la cabeza con los brazos quemados por el sol, como si nadase en el aire. Nunca había aprendido a no correr como una niña de cinco años. Mi recuerdo se hace aquí poco claro, pero sé que se me echó encima y, luego, me arrastró de la mano, con la tez, el apretón de su mano y sus musculados hombros exudando fuerza y salud como si, igual que sus calabazas, estuviese desarrollándose mucho más allá de lo normal, aunque también noté el dedo entablillado y los nudillos hinchados y la larga cicatriz en el interior de su antebrazo izquierdo.

Me bombardeó de inmediato con historias efusivas y poco creíbles sobre la gloriosa gente que trabajaba allí.

—¿Dónde viven?

—La mayor parte aquí.

—¿Pagan alquiler?

—Ayudan con el trabajo.

—Claro —dije—, regalas el alojamiento.

—Esto no es un club de campo, si eso es lo que preguntas. Algunas de

estas personas son presos reinsertados o exadictos, pero todos adoran cultivar comida sana.

—¿Dónde está Phillipe?

Entrecerró los ojos.

—Ni idea. Se fue hace un par de años o tres con una chica de una de las Carolinas. La verdad es que no estoy segura de con qué chica ni de qué Carolina.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir. No era quien yo esperaba que fuese, pero me trajo aquí. Y tengo novios y novias nuevos —se rio—. Me encanta cuando no sabes lo que creer. Para serte sincera, seguramente también ellos son un fraude. Los atraigo, ¿sabes? Un dulce vaquero me vendió un tractor el mes pasado y luego me lo robó. No puedo probarlo, pero eso es lo que sucedió.

—Me han dicho que cultivas las calabazas más grandes de todo el sistema solar —le dije.

—Solo de la provincia. Ganamos el primer premio el año pasado. Este año van a ser más grandes, pero no las voy a presentar. Lo último que necesitamos es más atención.

Sacudí la cabeza.

—Buena suerte con eso. Pero ¿cómo lo explicas?, incluso a ti misma. ¿Por qué eres tú, y solo tú, la que hace siempre cosas que llaman la atención?

Sacudió la cabeza y suspiró.

—Lo que me encanta de este lugar es que no tiene nada que ver conmigo. Sería mucho más fácil si creyese lo mismo que los demás. Entonces quizá pudiésemos tener una conversación sobre mitología o reencarnación o lo que fuese. Supongo que solo creo en la intuición y la suerte más que la mayor parte de las personas. Pero nadie quiere oír eso. Quieren que sea otra cosa.

—La intuición y la suerte no te explican a ti —dije.

—¿No? —Sonrió—. Entrenamiento de vela, intuición y suerte, ¿no? Y no es difícil decir qué semillas van a crecer mejor o cómo localizar la inflamación de alguien e ir hincando el dedo hasta que averiguas cómo desbloquearla. Caminas ladeado, por cierto. Escoras hacia la izquierda.

Una hora más tarde, me tumbó sobre la mesa de su comedor, me tocó el centro de la espalda con dos dedos de la mano no lesionada e hizo un lento movimiento circular, luego me hizo lo mismo en las corvas. Y eso es lo último que recuerdo antes de que me despertase.

—Vamos, dormilón, tengo que enseñarte una cosa.

Me hizo conducir una Ford roñosa hasta un montecillo de la amplia finca que bajaba hacia el río, con vegetación tan exuberante y gigantesca que embriagaba solo conducir a través de ella.

Queriendo respuestas a las mismas viejas preguntas, comencé con:

—¿Por qué no nos visitas o nos escribes o, al menos, nos llamas alguna vez?

Parecía confusa.

—No pienso en términos de cuándo fue la última vez que os vi o hablé con vosotros. Sabes que no soy buena ni con los teléfonos ni con el tiempo. Los días me parecen horas. ¿Quiere verme alguien? Pues que venga. ¿De verdad tenemos que ver reposiciones juntos para ser una familia?

—Pero ni siquiera preguntas por nadie.

—Aún no hemos llegado.

Así que la bombardeé con la puesta al día: cómo mamá estaba aún consumida por las matemáticas inescrutables, cómo los Bobos se enfrentaban a otra demanda por producto defectuoso, cómo Gruñón había tenido hacía poco dos episodios de desmayo que suponían miniictus, cómo nadie sabía nada de Bernard desde hacía casi tres años y cómo yo seguía soñando que era porque estaba muerto.

—Lo sabríamos si lo estuviese —rezongó—. Es muy triste lo de Gruñón.

—¡Llámalo! Te idolatra.

—Es mutuo, pero, cuando llamo o voy a casa, vuelvo a ser la niña que sabe de dónde viene el viento. No quiero vivir todo eso una y otra vez. Me siento mejor cuando me olvido incluso de que existo. Eso es lo que me gusta de trabajar en cuidados paliativos.

Impactado, pregunté:

—Y eso ¿qué es exactamente?

Sonrió.

—Ayudas a las personas a aceptar que están muriendo, Josh.

—Eso lo sé. Quiero decir, ¿qué es lo que tú haces?

—Les leo y les canto. O les ayudo a reflexionar y revisar sus vidas. Ellos me han ayudado a darme cuenta de que nunca he estado muy cómoda con la mía.

Los olores de hierba y pescado pudriéndose nos recibieron al salir de la camioneta, mi puerta rozando acero con acero al abrir y cerrar. El aire estaba tan quieto y claro que podía ver los bichos recién salidos de sus huevos volar sobre mi cabeza como pilotos acrobáticos. Luego me di cuenta de que había

un estanque poco profundo, no mayor que una mesa de billar, pululando de actividad. Cuando nos acercamos, reconocí el color y el hedor de la freza de salmón. Se llevó un dedo a los labios, me agarró del brazo y tiró de mí hacia donde el risco daba a un foso lo suficientemente estrecho para cruzarlo de un paso y a un perezoso río más abajo. Vislumbré algo de movimiento en el riachuelo, luego el contoneo y salto ocasional de un pez rojo y plateado del tamaño de mi muslo que se lanzaba contra la corriente, colina arriba.

Puede que fuesen el minimasaje y el sueñecito, pero no pude encontrar palabras apropiadas para lo que estaba viendo.

—Este es el único acceso al río que tenemos —me dijo—, así que decidí intentar crear nuestro propio remonte de salmones. ¿Por qué no, eh? El riachuelo ha estado libre de pesticidas durante más de veinte años y existía ya un estanque natural ahí en el centro. Introdujimos unos cuantos cientos de bebés, los llaman esguines, ¿no?, durante mi primer otoño aquí hace tres años. No sabía entonces que se secaba casi por completo en agosto y me imaginé que era otro de mis locos planes improbables. Pero, entonces, hace un par de semanas, comenzaron a volver, y estamos usando los peces muertos como fertilizante. Pero no se lo enseñamos a todo el mundo. Es nuestro pequeño secreto. De lo contrario, sería un circo, y nos regularían y sancionarían y Dios sabe qué más. Pero, desde luego, vamos a necesitar un estanque más grande. —Miró alrededor, cruzó el foso con un pie a cada lado y luego se rio ante mi asombro—. Sabía que lo entenderías, Josh. Sabía que iba a encantarte.

Miré pendiente abajo cómo aquel salmón centelleante, de cuatro kilos y medio, trabajaba corriente arriba surcando la herbosa agua de un palmo de profundidad, todo determinación e instinto, para culminar su viaje al Pacífico y de vuelta por este diminuto riachuelo esmirriado, con una precisión de GPS y unos pocos coletazos finales hacia su origen.

Una lección de carenado

Cuando Gruñón se acercó arrastrando los pies por el Dique A, acunando un paquete de seis latas grandes de Rainier, dos sábados antes de la Swiftsure, no provocó más miradas que cualquier otro vejete hasta que se detuvo ante el yate semidesmantelado de Grady y desató su ostentoso falsete:

—Mecagüenlaleche, Joshua, te pierden los proyectos sin futuro.

Los inquilinos de los barcos no tardaron demasiado en figurarse quién era.

—¡El abuelo Johannssen! —bramó Rem desde su yola en el Dique B—. Nos han contado muchas cosas sobre usted.

—Bueno, ya era hora de que alguien lo hiciese. Tengo tan pocas veces el bombo que merezco... —Sonrió a todo el mundo bajo su bigote de cepillo—. Parece que tenemos entre manos una fiesta de entablado a la antigua usanza.

Cuando me había preguntado en voz alta delante de él si seguía por ahí su caja de vapor, no había esperado que se subiese a su roñosa camioneta y la trajese. Y, sin embargo, allí estaba, y verlo entonces me hizo poner en duda toda mi inquietud por su mortalidad. Con su gorro de pescador y el chaleco de forro polar sucio que había llevado a diario durante la última década, parecía más un hombre que acababa de cumplir los setenta que uno bajando vertiginosamente hacia los ochenta y muchos.

—Bueno, ¿a qué coño estamos esperando? —preguntó—. Vamos a descargar la camioneta.

Mick y yo agarramos la estrecha caja de pino de tres metros y medio que había ido apoyada sobre la puerta trasera del vehículo todo el camino por la autopista. Noah llevó el viejo depósito de queroseno, mientras Lorraine montaba en un carrito el hornillo, la bombona de propano, el tubo y el gato. Rem nos siguió atrás y adelante, arrastrando caballetes y especulando abiertamente sobre cuánto le íbamos a pagar por esto:

—Al menos una cerveza, diría yo, ¿no?

Mientras lo colocábamos todo, los inquilinos continuaron disparando preguntas. Aquel grupo, por lo general indiferente, lo quería saber todo, de

pronto, sobre entablado, como si hubiese algo imprescindible que aprender. Así que Gruñón explicó:

—Estamos suavizando la madera para poder doblarla en la forma que queremos. Y, Poseidón mediante, se quedará así. Todo lo que necesitamos es lo que tenemos aquí: un simple hornillo de propano y un depósito lleno de agua para hervir y generar vapor. Y, veis, hemos conectado un tubo del depósito a la caja de vapor, que he equipado con estas espigas de dos centímetros para mantener las tablas suspendidas. También tenemos un termómetro metido por un agujero en la caja, aquí, para saber cuándo llega a cien y está lista para usarla.

Casi veinte personas, incluyendo a Trent, Georgia, los nudistas y otros parroquianos, estaban observando cuando la primera tabla salió echando humo de la caja. Entonces, con unos gruesos guantes calzados, Noah, Mick y yo la llevamos hasta el babor expuesto de la proa y la fijamos a las sólidas cuadernas del yate.

—¡Vamos! —gritó Gruñón, narrando y dando instrucciones a un tiempo, con una Rainier ya en la mano, puesto que nunca se había impuesto restricciones de cerveza los sábados—. Atornilladla, chicos.

Noah y yo taladramos las tablas, luego apretamos los tornillos, y la tabla caliente y húmeda se combó hasta encajar en su sitio.

Mientras calafateábamos las juntas, Gruñón se limpió el espumoso bigote con el dorso de la mano y respondió a todas las dudas tontas sobre carenado que le plantearon, como si hubiese esperado que le hiciesen esas preguntas en concreto, entretejiendo las respuestas con anécdotas y digresiones.

—Nunca he sido nada del otro jueves navegando —confesó tras abrir otra Rainier—. Creía que era bueno hasta que llegó mi hijo. Podía ver la diferencia ya cuando tenía once años. Luego, por supuesto, está mi nieta. Después de ver a la pequeña Ruby, me di cuenta de que yo solo tenía la menor de las nociones de lo que significaba navegar.

—¿Y Josh? —preguntó Noah—. ¿Era algo más que mierda navegando?

—¡Por supuesto que sí! —replicó Gruñón al instante—. Pero era mortal como yo. ¿Sabéis qué es lo mejor de un velero?

«Ay, no —pensé, reculando—. Ahí viene.»

—Lo más increíble es que te hace adicto a algo que no puedes explicarle a nadie, que ni siquiera tú te explicas, y esa experiencia te baja todos los putos humos.

Incluso la rezongona Lorraine sonrió. Mick había lijado mecánicamente la

popa lo suficiente para que ella pudiese seguirlo con dos manos de patente, incluso retocando sectores descubiertos, sin quejarse ni una vez. Vi a Gruñón comprobar su estilo a dos manos, imprimando con la izquierda y quitando las burbujas con la derecha para que pareciese hecho con aerosol. Cuando le preguntó cómo había conseguido el gris mate del casco tan a la perfección, ella dio una profunda calada a un Camel, luego dejó caer la larga ceniza en una lata, removió el contenido y sonrió.

Grady no tenía que volver hasta dos días más tarde, pero eso no le impidió aparecer poco después de las siete cuando la espontánea fiesta había crecido en torno a su yate y estábamos a un vaporizado de terminar de rentablar la proa de babor. Se quedó allí con un reluciente nuevo moratón bajo el ojo izquierdo, con la pinta de un hombre que se esfuerza por ponerse al día con el presente.

—Pero ¿qué es todo esto?

Me adelanté. Aún no había visto la proa.

—Grady —dije—, te presento a mi abuelo.

—Es todo un honor, señor.

—Bueno, no se emocione, Grady. Creo que soy yo quien tiene el honor de conocer a alguien que estas maravillosas personas consideran merecedor de todo este trabajo.

Ahí es cuando Grady comenzó a mirar alrededor y vio el cedro fresco de la proa y retrocedió con un paso tambaleante, como si le hubiese picado algo. Notando actividad en la parte de atrás del yate también, se alejó para ganar tiempo y encontró a Lorraine de pie en un bote auxiliar, un porro encendido apretado entre los labios, pintando a mano alzada «SHANGRI-LA» en letras doradas en la popa.

—¡No mire! —gritó—. Aún no lo he sombreado.

Grady se volvió y miró al cielo, luego se cubrió la cara con una mano.

—Mi negocio no salió, Josh —dijo suavemente, acercándose furtivamente a mí.

—¿Qué negocio?

—No significa que el próximo no salga —continuó en voz baja—. Es solo que, quiero decir, sois los mejores, pero ahora mismo, en realidad, no puedo...

—Esto corre de nuestra cuenta, Grady.

—No, espera. ¿Qué?

Rem comenzó a reírse, y Grady intentó unirse a él.

—Estás de broma, claro —dijo—. Perdona, he dormido poco. Por favor, pásame una factura o las horas y las piezas o lo que te sea más fácil. No puedo pagar mucho de nada hasta finales de la semana que viene, pero lo haré. Sabes que lo haré —repitió, como intentando convencerse a sí mismo.

—Quizá nos puedas contratar para otra cosa —dije—, pero esta fase te la regalamos. Es gratis.

Grady comenzó a hablar, luego se alejó de nosotros como si alguien acabase de saludarlo desde el norte.

—El último tablón está listo —anunció Gruñón.

Así que lo aseguramos y calafateamos en su sitio, mientras Grady se balanceaba de una pierna a otra, hasta que mi abuelo arrastró los pies hasta él y dijo, lo suficientemente alto para que yo lo oyese:

—Los barcos encarnan los sueños como nada, ¿verdad?

Después de que hubiésemos limpiado, Rem sacó su barbacoa Weber, y los nudistas (aquella noche, vestidos) trajeron una docena de hamburguesas congeladas, y Georgia, la exmonja, aportó botellas de tinto y bolsas de Doritos, mientras Gruñón repartía puros y explicaba sus repetitivas ocurrencias sobre todo lo que no podía creer: cómo había sobrevivido a su mujer veinticinco años, lo caro que se estaba poniendo todo, lo ligeros que construían los veleros ahora.

—Estoy encogiendo —comentó otra cerveza después—. Cada día me despierto un poco más bajo, pero desde mi punto de vista es que todos los demás están creciendo. Como Josh, que para mí sigue siendo un chiquillo.

Entonces lo oí de lejos contarle a Lorraine cómo se levanta a mear en medio de la noche y, a veces, no sale nada. Cuando comenzaba a beber su tercer *whisky*, lo llevé de vuelta a mi embarcadero y escalones abajo en un barco de treinta y un años construido por él, hasta una litera estrecha que él había diseñado.

—En lo que se refiere a guetos flotantes —dijo, recostándose con un gañido—, este me gusta mucho. —Entonces, se rio—: Bernard necesita una mujer como Lorraine.

—Todos la necesitamos —dije.

—No, tú necesitas a Sunita —y, entonces, chilló su nombre como un grito de guerra—: ¡Su-ni-ta!

—Ya está bien —le dije—. A ver, ¿no tienes que quitarte la dentadura o algún miembro protético?

—Tu madre es una mujer maravillosa —dijo—, pero creo que se está

volviendo loca. —Entonces, incluso más abruptamente—: Y ¿qué coño le habéis hecho tú y tu padre a ese barco? Está tan emocionado que ni ve. Lo lleva pintado en la cara. Es algo más que velas nuevas chulas, de eso estoy completamente seguro. No puedo sacar ni una mierda de trabajo de él. Ha puesto al mundo en espera hasta esa regata de los demonios. Te ha manejado como una marioneta, ¿no?

Se dio la vuelta y comenzó a respirar sonoramente, en perfecta cadencia, antes de que pudiese responderle.

Gatos en el espacio

A medida que la fiesta de entablado se alargaba hacia la oscuridad, los inquilinos me fueron contando avergonzadamente, uno por uno, los proyectos que esperaban que yo pudiese ayudarles a «planificar». El postelero o el güinche de fondeo que querían montar en la proa. La instalación de un inversor, un nuevo diésel o un inodoro compostador. La mayoría, no obstante, se alegraba sencillamente, por el momento, de estar allí.

—¡Vivir! —gritó el nuevo fumeta del Dique D.

—¡La vida! —le contestó el grito de Rem.

—¡Comer! —colaboró Noah, incluso más alto—. ¡Leer el periódico en el baño por la mañana!

Como el cielo continuaba despejándose, mencioné que la estación espacial volaría directamente sobre nosotros a las 10:37 p. m.

—¿La qué?

—La Estación Espacial Internacional —les dijo Noah con su voz de presentador—. Nuestro Josh sigue la pista de esas cosas. Es una nave de investigación... ¿con astronautas de dónde?

—Rusia, Inglaterra y de aquí, en su mayoría —dije—. Suben en turnos de seis meses.

—¿Y vuelan directamente sobre nosotros? —preguntó Rem con recelo.

—Orbitan la Tierra cada noventa minutos —dije—, así que, sí, a veces, como esta noche, justo nos sobrevuelan.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Trent, que se veía cada vez más como procurador del puerto, así como el experto residente en *disc golf*, *windsurf* y leyes federales en materia de drogas.

—Por mi madre —dije.

—Mamá me cuenta quién tiene cáncer de próstata —dijo Rem—, quién sale en la revista *Parade*, la de los cotilleos, y lo que cuesta medio kilo de hamburguesas hoy por hoy.

—Ahí arriba investigan —dije.

—Creo que no son más que chorradas —respondió Trent—. O sea que, según tú, ¿qué es lo que estudian ahí arriba?

—Cómo construir una nave espacial, por ejemplo —contesté—, que pueda recorrer la galaxia. Historias de esas.

—¡Venga ya!

—Aprenden todo tipo de cosas que ni nos imaginamos aquí abajo —expliqué—, por toda la gravedad que tira de nosotros.

—¿Como qué? —preguntó Trent—. Cuéntanos una.

—Como qué medicamentos podrían curar la osteoporosis —supuse—. Historias de esas.

—Entonces, ¿tienen ratones de laboratorio allí arriba? —preguntó Grady, mirando en vertical al cielo.

—Tienen un problema con los ratones, eso es lo que tienen —dije.

—¿Qué quieres decir? —objetó Trent.

—Se les escaparon los ratones del laboratorio y parieron en los conductos —les conté.

—Ni de puta coña.

—Así que enviaron gatos —añadí.

—¡Y una mierda! —exclamó Trent.

—Es verdad —dijo Noah—. Enviaron tres gatos sanguinarios. La NPR hizo un programa sobre el tema.

—Tú no escuchas la NPR —dijo Trent—. Solo escuchas el programa de tu catastrófico padre.

—Dos romanos y un siamés —añadió Noah, obviando el alegato, que era cierto.

Desde que se había mudado a la marina, Noah había escuchado a su padre sin descanso. Cuando no lo tenía sintonizado en la radio de su barco, deambulaba cabizbajo con los cascos puestos.

—Pensadlo —dije—: hay menos gravedad, ¿no? Así que las escenas de gatos cazando ratones son siempre como a cámara lenta.

Más gente se acercó a escuchar.

—Totalmente —dijo Noah—. Seleccionaron los mejores cazadores del país, como eligen a los mejores astronautas. Con pruebas y todo.

—La gravedad es muy baja ahí arriba —dije—. Dios sabe cómo funciona lo de los areneros...

Y allí estaban todos, agazapados o repantingados en un muelle medio podrido, mirando a las estrellas y considerando mojones de gato flotantes,

cuando apareció una joven de aspecto familiar, aunque nadie la reconoció hasta que sus dientes brillaron bajo la farola del muelle.

—¡Marcy! —soltó Mick.

Todos nos volvimos de repente locos de alegría de verla, aunque no dejábamos de mirar a su espalda en busca de indicios de Rex. Cuando el caos se reanudó, la llevé aparte y le pregunté qué había pasado.

—Cuando salimos del estrecho —dijo—, yo lo celebré. ¡Por fin! ¿Sabes? El Pacífico. Las olas eran, quizá, de metro y medio como mucho, pero nos venían directas. Y estaba oscureciendo. Rex había hablado de que el barco estaría bien en olas de tres o seis metros. «¡Que vengan!», había estado diciendo durante semanas. Entonces, una vez que oscureció y una rompió sobre la proa, comenzó a gritar que nuestro barco era demasiado pequeño.

—¿Estaba mareado?

—No, pero la voz le sonaba rara. «Yo también estoy un poco asustada —le dije—, pero podemos salir de esta.» «¡Yo no estoy asustado! —me contestó gritando—. Pero tampoco soy idiota.» Entonces, me echó la bronca por meterle prisa. Que yo me estuviese quedando ciega no quería decir que él tuviese que morir también.

—¿Te estás quedando ciega?

Las lágrimas tras sus gruesas lentes hacían parecer sus ojos incluso más grandes. Respiró profundamente y dijo bajito:

—No hay muchos finales felices si tienes degeneración macular cuando eres joven. Pero, por ahora, sigo viendo —levantó el puño fingiendo celebrarlo—, así que volvimos a Port Angeles, dejamos allí el barco e hicimos dedo hasta aquí.

—Y, entonces, ¿cuál es el nuevo plan?

—Vamos a tomarnos un... descanso —dijo—. Él se va a casa, a San Luis, y yo lo único que quiero de verdad es encontrar a alguien que zarpe conmigo y no se ponga histérico.

—En vuestro barco —dije—, probablemente hasta yo perdería los papeles.

—Pero podrías arreglar lo que se rompiese y no me gritarías cuando las cosas se pusiesen peliagudas.

Hinchó el pecho con un profundo suspiro y luego dio un paso adelante y me abrazó.

Hay momentos en los que sientes la oportunidad tomar forma como uno de esos globos de aire caliente caseros, hechos con una bolsa de basura y una

vela.

—¡Josh! —chilló Noah—. ¿Es esa?

Mirando hacia arriba sin soltar a Marcy, la divisé al instante por el tamaño y la velocidad del punto de luz en movimiento, así que levanté el pulgar.

—Ahí la tienen, señoras y señores —dijo Noah—: su Estación Espacial Internacional.

—Eso es un avión —insistió Trent.

—No, es un satélite —discutió Georgia.

—La base militar lanza todo tipo de mierdas supertecnológicas todo el tiempo —ofreció Rem—. Podría ser uno de esos ovnis falsos que envían para jodernos.

—No —dije, mientras Marcy se soltaba para abrazar a Lorraine—. Es definitivamente la estación. Parece que va más o menos a la velocidad de un avión rápido, pero vuela, en realidad, a trescientos cincuenta kilómetros por encima de nosotros y chuta a unos veintisiete mil kilómetros por hora.

—Se lo está inventando —me acusó Trent.

—Como he dicho, mi madre es aficionada al espacio.

—La mía, a la telerealidad —dijo Mick—. *Zorras ricas de donde sea*. Le encanta esa mierda.

Grité a Grady:

—Llámalos con tu radio.

—¿A quiénes? —me contestó.

Señalé el cielo.

—Solo hay aire entre nosotros. ¡Llama a la estación espacial!

—Whiskey Zulu Sierra Víctor llamando a la estación espacial —gritó Grady en su radio segundos más tarde—. Whiskey Zulu Sierra Víctor intentando comunicar con la Estación Espacial Internacional. ¿Me reciben? Cambio.

—Su acento los confunde —especuló Noah—. Creen que están volando sobre Oklahoma.

Grady volvió a intentarlo. Pero el rápido punto se había ido y todo el mundo se quedó sin comentarios ni teorías de la conspiración cuando Marcy y Lorraine se marcharon juntas del muelle. Entonces Noah y yo aguantamos algunas peticiones de mantenimiento y mentiras de borrachos más, hasta que solo quedamos los dos bebiendo agua y mirando al cielo. No le había visto tan relajado en semanas. Me preguntó por mis citas.

—No he tenido ninguna por internet desde hace un tiempo —expliqué—.

Lo intenté a la vieja usanza ayer, ¿sabes?, invitar a salir a alguien... en persona.

—¿Cómo fue?

—Mal.

Reconocí que me había acostumbrado tanto al ritual de quedar por internet —intercambiando correos de preguntas y respuestas antes de aprobar y pasar a las charlas telefónicas y los cafés o las cenas— que no sabía cómo llamar a Sunita Banerjee por teléfono y sencillamente invitarla a salir. Ni siquiera sabía si tenía novio. No estaba en Facebook, ni en ninguna otra red, por lo que yo sabía. Por fin, había conducido hasta Seattle y visitado la nave de North Sails con la excusa de recoger el spi que le habíamos pedido que reparase, fingiendo no saber que papá ya había ido por él.

Cuando por fin la vi, era solo un torso junto a una máquina de coser saliendo de un agujero en el brillante suelo de pino que hacía parecer que la nave se utilizaba también como estudio de danza. Al principio, no la reconocí porque no llevaba gorra y el pelo negro le caía sobre los hombros.

Después de mi trola del spi, dije apresuradamente algo sobre cierto interés en comprar un nuevo génova para mi barco, que no era del todo una mentira, viendo que todo marino que se precie contempla siempre mejorar su jarcia.

—Quizá podrías salir a navegar conmigo alguna vez —mascullé— y aconsejarme sobre qué velas arreglar o sustituir, y esas cosas.

Me estudió, como si leyese mi expresión en diagonal, con la pupila izquierda ligeramente estrábica.

—¿Hablamos de trabajo o de placer? —preguntó—. Porque tengo una niña pequeña y no tengo familia por aquí —respiró profundamente—. Lo que digo es que no suelo salir porque sí, si eso es lo que buscas. Así que ¿me estás pidiendo consejo sobre velamen o me estás pidiendo salir a navegar en plan cita?

—Trabajo —dije, presa del pánico—. De verdad me gustaría saber lo que piensas.

—Quizá —dijo, mirando después el foque de Dacron que estaba reparando— podría combinarlo con una bajada que tengo pendiente de otro encargo.

—Claro —dije—. Perfecto.

—Pero no este mes.

Casi sonaba dura ahora.

—No pasa nada —dije.

—Estamos a tope —añadió, mirándome de frente otra vez—. Y no tengo mucho tiempo para trabajos fuera de la ciudad. No con una niña de cuatro años.

—Genial —dije.

—¿Qué es genial?

—La niña de cuatro años.

Sonrió a medias y se retiró a su mundo de tela y física y fuerzas invisibles. Noah se frotó la frente.

—¿Le dijiste que su niña de cuatro años es genial?

—Lo sé, lo sé. Pero mi única novia más o menos estable me dejó cuando le dije que no me gustaban mucho los niños. Le llevó todo un mes encontrar a un tipo que sí. Así que ahora le digo a todo el mundo que adoro a los niños hasta el punto de estar pensando en abrir una guardería.

Con ese punto patético, nos dirigimos muelle abajo hacia nuestras camas respectivas. Dormí algunas horas de sueños nerviosos antes de hacer café e intentar despertar a Gruñón, aún vestido con la misma camisa desgastada que había llevado a la fiesta de entablado.

—No puedo perderte —le dije, sorprendido de oír mis miedos en voz alta después de que tres meneos no consiguiesen despertarlo.

—¿Y cómo coño ibas a perderme? —preguntó sin abrir los ojos—. «Perdonen, ¿alguien ha visto a mi abuelo? Creo que me he dejado al vejistorio en algún sitio.» Puede que lo que necesite sea un collar de perro que diga: «SOY BOBO PADRE. ME GUSTAN LOS GANSOS DEL CANADÁ, LA CERVEZA RAINIER Y LOS VELEROS BONITOS. SI ME ENCUENTRA, LLAME A JOSH».

—Está bien —dije—. Déjalo.

Por fin abrió los ojos e intentó enfocar la mirada, luego los cerró de nuevo.

—Si alguna vez llego al penoso estado de no poder hablar o limpiarme el culo solo, cuando todo el mundo dice que le desenchufen, recuerda que no soy todo el mundo. No creas que me estás haciendo ningún favor lanzándome al lago Union con una Danforth de veinte kilos al cuello, ¿vale? Quiero cada uno de los últimos días que puedan llegar a mis manos doloridas. Y, entonces, quiero un entierro islandés. Se lo he dicho a tu padre, pero nunca me escucha. Nada elegante. Solo me envolvéis en una manta y me metéis en un barril de cerveza, preferiblemente Rainier, pero me sirve Baker. Así me conservaré para siempre, con el bigote y todo. Es pura vanidad, lo reconozco.

—Sí, sí, seguro. Lo prometo. Mientras tanto, ¿qué quieres para desayunar?

—Es gracioso —dijo.

Luego se sentó con un quejido y un gemido. Le di sus trifocales. Las puso a un lado y se sonó la nariz, primero un lado y luego otro.

—Nada te dice exactamente lo viejo que eres como las mañanas —dijo alegremente—. ¡La Swiftsure, Josh! Y tenemos una cena familiar el sábado de antes, ¿no? Ruby ha prometido que también vendrá. —Giró el tronco con un gruñido, estirando los hombros—. Todo esto me hace querer cantar *yodel*.

—No lo hagas, por favor —dije, pero era demasiado tarde.

Casi normal

Había llegado pronto, esperando muestras de anticipación: carne en adobo, un suelo aspirado, un baño limpio. En vez de eso, era como si hubieran olvidado o no pudiesen creer que nada poco habitual estuviese a punto de suceder, porque parecía cualquier otra tarde de sábado en el Solar, las mesas y las encimeras de la cocina llenas de periódicos, planos de veleros enrollados y tazas de café, y bolas de pelo de perro negro por el suelo lleno de arañazos. Hasta que los labradores no comenzaron a lloriquear, los Bobos no apartaron la vista de una reposición de *Todo en familia*. Gruñón levantó un dedo indicándome que esperase mientras Archie llamaba tarugo a su yerno idealista. Luego se troncharon de la risa. La única señal real de preparación era el pelo recién teñido de papá. Agarré el control remoto y silencié los anuncios.

«¿Qué hace?!», preguntó papá, dejando de cortarse las uñas de los pies lo suficiente para volver a dar volumen a tiempo de captar el eslogan de los restaurantes Jack in the Box. Por su parte, Gruñón, mesándose el bigote, con su segunda Rainier casi acabada, una edición rústica quebradiza de *Cannery Row* abierta en el regazo, estaba maravillado de verme. Ninguno de los dos se había duchado o puesto una camisa limpia, abierto una ventana o lavado un solo plato.

—Os acordáis de que Ruby, y posiblemente hasta Bernard, vienen a cenar, ¿no?

—¡Vaya! —Gruñón se irguió de golpe—. ¿No sería eso algo extraordinario?

—No puedo esperar —resopló papá—. ¿Vienen también Mary Poppins y el Conejito de Pascua?

Encontré a mamá mirando con los ojos entrecerrados el ordenador, con la parte de arriba de un pijama y la de abajo de otro. Asintió cuando le recordé la cena, luego levantó la palma de una mano para indicarme que no era el momento de hablar.

—Igual te quieres vestir —le susurré.

Sin mediar más palabra, comencé a pasar la aspiradora, probablemente la primera vez que se había enchufado el aparato desde mi última visita. Durante un tiempo, mamá lo hacía todo cuando no mirábamos, pero llevaba ya más de una década en su mundo, bastante lejos de este nuestro, en el que el inodoro tenía cercos, las toallas estaban raídas y las sábanas estaban desgastadas ya en los noventa. La casa era un museo de nostalgia familiar y electrónica anticuada. Por olvido, terca resistencia o frugalidad, nunca habían tenido un DVD o un reproductor de CD siquiera, mucho menos un teléfono inteligente, y seguían poniendo la misma media docena de discos de *jazz* en el equipo de música. El viejo Compaq de mamá y la conexión a internet eran su único vínculo con la era moderna.

Papá frunció el ceño en respuesta al ruido que yo estaba haciendo y volvió a subir el volumen, mientras que Gruñón se inclinaba hacia el viejo Zenith. Decidiendo atacar el baño, desenchufé el aspirador y observé el polvo dando vueltas en torno a ellos en trapezoides de luz sesgada. Estaba sacando la abultada bolsa a la basura cuando una pareja completamente desconocida y, sin embargo, extrañamente familiar dio la vuelta a las zarzamoras, enganchada del brazo.

Él lucía una barba digna del Antiguo Testamento, ella una boina verde. Sus movimientos se iban haciendo cada vez más fraternales, cuando ella le pasó a él su saco, se soltó y corrió hacia mí con un operístico grito de «¡Joooooshuaaa!».

Solté la bolsa y esperé a ser estrujado mientras su compañero con pinta de vagabundo llegaba hasta nosotros, con la cabeza y los hombros por delante. «Hermanito»: su voz se había hecho, inexplicablemente, aún más profunda. Ruby lanzó los brazos alrededor de los dos y, durante unos segundos, nos abrazamos los tres torpemente.

Bernard había llamado desde una cabina dos noches antes y yo había insinuado el plan de la cena, pero verlo en persona seguía siendo asombroso.

—No se creen que venís de verdad —dije.

Entonces Ruby y yo hablamos a la vez, ninguno oyendo lo que el otro decía. No podía fijar la mirada, y mi respiración era claramente audible; mientras, mi hermano se frotaba las palmas de las manos como un hombre que intenta calentarse al fuego.

—Pero ¿están todos aquí? —preguntó Ruby.

—¿Y dónde iban a estar si no? —Me resistí a preguntar dónde había ido a

parar su pelo y por qué estaba tan delgada—. Agarraos —les dije.

Cuando abrí la chillona puerta delantera, vi el Solar como ellos. Habían pasado seis años desde que Ruby había venido por última vez, ocho para Bernard. Los perros se volvieron locos, y los dos Bobos no habrían tenido un aspecto más alarmado si hubiésemos sido ladrones enmascarados. Entonces salió mamá de su despacho, totalmente vestida y con los labios alegremente pintados.

Hice una reverencia de domador de circo.

—Tengo el honor de presentarles a Mary Poppins y el Conejito de Pascua.

—Bueno, mira esas bocas abiertas de par en par —dijo, por fin, Ruby.

Y se dirigió hacia Gruñón para darle un ruidoso beso, y luego a mamá y, por fin, a papá, mientras Bernard seguía clavado al suelo.

—¡Por Dios bendito! —Papá se irguió dudoso hacia él—. Por un segundo he pensado que eras el Último Error de Ruby.

Esto trajo oxígeno y carcajadas a todo el mundo, salvo a Bernard, aún callado y escondido tras su barba, que parecía incluso más larga dentro de casa, cayéndole en cascada hasta el esternón como una bufanda de lana.

—¡Habla! —exigió papá—. ¡Permítenos saber si de verdad eres tú!

—¡Amollar, colgarse, recuperar! —murmuró mi hermano, la barba convirtiéndolo en un ventrílocuo—. ¡Velocidad! ¡Velocidad! ¡Velocidad!

Sobre las risitas, Ruby dijo:

—Lo encontré andando por la Undécima.

—¿Has venido andando? —preguntó papá, aún sentado en su butaca.

Bernard asintió.

—¡Tendrías que haber llamado!

—No tengo teléfono.

—Pero ¿dónde coño has estado?

Bernard nos miró uno por uno, todo menos los ojos aún oculto por aquella barba.

—Por el mundo —dijo suavemente.

Esperamos más, pero eso fue todo hasta que Ruby contribuyó:

—¿Has visto peces voladores?

—Sí.

—¿Alguno aterrizó en tu barco?

—Sí.

—¿Te has comido alguno vivo?

—Solo uno.

La barba se agitó. Puede que sonriese.

—Vaya, vaya... —comenzó papá.

Luego su voz se fue apagando o se detuvo a escoger las palabras mientras mamá se acercaba, con los ojos tan vidriosos como los de Gruñón, y tomaba una de las agrietadas manos de Bernard, tirando de él hacia abajo para poder besarle la tostada mejilla. Por fin, él estrechó las manos de los Bobos y se tiró al suelo para que los labradores pudiesen subírsele encima e intentar lamerle la cara.

—¿Y qué hay de usted, señorita Ruby? —preguntó Gruñón, inclinándose hacia ella desde su asiento—. ¿Cómo te has quedado tan delgada, cielo? ¿Hay pelo ahí abajo?

Se quitó la boina y sacudió una melena imaginaria, rapada siguiendo el contorno redondeado de su pequeño cráneo.

—¿Es que no van a terminar las sorpresas? —preguntó papá—. ¿Por qué, exactamente...?

—Menos resistencia al viento —dijo ella—. Estoy muy metida en aerodinámica últimamente. ¿Por qué te has teñido tú de azul?

—¿De qué está hablando? —nos preguntó papá.

Hubble golpeó con la cola la Rainier que Gruñón tenía en la mano y la tiró al suelo.

—¿Quieres una? —le pregunté a Bernard, apresurándome hacia el papel de cocina y el frigorífico.

—Me gusta cómo te queda el pelo corto —le dijo mamá—. Atrae incluso más atención hacia tu belleza.

Ruby batió las pestañas y giró la cara hacia un frente imaginario de cámaras, antes de flotar hacia la cocina con sus hortalizas frescas.

La familia que había llenado la casa con tanta algarabía durante tantos años estaba, de pronto, sin habla. Seguí la mirada de Bernard hacia los tres modelos de medio casco de los Joho 26, 32 y 39 sobre la chimenea que nunca se usaba. Luego, le seguí hasta la puerta de nuestro antiguo dormitorio, que era ahora el de Gruñón, aunque no había cambiado nada, como si estuviese solo de visita, porque allí estaban las mismas literas y los mismos pósteres y el manifiesto de tres palabras escrito por Bernard cuando tenía diecinueve años: «¡EVEREST SIN OXÍGENO!».

—Todo parece más pequeño —se aclaró la garganta—. Mucho más pequeño.

Escabulléndonos escaleras abajo, echamos un vistazo al cuarto de nuestros

padres, donde posiblemente nos habían concebido y donde, es seguro, dormían uno junto a otro en el mismo colchón aplanado de uno cincuenta todos los días —menos el año sabático de mamá en Arizona— desde 1975. Aquí era donde la inclinación del Solar era más visible, como un espejo de feria o un dibujo de Escher, con el cabecero bajando en ángulo hacia la ventana de una sola hoja, las zarzas asomando por el alféizar. El lado de papá estaba casi treinta centímetros por debajo del de mamá, haciendo fácil imaginarla rodando un día hacia él y asfixiándolo en medio de un ronquido, mientras toda la casa, como una maleta sin atar, derramaba el contenido de nuestras vidas colina abajo.

—¿Viste a Yoshito como te dije? —preguntó Bernard.

—Ajá.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

Le mostré el móvil de prepago.

—Llama al número que hay detrás cuando quieras verlo.

—No quiero que te sientas raro otra vez —dijo, guardando el móvil en el bolsillo.

—Demasiado tarde.

Le tendí la tarjeta del agente especial y le conté una versión abreviada de nuestra conversación.

La expresión de Bernard no cambió, como si estuviese acostumbrado a lidiar con cosas mucho peores.

—Si hubiese sabido algo de verdad, no se hubiese arriesgado a hablar contigo.

—Pero, si están escuchando mis llamadas —susurré—, podrían saber que estás aquí ahora.

—Lo dudo.

Entonces, de manera prosaica, volvió a sacar el teléfono, miró el número y comenzó a marcar.

—¿Qué coño...? —Cerré la puerta a nuestra espalda—. ¿Vas a llamarlo ahora?

Se encogió de hombros, luego dijo algo que sonó a «Ko-ni-ch-uá» al auricular y lanzó una serie de frases tersas en japonés, antes de volverse a mí.

—¿Tienes coche?

—Sí, pero...

Entonces, se llevó un dedo a los labios y terminó su conversación telefónica con otra ráfaga de guirigay antes de colgar y decirme:

—Esta noche, a las diez. Y sí, sabe lo del federal, pero no le preocupa. Y, por cierto, no voy a necesitar un barco nuevo.

—Ahora dime...

Ruby abrió la puerta de golpe.

—¡Eh! No podéis dejarme tirada sola con ellos.

Nos sentamos a la mesa como actores oxidados que vuelven a un plató y un guion familiares, y la cena pareció casi normal durante una vivificante media hora, en la que nos pasamos los mismos espaguetis de siempre y la colorida ensalada de Ruby. Tendimos a interpretar nuestros antiguos papeles: papá llevando la voz cantante; mamá llenando los huecos con información y datos relevantes; Ruby contando historias, verdaderas y falsas; Bernard diciendo solo con los ojos que eran chorradas, una por una; Gruñón implacablemente positivo, con la alarma del reloj de pulsera sonándole cada diez minutos.

—No lo oye —susurró mamá.

—Pero nosotros, sí —dije.

Ruby me preguntó por el astillero, lo que llevó a Gruñón a reconstruir nuestro ejercicio de rentablado y a mamá a preguntarle a ella por su finca.

—Está haciéndose demasiado popular —dijo Ruby—. Tenemos media docena de solicitantes al día. Algunos son amigos o parientes de la plantilla. Otros acaban de oír hablar de ella. Al final, me convencieron para cobrar por las visitas.

—¿Hay visitas a otras fincas de la zona? —preguntó mamá.

—Lo cierto es que no.

—Entonces, ¿por qué sí a la tuya?

—En gran parte, por las calabazas.

—¿En serio?

—¿Quién paga por ver un calabazar? —preguntó papá.

—¡Nadie me escucha nunca! —grité—. Cultiva las calabazas más grandes del universo.

—De la provincia —dijo Ruby.

—¿Cuánto cobras? —quiso saber papá.

—Por una visita, diez dólares canadienses.

—Mi hermana, la capitalista —dijo Bernard.

—La palabra es filántropa —dije—. El dinero va a una fundación para gente sin hogar, ¿no?

—Por amor del cielo —dijo papá—. ¿Tienes un sueldo?

—Solo alojamiento y manutención, como todo el mundo.

—Pero ¿es tu finca?

—Nuestra finca.

—Es de ella —dije—. Además, tiene su propio remonte de salmón, pero seguramente también lo habéis olvidado.

Gruñón no dejaba de preguntar si alguien quería más vino o cerveza, y todos decíamos que sí, menos Ruby, que nunca bebió ni una gota de alcohol con nosotros en aquella casa. Observé al viejo escudriñando a todo el mundo, luego sacudiendo la cabeza.

—He perdido el control del tiempo —dijo.

El seco golpe doble en la puerta disparó nuestra particular alarma de dos perros y nos dio un susto a todos, en especial a Bernard, que saltó del asiento, con el codo izquierdo oscilando lo suficientemente alto para dejar entrever su funda de pistola bajo la axila, y se metió en el baño de golpe.

Ruby siguió a los perros hasta la puerta y saludó a la menguante señora Trowbridge, nuestra vecina cotilla.

—¡Qué sorpresa! —exclamó, aunque claramente no lo era—. Hace tantísimo tiempo que no te veía, Ruby.

Escaneó con los ojos las caras y contó los platos antes de deshacerse en disculpas por interrumpir nuestra cena y marcharse con una expresión confundida.

—¿Sigues siendo un fugitivo? —comenzó papá cuando Bernard se reunió con nosotros.

Comencé a quitar la mesa.

—Por lo que sé, sí.

Bernard se sentó con una postura más abierta, las caderas paralelas a la puerta.

—Vamos a solucionar esta mierda de una vez por todas —dijo papá.

—Desestimarán toda esa basura en un suspiro —añadió Gruñón alegremente—. Las cosas prescriben, ¿no? ¡A nadie le importa ya!

—Cerrarán el puto expediente —papá golpeó la mesa con el puño dos veces.

Los perros lloriquearon, pensando que habían vuelto a llamar.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó Bernard—. La prescripción no se aplica a quien huye de la Justicia.

Papá se inclinó hacia él.

—No puedes pasarte la vida escondiéndote de las Betsy Trowbridges de

este mundo. Si tienes que ir a la cárcel un tiempo, ¡hazlo! Has demostrado que puedes hacer cualquier cosa, por Dios. Puedes...

—Por una vez —saltó Bernard—, intenta pensar en vez de simplemente presionar.

Incluso los perros parecían escarmentados. Gruñón aprovechó la oportunidad para pasar de la Rainier al ron.

—¿No puedes concebir —continuó mi hermano, la voz ganando en claridad y fuerza— que quizá alguien que siente la necesidad de subirse a las montañas más altas y surcar los océanos más anchos podría sentir pavor ante la idea de pasar el mínimo tiempo en una celda?

Dado lo poco que había hablado, esto sonó como el Discurso de Gettysburg. Aunque hubo más.

—Soy ciudadano de la nación más hermosa de la Tierra. Una nación cuyas leyes son duras, pero simples; una nación que nunca engaña, que es inmensa y no tiene fronteras, donde la vida se vive en el presente. En esa nación sin límites, la nación del viento, la luz y la paz, no hay otro soberano que el mar.

—Moitessier —dije en medio del silencio que siguió.

—¿Quién? —fingió ignorancia papá, luego sonrió de mala gana—. Dios bendito, cómo odio a ese romántico hijo de puta.

—Pasarte a Canadá sería sencillo —dijo Ruby bajito.

—¡Sí! —atacó papá—. Ruby te cruzará, y el resto nos encontraremos con vosotros en Victoria el viernes.

—Vamos, Bernard —susurró Ruby—. ¡La Swiftsure! Nada más que la familia a bordo. Sin Betsy Trowbridges. Sin polis. Dinos que te apuntas. Dilo. Te sentará bien.

El silencio fue entonces incluso más largo.

—No —dijo—. No puedo. No lo haré.

Su voz tenía la elasticidad justa, sin embargo, para que Ruby comenzase a recitar de una tirada lo fantástica que iba a ser la Swiftsure aquel año, lanzando falsas probabilidades sobre viejos barcos como el nuestro con velas de vanguardia que ganaban en condiciones erráticas como las que se preveían.

—¿Cómo podríamos nosotros perder con el propio Leif Eriksson a bordo? —gritó señalando a Bernard—. Hacedme el favor de decirme que no soy la única que ve el parecido.

Descolgó la foto de la estatua de Ballard de la pared y la sostuvo junto a la

cabeza de Bernard. No se parecían en nada.

—Por fin —chilló—. Toda la prueba que necesitábamos para establecer nuestra descendencia directa del gran héroe islandés de la navegación.

Papá tamborileó con los dedos en la mesa, el vino disminuyendo su paciencia, antes de volverse hacia Bernard.

—Entonces ¿cómo dices que te las has apañado?

—De forma creativa.

—Apuesto que sí, pero ¿legal o ilegalmente?

Bernard echó un trago a su cerveza.

—No quieres saberlo.

—Ya lo creo que sí.

—Vendo mariposas —le dijo Bernard— y hundo barcos.

—Por Dios santo —dijo papá.

—Estoy tan contento de que estemos todos —dijo Gruñón, con los ojos otra vez llenos de lágrimas—. Aunque solo sea este momento.

—¿Hemos dado las gracias como es debido a Odín y Tor por esta reunión? —preguntó mamá.

—No te olvides de Poseidón —añadió Ruby, agarrando el chupito de Gruñón y lanzando su contenido de color bronce sobre el hombro, mojando con él a los labradores, que se levantaron para sacudirse—. ¡Vamos, Bernard! —aguijoneó—. Cuéntanos historias del mar.

—Ya he hablado más esta noche —dijo él tras una pausa— que en todo el mes pasado.

—En ese caso, ¿puedo contar yo tus historias?

Él dejó la cabeza colgando y ella lo tomó como un sí.

—A ver, Bernard —se preguntó a sí misma, mirando por encima del hombro izquierdo—, ¿alguna vez te han dado una serenata los delfines en alta mar?

»Casi todos los días —se contestó con su mejor imitación del murmullo de Bernard por encima del hombro derecho—. Venían durante el almuerzo y bailaban frente a la proa, luego saltaban sobre las aletas caudales y me saludaban.

»¿Has visto algún calamar gigante?

—Montones, Oprah. ¿Puedo llamarte O? En la costa de Japón, sus tentáculos ondeaban como bambú al viento.

—¡Oh! Vaya, Bernard, ¿has visto también al Monstruo del Lago Ness?

—Buen intento, O. Es una criatura de agua dulce.

—Has estado fuera años. ¿Por qué no has dado la vuelta al mundo?

—Me perdí en el Pacífico, querida.

—¿Has mirado a los ojos a alguna ballena? —preguntó Ruby a su hermano.

—A varias —dijo él.

—¿Habló alguna contigo?

—Sí, pero aún estoy aprendiendo su idioma.

Mamá preguntó si había visto alguna aurora boreal, mientras Gruñón se dirigía colina arriba por más ron. Antes de que Bernard pudiese contestar, papá dijo:

—¿Puedo deciros lo que he visto yo? He visto cómo se le caían los pantalones a mi viejo.

—Ya no tengo culo para mantenerlos en su sitio —contestó Gruñón a gritos.

—Serías una comida frustrante para un oso pardo —comentó mamá.

La miramos, incrédulos, esperando una explicación.

—Los osos se tiran primero a los glúteos —dijo.

—¿Como ese presentador de los deportes? —preguntó Ruby—. ¿Cómo se llamaba?

—¡Albert! —Gruñón perdió el equilibrio de la risa—. Marv Albert: ¡el muerdeculos!

Después de que nos hubiésemos recuperado todos, mamá se sintió obligada a exponer los motivos por los que no éramos más raros que la mayor parte de las familias.

—Solo somos más extraordinarios —dijo, inclinándose sobre la mesa hacia nosotros—. Y nos mantenemos cerca incluso cuando estamos lejos.

—¡Y vamos a ir todos a la Swiftsure! —gritó Gruñón después de que volviera a sonarle la alarma del reloj.

—Déjame ver eso.

Ruby le sacó el reloj de la muñeca y me lo pasó. Luego le besó el dorso de la mano, lo que hizo que al abuelo se le llenasen de lágrimas los ojos y a Bernard reír. Fui a los ajustes de la alarma con el botoncito, los apagué todos y le devolví el reloj a Gruñón.

Entonces, de pronto, la familiaridad se evaporó, y volvimos a parecer extraños, nuestros cambios y diferencias alzándose como verdugones en la luz moribunda, aunque quizá yo estaba sintiendo lo que iba a suceder, no lo que estaba pasando ante mí. Mis ojos buscaron en Bernard más cicatrices,

tatuajes o cualquier otra señal de lo que había estado haciendo, mientras yo me preocupaba de que el globo de Ruby hubiese perdido demasiado aire.

Necesitando normalidad como el respirar, encendí el equipo de música y puse *Lo mejor de Dizzy Gillespie* para los dos Bobos, mientras que los jóvenes nos tumbábamos en el suelo con los perros, fuera del alcance del oído. Ruby nos dijo que su trabajo en cuidados paliativos se había hecho un poco deprimente y que había comenzado a compensarlo con abrazar a bebés prematuros en el hospital una vez a la semana.

—Algunos tienen el tamaño de una patata —dijo—. Cuando dejan de llorar, es como un piropo. Tenéis que probarlo; los dos.

Ansioso por cambiar de tema, dije:

—Hay un regatista de Star que ha estado navegando en Olympia los últimos tres años esperando que aparecieses. Está enamorado de ti desde que competiste en Laser contra él cuando eras una cría.

—¿Clark Thompson? —preguntó.

—No.

—¿Lenny Hurst? ¿Brock Jensen? ¿Tom O'Brien?

—Mario Seville —dije.

Arrugó la nariz.

—Me suena el nombre.

Al cabo de una hora, nos habríamos vuelto a desperdigar, pero, por el momento, estábamos en el suelo, los tres, con los sonidos y olores familiares, rascando a los perros mientras los Bobos discutían la logística de la Swiftsure y mamá derivaba de vuelta a su despacho, como si tirase de ella una fuerza invisible.

Siguiendo instrucciones, Bernard y yo comprobamos nuestros retrovisores compulsivamente en busca de faros sospechosos que pudieran estar siguiéndonos, antes de aparcar el coche de Noah detrás de un bar desierto en la avenida Aurora. Luego recorrimos deprisa dos callejones, hasta que localizamos una escalera que subía en espiral, por encima de un taller de coches renovado, a un apartamento de un dormitorio en el que un asiático de unos cincuenta años con la sonrisa blanqueada veía un *reality* sin volumen en una tele enorme.

Los dos hablaron durante varios minutos incomprensibles y desconcertantes antes de que Bernard sacase unos Tupperware de su mochila y los colocase sobre la encimera de granito de la isla de la cocina.

—El japonés de tu hermano es soberbio —me dijo Yoshito, entre miradas

a enormes mariposas muertas—. La mayor parte de la gente solo conoce un par de frases: cómo decir gracias, cómo pedir sake.

Rechazó con un gesto de la mano el ofrecimiento de Bernard de abrir más cacharros y luego le dio montones de billetes, que mi hermano, por su parte, no se molestó en contar antes de meterlos en la mochila. Después de otro extravagante intercambio en japonés y una ronda final de apretones de manos sonrientes, salimos.

El encuentro fue mucho menos estresante de lo que esperaba, casi me desmayé de alivio. Iba cambiando de carril distraído, pensando en Ruby y en su largo camino de vuelta a casa, cuando noté los rojos y azules que giraban directamente detrás de mí.

—¡Mierda!

Frenando levemente, comencé a hacerme a un lado.

—No has pasado el límite de velocidad —dijo Bernard con calma—. No has hecho nada malo.

Antes de parar del todo en el arcén, el coche patrulla nos adelantó con la sirena a tope, en pos de otra persona.

Mi hermano se rio.

—No eres muy bueno en esto, ¿eh?

Incorporándome tímidamente al carril lento, le escuché diseccionar el encuentro con Yoshito.

—Hemos conseguido un cincuenta por ciento más de lo que tendríamos tratando con sus subordinados porque he estado cortejando al cabrón desde que supe que respeta a los blancos que hablan japonés fluido. Así que tenemos que darle las gracias al Rosetta Stone por esto. —Dejó caer el dinero en su regazo—. ¿Te va bien un diez por ciento?

—Quince —espeté.

—Defendiendo lo tuyo: me gusta. Pero un diez es generoso.

—¿Por qué no ha mirado tus mariposas? —le pregunté, aún abochornado, pero con la voz de regreso.

—Se la juega a que no le voy a joder si él no me da por culo. Un posible error de cálculo por su parte, porque no voy a volver a vender mariposas. He conseguido un trabajo de verdad, ¿sabes, Josh? Bueno, más o menos de verdad.

—Ah, ¿sí? ¿De camello? ¿Como espía?

—Solo puedo decirte que es en el océano Antártico y que comienza el veinticuatro de junio, nada más.

—Ese es el día del fin del mundo —le dije—. El padre predicador de mi amigo dice que es cuando los creyentes ascenderán al cielo.

—Bueno —dijo mi hermano—, se ve que no se me da mal escoger fechas.

Nuestro bamboleante planeta

Aún no hay apuestas en Las Vegas sobre la fecha exacta del Día del Juicio, pero el padre de Noah no es, desde luego, la única persona que ha especulado con ella, solo ha sido algo más voluntarioso y ansioso por ser específico.

La Sociedad Unida de Creyentes en el Segundo Advenimiento de Cristo predijo que el mundo terminaría en 1792. El agricultor norteamericano William Miller se decidió por los años 1843 y 1844. Los Testigos de Jehová eligieron varios años entre 1914 y 1994. Diversos majaretas y fanáticos han usado la numerología y los algoritmos y otros métodos para seleccionar días concretos. Más recientemente, millones de pesimistas se reunieron en torno a una mala interpretación de un calendario maya, que indicaba que nos estábamos quedando sin tiempo.

Prácticamente todas las religiones y mitologías tienen una historia sobre esto. Todos los hilos necesitan extremos, preferiblemente *crescendos* hollywoodienses llenos de acción que lo resuelvan todo con una última lucha entre los justos y los malvados. Los cristianos siguen insistiendo en que el regreso de Jesús a la Tierra será el final del Apocalipsis, y el cuarenta y uno por ciento de los estadounidenses creen que eso sucederá antes de 2040. Los hindúes ven el comienzo del fin de manera parecida, con Visnú descendiendo a lomos de un caballo blanco. Una profecía budista vaticina fases de deterioro hasta que aparezcan, de repente, siete soles en el cielo, y la Tierra se consuma en llamas.

La mitología islandesa tiene una sola palabra ominosa para el fin de los días: *Ragnarök*. Prácticamente todos los mitos nórdicos se refieren a ella. Sin embargo, no tiene la ventaja de una fecha concreta. Así que los vikingos se preparaban todos los días, sin saber nunca cuándo iba a llegar la batalla y prender fuego a los mares. Su única pista era que el *Ragnarök* estaría precedido por una serie específica de hechos, comenzando por tres inviernos seguidos sin veranos entre ellos, en los que los hombres se volverían locos, comenzarían a atacarse unos a otros y cometerían incesto con sus hermanos.

Entonces, justo al final, la luna y el sol saldrían de escena por la izquierda, y toda la tierra se hundiría en el océano (las inundaciones son enormemente populares en las historias del fin del mundo, igual que los terremotos, los tsunamis y las erupciones volcánicas, lo que ayuda a explicar por qué la gente se vuelve tan beata en caso de catástrofe natural).

Los científicos tienen sus propias teorías. Los seguidores de la expansión eterna argumentan que un universo en expansión acabará por desgarrarlo absolutamente todo, las estrellas y los planetas e incluso los átomos. Los creyentes en la gran glaciación imaginan que el universo en expansión se enfriará demasiado para que haya vida en ningún sitio. La gran implosión invierte dichas ecuaciones y afirma que una colisión masiva producirá un *Big Bang II, la secuela*. Pero todos estos casos están a millones de años de distancia y ningún astrónomo se atrevería a predecir un milenio para el Juicio Final, mucho menos un día.

Los apocalípticos menos científicos advierten sobre Nibiru, el solitario Planeta X, que sigue, supuestamente, una ruta de colisión con la Tierra. Que este desastre lo predijese una mujer que afirmaba recibir correos electrónicos de alienígenas no ha desanimado a sus fieles, pero puedo asegurar que, si Nibiru estuviese volando hacia nosotros, mi madre ya lo habría visto tan fácilmente como se distingue un alce en una bolera. En esas líneas, Einstein presuntamente murmuró algo como: «Cuando las abejas desaparezcan de la faz de la Tierra, al hombre solo le quedarán cuatro años». Lo siento, Albert, pero eso no me suena muy científico.

En consecuencia, así veo yo el final: teniendo en cuenta que la rotación del planeta se ralentiza, puede que por fin nos convirtamos en una esfera fija, como nuestra luna, con un lado en la luz y el otro para siempre oscuro y frío.

También existe la posibilidad de que la inclinación de 23,5 grados de nuestro eje aumente con el tiempo. Algo que me alarma porque sé exactamente cómo se siente una inclinación de 23,5 grados. ¡Mal que te cagas! Es el momento de poner más gente en la regala de arriba o de izar velas más pequeñas. Marte gira con una inclinación de 25 grados, Saturno con una de 27 y Neptuno con 30 justos. Puede que fuesen todos más hospitalarios en sus buenos tiempos, cuando eran más jóvenes y estaban menos escorados.

Visto que la única razón por la que hay vida en la Tierra es la atracción de una estrella a 149,6 millones de kilómetros, y que nuestra prácticamente insostenible inclinación combinada con la rolliza sección media del planeta

nos hace parecer una peonza que comienza a tambalearse, ¿cómo podríamos creer que todo esto no va a terminar nunca?

Es un milagro que sigamos aún aquí.

La peregrinación

Dadas las inhóspitas predicciones de vientos ligeros, fue tonificante ver banderines crujiendo y aguas agitadas al zarpar a motor hacia nuestro rincón del mundo.

Cuando salimos del puerto Victoria, junto con ciento cincuenta veleros más, papá nos dio la tabarra con el tiempo y las corrientes y las funciones de la tripulación, una variación de su arenga prerregata que habíamos oído y de la que nos habíamos burlado tantas veces. Mamá y Bobo padre reglarían el tangón y supervisarían los instrumentos. Bernard se encargaría de la proa con mi ayuda. Papá y yo trabajaríamos los güinches. Ruby o quien estuviese más cerca manejarían la mayor. Nos turnaríamos al timón, excepto mamá y Gruñón. Si soplaba mucho, desearíamos haber contado con más tripulación, pero aquello iba a quedar en la familia Johannssen.

Aunque es cierto que llevaba años sin ver a toda la familia a la brillante luz de la mañana, desde luego, parecían impostores. ¿Ojo de halcón Ruby llevaba gafas? ¿La papada de mamá se había caído durante la noche? ¿La barriga de papá tenía el doble de tamaño? Sin embargo, Bernard, tras su barba de Zeus y sus gafas de sol a lo Ray Charles, llevaba el disfraz más persuasivo de todos. No podía encontrar a mi hermano en aquel rostro por mucho que lo mirase (se había colado por la aduana con un pasaporte neozelandés declarando que era Charles E. Chapman, natural de Wellington). Solo Gruñón, encorvado como un viejo *jockey* bajo su gorra de chófer británico, se parecía en algo a sí mismo.

Allá donde mirase, la gente tomaba fotos y grababa películas de la procesión de salida, con incontables cámaras y teléfonos que parecían apuntarnos. No era, de hecho, solo mi imaginación. Estábamos en la primera plana del *Victoria's Times Colonist* a la mañana siguiente, con papá al timón y Ruby en el centro de la foto, con aspecto preocupado. «El capitán Robert Johannssen hijo, de Seattle, su hija Ruby y la tripulación», decía el pie de foto.

Antes de que izásemos una sola vela, papá cumplió sus rituales neuróticos habituales, navegando con la proa directamente al viento, luego frenando, parando y retrocediendo con fuerza, esperando hacer caer las ceibas y el detritus que aún colgasen de la quilla. Si algo se agarraba de verdad al barco, lo sabría de inmediato, pero era igualmente bueno imaginando arrastre.

—¿Sentís algo? —preguntó.

—No —le tranquilizamos—. Todo despejado.

Sin embargo, lo repitió todo, acelerando contra el viento y, luego, a toda velocidad marcha atrás.

—¿Sentís algo?

Satisfecho por el momento, nos dejó izar las velas y atravesar la línea de salida en el bullir creciente del viento, las olas, las estelas de barcos y el chapoteo de la corriente, apuntando a intervalos el *Freya III* directamente hacia la brisa y dejando que las velas azotasen para comprobar y recomprobar de dónde venía exactamente el viento en relación con la línea de salida.

—¿Rumbo? —preguntó.

—Dos setenta —le dije.

—Dos sesenta y cinco —dijo mamá unos segundos después.

—Vamos a ver, decidíos —exigió.

Apenas importaba. Habíamos estimado la dirección del viento al menos otras dos veces, pero nuestro capitán encontraba consuelo en la repetición.

Había solo ocho nudos de viento, nos decían los instrumentos, aunque parecían el doble en la piña previa a la salida, con tantos abordajes evitados y tanto tráfico de adrenalina entre patrones nerviosos. Meses de logística, mantenimiento y castillos en el aire tomaban cuerpo en la salida, que seguramente significaría muy poco en una regata de 196 kilómetros, pero que, en aquel crisol, parecía la coyuntura más crucial de nuestras vidas.

Más de trescientos barcos y dos mil marinos solían reunirse para la Swiftsure antes de que los iPhone y las Xbox distrajeran a la humanidad. Hace veinte años, la regata parecía un rito de paso mítico, una peregrinación religiosa o un fenómeno migratorio en el que gente de todas las edades se afanaba en navegar hacia el abismo.

Para cuando nos reunimos, seguía siendo la principal regata de la región, aunque el número de barcos se había reducido a la mitad. Y la pequeña Victoria volvía a estar inundada de gente una vez más.

Aunque a solo noventa y seis kilómetros de Seattle y de Vancouver, Victoria se muestra al mundo como una pintoresca ciudad británica. Puede

que los jardines impecables y el té de las cinco viniesen con el hecho de ser bautizada con el nombre de la rolliza monarca de Reino Unido. Vicky la aguafiestas —vestía de negro más a menudo que Johnny Cash— nunca llegó a poner siquiera un pie en Canadá, mucho menos en su ciudad homónima. Pero eso no disuadió a los canadienses de celebrar el Día de Victoria cada mes de mayo, lo que, sugería Ruby, era casi tan ridículo como el Día de Colón en Estados Unidos. Su fiesta nacional solía caer el lunes siguiente al fin de semana de la Swiftsure, casi a finales de mes, así que ambas celebraciones chocaban invariablemente, con el festival alcohólico del puerto internacional salpicando el otro lado de la calle, donde el Empress Hotel cubierto de hiedra se esforzaba por conservar la dignidad cobrando cincuenta y nueve excesivos pavos por su servicio de té y bollos.

Aun así, muchos locales acogedores rebosaban de patrones curtidos por el viento, presumiendo de haber competido en esta regata veintitrés veces seguidas y haber visto todo lo que uno podía ver (cuando se trataba de medirte la polla de marino del Noroeste, el número de Swiftsures estaba al nivel de cuántas millas oceánicas habías navegado). Ingenieros, médicos y abogados habían estado siempre bien representados, pero, para entonces, la multitud estaba comenzando a parecer la hora feliz de los Veteranos de Guerra. Era un grupo con achaques, aunque los cócteles hacían retroceder temporalmente las agujas del reloj y las mentiras se amontonaban con los vasos vacíos: «Pasó de soplar de treinta a cincuenta de repente y los palos comenzaron a caer como palmeras en un huracán. Así que teníamos dos opciones, dar la vuelta y huir o mojarnos. En vez de eso, tomamos la tercera opción y no hicimos nada. El estay se partió primero sonando como un treinta-cero-seis».

A cada historia la superaba la siguiente, contada, si no por un pensionista venoso, por un diseñador de software aniñado u otro pez gordo de *start up*, vestido con una costosa chaqueta Gill y gafas polarizadas (que no se había quitado al entrar en el bar), pavoneándose con la misma jocosidad de club privado que siempre me había hecho pensar que mi familia era miembro de la fraternidad que no le correspondía: «Parece rubia, es cierto, pero ¿hace el felpudo juego con el flequillo?». Todo el mundo intercambiaba historias de flema heroica, utilizando el rápido pistoleo de la jerga marinera que nunca me ha conmovido. El único Johannssen que se ha sentido alguna vez a gusto en este ambiente era mi padre, que atraía multitudes y murmuraciones. La gente quería un apretón de manos o hablar con él, aunque pensasen que estaba loco.

Cojeando de vuelta a la marina en la víspera de la regata, Gruñón había gimoteado sobre si Ruby aparecería realmente, la posibilidad aún demasiado remota para asentarse en su mente. Las cervezas exageraban su paso inestable hasta el punto de que Bernard y yo lo agarramos de ambos lados. Mientras, papá andaba de guasa con regatistas canadienses y estadounidenses que nos habían seguido hasta el puerto para ver nuestro barco, algunos cubriéndose la boca para ocultar su diversión a la vista de nuestro viejo Joho descolorido y sucio rodeado de nuevos aparejos relucientes, que pesaban la mitad que él y valían diez veces su precio.

—¡Oigo voces abajo! —dijo Gruñón con entusiasmo—. ¿Está ya aquí?

—¿De verdad vas a competir con este vejstorio de barco mañana, Bobo? —preguntó un hombre mayor—. La nostalgia no tiene nada de malo, pero ¿has visto los bólidos a los que te enfrentas?

—Bah, ya veremos —jugueteó papá—. Al paso que van las cosas, podría ser que ni siquiera lleguemos a la línea de salida.

—¡Ah! O sea que estás aquí con la familia solo de turismo.

—Eso es. Puede que vayamos al museo de cera o a ver las flores.

Entonces se abrió la escotilla de bajada.

—Tú ganas, mamá: no estaban demasiado borrachos para encontrar el barco.

—¡Ruby! —chilló Gruñón.

Su nombre y rumores de segunda mano reverberaron entre los borrachos del muelle cuando saltó del camarote y abrazó a su abuelo, balanceándolo de un lado a otro.

Una vez que los rivales se hubieron ido dando traspiés, nos aposentamos abajo, Ruby y mamá riendo como niñas que no pueden mirarse una a otra sin troncharse, y papá —como en los viejos tiempos— culpando a «alguien» de haber olvidado su neceser.

Después de dormir un sueño tan ligero que pareció más una vigilia, comencé mi ronda al amanecer, amarrando una línea a la botavara para ayudar a evitar trasluchadas no intencionadas. Luego, las cosas más pequeñas, de chavetas a bloqueos de grilletes, y pastecas. Subí a la cruceta de abajo y cambié una bombilla fundida, luego continué hacia arriba, hasta el tope de palo, para sustituir las copas rotas del anemómetro. Allí me entretuve, observando el amanecer amarillo y los esperanzados barcos de abajo, hasta que el arnés comenzó a dormirme las piernas y papá apareció en cubierta. Me quedé allí un poco más, sabiendo que, si los dos estábamos solos, discutiría

con él sobre el hándicap que había visto que nos habían asignado en el registro de regata.

La Swiftsure no comienza con una sirena o una pistola, sino con un cañón.

Había tres salidas distintas, con los barcos más grandes y rápidos en la primera. Luego, veinte minutos más tarde, era la nuestra, con unas pocas decenas de barcos de entre treinta y cincuenta pies intentando situarse en el agua agitada.

Si papá tuviese que escoger un solo lugar y un solo momento, probablemente elegiría este, merodeando treinta segundos antes, acosando a todo el mundo con sus ágiles maniobras y su voz dominante, las cabezas girando a cada uno de sus ladridos.

Cuando faltaban veinte segundos, la flota se condensó, con los patrones a la caza de huecos en los que entrar como flechas en la esperanza de crear espacio y encontrar viento sin obstáculos. Salimos disparados precariamente cerca del enorme barco de la Guardia Costera que servía de extremo izquierdo de la línea de salida y, una vez que nuestra proa sobrepasó la popa de un Beneteau 50 que iba delante de nosotros, papá berreó: «¡Tienes que darme paso!», y su patrón nos cedió más espacio del que debía, garantizándonos viento limpio y el carril interior, cuando el cañón tronó sobre nuestras cabezas en el instante en que cruzábamos la línea.

Temporalmente ensordecidos, nos ocupamos del reglaje de las velas necesario, siguiendo las órdenes de papá: «Dadme un poco de contra... Eso es... ¡Más!... ¡Ahí!... ¡Sin patarréz aún!! Mantened las velas llenas, el aire a popa, un poco menos driza de foque».

«¡Gracias, Odín, por este comienzo!», gritó Gruñón levantando sus manos enguantadas cerca de la cabeza, seguido por el aullido tarzanesco de Bernard. Papá sonrió y sus ojos escudriñaron las velas y el agua, agazapado junto a la regala inferior para poder estudiar el foque, vestido solo con una camiseta a pesar de los siete grados, la tripa hinchando el algodón, sin afeitarse, con resaca y emocionado, sin gorra ni gafas de sol ni protección solar, como de costumbre, el pelo, lo noté por primera vez, raleándole, los ojos brillantes y las manos ágiles en el timón, con un rubor esperanzado en las mejillas. Por el momento, todos lo compartíamos, apreciando en silencio la notable velocidad a la que el viejo Joho se abría paso entre la confusión, hacia aguas más calmas.

Cuarenta minutos más tarde, aún nos movíamos igual de bien que cualquiera en nuestra clase, y ganábamos terreno a barcos más grandes que habían comenzado veinte minutos antes.

—¡Ocho nudos! —gritó Gruñón, echando un vistazo a los instrumentos—. Ocho coma tres a barlovento.

Todos menos papá y yo parecieron sorprenderse. Mamá estaba especialmente desconcertada.

—Estos barcos no pueden con ocho nudos a barlovento, ¿no? ¿Cuándo se calibró esa corredera por última vez?

—¡Olvídalo, Marcelle! —dijo papá.

Bocabajo en la proa, Ruby observaba el hueco entre las velas y no decía absolutamente nada, lo cual significaba que todo estaba perfecto, los foils curvados como alas de rapaz para dar máxima velocidad. Incluso mamá parecía emocionada, con el flequillo plateado cruzándole los inquisitivos ojos.

Cuando el viento cambió diez grados al sur, los barcos comenzaron a virar hacia la costa canadiense.

—Vamos a asegurarnos de que escasea antes de ir —dijo papá.

—Se ha ido ya todo el mundo —señaló Bernard un poco después.

—Los lemmings no siempre tienen razón —le dijo papá.

—¡Exactamente! —gorjeó Gruñón.

—Aún podríamos pasar Race Rocks por fuera, de todas formas —añadió papá.

—La corriente va a ser peor ahí durante una hora o dos —señaló Bernard.

Papá esperó lo suficiente para que pareciese que la idea había sido suya y, entonces, dijo:

—Preparaos para virar.

—¿Has visto al *Wild Rumpus*? —pregunté.

—Sí —dijo—, lo veo.

Sus rápidos ojos fueron de nuestras velas al agua y los barcos que se apiñaban a nuestro alrededor.

—¿Todo el mundo listo para una gran virada? ¡A orza todo!

Dimos una bordada impecable. Que no es decir mucho, pero liberamos el foque exactamente cuando lo pedía, luego cambiamos rápidamente la atención al otro lado, en sincronía con la mayor antes de apretarse gradual aunque agresivamente en el güinche de estribor, minimizando el encalmado cuando no íbamos a toda velocidad, todo ello mientras girábamos ochenta y

cinco grados contra el viento, con el barco asentándose sobre la otra regala y su tendencia a escorar quince grados a barlovento, para obtener control y velocidad mientras nos dirigíamos en línea recta a la bañera recién estrenada del *Wild Rumpus*.

—¡Estríbor! —gritó alarmado su capitán.

—¡Mantén tu rumbo! —rugió papá, calculando ángulos y velocidades hasta la intersección de las dos naves, mientras pasábamos dos metros por detrás del barco de cuarenta y cinco pies y medio millón de dólares sin forzarlo a alterar el rumbo o a nosotros a cumplir un giro de penalización.

La tripulación de doce al completo, la mitad colgada de la regala con gorros del *Wild Rumpus* a juego, quedó boquiabierta ante nuestro pardusco barco con tripulación insuficiente y nuestro atuendo descoordinado, o quizá porque ya había adelantado a su nuevo bólido minimalista, por el momento, un viejo cacharro. O, posiblemente, como supuso el rumor, maravillada ante la exquisita vista de la legendaria Ruby Johannssen. Fuera lo que fuese, nos miraban fijamente, lo que inspiró a Bernard a hacer altos ruidos de mono, seguido por los ladridos de foca de Ruby y el grito de papá: «¡Basta!».

Navegamos el ascenso hacia la orilla, luego viramos cuando teníamos que hacerlo.

—¿Quién va por delante de nosotros? —preguntó papá.

—En nuestra clase, nadie —dije—. Todos los que van por delante nos deben tiempo.

Su sonrisa era tan amplia que le pude ver la funda dorada de uno de los molares.

—Estamos en ello —dijo. Luego, más fuerte—: ¡Estamos en ello!

—Y, Poseidón mediante, seguiremos aquí —secundó Gruñón.

—¿Qué? —gritó Ruby desde proa.

—Estamos en esta mierda —retransmitió Bernard.

—¡Chup chup!

Mamá puso los ojos en blanco, pero no podía parar de sonreír.

Durante otra hora no hicimos nada salvo navegar juntos con una compenetración que hacía mucho que se había desvanecido en tierra. Una vez que pasamos Race Rocks, papá dejó que gobernase Ruby.

Entonces, murió el viento.

Céfiros y orzadas

Ruby afirmaría más tarde que la brisa estaba muriendo antes de que ella se pusiese al timón, pero, si fue así, solo ligeramente. En cualquier caso, en minutos, había muy poco aire, luego nada en absoluto. Sin él, la ventaja de nuestra salida perfecta se evaporó cuando la flota se fue arracimando, con los barcos más ligeros deslizándose despacio hacia nosotros y los otros quedando aislados cerca de la costa canadiense, como atrapados en pintura fresca.

Aquella repentina calma no detuvo la regata, claro. Todo el mundo siguió buscando céfiros, quemando neuronas en teorías sobre cuándo o si virar y qué velas izar, la mayoría ahora colgando foques ultraligeros llamados drifters. Unos pocos barcos habían izado spis, pero las únicas ráfagas que se materializaron llegaban directamente a sus proas y los invertían. Pronto los arriaron todos y los sustituyeron con drifters. A petición de papá, Gruñón encendió un puro para revelar la verdadera dirección del viento que pudiese estar soplando, y el humo ascendió en línea recta.

A pesar de la calma chicha, ejecutamos cada bordada a cámara lenta como si hubiese viento real y cada maniobra pudiese decidir la regata, con Bernard acompañando suavemente el drifter de un lado a otro igual que si estuviese hecho de paño sagrado. Ruby devolvió el timón a papá y se sentó conmigo en la regala del lado del que colgaban las velas para ayudar a dar al barco una inclinación de velocidad favorable si llegaba a moverse. Alucinábamos ráfagas y líneas de viento por todas partes a nuestro alrededor. Luego se puso peor.

—La corriente —observó mi hermano— está a punto de empujarnos hacia atrás. Deberíamos fondear.

Gruñón miró los instrumentos.

—Tenemos noventa y seis metros de agua por debajo de nosotros.

—Puede que debamos virar de vuelta al centro —dijo papá.

—¿Donde la corriente es más fuerte? —preguntó Bernard.

—No lo sabemos —contestó papá.

—Claro que lo sabemos —le corrigió mamá—. Y va a hacerse incluso más fuerte durante la siguiente hora. Dos coma tres nudos en su auge.

La miró con odio.

—No me parece recordar que hablastes demasiado de corriente.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, no se suponía que el viento fuese a caer por debajo de cinco nudos. Esa es la sorpresa, no la corriente.

—Odio esta maldita regata —gimoteó papá—. Un año sí y otro no, la cosa se pone tonta.

—El viento está definitivamente levantándose —dijo Gruñón bajito—. Acabo de sentir algo en la cara. ¿Lo sentís?

—No —dijo papá—. ¿Por qué está Ruby tan callada?

—Está echando un sueñecito en la proa —le dije.

—¿De qué coño está tan cansada? ¿Dónde están los demás, Josh?

Mirando con los prismáticos, recité de un tirón qué barco estaba dónde y cuánto tiempo nos debía, o al revés.

—Vamos hacia atrás —anunció Ruby al despertarse.

Todos buscamos marcas de referencia, y tenía razón. En realidad, todos los barcos iban hacia atrás. Solo que nosotros íbamos en el sentido contrario más rápido que los demás.

—Tenemos que echar el ancla ahora mismo —insistió Bernard.

—Estamos en una regata —dijo papá—. ¿Quién ves que esté echando el ancla?

—Ya veo. Ahora resulta que los lemmings tienen razón.

—Seguimos en aguas de noventa metros —ladró Bobo hijo—. Aun cuando no fuese una idea idiota, no tenemos tanto cabo.

—Para lo que pueda servir —contribuyó Gruñón—, vamos a uno coma dos nudos en el sentido incorrecto.

—Déjame atar todos los cabos juntos —masculló Bernard— y encontraré el puto fondo.

Observábamos la colorida flota cerca de las rocas, en la que los barcos de velas flácidas parecían una bandada de cisnes exhaustos.

—¡Cristo en bicicleta! —se quejó papá.

—Tenemos que acercarnos a la orilla y fondear —insistió Bernard cuando varios barcos más nos pasaron despacio.

—Y ¿cómo exactamente vamos a llegar? —preguntó papá—. No tenemos viento ni gobierno para ir a ningún lado.

Ruby volvió paseando a la bañera y bostezó.

—Arriad las velas. Nos están impulsando hacia atrás.

Papá comenzó a hablar, luego se volvió a mamá.

Ella frunció los labios, dejó colgando la cabeza y dijo:

—En estas condiciones, el arrastre lo es todo. Y habrá menos arrastre sin ellas.

Una vez que papá hubo cerrado los ojos y asentido, arriamos las velas al unísono y esperamos, estudiando los instrumentos, el agua espejada, las marcas de referencia en la distancia, los otros barcos. Casi de inmediato, dejamos de movernos hacia atrás en relación con la flota.

—¿Velocidad? —solicitó papá.

—Medio nudo por encima de la base y aún en el sentido contrario —informó Gruñón alegremente—. Casi un nudo de mejora sobre la de antes.

—¡Sí! —celebró Ruby—. ¡Vamos hacia atrás más despacio!

Movernos apenas en el sentido contrario nos hizo durante un tiempo casi el barco más productivo, o eso parecía cuando pasamos al *Obsession*, el *Ultimatum* y el *Bedlam*. La tripulación del *Delirium* fue la primera en copiar nuestra táctica. Al cabo de quince minutos, la mitad de los barcos a nuestro alrededor habían arriado las velas. Aunque, para entonces, era demasiado tarde, porque había una única ráfaga que solo a nosotros nos dio tiempo a aprovechar izando las nuestras, lo que nos permitió convertirnos en los primeros en experimentar la emoción de navegar más deprisa que la corriente que venía en sentido opuesto. El viento fue aumentando a ritmo constante y mantuvo nuestra velocidad en casi tres nudos durante la hora siguiente, lo bastante buena para que pudiésemos soñar que doblaríamos la boya antes de anoecer. Pero entonces volvió a abandonarnos, y más ultraligeros se nos acercaron por la popa antes de adelantarnos como fantasmas.

—¿Cómo pueden moverse? —preguntó papá—. ¿Qué coño hacen que nosotros no estamos haciendo?

—Solo son más ligeros —le tranquilizó Gruñón—. Y la cosa va a estar tonta hasta que deje de estarlo. El viento está llegando.

—¿De verdad? —preguntó su hijo—. ¿Desde dónde? ¿Te parece que se esté moviendo alguna de esas nubes? ¿Ves algún movimiento en algún sitio?

Mamá tosió.

—El parte meteorológico...

—Sé lo que ha dicho el puto parte. ¿Y tú, Rube? ¿Alguna idea brillante o esperas escabullirte para otra siestecita?

—¿Y si te callas la boca un ratito nada más? —sugirió Bernard—. Igual eso ayuda.

—Perfecto —contestó papá—. Ahora me da consejos sobre buenas maneras un fugitivo.

—Relajaos, vamos —dijo Gruñón a todo el mundo.

—¡Solo los pringados se relajan! —saltó papá.

Luego se frotó la nariz con la palma de la mano y se lanzó abajo, donde lo oímos devorar todo un paquete de galletitas Ritz.

Cenamos por turnos, manteniendo rotaciones de una hora al timón a pesar de que no había ni gota de viento. El *Freya III* miraba al horizonte de color calabaza, quieto con las velas flácidas, cuando comenzaron las historias.

Lubricado por casi dos semanas en tierra, Bernard nos brindó relatos notablemente detallados de sus viajes por el Pacífico Sur y el Sureste Asiático, y nos dijo que sus nuevos héroes personales habían dedicado sus vidas a evitar las matanzas de ballenas:

—Ya que estamos, os voy a contar el secreto más terrible de la vida en la Tierra: las leyes internacionales sobre caza de ballenas no se cumplen. En el único lugar en el que realmente debería haber vigilancia no la hay en absoluto. Montones de normas, pero nadie para hacer que se cumplan.

Observé a papá leer silenciosamente las velas y el agua y los instrumentos, mientras se atiborraba con un plato de pasta para ocupar la boca y Ruby nos llevaba por un viaje en tercera persona en un *jeep* que rebotaba por carreteras de tierra a través de Nigeria, con un equipo de personas repartiendo cajas de vacunas contra la polio y la tuberculosis cuando, por fin, se dieron cuenta de que estaban completamente perdidos.

—Centrémonos en navegar —dijo papá cuando terminó de comer.

—Lo siento —dijo Bernard—. ¿Es que tenemos que hablar sobre ti?

—Por Dios, no, pero quizá podríamos concentrarnos en lo que estamos haciendo aquí. Podéis contar todas esas batallitas más tarde si queréis.

—Vamos a la deriva: no estamos navegando —aclaró Bernard—. Estar hipervigilantes con poco aire es ridículo. Si no hay aire, es de locos.

—Vamos, papá —lo engatusó Ruby—, estamos volviendo a conocernos. ¿Qué estáis construyendo Gruñón y tú ahora?

Él miró a Bobo padre y eludió el tema:

—Un poco de esto, otro poco de aquello.

—Muy poco —añadió Gruñón retirándose al camarote.

—De repente, todo el mundo está interesado en el negocio familiar —dijo

papá a nadie en particular.

—Capítulo Once —dijo mamá.

Papá sacudió la cabeza.

—¡Dios santo!

—Puedes contárselo todo al tribunal —disparó ella—, pero ¿no puedes decírselo a tus hijos? Bueno, presentó uno de esos formularios del Capítulo Once la semana pasada.

—¿Qué es eso? —preguntó Ruby.

—Una forma educada de decir bancarrota —dije.

—En realidad, es la manera —aclaró Bernard— en que las empresas esconden sus deudas.

—¡Basta! —cortó papá.

Y comenzó a adujar cabos en la bañera.

—Nos han vuelto a demandar —dijo Gruñón como lo más natural del mundo, volviendo a salir de abajo con una Rainier— por economizar demasiado en otro barco más, que yo, para empezar, no quería construir.

—¡No lo hicimos! —dijo papá.

—Sí, lo hiciste —dijo mamá.

—¿No estaba ya bastante hundido? —preguntó papá—. Si es hora de confesiones, ¿por qué no les cuentas a los chicos lo de tu charlita con el director?

Ella dudó, mirándonos sumisamente a todos.

—Me han invitado a jubilarme.

—¿Qué?

—Ha sido un año difícil. Me he quedado dormida en clase varias veces. He estado preocupada.

—Pero ¡la tiene! —saltó papá—. Esa es la parte de locos. Tiene la solución y no quiere presentarla. Ha resuelto un problema de un millón de dólares, pero ¡no va a reclamar el premio!

—Porque aún no está lista —dijo mamá con reparo—. Pero casi. O espero que casi esté.

—Escuchad, sabéis todos que no soy lo bastante listo para saber lo que está intentando probar —dijo papá, enrollando otro cabo hasta dejarlo listo—. Pero sé que si Marcelle cree que tiene razón, probablemente la tiene. Diles quién la ha mirado ya. ¡Díselo!

—Algunos amigos.

—¿Amigos? ¿Y el supertipo de fluidos de la Universidad de Utah?

—Es de Dinámica de Fluidos —dijo ella—, pero no creo que sea supernada. Y solo porque no hayan encontrado nada mal no significa que esté bien.

—Entonces ¿qué puedes perder presentándola? —preguntó Ruby—. ¿Y qué si está mal?

—¡Exacto! —dijo papá, mirándonos y luego bajando de nuevo la mirada hacia el extremo raído de un cabo en sus manos—. Es hora de reclamar tu recompensa.

Mamá negó con la cabeza.

—No me motiva el dinero.

—¡Pero a nosotros, sí! —gritó papá.

—Dijo el armador arruinado —masculló Bernard.

—Dijo el puto anarquista —replicó papá—, que hundió el yate de Doug Applegate.

—¡¿Qué?! —exclamó Ruby.

—Por Dios, Rube, ¿no llegan las noticias a tu puerta? —preguntó papá—. Applegate tenía atracada una cafetera de setenta pies en el lago Union hasta que se hundió la mañana después de que Bernard pasase por la ciudad hace unos, ¿cuántos, hijo, ocho años?

Todo el mundo se quedó mirando a mi hermano, esperando que lo negase, pero no lo hizo. Gruñón tragó más cerveza mientras papá seguía:

—Un investigador de seguros se pasó por el astillero un par de meses después para preguntar cuándo te habíamos visto por última vez. Así que ¿cuánto te pagaron por ese?

—Nada. —Bernard parecía medio dormido, casi aburrido—. Barrené el cacharro gratis.

—¡Por favor! —dijo papá.

—Fue un placer —añadió Bernard.

—Está bromeando —dijo vagamente Gruñón—. Por favor, dinos que es una broma.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté.

—Entré por una escotilla y tiré del fusible de achique. Luego serré una manguera de desagüe abajo, le até un ancla y la lancé a la sentina por debajo del pasacascos. Fue sencillo, y tuve cuidado. Me puse guantes.

—Bernard —susurró mamá—. Déjalo. No es cierto.

—Nadie debería tener un juguete tan grande —dijo sencillamente—, en particular, no un hombre que acaba con los planes de transporte público para

que todo el mundo tenga que ir en coche a su centro comercial y pagar por su aparcamiento. Su barco era una indecencia.

—Siempre has sido un salvaje —dijo papá, su cara hinchada brillando de ira—, pero nunca te creí un imbécil. Esa indecencia estaba asegurada. No le costaste un penique.

Bernard se encogió de hombros.

—Le envié un mensaje.

—¿Qué mensaje exactamente? —preguntó Ruby, recogiendo los platos.

—Que hay una fuerza niveladora en el mundo cuando la gente se hace demasiado egoísta —dijo Bernard, como explicando una de las leyes de Newton.

—Y ¿así es como te ves tú? —preguntó Ruby desde abajo, en la cocina—. ¿Cómo la fuerza niveladora?

—¿Quién coño va a hacerlo si no? —preguntó Bernard, arrebatando a papá el cabo deshilachado.

—¡Guau! —gimió Gruñón—. ¿Las leyes no significan nada para ti?

—Juego según las normas que tienen sentido para mí.

Bernard sacó cinta aislante del bolsillo del impermeable y la envolvió firmemente por debajo de los hilos sueltos.

—¿Qué opinas, Josh? —preguntó mamá—. Tú estás en el negocio de mantener los barcos a flote. ¿Está bien que Bernard hunda grandes yates?

Evitando sus ojos, comprobé los instrumentos —aún sin velocidad de barco o del viento— antes de contestar:

—Siempre he admirado la confianza de Bernard en que está haciendo lo correcto aun cuando no sea así.

Él se rio, soltó la cuchilla de su cadera y serró la sección aislada con cinta; los extremos sueltos cayeron.

—Veamos, ¿qué es lo que el salvaje y loco Josh nos está ocultando?

—Solo algunas citas vergonzosas, me temo —dije, resentido por su tono—. Recuerda que soy el vástago sin ambición.

—No sé —dijo papá, examinando de nuevo el agua y las velas—. Me parece que quedar con chicas por internet dice mucho de ti.

—¡Bobo! —le advirtió mamá.

—¿Qué? Obviamente hay algo que le gusta en lo impersonal que es. Es todo lo que digo. Menos riesgo de sentir nada, ¿no? No puedes cabrear a un ordenador. No puedes acostarte con él tampoco, pero supongo que así es como tiene que ser.

Intenté reírme, pero sentía náuseas.

—Ni siquiera sabes lo que es buscar pareja por internet.

—Sé que no te lanzas de cabeza a la vida. —Sonaba como si llevase años esperando para decírmelo—. No corres riesgos ni le echas la bronca a nadie ni invitás a nadie a salir, ni siquiera buscas un trabajo mejor.

—¿Intentáis arreglarme la vida? —pregunté esperando que alguien me rescatase.

Bernard sacó un mechero y quemó el extremo recién cortado del cabo hasta que se fundió en una punta unificada.

—Yo diría —dijo Ruby despacio— que Josh es el miembro más ambicioso de la familia.

Papá se rio.

—Es —continuó ella— quien siempre ha visto lo mejor de cada uno de nosotros, especialmente de ti —hizo una pistola con el pulgar y el índice y le apuntó con ella—, y es también quien cree que puede arreglar lo que está roto aunque sabe que se volverá a romper. Es nuestro confesor y cómplice, y posiblemente hace lo mismo para un montón de gente más. Intenta, contra toda probabilidad, mantener todo y a todo el mundo intacto. Esa es, de hecho, su ambición. Solo que es tan diferente de la tuya que no puedes verla.

Se quedaron todos mirándola, esperando mi respuesta a la evaluación de mi vida más generosa que nadie podría ofrecermé jamás. Luego, comenzaron a charlar a la vez sobre el tamaño de la huella que yo pudiese estar dejando en el planeta, suponiendo que estuviese dejando alguna. Los observé sin escucharlos.

Hacía mucho tiempo que me había definido como alguien mucho más pequeño que aquellas personas. Sentado allí, viéndolos por fin de nuevo a todos juntos, era obvio que no eran ni gigantes ni inmortales. Miré otra vez las clavículas sobresalientes de Ruby, la suave pelusilla sobre sus orejas y, por fin, me di cuenta de que su ímpetu por una última Swiftsure no era porque Gruñón estuviese languideciendo.

—Dios, Ruby —dije, parando la conversación—, ¿cuándo te diagnosticaron?

—¿Qué dice? —preguntó Gruñón—. ¿De qué está hablando?

Los ojos de Ruby tardaron mucho tiempo en encontrar los míos.

—¿Es muy malo? —Intenté decir más, pero no pude.

Las manos de mamá comenzaron a revolotear como pájaros enjaulados. Papá se sentó y se levantó y volvió a sentarse como si su plano cojín se

hubiese convertido en una piedra puntiaguda. Bernard miró hacia el cielo y soltó un taco que no oímos. Luego Gruñón dijo:

—Me he perdido, del todo.

—Si es muy malo ¿qué? —preguntó Ruby.

Convincentes como podían ser a menudo los ornamentos de sus historias, siempre había sido una actriz pésima.

—¿Ruby? —dijo mamá, pálida y demacrada—. ¿De qué está hablando Josh?

—Viento —dijo Ruby, mirando a nuestras espaldas—. Tenemos una ráfaga por la aleta de estribor. Vamos a amollar las velas, suave y lentamente, mientras Bernard prepara el spi, y luego las estrujaremos hasta el grosor de un pelo y pondremos la proa a veinte grados cuando esté aquí.

Nos pusimos suavemente en movimiento, como si el arte de la exquisita navegación con poco aire pudiese detener el tiempo y sus consecuencias. Ruby tomó la rueda del timón y Bernard se deslizó hacia delante para atar la driza y preparar el spi, mientras papá y yo reglábamos en silencio las velas. Mamá se quedó sentada inmóvil, mirando a Ruby, mientras el barco comenzaba afortunadamente a moverse.

—Ya he pasado la peor parte —dijo mi hermana, por fin, con los dedos temblando ligeramente sobre el timón—. Si la quimio y la radiación no lo tumban, tendré que pasar el resto de mis días con una sola teta —se palmeó el pecho izquierdo—. Así que sí, lo tengo, pero ¡mirad a lo que se enfrenta!

Apretó los puños y gruñó. Entonces todos la escuchamos responder a las preguntas de mamá como si estuviésemos empollando para un examen de Oncología, hasta que papá irrumpió en la discusión para ver si él podía intimidar a algún médico canadiense holgazán o a un pez gordo de alguna aseguradora para que curasen a su niña.

Cuando doblamos la boya, era ya más de medianoche, y el viento y las olas estaban creciendo detrás de nosotros.

—Lo siento, papá —dijo Ruby.

¿Cuántos años habían pasado? Y, sin embargo, todos sabíamos exactamente a qué se refería.

—Lo hice, en parte, para hacerte daño, algo cruel teniendo en cuenta todo lo que esperabas obtener.

Papá iluminó con una linterna la mayor, luego el foque, evaluando sus formas.

—Es difícil decir si eso ha sido una disculpa o un insulto —dijo. Luego,

tras unos cuantos largos segundos, preguntó—: Chicos, ¿recordáis nuestro viaje a Bend?

—Claro —dijo Bernard—. ¿Nuestras únicas vacaciones familiares que no fueron en velero?

—Yo no —dijo Ruby.

—Bueno, tendrías cuatro, puede que cinco años, y tú y yo nos despertamos temprano y fuimos a dar una vuelta en coche mientras todos seguían durmiendo. Recorrimos la ciudad con las ventanillas bajadas y la luz del sol entrando a raudales hasta que pusieron aquella canción en la radio, y estábamos solo yo y mi bonita hija sonriente paseando en coche por ahí, en aquel perfecto día recién estrenado. Sabes que no recuerdo nunca las canciones, pero aquella se me quedó grabada porque era sobre una mujer llamada Madam Joy, la señora Alegría, que todo el mundo se volvía a mirar porque era asquerosamente feliz. Aún pienso en ella porque fue justo entonces cuando me di cuenta de que crecerías, todo el mundo se volvería a mirarte y te irías de nuestras vidas. Así que ¿cómo estás de verdad, Rube?

Ella recogió la escota.

—Está comenzando a soplar —dijo—. Vamos a navegar sin más.

Oí a mamá y a Gruñón sorberse las lágrimas mientras el viento y el oleaje continuaban creciendo. Todos los estremecimientos, silbidos y chasquidos de los cabos de reserva y los grilletes sueltos significaban que ya estaba racheando más fuerte de lo pronosticado. Las olas se hicieron más ruidosas, suspirando y bufando a nuestra espalda, persiguiéndonos como toros. Con el toque de Ruby al timón, el Joho embarcaba las crestas bastante bien y viraba a barlovento a través de los senos para conseguir velocidad y control, luego giraba directamente a sotavento para planear de forma rápida y eficaz. Las luces de barcos a popa comenzaron a desvanecerse y las que teníamos delante brillaron más.

—¡Once nudos! —anunció Gruñón radiante cuando descendimos la cara de una ola, con la espuma desplazada salpicando a gran altura a ambos lados de la bañera.

Papá estaba de pie en el lado alto con la linterna, para vigilar y domar mejor el bullicioso spi. Bernard manejaba la contra, que junto con la línea en mi mano ayudaba a controlar la botavara y la vela mayor, mientras el viento continuaba arreciando.

—¡Largad! —gritó Ruby.

Y los tres dejamos ir a la vez un poco de escota, reduciendo la presión en

las velas y refrenando el deseo del *Freya III* de escorar incontrolablemente y girar hacia el viento. Mientras mejorábamos el ritmo de esta táctica, gritaba: «¡Recuperad!», justo antes de que el barco se estabilizase, y, entonces, tensábamos las velas y la contra y acelerábamos de nuevo, abriéndonos un serpenteante camino a través de las olas.

—¡Doce coma cinco nudos! —se regocijó Gruñón.

Por bien que Ruby estuviese gobernando, íbamos claramente demasiado rápido para aquel barco en aquellas condiciones, planeando fuera de ritmo y de forma algo violenta, la proa hundiéndose más en la marejada ante nosotros. Sentíamos el tamaño de las olas crecer en la oscuridad. Mamá gritaba patrones de las olas detrás de nosotros, pero parecía también fuera de onda: su información llegaba demasiado tarde o no llegaba. Embudos más grandes y más altos de espuma pasaban siseando la bañera.

—¡Vamos a arriar el spi! —chilló Bernard.

—¡Vamos bien! —le contestó papá gritando, mientras la silueta de un barco nuevo, lastrado por el agua, se deslizaba a nuestro lado con tal equilibrio y facilidad que el capitán iba tomándose un café en una taza abierta.

Siguiendo las órdenes de nuestro propio patrón, continuamos la escora forzada con la esperanza de ganar el trofeo después de calculados todos los hándicaps, pisándole a fondo a aquel viejo El Camino colina abajo hasta que la rueda del timón comenzó a vibrar.

—¡Doce coma ocho! —bramó Gruñón.

Cuando el extremo de la botavara osciló cerca del agua una vez más, Ruby gritó: «¡Largad!», seguido poco después por: «¡No tengo timón! ¡Todo el mundo a popa!». Gateamos con dificultad hacia la parte trasera, y ella nos dirigió más directamente a sotavento antes de que el barco comenzase a doblar por su cuenta.

—¡Vuelvo a perder el timón! —gritó—. ¡Reducid el trapo!

—Trece coma ocho —gritó Gruñón, ya no tan entusiasta.

—¡Voy a arriar el spi! —chilló Bernard.

—¡Vamos bien! —insistió papá después de que golpeásemos la siguiente ola incluso más abajo y el agua salpicase por encima del camarote—. ¡Déjamelos!

Se puso al timón, y Ruby manejó la contra mientras yo intentaba reglar el spi. Subimos y pasamos los quince nudos de manera tan suave que todo parecía de repente bajo control, como cuando un reactor atraviesa

estremeciéndose la barrera del sonido. O puede que el ángulo de las olas se suavizase, una aberración pacífica que nos permitía ir incluso más rápido. No estoy seguro. Pero batimos todos nuestros récords de velocidad en el Joho 39 durante unos diez minutos, como si la gravedad, el par de torsión, la fuerza y la voluntad que constituyen mi familia tuviesen sus cimientos en las matemáticas y la física que hacían avanzar aquel viejo barco con gran estrépito, al filo de aquella navaja.

Gruñón me miró y gritó:

—¿Qué le habéis hecho exactamente a este cacharro?

Luego, hubo un ligero contoneo en la mayor, como si estuviese reconsiderándolo todo y ya no estuviese de nuestra parte.

—¡Largad! —aulló papá batallando con la rueda del timón.

Pero seguimos girando hacia el viento, dando vueltas sobre la quilla hasta que estuvimos de costado en el mayor seno de todos hasta entonces. Y ahí es cuando y donde la botavara y el spi, y finalmente el tope de palo, dieron sobre el agua.

—¡Agarraos a algo! —chilló Bernard—. ¡Aguantad!

Pasar de velocidad récord a estar parados en unos segundos fue suficiente para vapulearnos como maniqués de pruebas de choque, mientras el agua helada entraba a chorros en la bañera. En medio del caos, alargué la mano demasiado tarde para evitar que Gruñón saliese disparado hacia el lado bajo, mientras todo el coraje y el orgullo Johannssen se veían abruptamente reducidos a este naufragio inundado.

Miré como loco alrededor en la oscuridad para asegurarme de que estábamos aún todos a bordo. Ruby fue la más difícil de encontrar. Había volado hacia delante, más lejos que Gruñón, y el cuerpo de él la ocultaba a mi vista. Ninguno de los dos, me fui dando cuenta, se movía.

«¡Arriad el spi!», gritó papá desde detrás de la rueda del timón, intentando gobernar un barco de costado que no podía responder. Una ola se elevó por debajo y nos levantó como una ofrenda, o un sacrificio, antes de dejarnos caer de nuevo en otro seno, mientras mamá y yo cruzábamos rápidamente hacia el lado bajo.

Ruby dijo que se había golpeado la cabeza, pero que se sentía bien, y Gruñón dijo que quizá se hubiese hecho daño en las rodillas. No podíamos decir cuál era la gravedad de las heridas de ninguno de los dos o si ellos lo sabían siquiera. El agua en nuestras piernas estaba pasmosamente fría. Cuando la siguiente gran ola llegó, la quilla había comenzado a cumplir su

función, adrizándonos lo suficiente para que el mar dejase de entrar a raudales. Pero el viento que empujaba las velas aún nos tenía prácticamente clavados al agua.

—¡Bajad el spi ya! —volvió a chillar papá.

—¡Está bloqueado! —gritó Bernard como respuesta desde la proa.

—¡Suelta la driza!

—¡Ya lo he hecho!

—¡Arría el puto spi!

—¡Ya lo he hecho! ¡Estoy en ello!

Avancé gateando para ayudar, pero la driza estaba demasiado enredada y el spi continuaba llenándose y aleteando en el agua. Mi hermano gruñó y luego trepó al palo hasta que estuvo sobre el tangón. Desde allí agarró la driza y la azotó sobre la cabeza, intentando liberarla. Siguió así mientras discutía con papá sobre si no tendría que cortar simplemente el puto chisme; luego, por fin, este se liberó, y él pudo recoger un poco la vela antes de que el viento la volviese a golpear y me arrancase brevemente de cubierta. Papá puso ahora a Ruby a gobernar, luego se paró en la entrada del camarote y me dijo que le fuese pasando la vela mojada; así, si intentaba llenarse de nuevo, tendría que sacarlo a él como un tapón de corcho. No necesitamos comprobar la física de aquello, sin embargo, porque el viento cayó lo suficiente para que pudiese meter el spi debajo, y Ruby nos llevó con destreza de nuevo a la cima de una ola con solo la mayor izada.

No teníamos ni idea de cuántos barcos nos habían pasado mientras nos revolvíamos en la oscuridad. El hecho de que estuviésemos aún en la regata parecía irrelevante y absurdo. No obstante, allí estábamos, navegando con el viento en popa de nuevo —cinco nudos, siete, nueve—, con papá otra vez al timón mientras el resto evaluábamos el daño.

Ruby estaba helada y parlanchina, pero lo que decía tenía sentido. Mamá le examinó la cabeza con una linterna y no encontró heridas. Aunque, después de comprobar las rodillas de Gruñón, se le congeló un grito en la garganta por lo rápido que se le estaba hinchando la derecha. Dejándose caer hacia el agitado camarote, volvió a salir con toallas, mantas y ropa seca. La ayudé a quitarle los pantalones a Gruñón y atarle el hielo que nos quedaba a la rodilla, tan grande casi ya como su cabeza. Mamá le pasó la botella de ron, y yo lo envolví en mantas, lo metí en un arnés y lo sujeté a las líneas de vida.

Todo el mundo menos papá se turnó para cambiarse la ropa y los zapatos mojados, mientras la bañera terminaba de desaguar.

—¿Deberíamos volver a izar el spi? —preguntó papá una vez que estuvimos todos en cubierta.

—¡Nooo! —fue la respuesta de la tripulación.

—Bueno, necesitamos algún tipo de vela de proa —respondió, con toda la razón.

Y Bernard se adelantó a izar un foque pequeño.

—Vale, Josh —dijo Gruñón tras otro largo silencio en la oscilante oscuridad—, dime qué le habéis hecho al barco.

Cuando terminé de explicarlo, le dije que tendría que preguntar a papá lo que sabían los valoradores de la regata sobre las modificaciones.

—Sabes lo suficiente —masculló—. Ya has visto nuestro hándicap.

—Debería de haber sido al menos ocho puntos más bajo —le contesté—. No les has dicho lo del timón, o lo de la quilla, una cosa u otra.

Esperando una respuesta, Gruñón sacudió la cabeza con tristeza.

—¡Vaya! Es patético. Tú menos que nadie en el mundo, hijo, has necesitado nunca hacer trampas para ganar una regata. —Entonces, soltó una risita—. Pero ¿quién sabe? Puede que el hándicap fuese exacto después de todo. Es obvio que es un caballo loco a sotavento, ¿eh? Ya lo hemos comprobado. Pero tengo que admitir que ha navegado a barlovento como un gato escaldado. Ahora vete a secarte y entrar en calor, y deja que Ruby gobierne un rato para que, al menos, tengamos una remota posibilidad de terminar en un puesto decente.

—Con gusto —dijo papá.

Y se hizo a un lado. Cinco minutos más tarde, Ruby pidió a Bernard que, por favor, volviese a izar el spi.

El amanecer nos mostró por delante del *Wild Rumpus* y el *Delirium*, barcos que nos debían tiempo. Así que nos permitimos emocionarnos, hasta que el viento dejó de soplar, luego cambió, y avanzamos penosamente por la peor corriente adversa, y tuvimos que trasluchar dos veces antes de cruzar la línea de llegada a duras penas detrás de ambos. La esperanza aún brillaba en los ojos de papá hasta que vimos al *Obsession* y el *Bedlam*, a quienes debíamos tiempo nosotros, arriando las velas por delante, mientras nosotros entrábamos a motor y en silencio de vuelta a Victoria.

Esta fue la parte que no había imaginado, lo que sucedería después. Ruby, Bernard y yo doblamos, embolsamos y guardamos las velas exactamente como nos habían enseñado a hacer. Luego, fregamos las cubiertas, mientras mamá preparaba seis sándwiches, cada uno según nuestras preferencias

personales. En el tumultuoso muelle de la regata, pidió hielo, una silla de ruedas y un taxi. En medio de la conmoción de los otros barcos llegando y amarrando, Bernard y yo llevamos a Gruñón hasta un banco. Ahí fue cuando mi hermano reveló que en breve saldría de Victoria en avión.

—¿Adónde vas? —preguntó mamá.

—Os lo diré cuando pueda —dijo él.

—¿Y tu barco? —pregunté.

—Ya lo he vendido.

Papá sacudió la cabeza.

—¿Terminarán algún día los misterios?

—Eso espero —dijo Bernard—, pero no sé cuándo.

Abrazó a mamá cuando ella comenzó a llorar, lo que hizo que Gruñón sollozase en el banco hasta que Ruby lo consoló.

—¡Ay, por Dios! —rogó papá—. ¿Podemos mantener la cordura unos minutos más?

Demasiado cansados o desanimados para contestar, el resto esperamos en silencio la silla de ruedas. Si llegamos a decir algo, he olvidado qué. Si hubiese sabido que aquella sería la última vez que los seis estaríamos juntos, hubiese intentado recordar hasta la última nota. Pero lo que me queda son solo los acordes principales: Ruby fingiendo que nos vería de nuevo enseguida; Bernard actuando como si estuviese volviendo a una noble batalla; mamá rumiando sobre nuestra volátil química familiar; Gruñón nostálgico por el momento que acababa de pasar; papá tomándose todas las despedidas personalmente.

Bernard se fue primero, echándose la bolsa al hombro y adelantando la mano para estrechar las nuestras. Papá tiró de él para acercarlo y dijo:

—Gracias por navegar con nosotros.

Luego mamá y Gruñón salieron hacia el ferri rápido a Seattle, y Ruby desapareció en uno lento camino de Vancouver. Por fin, papá y yo desatracamos y pusimos rumbo a casa, saliendo del puerto a motor. Insistió en que nos turnásemos para dormir y hacer guardia por si había troncos, pero tal y como resultó, él durmió y yo llevé el barco las siete horas de vuelta a Seattle.

El corazón perdido

Debía de ser una vista desconcertante: dos hombres vestidos con mono, sentados sobre cubos bocabajo tras un piano pequeño, sobre una plataforma de hormigón impulsada por un fueraborda Johnson recorriendo la marina de Sunrise. Luego, sin duda, incluso más misterioso verlos acercarse furtivamente a un yate viejo, imposiblemente largo, que podríamos decir que se inclinaba hacia la renovación o la demolición. Solo un agudo observador habría notado la grúa de nueve metros aparcada justo delante del *Shangri-la* y, en consecuencia, habría unido los puntos.

—Entonces, ¿qué ha pasado en realidad? —me preguntó Noah mientras Mick llevaba el brazo de la grúa sobre la balsa.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, parece hecho polvo de tu fin de semana familiar. ¿Habéis ganado o no?

—Ah, claro que no.

Deslizamos tiras acolchadas, recién forradas con papel encerado, bajo la caja armónica y entre las patas, y pasamos los cuatro extremos por encima del gancho de la grúa.

—Entonces, ¿por qué ha sido tan épico? —quiso saber Noah—. Esa es la única palabra que has soltado hasta ahora. Quiero decir, solo ha sido una regata, ¿no?

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

—Está bien, para empezar, mi familia nunca hace nada con moderación. Y, si tienes en cuenta el hándicap de la regata, y esa es otra historia, puede que fuésemos ganando antes de que la mierda nos salpicase. Pero, justo cuando íbamos al tope de nuestra velocidad, orzamos.

—¿Cómo pudo pasar? Creía que erais, digamos, marinos expertos.

—Física, Noah. Demasiado velamen izado para ese barco en esas condiciones. Todo el asunto era una locura. El rediseño, nuestra mínima

tripulación..., absolutamente todo.

Tirando, retiramos la lona negra del techo de la cámara, que habíamos abierto antes con una sierra. Entonces bajé dentro, mientras Mick levantaba el piano de la balsa.

—Pero no fue la navegación lo que fue tan épico —grité por encima del zumbido de la grúa—. Es lo que se dijo.

—¿Como qué?

—Como todo, como que mi hermana tiene cáncer.

—Joder, colega. —Me miró desde arriba, las venas formándole fallas sísmicas en la frente—. ¿Quieres decir Ruby?

—La que viste y calza.

A Mick no le gustaba la alineación y volvió a dejar el piano, y lo intentó de nuevo desde un ángulo más bajo.

—¡Eh! —grité a Noah mientras el piano descendía lentamente hacia nuestras manos, que lo guiaban—. Dime, ¿cuántos días faltan para el Éxtasis?

—Muy gracioso. —Se restregó la barba incipiente de la mejilla con el dorso del guante—. Veintiséis —me gritó—. Parte de mí sigue preocupada por que los delirios de grandeza sean genéticos.

Asentí.

—¿Qué pensaría tu padre de todo lo que estás haciendo por Grady?

—No lo entendería.

—El mío tampoco.

Esperamos mientras Mick maniobraba con cuidado la grúa, bajando delicadamente el Baldwin de ochenta y ocho teclas de 1943 hacia aquel viejo yate cansado, como si le estuviese devolviendo el corazón perdido hacía mucho.

Puta idiota

A mamá le gustaba recordarnos que Einstein era un don nadie, un peculiar empleado de patentes de veintiséis años, con una novia embarazada, cuando cambió el mundo. Y tampoco el panteón de los científicos admitió de inmediato sus atrevidas ideas sobre la gravedad, la energía y la luz; pasaron años mientras ellos recorrían el mundillo y él escalaba peldaños.

La reacción a la genial idea de mamá fue, por el contrario, casi instantánea.

Tres semanas después de volver de la Swiftsure, colgó su solución al problema de Navier-Stokes en una página web de la Universidad Cornell en la que los científicos comunicaban teorías y descubrimientos.

Su artículo pasó desapercibido treinta y seis horas enteras antes de que la revista *Nature* convirtiese sus afirmaciones en una noticia de su edición en línea:

Puede que uno de los mayores misterios matemáticos de todos los tiempos haya sido resuelto por una profesora de Física de secundaria en el estado de Washington llamada Marcelle Johannssen. Si se la considera acertada, esta antigua profesora del año del estado podría recibir el precio de un millón de dólares ofrecido por el Clay Mathematics Institute. El problema se refiere a las decimonónicas ecuaciones de Navier-Stokes, que son la base de muchos cálculos de dinámica de fluidos. Su solución está siendo examinada por el profesor de Física de Dartmouth Wilson George, que ha analizado ya otros tres artículos que afirmaban haber resuelto el viejo acertijo. En los casos anteriores, el profesor George encontró fallos al cabo de solo unas horas. Lleva estudiando el artículo de Johannssen bastante más tiempo, dice, y en el momento de la publicación de esta noticia aún no había encontrado problemas en su enfoque de miniondículas para ampliar nuestra comprensión de las ecuaciones. No obstante, George advirtió

de que, para ser considerada digna del premio, la solución de Johannssen tendrá que aguantar hasta dos años de escrutinio.

Ese único párrafo puso a los blogueros de ciencias históricas, con el tantán friqui lo suficientemente alto para que los medios de comunicación locales llegasen hiperventilando al Solar.

Con la voz temblando, mamá me llamó para pedirme consejo cuando llegó la primera furgoneta de televisión. Le dije que fuese humilde, como era ella, y dijese algo como: «El tiempo dirá si tengo razón, pero le he dedicado años de reflexión y, por el momento, esto es lo mejor a lo que he llegado». Debería haberla animado a decirles que se fuesen a la mierda hasta que estuviese confirmado.

Los entrevistadores, como era de esperar, pasaron de puntillas por la ciencia antes de atormentarla con lo que iba a hacer con el dinero. Ella estaba interesada en la solución, dijo, no en el premio, aunque admitió que aceptaría el millón si se lo ofrecían. Pero ¿qué compraría?

—Tengo un familiar con gastos médicos previsiblemente altos y, desde luego, me encantaría tener un telescopio más grande.

A pesar de su estrés y su insomnio, parecía y sonaba sorprendentemente bien en televisión. Gruñón y papá, cautelosos, permanecían estáticos, como ganadores de la lotería esperando ver uno de esos cheques del tamaño de una puerta que se entregan en los sorteos televisados.

El profesor Tal y Cual de Dartmouth llamó a la mañana siguiente para mantener una breve charla. Mamá se lo agradeció y retiró su artículo de la página web de Cornell, diciendo únicamente que se había descubierto un fallo grave y que necesitaba averiguar si podía corregirse.

Entonces se desató la tormenta de mierda. ¿Quién podía imaginarse que una turba en línea anónima y enfadada esperase ansiosa hundirle las botas en las costillas?

Solo una charlatana más. ¡La puta idiota pensaba que había resuelto N-S!

Y hubo comentarios más cordiales, condescendientes, que citaban su falta de educación formal:

No quiero ser elitista, pero, más que nunca, los avances matemáticos más audaces proceden de gente ya en la cima de su profesión. Ha

pasado, sin duda, la época de los empleados de patentes suizos, o las amas de casa de Seattle curiosas, haciendo importantes contribuciones a nuestra comprensión del universo.

Leí todos los comentarios con ella. También los Bobos.

Su reacción fue tardar cinco días en construir y cablear un observatorio cerrado y con calefacción, revestido de cedro, en el tejado del Solar. Luego papá le dio un certificado de regalo dibujado a mano, con un cheque en blanco, y la animó a comprarse el telescopio que quisiera.

Marina en fuga

Mi marina ideal sería una cooperativa, en la que todo el mundo pondría su barco a disposición de los demás. Imagináoslo. Tenemos Hobies y Laser, Star y Viper, J/Boats y Beneteaus, C&C y Hinckleys; yolas y queches, *sloops* y trimaranes. Todos utilizados todo el tiempo por todos. La gente hábil ayudaría a mantenerlos a cambio de amarre gratuito, cerveza y propinas. Sería una multipropiedad, sin tener que volar a Hawái o México para disfrutarla. Estaría justo aquí. Según su humor, uno podría navegar un Santa Cruz el lunes, un deslizador de vela el martes y salir en algún viejo Thunderbird o Joho el miércoles. Habría pruebas sencillas para gobernar diferentes barcos y capitanes por turnos para enseñar los matices, pero si superásemos la paranoia de los seguros, tendríamos el puerto deportivo de mis sueños, en vez del modelo mayoritario y predecible con un velero infrautilizado e infraatendido por persona.

El primer indicio de que la marina de Sunrise iba a vivir un sábado del todo inusual llegó cuando el tejado de chapa ondulada que cobijaba dos gradas del Dique C salió volando. El viento que no íbamos a ver hasta después de las cuatro llegó poco antes de mediodía, con drizas de cable y cuerda aporreando los palos de aluminio huecos tan fuerte que sonaban como gigantescos cencerros. Las conversaciones se convirtieron en una orgía de gritos, cuando todo el puerto, seres humanos e inanimados a una, gimieron y traquetearon en la arremetida de ráfagas y olas que hacía chirriar las bisagras, tensaba las maromas y deshacía los nervios, hasta que aquella lámina de seis por doce metros de tejado oxidado traqueteó volando por encima de la C-14 y la C-16, para caer luego sobre un viejo Bayliner y un Tollycraft incluso más viejo, que por desgracia pertenecía a Noah.

Durante las últimas tres semanas había estado avanzando trabajosamente por sus días en el taller como un paciente sedado, un aspecto de angustia asentándose sobre él mientras escuchaba a su padre predicar sin cesar, como estaba haciendo justo antes de que el tejado saliese volando. Gracias a Dios y,

por fin, mañana era el Día del Juicio. Si sobrevivíamos al fin de semana, él y nosotros podríamos, en teoría, retomar nuestras vidas como humanos sedentarios.

Sin embargo, Noah estaba fascinado por la cuenta atrás. No había imitaciones, ni menciones de pingüinos, ni bromas a costa de los chicos. Se emborrachaba para adormecer los tics y las contracciones nerviosas. Con resaca y cara de zombi, llevaba a cabo su trabajo en el astillero con la emisora de su padre siempre puesta en los cascos.

—¿Sabes —había murmurado el día anterior— que había olvidado por completo lo mucho que me gusta el sonido de su voz?

El inesperado ventarrón del sábado —habían dicho que serían veinticinco nudos, no cuarenta y cinco— no ayudó a mantener las cosas en perspectiva. Noah salió a la cubierta después de que el tejado se deslizase fuera de su barco y desapareciese en la oscuridad. Miró al cielo turbulento y volvió a meterse dentro a oír a su padre.

—Estamos llegando al final de este drama espectacular —decía el viejo predicador a sus oyentes—. A continuación, llegará un terremoto, que la Biblia dice que será mayor que nada que hayamos visto. Y ese terremoto abrirá las tumbas de todos los creyentes que han muerto durante los últimos trece mil años.

A pesar de la tormenta, hacía el calor suficiente para que Rem anduviese por ahí en calzoncillos y camiseta, despotricando sobre cómo los dueños de la marina eran tan roñosos que los malditos tejados salían volando, como si aquello validara cualquier acusación difamatoria que se hubiese hecho contra ellos.

El segundo indicio de que el día se había salido de quicio fue cuando una delgada rubia platino, que se parecía a mi hermana, se pavoneó por el Dique A con una mano sobre la cabeza en medio del vendaval. Solo habían pasado cuatro semanas desde que la había visto en la Swiftsure, pero volvía a parecer una completa extraña.

—¡Qué visión más patética eres! —dijo, aplanando su peluca y exhalando dramáticamente—. Esta cosa me está volviendo loca. ¡No parezcas tan preocupado! Volveré a ser mi yo elegante dentro de nada.

Cuando la abracé, parecía tan delgada y ligera como una niña de diez años huesuda.

—¡Ay! —dijo, y me pidió que la dejase en el suelo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿Por qué... por qué no...? Lo que

quiero decir es que estoy sorprendido, y encantado, de verte.

—Hoy es la regata de Star, ¿no? Comienza a las tres, creo recordar. Al parecer no creías que vendría o no me estarías tratando como a un fantasma. ¿Por qué no he llamado? ¿Y cuándo he llamado yo?

—Mira a tu alrededor, Rube —dije, con las manos levantadas y girando—. Han cancelado la regata. Está soplando a cuarenta, con ráfagas de cincuenta. Acaba de salir volando un tejado.

—¿Desde cuándo cancelan regatas porque haya viento? —preguntó imitando las balandronadas de papá.

—Lo siento —dije—. Esto es distinto.

—¡Eh! —dijo, mirando a mi espalda—, ¿es ese el famoso Mario?

Levantando la vista hacia donde indicaba, lo vi atando líneas de amarre más gruesas al Star de Yvonne.

—¡Eh, Mario! —gritó Ruby.

Él levantó la cabeza para fruncir el ceño a quien quiera que estuviese rompiendo su concentración. Pero entonces abrió los ojos y la boca de par en par, y juro que le temblaba todo el cuerpo cuando se acercó torpemente a nosotros en medio del viento. Yo diría que deseaba correr.

—¿Ruby? —dijo cuando estuvo más cerca, su cara una mezcla de alegría y preocupación. Luego se inclinó como Johnny y yo después de perder regatas juntos, una reverencia profunda, como si saludase a la reina—: ¿Eres tú de verdad?

Ella se quitó la peluca y se frotó el pelo rapado.

—Eso me temo. Hace poco que vendí mi melena, no obstante, así que llevo el pelo hecho un asco. Pero, ¡guau!, ¡estás fantástico! Más alto y más adulto, pero increíble. He venido a navegar con el cagón de mi hermano, que ahora dice que la regata se ha cancelado por el viento. —Inclinó la cabeza a un lado cuando una ráfaga silbó a través del muelle, traqueteando drizas y haciendo temblar tejados—. ¿Tengo alguna opción de que me saques a navegar, Mario?

—Todo lo que tengo, bueno, todo lo que tengo —tartamudeó— es el Star, y no es mío, en realidad. Pero si quieres...

—¡Eh!, estoy de broma. No necesito navegar —dijo ella monótona, con un aspecto, de repente, demasiado cansado para mantenerse en pie; se volvió hacia mí y admitió—: También he bajado a asegurarme de que mamá está bien con lo de no haber resuelto el problema.

—¿Y tú qué opinas?

—No está bien.

Escotillas y cerraduras de seguridad seguían sonando. Volaron las lonas de algunos barcos y se enredaron en otros. Focos mal aferrados se desplegaron y llevaron a sus barcos contra los muelles. Otra sección de tejado salió volando cerca de Noah, ampliando su camino hacia el cielo.

Freí quesadillas en mi cocina e intenté distinguir qué eran ornamentos y qué verdades mientras Mario y yo escuchábamos a mi hermana hablar entusiasmada sobre lo fantásticamente bien que se sentía. Comía quinoa y hortalizas crudas, y estaba haciendo este yoga y aquel taichí. Grandes bandadas de gansos navales habían cambiado sus rutas migratorias para pasar un fin de semana en su finca, nos dijo:

—Me desperté y miré por la ventana, y era como si hubiesen caído treinta centímetros de nieve. Supongo que el ganso guía se emborrachó o se perdió, o que decidieron que nuestra finca necesitaba abono. Apesta, eso es cierto, pero hay que decir, aun así, que es un regalo del cielo, ¿verdad?

—Pero ¿está remitiendo —presioné— o solo es que eres positiva?

Entrecerró los ojos.

—¿No lo he dicho ya? Todo se ve bien... excepto yo. Me estoy recuperando.

—Estás demasiado delgada, Rube.

—La quimio no te da hambre, Josh, pero me siento magnífica.

Agitó un puño triunfante ante la nariz de Mario. Luego se relajó, comió muy poco y se echó una cabezada en la litera pese al desmadre que se desataba fuera. Mario se quedó allí sentado, viéndola dormir. Yo no sabía cómo pedirle que se fuese.

Rem fue el primero en notarlo y correr hasta mi barco.

—¡Josh! ¡Josh! ¡Nos estamos moviendo, Josh! —Luego a todo el mundo —: ¡El puerto se mueve!

Supe de inmediato lo que quería decir porque había estado registrando movimiento de un nivel distinto, algo diferente del viento y la corriente lamiendo el casco. Un vistazo a la orilla lo confirmó. Estábamos zarpando.

La marina de Sunrise estaba, en teoría, atornillada y atada a tierra firme, y asegurada, además, con argollas de acero pasadas por pilotes tan gruesos como postes de teléfono. Pero, si las amarras se rompían y los pilotes eran cortos o estaban podridos, y la marea y las olas eran lo suficientemente altas,

¿hasta qué punto era segura? Por raro que parezca, la tormenta parecía estar amainando en el momento en que el puerto cedió y comenzó a flotar a la deriva.

La mayor parte de los inquilinos no pudieron oír nuestros gritos de advertencia hasta que estuvimos, literalmente, en sus barcos. Los Diques A, B y C se habían separado ya, junto con las líneas de agua y el cableado eléctrico, del resto de la marina. Unos setenta y dos barcos, contamos más tarde, así como once cobertizos y un muelle parcialmente techado, se deslizaban fuera del bajío, los muelles flotantes y pantalanés más pequeños doblándose en ángulos torturados pero moviéndose a una, como una manzana urbana o un parque de caravanas concurrido, desliziéndose de repente hacia el norte. Para muchos de aquellos barcos y dueños, esta era la primera salida en años.

Continuamos avisando a inquilinos acomodados, ajenos a todo, en sus camarotes. Algunos, como Noah, habían estado bebiendo durante toda la tormenta. Hice que Georgia, la exmonja, y Cara —que se había mudado a bordo del Coronado 27 que yo había rescatado de la demolición— se asegurasen de que todo el mundo se ponía chalecos salvavidas y, al poco rato, parecíamos una excursión de adultos descarriados.

Grité repetidamente que todo el mundo preparase sus anclas.

—Pero ¡no las soltéis aún!

Lo que no evitó que Trent entendiese mal y lanzase la suya, que arrastramos tras nosotros hasta que arrancó la cornamusa de su atracadero. Yo tenía la intención de soltarlas todas de golpe antes de llegar a las barreras de contención, pero cuando derivamos al este, hacia aguas más profundas, me di cuenta de que teníamos una posibilidad de llegar a la siguiente cala y salir de la ruta de la tormenta.

Ahí es cuando oí a Ruby despertarse y preguntar a Mario: «¿Qué clase de puerto loco es este?».

Después de pasar los troncos y doblar la península arbolada, hice que Rem comprobase de nuevo que todo el mundo llevaba chaleco y tenía linternas a mano.

—Todo el mundo al Dique C —grité—. Preparaos para soltar las anclas. —Algunos las soltaron de inmediato—. ¡Aún no! —chillé.

Más anclas volaron. Pequeñas, grandes, de tipo Danforth, Bruce, Delta o arado.

Abandoné.

—¡Dale! ¡Ahora!

La gente soltó todo lo que pensaba que podía detenernos. Rezones, ganchos de amarre, reteles, anzuelos.

—¡Unos dieciocho metros de alcance! —chillé—. Y amarrad a cornamusas resistentes.

Las olas se calmaron. No sé cómo, los muelles siguieron intactos. Las anclas parecían sujetarnos. Grady comprobó su GPS y volvió a comprobarlo.

—Hemos parado —declaró.

Nos habíamos detenido casi una milla al norte de nuestra dirección, pero no desencajábamos, como si esto fuese una especie de moderno puerto móvil al que se pudiese llegar solo en barco.

Hice que Rem nos contase. No faltaba ninguno de los dieciocho inquilinos de los tres diques, salvo un fumeta llamado Wendell, que había ido a hacer la colada y al volver descubrió que su barco y su amarre habían desaparecido.

Al llamar a la Guardia Costera, les di nuestras coordenadas y les aseguré que todos los residentes y visitantes estaban a salvo y localizados, incluyendo Noah, que aún no había descansado de la emisión de su padre para salir y ver lo que estaba pasando.

Al ir a comprobar cómo estaba Ruby, me sorprendió ver el brazo de Mario a su alrededor. «Mario trabaja en logística de transportes», me dijo, como si fuese lo más lindo que hubiese oído nunca.

Con nuestra marina en fuga, al parecer, segura, la noche más corta del año se nos echó encima mientras nos reuníamos frente al *Shangri-la* de Grady, visto que era el barco más grande y el que más cerveza tenía. Treparando a bordo, llenamos el aire con nuestro balbuceante asombro, mientras nos turnábamos para tocar canciones infantiles con dos dedos en el piano.

Ruby, con su peluca deslumbrante, escuchaba ausente a Rem parlotear sobre cómo merecía más halagos por notar nuestra casi catástrofe antes que el resto.

—Quiero decir: a Paul Revere probablemente no le dejaron pagarse una copa después de avisar a todo el mundo, ¿no crees?

Me sentí culpable por no estar mimándola, aunque Mario le prestaba constante atención, siguiéndola a todas partes como un guardaespaldas. Y recordé cómo incluso una Ruby más joven y más sana se marchitaba en las fiestas cuando no era el centro de atención.

—¿No quieres tocar algo? —le pregunté, por fin, señalando el piano.

Su ceja izquierda mató la idea.

—Estoy agotada —dijo mientras la impecable «Yankee Doodle» de Georgia obtenía un aplauso educado.

Ante la insistencia de mamá, Ruby había ido a clases de piano, pero enfadaba al profesor porque se negaba a aprender solfeo. La única vez que la oí tocar fue en un banco. Por qué tenían un piano, no tengo ni idea, pero se sentó a él y aporreó algo de *jazz* divertido antes de parar en seco, insistir en que no era una canción real y en que, de todas formas, la había echado a perder.

Cuando Georgia se lanzó con «María tiene un corderito», busqué con los ojos a Ruby, quien dijo que no con la cabeza, pero se acercó más al piano. Y, después de una interpretación muy lenta de la canción infantil «Skip to My Lou», preguntó si podía tocar ella.

Georgia le cedió el lugar a regañadientes, pero pronto los caprichosamente largos dedos de Ruby danzaban por el piano de Grady, mientras se acostumbraba a las teclas y los pedales.

—¿Qué vas a tocar? —preguntó Georgia.

—No sé ninguna canción —dijo Ruby, levantando por fin los ojos—. Solo toqueteo las teclas buscando algo que me suene bien.

Entonces, aporreó varios ritmos rápidos e ingeniosos, primero con una mano, luego con ambas. La gente dejó de charlar. Grady se acercó. Con aquellos *riffs* veloces como base, cambió a un *jag* asimétrico rápido y sincopado, que más tarde nos describió como una variación de la única canción que había aprendido autodidacta en el piano de Naves de Esperanza; luego volvió a sus ritmos iniciales. La gente comenzó a contonearse y menearse —Mario daba alaridos como si estuviésemos en un rodeo— y, a medida que el sonido se elevaba en aquel espacio cerrado, ella volvió a lo que parecía un *hook* pegadizo que todos reconocíamos pero no éramos capaces de situar. Para entonces, tenía toda la atención del público, los ojos cerrados, y estaba sonriendo y balanceándose de un lado a otro. Cuando retomó el *hook*, Cara comenzó un *scat*. Exacto, la borracha del muelle, que había heredado de su recientemente fallecida tía Ruth suficiente dinero para pagar sus facturas de amarre, estaba tarareando un *scat*. Si lo hubiésemos escuchado en la radio, podría haber sonado bien, una voz decente con un poco de formación, sentido del ritmo y un bonito repertorio de «bamguidididis» y «shubidububis». Pero, dado que estaba en el salón de fantasía mohoso de Grady en una noche maravillosamente peculiar, era digno de Ella. La mejor parte, no obstante, fue ver a mi hermana sonreír y balancearse tanto que se le cayó la peluca. Siguió

haciéndonos bailar volviendo al mismo *hook* sincopado, con la improvisación de Cara añadida. Nadie más estaba haciendo otra cosa que escuchar con la boca abierta y bailar en el sitio. Resistiéndose a las peticiones de bis, Ruby toqueteó las teclas con la esperanza de encontrar otro ritmo, falló varias veces y, entonces, agarró su peluca y se levantó lentamente, el cansancio como un jersey de plomo ya, para agradecer el aplauso.

Me la llevé al barco y la instalé en mi mejor saco de dormir, en la litera más cómoda. Se quedó sopa en el momento en el que estuvo horizontal. Cuando Mario comenzó a decirme por segunda vez que ella era la única del mundo para él, me obligué a no contestarle que tendría que quedar con mil millones de mujeres para estar seguro, y lo dejé allí velándola.

Al volver al *Shangri-la*, encontré a Rem pescando en el Dique B y silbando desafinado. Luego Georgia se inclinó sobre la popa de su gran catamarán y tiró un retel que alguien le había dado hace años. Utilizó queso cheddar fuerte como cebo, con la teoría de que ninguna criatura viva podía resistirse a un buen queso. Y media hora antes de medianoche, por fin apareció Noah.

—¡Dichosos los ojos! —gritó Georgia—. Ay, deja de estar tan serio. ¿No puedes, al menos, encontrar un poco de humor en toda esta mierda del Día del Juicio?

—¿Qué pasa si Dios es irónico —dijo Cara pensativa, la voz ronca de cantar— y nos la juega ascendiendo a los no creyentes?

—¿Te has afeitado? —le preguntó Georgia a Noah—. ¿No te parece presuntuoso? Quieres estar arregladito para tu ascensión, ¿eh?

Noah forzó una sonrisa.

—Cubro mi apuesta —dijo, dándose cuenta entonces de que la pareja nudista se estaba secando después de bañarse—. Ellos también saldrán del agua —dijo, recuperando, por fin, su imitación de Morgan Freeman— y comenzarán su marcha, tal como lo han hecho durante siglos, desde que el pingüino emperador decidió quedarse a vivir y amar en el lugar más inhóspito de la Tierra.

Trent no se rio con nosotros. Aún estaba molesto con Noah por decirle que era adicto a la meta cuando hacía nueve puñeteros meses que no la probaba.

—¿Por qué siempre citas esa película sensiblera? —preguntó entonces—. No es que sea *El club de los chalados* o *Pulp Fiction* o algún clásico de esos.

Noah apartó la mirada. Yo estaba a punto de defenderlo cuando dijo:

—Porque no me quito de la cabeza esos pingüinos, Trent. Treinta grados

bajo cero y aún recorren un centenar de kilómetros de tierra para intentar formar una familia. ¿Vale? ¿La has visto siquiera? Cuando las madres se marchan a engordar para poder alimentar a sus bebés nonatos, los padres esperan con los huevos entre las patas durante hasta ciento veinticinco días sin comer ni una sola vez. Es amor y familia y sacrificio. Si piensas que eso es sensiblero, me das pena. Y hay una escena... —Noah se detuvo, frunció los labios y respiró profundamente—. Hay una escena en que una madre está intentando despertar a su polluelo muerto. Y chilla un poquito y le da con el pico. Y, para entonces, ya estás vendido. ¡Ay!, mierda. Son tan resilientes esos putos pingüinos.

Trent se volvió hacia mí, se secó unas lágrimas imaginarias e hizo *playback* del «esos puntos pingüinos».

—Tranquilízate, Noah —dijo—. Solo digo que no es *El diario de Noa* o *La lista de Schindler*.

A partir de entonces, el consumo de alcohol aumentó progresivamente y los recuentos se hicieron más difíciles a medida que la gente se retiraba a sus barcos sin decírselo a nadie. Los que seguíamos en pie mirábamos el cielo aclararse, razón por la que noté el brillante punto que sobrevolaba nuestras cabezas como una estrella fugaz muy lenta.

—Grady —grité—, ¡la estación espacial de nuevo!

Nunca lo había visto moverse con tanta rapidez, cruzando a gatas la toldilla del timón hasta su radio.

—Whiskey Zulu Sierra Víctor llamando a November Alfa Sierra Sierra. —Volviéndose hacia mí, dijo—: Encontré su distintivo en internet. Whiskey Zulu Sierra Víctor llamando a November Alfa Sierra Sierra —repitió a la radio—, conteste November Alfa Sierra Sierra.

—Whiskey Zulu Sierra Víctor —respondió una voz extraña—, le oímos alto y claro. Bienvenido a bordo de la Estación Espacial Internacional.

Lanzamos un hurra.

—November Alfa Sierra Sierra —casi gritó Grady—, los humildes habitantes del Pacífico Noroeste los saludamos a usted y a su tripulación.

Una risita chisporroteó a través del altavoz.

—Y nosotros, la tripulación de la Estación Espacial Internacional, también los saludamos, señor.

—¿Qué les digo? —nos preguntó Grady a los borrachos que quedábamos—. ¡La paz sea con ustedes! —chilló. Y, cuando no hubo respuesta, gritó—: *Namaste!*

Cuando por fin llegó la medianoche, no pasó nada manifiesto salvo que más gente se escabulló a la cama. Al final, todo el mundo menos Noah y yo se había rendido al sueño, se había ahogado o, sin que nosotros lo supiésemos, había ascendido.

—Matemáticamente hablando, según mi padre, los creyentes deberían estar subiendo ya —dijo Noah.

—Puede que no desde nuestros muelles —le dije—. Somos una muestra pequeña y, matemáticamente hablando, según mi madre, yo tendría que haber encontrado el amor de mi vida ya.

Poco después del amanecer, aparecieron dos remolques y nos ayudaron a atoar el puerto de vuelta a su sitio. Mientras, Grady y yo organizamos los barcos con motores que funcionaban para atoar a los que no los tenían a atraques temporales.

Cuando por fin llevé a Ruby de vuelta a tierra, estaba rogándome que dejase de preocuparme por ella.

—Mis médicos son geniales. Tengo ya tantos amigos cuidándome y ayudándome que es totalmente agotador. Voy a estar bien, Josh, mejor que bien.

—Pero ¿no vas a desayunar? —dije evasivamente—. Tienes un largo viaje por delante. ¿Por qué no vienes más a menudo?

—Vamos, estoy aquí ahora. ¿Quién acaba de hacerte una visita sorpresa? ¿Quién tocó *jazz* medio decente al piano anoche solo para ti, eh?

—Te quiero, Rube.

Se rio.

—¿Crees que no me había enterado hasta ahora?

—No creo que te hagas una idea.

Me dedicó una larga sonrisa.

—Cálmese, soldado.

Luego me dejó allí, marchándose con sus andares de chulo, balanceando los brazos tras ella, volviendo la cabeza para asegurarse de que la miraba. Mi hermana calva se montó en una ranchera pequeña con matrícula de la «HERMOSA COLUMBIA BRITÁNICA» (por fin se había sacado el carné, a la tercera) y torció al lado equivocado al salir del puerto. Me quedé allí esperando hasta que hizo un giro torpe y volvió a pasar con un saludo de desfile, mientras Mario desaparecaba y la seguía.

La número treinta y cinco

Cinco semanas después de la tormenta del Día del Juicio, el astillero había reanudado su frenesí estacional con rondas frescas de parejas del Destino Manifiesto, ingenuos amantes del mar, capitanes delirantes y febriles compradores de barcos. «Esperen hasta octubre —les decíamos—, y los precios caerán con cada centímetro de lluvia.» Pero no, esa gente necesitaba sus barcos en aquel preciso instante.

Sorprendentemente, Noah recuperó su antiguo yo después de que su padre ofreciese una disculpa pública por haberse equivocado de nuevo con la fecha. En retrospectiva, comentó ante las medias sonrisas de la prensa, había equivocado el cálculo. Lo que él había llamado «el día final» era, en realidad, el comienzo de su preludio de seis meses; la verdadera ascensión tendría lugar el 24 de diciembre. Eso le permitió alimentar el ciclo de noticias otro día. Luego, todo se volvió afortunadamente tranquilo, y Noah habló con él por primera vez en cinco años.

—¿Sabes? —le oí decir consolador—, esa noche hubo tremenda tormenta aquí. Totalmente inesperada, además.

Lorraine se había despedido del taller para zarpar con Marcy en su Catalina 27, al menos, para una aventura en Alaska. Estábamos todos encantados de que Rex no fuese ya parte del cuadro. Pero ¿Lorraine? «¿Estáis juntas?», se morían por preguntarles los chicos cuando ellas se despidieron. Botamos el *Sophia*, el Pearson 36 de Blaine Stanton, esa misma tarde. Él parecía más exuberante que nunca con su corazón reconstruido. No tenía manos suficientes que estrechar por todo el caro e irracional trabajo que habíamos hecho para él.

Sunita, la maestra velera, me sorprendió a la noche siguiente en Sunrise, cuando se acercó a decirme que estaba tomando las medidas para el velamen de un viejo Morgan 36 en el Dique G, pero que le gustaría ver mi juego de velas si todavía estaba interesado en pedir, quizá, un nuevo foque. Dijo que me había llamado.

—Se me cayó el teléfono al agua el miércoles pasado —le expliqué, sabiendo que sonaba a mentira— y no he podido sustituirlo aún.

No pude sostenerle la mirada mucho tiempo. No me había derrumbado en todo el día y no quería hacerlo frente a ella.

—Voy a pasar de las velas por ahora —le dije, paseando los ojos alrededor, el corazón a toda pastilla—. Tengo que irme a ayudar a algunos de los inquilinos del puerto con cosas.

Asintió con la cabeza bajo la gorra de North Sails. Por fin, dijo:

—Volveré cuando haya terminado.

Me encogí de hombros como si me diese igual que lo hiciese o no, pero es que no podía haber escogido un día peor para buscarme.

Cuando volvió a verme, yo estaba bocabajo en el lazareto de popa de Cara, taladrando agujeros para poner tornillos que sujetasen una bombita de combustible para la calefacción diésel que había instalado. Pude oírla en el pantalán hablando por teléfono cuando llamé a Cara para pedirle un destornillador que había dejado en la bañera.

Tras terminar ese proyecto, no vi a Sunita por ningún lado cuando mi pelotón de inquilinos me arrastró hasta la yola de Remy, donde este andaba maldiciendo una nueva fuga detrás del motor, que no dejaba de disparar la alarma de la sentina. Metí la cabeza entre el motor y la bañera hasta estar lo bastante atrás para iluminar con una linterna el charco detrás de la junta del cigüeñal. Lo sequé todo unas cuantas veces y, al final, localicé el orificio de fuga que goteaba cerca del eje.

Al subir de nuevo, me soné la nariz y vi a Sunita de espaldas en la parte más lejana del muelle, charlando con Cara.

Esperando malas noticias, Rem recorría apretados círculos por el pantalán. No tenía dinero para sacar el maldito barco del agua, me explicó, y no podía dormir con la alarma disparándose cada dos horas.

—No es la junta —le dije—. Es una grieta fina cerca del enclavamiento del cigüeñal.

Agarré un bote de mi bolsa y mezclé esa resina epoxi especial que puede secarse en el agua. Respirando mal, mezclé apresuradamente el adhesivo, luego sequé y unté abundantemente la grieta. Requirió cada centímetro de las yemas de mis dedos trabajar el mejunje hasta el lugar adecuado. Me tumbé allí, con la cabeza silbándome, y esperé. La fuga paró... por el momento.

Al salir del hueco, me arañé la cabeza, así que me estuve limpiando la sangre a toquecitos. Sunita seguía allí, con varios inquilinos al acecho y

murmurando: «Eh, Josh. Eh, colega».

Cedí a todas las peticiones porque solo el trabajo me mantenía centrado en aquel momento. Pero, al final, ella se adelantó un paso y preguntó:

—¿Podemos hablar?

Siguiéndola a lo largo del muelle fuera del alcance de todos los oídos, dije:

—Lo siento, pero, en realidad, no sé cuándo habré terminado. He estado dándole largas a esta gente demasiado tiempo. —Cuando no contestó, perdí el control de mis palabras—: Y, si por alguna extraña razón, estás interesada en mí lo más mínimo, en realidad, yo no tengo la paciencia para esperar a que descubras que soy geográficamente poco conveniente, no tengo coche, parezco un perro abandonado la mayor parte del tiempo, a veces bebo café en vasitos de poliestireno, podría montármelo con tu hermana en tus sueños y tengo cuatro putos planetas en Escorpio.

—Josh.

—Sí, lo siento.

—Me encantan los perros abandonados y los escorpio. —Sonrió—. También me gustan los tipos que arreglan los problemas de los demás en su tiempo libre y que son demasiado tímidos o cautos para mirarme a los ojos e invitarme a salir.

¿Cómo es posible que apenas me hubiese fijado en ella la primera vez que entró en el astillero? Como residente de este planeta durante treinta y un años, había visto miles de mujeres y sido testigo de innumerables formas de belleza. No notar la suya de inmediato era como no reconocer que un colibrí desafía las leyes del vuelo.

—¿Vendrías...? —comencé con cuidado—, y sé que esto va a sonar raro, pero ¿vendrías conmigo al funeral de mi hermana del domingo en ocho días? En realidad, es un homenaje, más bien, pero me doy cuenta de que es una primera cita muy extraña. Y si tú...

—Uf, no —susurró.

—Uf, sí.

Alguien la llamó, probablemente el podólogo irritable en cuyo barco estaba trabajando. Volvió a gritar: «¡Sunita!». Ella lo ignoró y, después de lo que pareció muchísimo tiempo, por fin dijo:

—Será un honor para mí.

Luego, más que abrazarme, se metió entre mis brazos. Yo estaba bien hasta que lo hizo.

La inmortalidad de navegar rápido

No había cenizas.

El hombre sudoroso que dirigía la funeraria Squamish Chapel & Crematorium me dijo que era algo raro, aunque no inaudito, en particular, en el caso de los niños. A veces, me explicó, el «procedimiento» es tan eficaz y los restos tan escasos que queda poco o nada.

Ruby había perdido mucho peso, pero era mucho más grande que un bebé, dije, para lo cual no tuvo otra respuesta que pestañear excesivamente y tartamudear que no nos c-c-cobrarían.

No me parecía lógico nada de aquello, ni sabía cómo explicárselo a la familia. ¿No había dejado Ruby cenizas porque no estaba hecha de carbono y oxígeno como el resto de nosotros? ¿Era este su último truco «te lo creas o no»? ¿La habíamos imaginado colectivamente entre todos? ¿O sencillamente uno de los fanáticos de su finca había robado las cenizas?

Bernard no estaba allí para investigar. Se había ido tan abruptamente tras la Swiftsure, murmurando solo que iba a asociarse con una gente del sur, que no teníamos forma de comunicarle que había dejado de tener una hermana. El resto de la familia no tenía mucho que decir sobre el misterio de las cenizas, como si todos hubiesen esperado algo inexplicable de Ruby, incluso entonces.

—Al menos no han intentado darnos las cenizas de otra persona —dijo mamá.

Luego contó una historia horripilante sobre un patólogo que se había fugado con el cerebro de Einstein, lo había cortado en doscientas cuarenta lonchas finas y las había guardado en tarros durante treinta años.

Aunque el médico de Ruby nunca devolvió mis llamadas, su supercafeinada enfermera me dijo que la única sorpresa sobre el fallecimiento de mi hermana era que hubiese vivido tanto tiempo. Al principio le habían diagnosticado un cáncer de mama no invasivo, pero en abril un escáner había mostrado tres grandes tumores en el hígado también: «Lo combatimos lo

mejor que pudimos con quimio, radiación y citoblastos». Los tumores eran demasiado grandes y agresivos para operar, explicó, y Ruby no era una candidata con posibilidades para un trasplante de hígado. Me dio un sobre que Ruby le había pedido que me enviase cuando hubiese muerto: «Como me dijo que iba a venir por las cenizas y eso, pensé que mejor me aseguraba personalmente de que lo recibiese».

Querida familia:

Siento mucho no haberos dicho toda la verdad sobre lo enferma que estaba pero no podía saberlo aun y siempre habeis estado demasiado pendientes de mi. Tanpoco queria irme asi. No estoy lista para dejar esta vida pero en el tiempo que he tenido ¿como puede nadie esperar mas? Aun cuando me fuese hace tanto tiempo nunca os he dejado ni lo hare. Os quiero a todos.

Ruby.

Las preguntas sin respuesta se fueron amontonando mientras me iba. ¿Por qué no tenía posibilidades para un trasplante? ¿Habría sido el tratamiento mejor en Estados Unidos? Y la más triste de todas: ¿por qué había insistido en luchar contra esto sin su familia? ¿Por qué no había dejado que su madre científica y su hermano manitas intentasen ayudar?

Se apretujó tanta gente en el Salón de los Hijos de Noruega que el calor era de lipotimia. Vinieron amigos, marinos, vecinos de todas las edades y canadienses de la finca; había trajes, monos de trabajo, vestidos y vaqueros recortados por encima de la rodilla. También estaba Mario Seville, todo de negro, sollozando como un viudo a la espera de consuelo.

Papá se levantó para hablar, pero no pudo dejar de plañir sobre «su Ruby» y volvió a sentarse. Ninguno de nosotros le había visto nunca siquiera los ojos húmedos. Luego Gruñón cantó una canción islandesa sobre el destino y la coincidencia, antes de derrumbarse también él. Mamá comenzó una seca cronología de la vida de Ruby antes de derivar de su guion:

—Era extraordinaria, sí. Todos esperamos sentir la gloria y encontrar el sentido del caos, ¿verdad? Terremotos, tsunamis, huracanes, incendios forestales, cáncer de hígado. ¿Por qué Ruby? Ni siquiera bebió nunca. La gente pierde la perspectiva en momentos como este. Sí, Ruby era un milagro.

Pero también lo sois todos vosotros. Y también lo es una lombriz. Os quiero hacer una sugerencia y daros un consejo: estudiad la naturaleza para entender mejor el regalo de la vida. La cosa más maravillosa que podéis encontrar es lo que sucede en el interior de cada célula del cuerpo. —Miró a todo el mundo y reculó, como conmocionada por todas las caras atentas. Reconponiéndose, dijo—: Siempre he sentido que ser la madre de Ruby era un honor y un halago. Y siempre será así.

Por fin, llegó mi turno. Me esforcé por explicar cómo era verla navegar, luego conté historias que demostraban su tonto sentido del humor porque todos necesitábamos desesperadamente reír:

—Otra cosa rara sobre mi hermana es que siempre ha sido más intensa en mi memoria que la mayor parte de la gente en persona. —Cerré los ojos y la describí, muy rápido y con mucho detalle—: Una fina marca de nacimiento rosa en la parte de abajo del cuello se curva hacia arriba bajo la mandíbula derecha. Tiene una risa lo bastante versátil para encajar en cualquier momento, y el pie izquierdo todo un número más grande que el derecho, y no tiene el ombligo ni hacia dentro ni hacia fuera, sino de cubierta corrida, y un lunar del tamaño de la goma de un lápiz detrás de la oreja izquierda. Sus dedos son al menos dos veces más largos de lo que tendrían que ser. Los ojos son de un tono claro de verde que no se encuentra en ningún otro sitio. Y, si la miras de cerca, el color del pelo le cambia con el humor.

No recuerdo mucho más aparte de que un enorme canadiense sucio me levantó del suelo cuando volvía andando desde el micrófono hacia Sunita.

Al cabo de un mes, nuestra flota de Star dejaría de navegar debido a la cada vez menor asistencia, y nunca se volvió a ver a Mario Seville en la bahía. Los chicos del astillero se dispersaron también sin ceremonias. Mick encontró trabajo cerca de su hermano en un taller en el Área de la Bahía de San Francisco. El Gran Alex se fue a trabajar en motores diésel para camiones, donde era mucho menos probable que se quedase atascado en el compartimento del motor. Jack, de quien los chicos siempre habían especulado que estaba «ganando un pastón» supervisándonos, se retiró de repente a un parque de caravanas para vivir de su invalidez. Noah se fue a casa, en Boring (Oregón), para cuidar de su padre cuando este se cayó y se rompió tres vértebras.

Después, esa misma semana, también me marché yo, zarpando a motor

hacia el norte de la marina de Sunrise, hacia Seattle, al amanecer. Durante toda una hora tuve el planeta solo para mí, mi estela desplegando en abanico mensajes misteriosos por la ensenada espejada, el cielo y los árboles más vívidos en su reflejo que en la realidad. Entonces, muy lentamente, el espejo se desvaneció y el violento sol iluminó la monotonía de un día más, la interestatal 5 zumbando al fondo.

Gruñón estuvo encantadísimo de que le preguntase si compartiría su habitación conmigo. Así que me mudé de vuelta y dormí sobre él, en la vieja litera de Bernard. Hacía el desayuno de los Bobos por la mañana y les ayudaba a trabajar en un barco cómodo y original que Gruñón había diseñado para un antiguo cliente. Y en mi segundo fin de semana en casa, para incredulidad de mi padre, levanté con un gato las esquinas hundidas del Solar y sustituí las vigas y los postes podridos con madera fresca y nuevas viguetas. Las pelotas de tenis dejaron de rodar por el suelo hacia Olympia.

Mientras el procedimiento de quiebra continuaba a cámara lenta, supe de un exótico dinero que podría caer del cielo. Un magnate tecnológico de cuarenta y seis años, ya retirado, se había dirigido a papá, tras el funeral de Ruby, para ofrecerle sus condolencias, así como su número de teléfono, diciendo que sería un honor para él que los Bobos considerasen intentar diseñarle y construirle el velero monocasco más rápido del Noroeste a tiempo para la siguiente Swiftsure.

Y así comenzó la distracción perfecta para nuestro mundo post-Ruby. Después de cenar, sujetábamos con cervezas y copas de vino las esquinas de los planos, y mamá y yo, e incluso Sunita, ofrecíamos comentarios e ideas por encima de los hombros de los Bobos.

Se inclinaban por un barco de sesenta y nueve pies de eslora (la longitud diagonal máxima del astillero), ligero y estrecho, de fibra de carbono, que destacaría en vientos ligeros y erráticos, con un palo de treinta metros y medio y una quilla de bulbo profunda, que se retraía hacia arriba y reducía el calado de cuatro a dos metros y medio, según las necesidades y las condiciones.

Una vez que los dibujos preliminares y un precio estimado de 1,9 millones de dólares fueron entusiastamente aceptados, todas las neuronas de la familia se concentraron en esto en exclusiva; con el «velocidad, velocidad» de papá convirtiéndose en nuestro mantra, junto con su visión de un *sloop* que navegaba sin esfuerzo a quince nudos y casi no dejaba estela. Él mismo se dedicó febrilmente a todas las opciones, como si este trabajo no ofreciese

únicamente solvencia, sino una inmortalidad procedente de construir el velero más rápido de estas aguas.

Gruñón insistió en una ergonomía de navegación perfecta, retándonos a hacerlo tan cómodo como rápido. Tras hacer ecuaciones de dinámica de fluidos con diferentes formas de casco, mamá abogaba por uno más plano, de tipo lancha, con una popa más ancha. Sunita sugirió «alas» más grandes — ¡ah!, cómo adoraba papá oírle hablar sobre velas—, con una mayor más ancha, más potente, que se superpusiese noventa centímetros al patarráez. Mi papel era asegurarme de que aparejos, güinches, motones, electrónica y fontanería eran tan prácticos, ligeros y duraderos como fuese posible.

Durante esta fiebre creadora, supimos de Bernard por primera vez desde la Swiftsure. Su carta al Solar llegó con un recorte del *Herald Sun* sobre un «barco patrulla» que había embestido e inutilizado un barco ballenero en el Antártico.

Queridos parientes de sangre:

No estoy seguro de por qué me siento obligado a deciros en qué ando metido, aun cuando vulnera mi propio código de confidencialidad. Cuando os dejé a todos en Victoria, volé a Melbourne, donde me uní a un grupo de gente de ideas afines para comenzar una nueva organización en defensa de las ballenas del océano Antártico (aún discutimos sobre cómo llamarnos, pero nos hemos constituido en Canadá y tenemos, por ahora, el respaldo de algunos viejos ricos anónimos). Y como podéis ver por el artículo adjunto, somos una tripulación de once hombres y mujeres valientes, de entre veinte y treinta años, los que actuamos. Somos estadounidenses, australianos y canadienses, y un neozelandés (¡yo!) a bordo de este pesquero grande, rápido y muy robusto.

Perseguimos a los balleneros que violan las moratorias internacionales. Ahora mismo, los japoneses están sacrificando cientos de rorcuales en nombre de la «investigación científica». No podéis imaginaros la carnicería. Rastreamos su barco guía de noche. Y, cuando nos acercamos lo suficiente, les dijimos (les dije), a través de un megáfono, que dejaran el balleneo ilegal de inmediato y abandonasen la zona, o ejecutaríamos las leyes de la Comisión Ballenera Internacional e incapacitaríamos su nave. Huyeron. Los seguimos y los encontramos balleneando de nuevo dos días más tarde.

No les hicimos una segunda advertencia. Los embestimos a diez nudos por un costado. Nadie resultó herido, pero tuvieron que remolcar el barco. Bueno, podéis leer el artículo.

Debo de estar haciéndome mayor y un blando porque me encontré sentado en la cubierta, al caer de la noche, a medio mundo de vosotros, preguntándome que pensaría mi familia de mí. Es el peligro de veros. De lo que no puedo dudar es de que nunca voy a estar más en paz conmigo mismo que haciendo lo que hago. Para andar sobre seguro, todo el mundo aquí me conoce como Charles Chapman, natural de Wellington (por favor, destruye esta carta, Josh). Así que la tripulación me llama Chap o capitán Chapman. Así es. Soy quien manda aquí. Soy el *sheriff* de los mares del Sur. ¿Qué os parece?

—¡Dios mío! —exclamó papá—. Cuando pensábamos que las cosas no podían ir peor, ¡se vuelve el doble de loco! ¿Por qué sonríes?

—Me gusta —dijo mamá suavemente.

—¿Te gusta el qué? ¿Que Bernard sea un egomaniaco suicida?

—No, me gusta pensar que los balleneros ilegales y los furtivos del mundo tienen que cuidarse de mi hijo. —Se enganchó el pelo tras las orejas—. En realidad, me encanta.

—No seas ridícula.

—A mí también me gusta —dijo Gruñón tímidamente.

—Pues ya somos tres —dije, tomando prestado el mechero de Gruñón y llevando la carta de Bernard a la chimenea.

—¡Bendito sea Dios! —dijo papá.

Las palabras de Bernard aún me rondaban la mente cuando me dirigí al chalecito verde de Sunita, al norte de Ballard. Tres días antes, me había pedido que me mudase con ella, aunque reveló enseguida su única reserva: Mia no se había «acostumbrado» a mí aún. Exageraba. La mofletuda de cuatro años me aterrorizaba desde que le había puesto la mano en la cabeza y, mirándome enfadada, dijo: «No quiero dos papás».

Sin embargo, con el padre de Mia fuera de la ciudad y su única canguro fiable no disponible, Sunita me pidió que cuidase de ella unas horas.

—Pero no la dejes ver *Toy Story 3* —susurró cuando salía— o no querrá hacer otra cosa.

Le pedí a Mia que me enseñase sus juegos y juguetes. No quería jugar con ninguno.

—¡Vamos! —le dije, buscando en su armario—. Los Legos son geniales.

—Los Legos son una bobada —contestó.

—Tienes muñecos fantásticos. Ya lo creo. ¡Mira estos!

—Odio los muñecos.

Le mostré algunos trucos de cartas sencillos. Eran demasiado complicados. Intenté ganármela con helado. No tenía hambre. Hice algunas imitaciones notablemente convincentes de perros, cabras y gansos del Canadá. Nada. Busqué entre sus vídeos:

—¿Quieres ver *Toy Story 3*?

—La verdad es que no —dijo.

—¡Jo, vamos! —rogué—. ¡Me encanta!

—Bueno —dijo gruñona.

Nos reímos en extremos opuestos del sofá durante ciento tres minutos.

—¿Quieres verla otra vez? —me preguntó.

—¡Por supuesto! —dije.

Cuando se acercó subrepticamente, comencé, por fin, a mirar a mi alrededor mi nueva casa.

Nada es eterno

El médico de Einstein le ordenó que dejase de navegar, cuando tenía cuarenta y muchos, porque se arriesgaba a perjudicar las paredes inflamadas de su corazón. Accedió a comer sin sal, pero no a abandonar su afición. Era parte de quien era, y navegó la mayoría de los años que le quedaban mientras buscaba una teoría unificadora «simple y hermosa» de las leyes del universo. Al mismo tiempo, también abogaba por una especie de federación mundial que pudiese ayudar a frenar el belicismo que suele acompañar al nacionalismo. Así que sí, como mamá señaló de nuevo hace poco, Einstein intentaba dejar el mundo no solo entendiéndolo mejor, sino también en paz.

Avancemos sesenta años hasta comienzos de 2013, y Gruñón también está haciendo caso omiso del consejo de su médico de que deje de navegar. Sus objetivos y ambiciones, sin embargo, son modestos y cada vez menos. Espera dejar su negocio solvente, a su familia acomodada, a sus gansos con cantidad de pan duro. Lo que más desea es conservar los recuerdos, que siente que se le escapan entre los dedos de la mano.

Usa bastón desde la Swiftsure, pero a menudo parece necesitar un andador. Su médico insiste en que, si va a navegar, debería hacerlo a motor en la cafetera que un agradecido cliente le dejó en herencia, pero yo sigo sacándolo en el velero si el viento es lo suficientemente débil. Cuando le dejo la caña del timón, su agilidad vuelve en ráfagas, como si la inestabilidad de un velero centrase sus articulaciones y su oído interno. No gobierna tan bien como solía, pero me limito a reglar las velas para adaptarme a donde quiera que vaya.

Y hablamos sobre Ruby.

Mis padres evitan mencionarla. Pero, cuando Gruñón se queda a solas conmigo, me pide que le cuente historias de ella, como si temiese que, de lo contrario, la olvidara por completo. La mayoría le suenan totalmente nuevas, sin importar las veces que las haya oído.

—Cuando cumplí once años —le digo ahora, navegando por el lago Union

en la luz que se desvanece—, nos dejasteis para ir a alguna regata en los Grandes Lagos. Mamá dijo que solo posponíais mi fiesta hasta que volviéseris. Intenté no hacer pucheros, pero Ruby se dio cuenta y convenció a Bernard para que la ayudase a inflar un par de cientos de globos mientras yo dormía. Así que me desperté el día de mi cumpleaños con la habitación llena hasta el techo con tantos globos que apenas podía andar.

Gruñón sonrío y asiente.

—Tengo otra —le digo después de virar de vuelta a la marina—. Y puede que te acuerdes de esta. Íbamos todos hacia las esclusas un viernes por la noche, para pasar una semana en las islas, pero teníamos la sirena rota. Así que no podíamos avisar para que abriesen Fremont. Tuvimos que ponernos a dar vueltas, y papá gritaba al encargado del puente, cabreado porque no podíamos llamar su atención, mientras el resto seguíamos buscando la sirena de repuesto. Por fin, Ruby dijo: «Vamos a fingir que somos una sirena». Mamá y yo le seguimos el juego. Así que contamos hasta tres y, al unísono, emitimos un largo «Uuuh», seguido de un «Uh» corto. Sonaba como si cantásemos mal a capela. Y no hubo respuesta. Así que volvimos a hacerlo, todos esta vez, durante más tiempo y más alto: «Moooooc mooooc». Albert e Isaac se emocionaron y comenzaron a ladrar también. Entonces, el tipo del puente tocó la respuesta positiva y los coches se detuvieron de pronto a ambos lados y el pequeño puente comenzó a elevarse.

—Me acuerdo de eso —dice Gruñón.

—¿Has tenido ya suficiente? —le pregunto.

—No —dice, aunque puedo ver lágrimas en su bigote—. Una más.

—De acuerdo. Pero, luego, arriamos las velas y volvemos.

—Me parece bien —dice—. Oigamos la última.

—Es casi otoño —le cuento—, y los tres bajamos en bicicleta al parque Golden Gardens para ver la puesta de sol. Es idea de Ruby, claro. Y una vez que estamos en la playa, ella y yo saltamos de tronco en tronco para ver lo lejos que podemos llegar sin pisar la arena. Bernard cree que es una bobada y comienza a lanzar piedras. Pequeñas para conseguir distancia, al principio, luego más grandes, hasta que arroja pedrazas, dando vueltas y gimiendo como un lanzador de disco, lanzándolas con altura sobre el agua. Está intentando conseguir la máxima salpicadura. Es entonces cuando comienzo a lloriquear que el verano se acaba y que los días son cada vez más cortos y que nuestra cobaya, Rufus, acaba de palmarla y que una de mis profes favoritas, la señorita Winters, acaba de morir en un accidente de coche. Y

Ruby dice: «Ay, Josh, es como una obra de teatro: tienes que verlo todo mientras está en el escenario porque, después, se ha ido». Hasta Bernard deja de lanzar piedras para escuchar lo que está diciendo. Creo que tenía diez años entonces, puede que once. «Mira a tu alrededor», dice, y gira como una gimnasta con las manazas extendidas. «Los árboles, los pájaros, los perros, las casas, la gente. ¡Nada es eterno!» Y sonrío. Eso es lo que me extraña. Está absolutamente encantada.

Agradecimientos

A Norman Franzen, mi inspirador gurú matemático, y a Suzanne White Brahmia, mi amiga física.

A David Elliott, Norm Smit, Genny Tulloch y Mike O'Brien por sus explicaciones sobre vela. A Lenny Mason, Jeff Shurtz y Neil Falkenberg por su sabiduría en cuanto a astilleros.

A Chuck y Dee Robinson por la escapada para escribir. Y a mis perspicaces primeros lectores, incluidos Jess Walter, Grace Lynch, Cindy O'Brien, Tom Nelson, Delia y Rich Whitehead.

A mi agente y cómplice, Kimberly Witherspoon, y a mi editor y amigo, Gary Fisketjon.

Y, como siempre, a Denise. Sin su fe y su humor, estas páginas estarían en blanco.

Título original: *Before the Wind*

Edición en formato digital: 2017

Copyright © 2016 by Jim Lynch

© de la traducción: Itziar Hernández Rodilla, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.), Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9104-770-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com